



J. L. Tercero

EL
ROSARIO



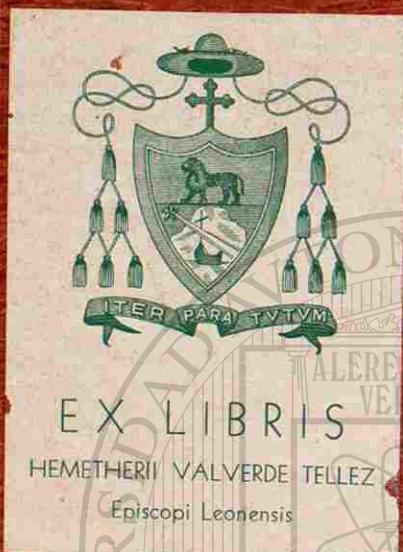
BX2163

T4

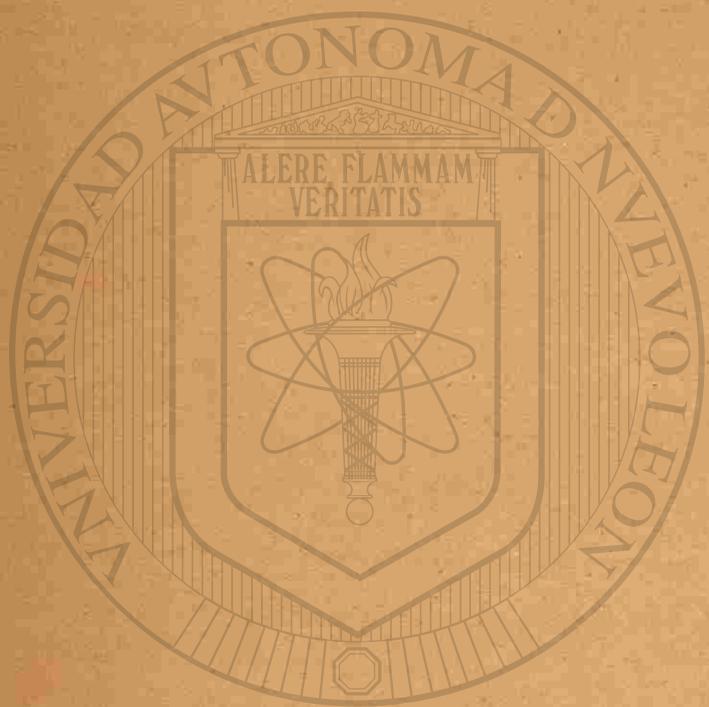
C.1

008707

IMPRESA, ENCUADERNACION
y Taller de Rayados
DE RAMÓN DE S. N. ARALUCE.
Calle de Santa Clara.—Mexico.



7



UANL
EL ROSARIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ROSARIO

MEDITACIONES

PARA LOS 31 DIAS DEL MES DE OCTUBRE

o

EL MES DE MARIA

FOR EL LICENCIADO

D. JUAN LUIS TERCERO.

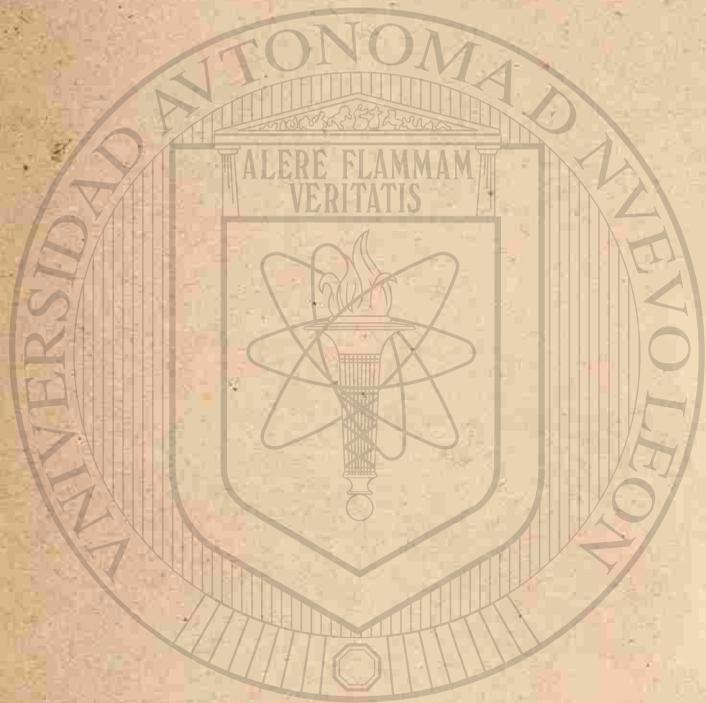


*Quasi platatio Rose
in fericho.*

(Ecc. XXIV.)

*Venerunt autem
mih omnino bona pa-
riter cum illa.*

(SAPIENTIA VII.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICTORIA

IMPRESA OFICIAL DIRIGIDA POR VÍCTOR PÉREZ ORTIZ
Calle de Hidalgo Número 83.

1894

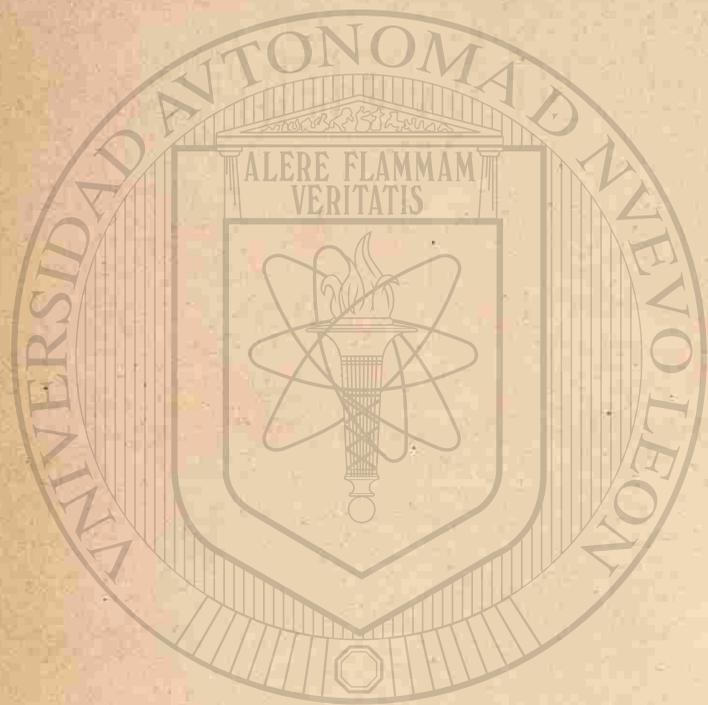


Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

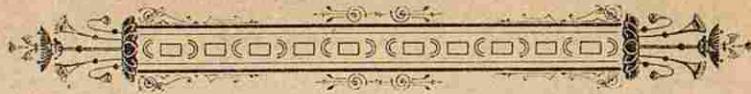
45317

BX2163

T4



FONDO ENETERIO VALVERDE Y TELLEZ



LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Hechas, como en efecto están hechas, las ligeras modificaciones que noté en "El Rosario," obra escrita por el Sr. Lic. D. Juan Luis Tercero, no encuentro en ella nada contrario á la fe y sanas costumbres de la Iglesia Católica, por lo que soy de parecer, sujetándolo en todo al de V. S. Ilma. y Rma., que se dé la licencia que, para publicar la expresada obra, solicita el Sr. Lic. Tercero.

*Dios guarde á V. S. Ilma. y Rma. muchos años.
C. Victoria, 10 de Marzo de 1894.*

*T. Maldonado,
Presbítero.*

Victoria, Marzo 12 de 1894.

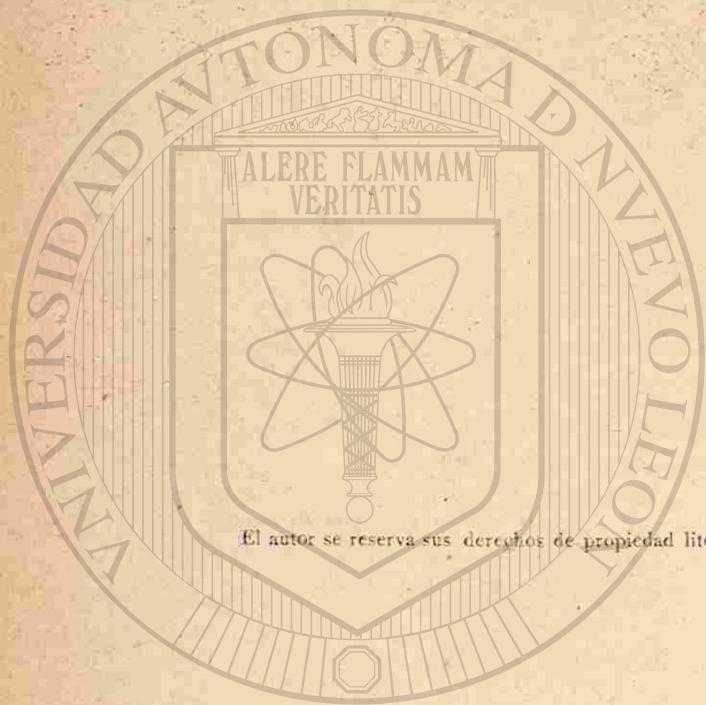
De perfecta conformidad con el precedente dictámen de Nuestro Censor, concedemos Nuestra licencia para que se imprima la obra "El Rosario," escrita por el Sr. Lic. D. Juan Luis Tercero, con inserción de este decreto y del dictámen á que se refiere, y con prevención de remitir dos ejemplares de dicha obra á Nuestro archivo. Así el Ilmo. señor Obispo lo decretó y firmó.

*✠ Eduardo,
Obispo de Tamaulipas.*

Por mandado de S. S. Ilma.

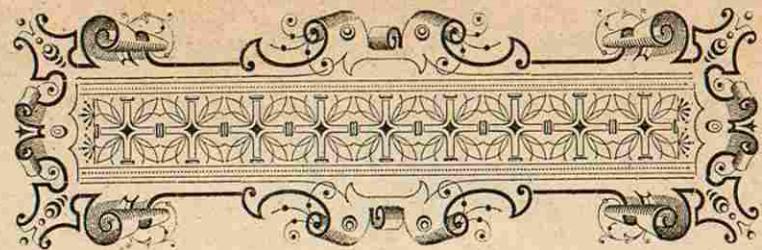
*Vicente F. Abundis,
Secretario sustituto.*

003497



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á LA SIEMPRE
VIRGEN MARIA SANTISIMA

LA
INMACULADA CONCEPCIÓN, REINA EXCELSA DE CIELOS
Y TIERRA;

MADRE AMABILÍSIMA DEL NIÑO DIOS;

MADRE DOLOROSA DE

ESE CORDERO DIVINO, HECHO VÍCTIMA VOLUNTARIA
POR LA SALUD DEL MUNDO;

MADRE GLORIOSA DEL RESUCITADO Y VENCEDOR JESÚS,
ASCENDIDO Á LOS CIELOS Y ENTRONIZADO

Á LA DIESTRA DEL PADRE;

MADRE ADMIRABLE EN SUS GOZOS, DOLORES Y GLORIAS;

ESPEJO EL MÁS LIMPIO Y LUCIENTE DE

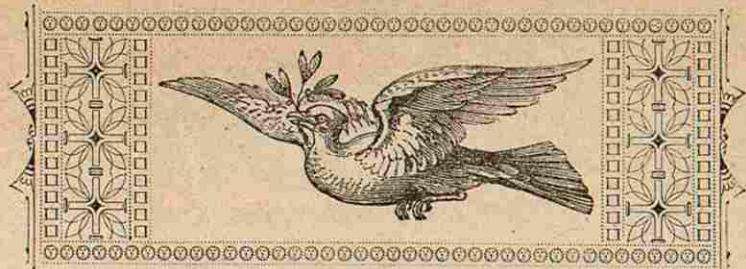
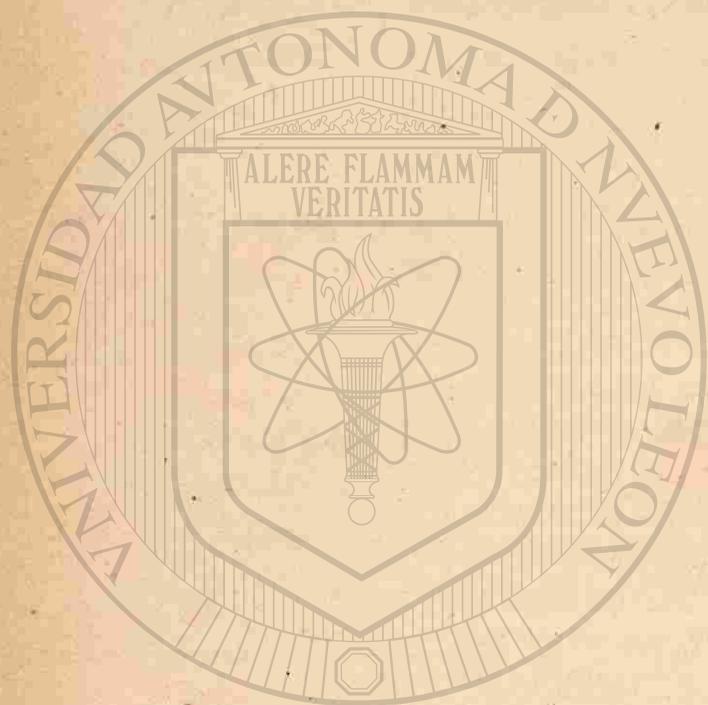
LAS TERNURAS, MÉRITOS Y TRIUNFOS DE NUESTRO
GRAN REY JESUCRISTO.

¡SEÑORA Y MADRE NUESTRA: ®

ROGAD POR EL POBRE AUTOR DE ESTE LIBRO, Y ROGAD
NO MENOS, POR LAS HONORABLES PERSONAS QUE

PARA ESTA PUBLICACIÓN

HAN PRESTÁDOLE AUXILIO GENEROSO.



EL ROSARIO.

Nuevos estudios
sobre esta admirable institución para servir
de materia á su ejercicio práctico.

INTRODUCCIÓN.

LA Religión Católica no tuvo nunca que temer sino el no ser estudiada, para que no se le admirase, ó no ser practicada, para que no se le aprovechase. Estudiarla y practicarla da por resultado el encontrar prodigios de sabiduría en cuanto esa divina religión enseña ó propone, y á la vez reconocer las dulzuras inefables y los frutos de virtud y santidad que en sus sagradas prácticas se contienen.

Tal sucede con la institución y la práctica del Rosario, que con razón se califica de *santísimo*. Si alguna institución, si alguna creación de mística piedad ha po-

dido parecer pequeño pensamiento, y su práctica vulgar ejercicio piadoso de almas apocadas, es el Rosario; y sin embargo, esa institución es un portento de sabiduría, y esa práctica de piedad es un cúmulo de gracias y de dichas, como vamos á hacerlo palpar en estos estudios. Aquí no hay más sino que admirar, si se estudia; sino que saciarse de gracias y dichas, si se gusta.

Si los católicos tibios en su fe y en su piedad, entendiesen bien lo que es el Rosario, ya que no le rezan le rezarían; lo mismo habría de suceder y aun sucede, con los preocupados protestantes, si quisiesen reconocer que el Rosario es la flor del Evangelio y el perfume del amor á Jesucristo; y que no hay mejor manera de entender y pedir el vino del amor á Jesucristo, que como se vió en las bodas de Caná: por medio de María. Por fin, si los que rezan el Rosario conocieren bien el dón de Dios y le rezaren y meditaren penetrándose bien de la grande obra que en ello practican, quedarán maravillados de la ciencia de su santa religión y de las gracias y delicias que nuestro Dios como su fuente, y nuestra Madre Amabilísima como su viaducto, tienen para aquellos que los invocan.

De ahí, que en esto del Rosario es gratisimo encontrar su origen histórico en un Santo Domingo, admirablemente elegido por la Reina del Cielo para dar á conocer el gran pensamiento de su institución, para ponerlo en ejercicio y para obtener un triunfo tan grandioso como lo ha sido la conversión y extinción de los hereges albigenses, sectarios tan hostiles y adversos al Cristianismo, como los racionalistas el día de hoy, y tan funestos en sus propósitos como los actuales

socialistas. Quiere decir, que el Rosario vino á detener por ocho siglos ese luctuosísimo diluvio de la moderna impiedad en que está hoy anegado el mundo cristiano, y esa proterva audacia socialista de que hoy se ven amenazados los cristianos y aun los mismos descreídos moderados, con la diabólica y pavorosamente franca guerra de aquellos furiosos á Dios, á la familia y á la sociedad.

Quien estudiare lo que fueron los albigenses, ya que sabe lo que son los descreídos modernos y los socialistas, reconocerá cuán maravilloso es el poder de Dios al cumplir á su Iglesia la promesa de no ser destruida y al valerse para ello de la invocación á la Vencedora de todas las heregías. Reconocerá también ese observador la sabiduría de la Iglesia, que con el Rosario venció en Lepanto á los musulmanes y más tarde en Viena; en todas y siempre con el Rosario convirtió á los malos, é hizo más perfectos á los buenos. Y más que todo, tiene de reconocerse que la diabólica persecución mucho peor que la faraónica, con que hoy los descreídos se obstinan en acabar con el Cristianismo y toda religión en el mundo, puede ser superada, y lo será ¡vive Dios! con la invocación del Rosario.

No en vano el sapientísimo Pontífice León XIII (que Dios guarde) lo ha comprendido así con luminosísima mirada, y así lo ha proclamado en solemne encíclica y ha hecho un llamamiento á todos los fieles israelitas, para que unidos en esa poderosísima invocación, obtengan de la intercesión de María la salvación del pueblo de Israel, de la heredad del Señor y de su Ungido. Hé aquí sus palabras, dirigidas á los Obispos de todo el Orbe:

“¡Obrad, pues, Venerables Hermanos! Cuanto más os intereséis por honrar á María y por salvar á la sociedad humana, más debéis dedicaros á alentar la piedad de los fieles hacia la Virgen Santísima, aumentando su confianza en ella. Nós consideramos que entra en los designios providenciales el que en estos tiempos de prueba para la Iglesia, florezca más que nunca en la inmensa mayoría del pueblo cristiano el culto de la Santísima Virgen.

“Quiera Dios que excitadas por nuestras exhortaciones é inflamadas por vuestros llamamientos, las naciones cristianas busquen, con ardor cada día mayor, la protección de María; que se acostumbren cada vez más al rezo del Rosario, á ese culto que nuestros antepasados tenían el hábito de practicar, no sólo como remedio siempre presente á sus males, sino como noble adorno de la piedad cristiana.”

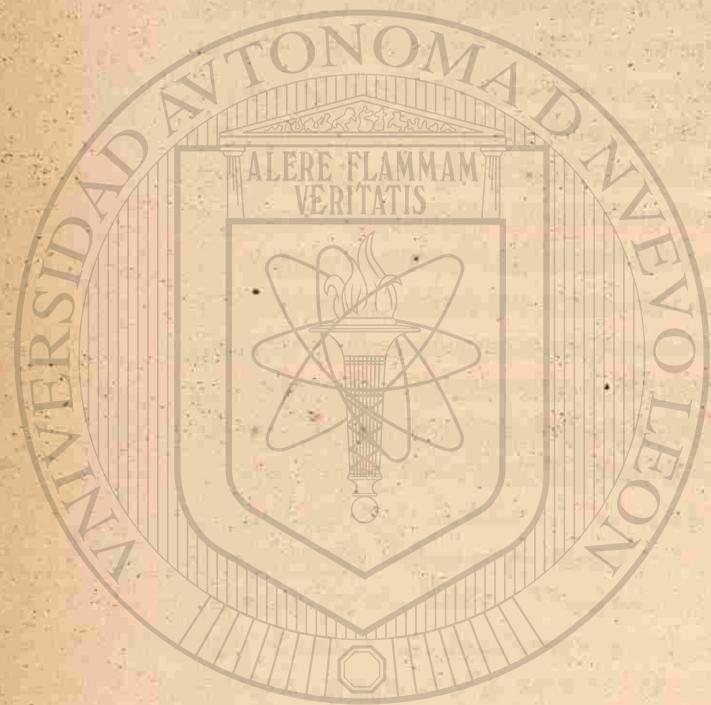
A esa gran palabra del magno León XIII, tan llena de verdad y oportunidad como la de todas sus grandiosas encíclicas, ha precedido otra mayor bajo algún aspecto, y es la de un gran hecho sobrenatural: el de las apariciones de la Virgen Santísima en Lourdes, apariciones de evidente verdad que han llenado el mundo con esplendores celestiales. Estos hechos son una nueva apología del Rosario: una pastorcita que le reza, la santa aparición que es atraída y queda complacídísima con tales preces, y las diversas demostraciones con que esa aparición da á entender que hoy, como en todos los siglos, y hoy más que nunca, está pronta á socorrernos y salvarnos. Y su excitativa, compendiada en dos expresiones: “penitencia” é “Inmaculada Concepción,” acompañada y seguida de ruidosísi-

mos milagros, viene hoy á ser preconizada por la gran Encíclica del Rosario.

En cuanto á nosotros, sin más misión que la del buen deseo, pero sujetos del todo á la censura de la Santa Iglesia, cuya fe por dicha queremos profesar con humildísima obediencia, vamos á continuar este emprendido estudio, porque creemos prestar á Dios por medio de su amabilísima Madre, el especial homenaje que le debemos por inmensos favores recibidos de su bondad, gracias á la intercesión de la compasiva Señora, favores que esperamos habrán de acrecentarse á nosotros y á nuestros deudos, amigos y lectores, y habrán de tener feliz término en la eterna salvación nuestra y de ellos, como de tan Gran Rey y de tan Gran Reina lo esperamos.

C. Victoria, 6 de Septiembre de 1892





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO I.

¿Qué es el Rosario?

UN benemérito apologista católico⁽¹⁾ de los aciagos días del siglo pasado, definía así el Rosario: "Viene á ser un compendio del Evangelio, una especie de historia de la vida, pasión y triunfos del Señor, puesta con claridad al alcance de los más rústicos, y propia para grabar en su memoria la verdad del Cristianismo."

Esta es, digamos así, la teoría del Rosario, cuya práctica, que viene á integrar toda su institución, está magistralmente expresada por el citado gran Pontífice reinante, en la ya dicha encíclica:

"La fórmula del Santo Rosario la compuso de tal manera Santo Domingo, que en ella se recuerdan por su orden sucesivo los misterios de nuestra salvación, y en este asunto de meditación está mezclada y como entrelazada con la Salutación Angélica, una oración juculatoria á Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo."

De suerte que es el Rosario oración vocal y oración mental ó meditación, que unidas entre sí estrechamente

(1) Bergier. Dicc.

vienen á ser, como dice San Bernardo: "La oración una antorcha, de la cual la meditación recibe la luz," según la cita de un piadoso escritor moderno⁽¹⁾ (*oratio et meditatio sibi invicem copulantur, et per orationem illuminatur meditatio*).

Y así, cuando consideremos cuál es la materia de esa oración vocal y cuál es la de la mental, y cómo pueden entrar en conveniente unión, y qué tan sabia es la inventiva de esa oración y de esa meditación, ya podremos ponernos al tanto de lo grandioso de institución como esa y de su portentosa sencillez, los dos extremos del infinito, el *fortiter* y *suaviter* de lo divino.

Eso quiere decir que la inventiva del Rosario es obra divina, estando al más seguro criterio, y que de no constarnos, como ciertamente nos consta, que esta gran práctica fué revelada por la Virgen Santísima á Santo Domingo, bastará que examinemos las calidades de ese gran invento de piedad, para creerlo fundadamente así con razonable certeza.

Tres memorables salutations, las cuales valen por tres grandiosos himnos que jamás del cielo á la tierra pudieron mayores haberse entonado en obsequio de una criatura para gloria del Increado, tres memorables salutations son la materia del Rosario: la del Arcángel embajador de Dios, anunciando á la humildísima María la Encarnación del Unigénito en su sacratísimo seno: "Te saludo María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres;"—La de Isabel, madre del prodigioso Juan Bautista, la que llena del Espíritu Santo y sabedora de esa gran embajada y de esa Alteza suprema de la Madre del Verbo.

(1) Anuario de María.

le dice también como el Arcángel, sobrecogida de respeto y agradecimiento, al ser en sus montañas visitada generosamente por María: "Bendita eres entre todas las mujeres" y "bendito es, añade, el fruto de tu vientre;"—Y la del Gran Concilio de los Obispos, reunidos en Efeso contra Nestorio, quienes al proclamar fervientes el dogma católico, después de discusión luminosísima llena de sabiduría, de piedad y de la ciencia profunda de la Biblia y de la Tradición, en medio de las aclamaciones del pueblo de Efeso que llora de alegría, exclaman así para siempre: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte."

¡Qué salutations! ¡Qué tres himnos de triunfo! ¡Qué himnos para honrar al Increado! ¡Qué celestial materia digna del espectáculo de los ángeles y de los hombres, para que, en voces concordes de estos con aquellos, los hombres no sólo aplaudan sino que rueguen y hagan una oración, como la cual, ninguna puede ser tan bien acogida ante el trono del Santísimo Dios!

Y esas tres tan breves salutations, dichas una sola vez en su origen por el ángel y por los hombres, escritas para siempre en el libro del Santo Evangelio y en los augustos anales de la Iglesia, merecedoras por lo mismo de ser solemnemente repetidas de los cristianos, por vía no sólo de aplauso sino de oración, ¿en qué forma pudieran ser repetidas?

Ciento y cincuenta veces; ese es el invento divino, como vamos á admirarlo.

Antes diremos, que hubo desventurados volterianos en nuestra Patria, que con insensata soberbia se

burlaron cual de cosa inepta, de la repetición del Ave María, como se hace en el Rosario. Insensata soberbia; porque el hombre no es ángel, y si sólo con *la repetición* de sus actos de pensar, puede conseguir el efecto que el ángel consigue, *de una vez*, por la intensidad con que piensa, ¿cómo no ha de ser sabio que el hombre repita el Ave María, para pensar mejor en ella? ¿Y por qué no uno y cien esfuerzos en penetrarse bien de la gran dicha de esa salutación? En ella se contiene la expresión del infinito amor de Dios á los humanos, expresión que merece ser cantada, ser amada, ser pagada con las alabanzas de todos los ángeles, con la sangre de todos los mártires, con el amor de todos los santos y todos los justos.

Volteriano: si no es que niegues la verdad de la Encarnación del Hijo de Dios, no puedes negar que es muy sabio repetir, como se repite en el Rosario, esa memorable salutación angélica, esa memorable salutación de la madre del Bautista, esa memorable salutación del Santo Concilio y de la muy piadosa ciudad de Efeso, la noche de su triunfo contra Nestorio.

Sí, cristiano: repite, repite esas dulcísimas palabras. La repetición de las trompetas santas durante siete días, hizo caer con estrépito, en momento inesperado para los impíos, las murallas de la inexpugnable Jericó. Educa tu alma en esa santa repetición, que es gran gloria para Dios, gran honra para la Madre suya y Madre nuestra; gran medio de agradecimiento de lo que les debes, de alivio de lo que te aqueja, de conjuro de lo que te amenaza, y por fin, de goce de lo que anhelas por conseguir.

Esta elección de la materia de la oración del Rosario,

tan admirable de por sí, no lo es menos por la del número de sus repeticiones; y en esto figuran hasta profecías bíblicas que en la invención del Rosario se cumplen, como vamos á hacerlo notar. Aprovecharemos sobre lo nuestro también lo ageno de piadosos autores, cuya lectura ha quedado, por desgracia, relegada á sólo el humilde pueblo, ó ya por lo anticuado del estilo de su redacción, ó por la baja que el fervor de los creyentes ilustrados ha sufrido.

Si el número de los Salmos es de ciento cincuenta, muy armónico resulta que el mismo sea el de las Ave Marías en el Rosario, como que unas y otros constituyen una repetición de alabanzas, con la diferencia de que los Salmos son alabanza encubierta en profecía, y el Ave María es la realidad con el luminoso cumplimiento de lo profetizado.

Los Salmos fueron la alabanza oficial litúrgica del sacerdocio de la Sinagoga y lo son hoy del de la Ley de gracia, y el Rosario con sus ciento cincuenta repeticiones, es la alabanza de todo el pueblo distribuido en sus hogares ó congregado en el Templo ó en procesión en las calles; sin que por eso dejen de prestar su homenaje Papas, Obispos y demás sacerdotes de la Santa Iglesia, con el Santísimo Rosario, ya á la cabeza del pueblo congregado, ya también esas altas dignidades, como los simples fieles en el retiro de su hogar, en el seno de su familia.

El asunto de los Salmos es la alabanza á Dios por los beneficios de la Creación y los mayores de la Encarnación, Redención y Glorificación, todavía estos en su estado profético; y es tan grande esa alabanza, que, no por haberse cumplido en mucha parte esas profe-

cias, deja de merecer el Salterio el constituir la base de la alabanza oficial del cuerpo sacerdotal de la Santa Iglesia; disponiéndolo así la sabia Providencia para que la gloria de su Cristo se vea haber sido siempre una, así en los siglos de ayer como en los de hoy, y que así lo será en los de mañana: "Christus heri et hodie, ipse et in secula."—El asunto del Rosario es la alabanza por los beneficios de la Creación y por todos los ya dichos de la Ley de gracia, ya cumplidos, ya después que ha resplandecido su gloria, ya después que el Padre Celestial, dando al mundo su Hijo Unigénito, le ha convencido del amor inmenso y compasivo que le tiene, ya que hemos visto al Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad, ya que hemos sabido de los labios del amable Jesús, que, verle á Él, es como ver al Padre, como si viésemos á Dios, como si Dios mismo se nos hubiese mostrado.

Pero el asunto del Rosario, no conteniendo explícitamente de por sí, en su oración vocal, todo el de los Salmos, está integrado, como ya se sabe, con el de la meditación sobre el recuerdo de todos los misterios de la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y con los de gozo, dolores y glorias de su Santa Madre, completándose así la armonía del rezo de los Salmos con el del Rosario; porque, lo repetimos, el movimiento de pensamientos y afectos en los Salmos, tiene por principal materia la profecía abundantísima de la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y no pocos misterios referentes á la Santa Madre de Dios.

Con razón por eso, pensando en la institución del Rosario, se ve el profundo alcance de esa aserción bí-

blica por la que podemos estar ciertos de que la Palabra de Dios, el querer absoluto de Dios, imposible es que queden en vano. Dios quiso amor, Dios quiso alabanza, Dios quiso prender fuego á la tierra y abrasarla en amor; Dios quiso ser alabado por este amor de los hombres, quiso que una oblación limpia se le ofreciese en todas partes y á todas horas, desde el Oriente hasta el Ocaso, y quiso que su pasión y muerte, y su última cena, como lo dijo explícitamente el Verbo Divino, y por consecuencia sus otros grandes misterios, se recordasen por los cristianos; y he ahí cómo ese querer no queda en vano: la estupenda institución de la Misa por una parte, y la estupenda del Rosario por otra, cumplen á maravilla con ese divino querer.

En toda la redondez de la tierra, desde los primeros siglos cristianos la Misa, y, desde el siglo de Santo Domingo, el Rosario, no han cesado de levantar al cielo la oblación para de grandísimo número de cristianos, mediante la que se devuelven gracias, al Padre, por su amor con que nos dió á su dulcísimo Jesús y á esa dulcísima Señora, Madre de su Hijo y Madre nuestra. Y este movimiento de tantas alabanzas ha venido siempre en aumento, al impulso maravilloso de la hostilidad de los pecadores y de los impíos.

Nótese con ello esa otra consonancia admirable entre los fines del Rosario y los de la Misa: "Hoc facite in meam commemorationem." (Haced esto en memoria de mí.)

¿Quería Jesucristo que sus inmensos favores y los de su Madre amabilísima no se echasen en olvido, con la alabanza del recuerdo de agradecimiento y de amor? Lo ha conseguido portentosamente; porque jamás, des-

de que lo quiso, ha dejado de tener entre los hombres muchísimos que hacen diario recuerdo de lo que le debemos á Él y á la Reina; número que todos los días va en prodigioso aumento; y que plegue á vosotros ¡oh piadosos Jesús y María! aumentémos el que esto escribe y los que lo escrito leyeren. Que ese amor bienhadado de los Pablos é Ignacios, de los Ireneos y Atanasios, Cirilos y Leones, Gregorios é Ildefonsos, Anselmos y Bernardos, Domingos y Franciscos, Tomás y Buenaventura, Brígidas y Catalinas, Magdalenas de Pazzi y Teresas de Jesús, Pío V, Felipe Neri é Ignacio de Loyola, María de Agreda, Alfonso de Ligorio y Bernardita de Lourdes, Pío IX y su no menos dichoso Sucesor; que ese amor bienhadado de tan distinguidos cristianos, haga de nosotros lo que fueron ellos.

Por fin, en este punto, para dar idea breve de las armonías que reinan entre el número de las alabanzas del Rosario en sus Ave Marías y el de muchas figuras proféticas del Antiguo Testamento, bastará transcribir algunos conceptos de un libro muy popular entre los cristianos piadosos de las naciones hispano-americanas:

“En el Arca de Noé se halla este número; (ciento cincuenta) porque, como dice la Escritura, á los ciento y cincuenta días, que es el número sagrado del Rosario, los manantiales del abismo que anegaban la tierra se cerraron; las nubes y las tormentas cesaron; fueron á menos las aguas del diluvio; descansó el Arca sobre los montes y se acordó Dios de Noé y de todos los animales; por donde se conoce cuántas son las maravillas que andan juntas con la sombra del Santísimo Rosario. Con él se cierran las puertas del abismo infernal; con él se serena el cielo, cesan las tempestades

y rigores de la Divina Justicia; van á menos las tribulaciones y descansa la Iglesia, y se acuerda el Señor de los hombres y animales del Arca; esto es, de los buenos y malos cristianos”

“Está así mismo figurado en el Tabernáculo de Moisés (como lo dice la Escritura) en todos sus números, de diez, cincuenta, y ciento y cincuenta, en las cortinas, hebillas, presillas y círculos ó coronas de oro, con que se había de vestir el Arca, adornar el Santuario y perfeccionar todo el Tabernáculo; por todo lo cual debes entender las virtudes de que se vistió y adornó el Arca María Santísima, el Sancta Sanctorum, y el Altar de los Sacrificios, que es la Sacratísima humanidad, con todos los misterios de su santísima vida. Y en las hebillas, presillas y círculos de oro, que eran ciento y cincuenta y unían las cortinas y vestuario del Arca y Santuario, has de considerar las ciento y cincuenta Ave Marías del Santísimo Rosario, que unen y juntan en uno entero las virtudes, obras y misterios de Cristo y su Madre, de que se vistieron sus santísimas almas, y se visten todas las de los cristianos.”

Cúmplenos ahora exponer lo que corresponde á ese asunto de recuerdo y meditación de los grandes misterios de Jesucristo y de María, con que se entrelaza la oración vocal en el Rosario; pero esto ya reclama un nuevo capítulo, que es el siguiente.

CAPÍTULO II.

De la meditación de los grandes misterios de Jesucristo y de María en el Rosario, y de su enlace con la oración vocal.

FÁCIL fuera sentir pesada la práctica de la oración mental; pero sería insensato desconocer que no hay ejercicio más razonable, digno y levantado que el de ese género de oración, y que no hay dicha tanta como la de meditar en los asuntos del cielo. Porque si el ejercicio de las potencias del alma es en el cielo conocer á Dios y gozarle, todo en premio y galardón de una vida de prueba, en la tierra esas mismas potencias no pueden tener otro objeto verdaderamente necesario que el de anticiparse á conocer y desear por mérito, por fe y por amor laboriosos, lo que sólo así puede conocerse y amarse después con la fruición de infinita dicha.

Una sola cosa es necesaria, dícenos el Divino Jesús; y así, quien sabe dar importancia á la meditación de los asuntos de piedad y de su salvación eterna por consecuencia, ése es cuerdo y ése es prudente, los demás son locos; decía con sobrada razón San Agustín en equivalentes palabras. Por eso los místicos, esos hom-

bres verdaderamente sabios, consideran como asegurada la salvación eterna de aquél que hace oración mental todos los días, siquiera unos cuantos minutos; y por el contrario, ven un funesto presagio en la carencia de esa oración en tal otro, por más que ése no aparezca con vicios.

Esto supuesto, si oración mental debemos hacer so pena de perdernos, ¿qué oportunidad diaria podemos encontrar mejor, que la que nos ofrece la celeste inventiva del Rosario? Aquí que podemos decir poseídos de filial contento: sí, Padre Celestial, sí Hijo Unigénito hecho hombre por nuestra salvación, sí misericordiosa Madre de Jesús y Madre nuestra, ya lo sabemos y nos es grato proclamarlo y saborearlo en nuestros corazones; una sola cosa es necesaria, una sola cosa de vida eterna: conocerte á tí Dios verdadero y á tu Mesías Jesucristo, y á La que es el camino de ese camino. ¿En qué pensamos, en qué nos gozamos, qué podrá salvarnos si no es la meditación de vuestros misterios, ¡oh Jesús! ¡oh María! en medio de la repetición de la salutación angélica y de esa oración que nuestro Jesús nos enseñó á recitar ante su Padre celestial? No pueden darse actos más gratos y meritorios, que los que vamos á reseñar brevemente como inventario de santa riqueza. Hélos aquí:

Hacer filial y amoroso recuerdo, todos los días, de que Dios Padre nos ha amado tanto que nos dió á su Hijo Unigénito, quien se hizo hombre por nuestra salvación en el seno de la Santa Virgen; entregar seriamente el alma á la consideración de ese sacramento de piedad, como San Pablo llama á la Encarnación del Verbo Divino; deducir seriamente de ello el propósito

de huir del pecado y cultivar la virtud para merecer la eterna recompensa, evitando el eterno castigo: todo esto fiados en que, si el Padre ha querido que su Unigénito se haga hombre, ha sido para facilitarnos la manera de ganar el cielo;

Hacer filial y amoroso recuerdo de ese primer ejercicio de la misericordia, con que la Madre de Dios se apresura á llevar á la casa de Isabel, la santificación del futuro Precursor del Mesías; contemplar seriamente la grandeza de esa Madre de Dios que así inaugura el reinado de sus misericordias, la manifestación de sus inmensas virtudes, que á impulso de estas prorrumpe en ese grandioso himno del Magnificat, el más bello que jamás entonó criatura, himno inmortal, en alto grado profético, de humildad y de amor á Dios y á los humanos; deducir de tan excelsas virtudes de nuestra Hermana, el deseo y el aliento de imitarlas en nuestra medida y en nuestra esfera;

Hacer el recuerdo filial y amoroso y contemplar seriamente al Verbo humanado en el establo de Belén la noche hermosísima de su nacimiento, la adoración de los Pastores y de los Reyes y el himno de gloria y de paz de las multitudes angélicas; la dulzura inefable de la Madre de Dios ante su Hijo hecho párvulo y la del castísimo esposo de la siempre Virgen; la consagración de la pobreza y la glorificación de la virginidad; la destrucción del reinado de las vanidades humanas y la iniciación de todos los hombres amantes del bien y de la virtud, en esa senda bienaventurada por la que se va en pos de Jesucristo y de su Madre fidelísima;

Hacer filial y amoroso recuerdo y seriamente poner

la atención en ese espectáculo tan humilde á la vez que grandioso, del ofrecimiento del Niño Dios en el Templo, en brazos de María, acto profetizado siglos antes; contemplar, cómo allí, á la vez que los ancianos Simeón y Ana la profetisa, alcanzan, sólo ellos dos, la dicha suspirada por millares y millares de israelitas durante siglos, es iniciada la joven Madre de Dios en el presentimiento del acerbo suplicio del Calvario, y le es anunciada esa cuchilla que de manera diversa tenía que traspasar su corazón y el alma de Jesucristo. ¡Consoladora enseñanza de paciencia en los grandes trabajos con que han de alternar los justos los goces de la virtud!

Hacer el filial y amoroso recuerdo con el interés del agradecimiento, de esa otra escena de la vida de Cristo y de su dulce Madre, en que el Divino Infante desaparece como perdido durante tres días á la dolorida Madre, que al fin le halla gozosa en el Templo; preludios de la futura muerte y resurrección del Verbo humanado, y una enseñanza más de que quien sufriendo busca á Dios, con gozo le hallará;

Contemplamos en seguida esa pasión de Cristo, esa compasión de María, que tanto nos enseñan de las finezas del amor de Dios á los hombres y del tan semejante de la ínclita María, de la enormidad del pecado, del mérito hermoso de la virtud, de la infinidad del premio, de la eternidad del castigo para los observantes ó transgresores de la ley, de la conciliación entre la justicia y la misericordia del Dios de toda santidad;

Contemplamos esa agonía de Jesucristo, que hierre su alma antes de que los hombres piensen quizá todavía cuánto es lo que van á herir su cuerpo; esa agonía en medio de la sublime oración del Huerto, ora-

ción y agonía que de lejos acompañó sin duda la gran Madre;

Contemplamos esa escena de Jesús atado á la columna del Pretorio y azotado rabiosamente por la soldadesca romana sobornada por los fariseos, inspirados éstos por el mismo infierno en su diabólica lucha con el Redentor; y á la vez la dulcísima Señora, modelo incomparable de mansedumbre y de ternura, no menos que de estupenda fortaleza y abnegación, presente como Reina de los mártires ante el sangriento suplicio. ¡Enseñanza en que se inspiraron los prodigios de tantos mártires, que muy en breve siguieron y han seguido hasta hoy ese martirio de la Madre de Jesús!

Contemplamos ese espectáculo del ensangrentado Divino Reo, mudo por sublime paciencia, sin la arrogancia del estóico ni el abatimiento del cobarde; insigne Varón de dolores tan único en la sublimidad de su paciencia, que sólo un Hombre Dios podía ser como ese Justo, escarnecido, becado con la corona de espinas y el harapo de manto real, saludado procazmente por la canalla farisáica y compadecido y adorado con hondos gemidos por la ínclita Reina y los pocos fieles que la acompañan. ¡Qué enseñanzas tan dignas de agradecerse y aplaudirse hora por hora!

Contemplamos esa marcha triunfal del Verbo con su cetro de la cruz por la calle de la Amargura, para tomar después posesión de un trono de ignominia que más tarde será el gran título de sus glorias; ese camino de la cruz en que la víctima cae tres veces desfallecida; en que se ofrecen: la grande predilección divina de un pasajero de Cirene, afortunado en ser compelido á compartir la portación de la cruz; la predilección di-

vina de las compasivas mujeres que lloran al que los fariseos insultan; la predilección de esa Verónica que animosa emprende la obra de limpiar el dulcísimo rostro de Jesucristo, ganando así una gloria que envidiarán los héroes; esa calle de la Amargura, repetimos, en que se nos presenta el dolorosísimo encuentro de la incomparable Madré con el Hijo Divino;

Contemplamos, por fin, el Calvario, pedestal del trono de la cruz en que la víctima es clavada en medio de dos facinerosos, uno de los cuales, en contraste con el desventurado impenitente de la izquierda, arrebató el cielo á última hora; en ese patíbulo, el septenario de admirables palabras y enseñanzas inmortales del Salvador, y siempre firme y asociada á su pasión la Madre, que es allí declarada también Madre de los humanos. El recuerdo diario y solemne de tan grandes favores de nuestro Dios, digno es de hacerse en el Rosario, y admira reconocer en tanta sencillez de institución, tan sublime cumplimiento de lo que no podía menos de reclamar la sabiduría del amor infinito: atizar sin cesar el recuerdo del amor agradecido;

Por último, los triunfos del Salvador y de su dulce Madre, con que se cierra la gran empresa de nuestra hermosa redención, se ofrecen al diario y agradecido recuerdo. Jesucristo resucitado, la tempestad disipada, las aguas de amargura reducidas á sus abismos, la heroica Reina de los mártires saludada primero que todos por su glorificado Hijo, y salva ya de tan inaudito sufrir. La Resurrección del Señor, esperanza y prenda de la nuestra, enseñanza de recompensa perdurable después del brevísimo sufrir de la prueba. La Resurrección, grandioso argumento, incontrastable, contra el

cual los enemigos de nuestra santa Religión jamás han hecho sino tartamudear vergonzosas objeciones. La Resurrección, escuela de celeste gozo en que el amor filial aprende á buscar las cosas de Dios y á olvidar los placeres transitorios de este destierro;

Otro triunfo: la Ascensión de Jesucristo, á la vista de la Madre y de los discípulos, complemento del gozo de la Resurrección y de sus glorias, principio de un nuevo orden de vida espiritual, de amor más perfecto y meritorio, en que se ama á quien no se ve, sin el aliciente del consuelo sensible de su vista y de sus palabras, nuevo orden de amor en que la Reina de las Virgenes es constituida como siempre la primera, para nuestro consuelo y enseñanza;

Otra gloria: la Pentecostés, la venida del Consolador, caridad del Padre y del Hijo, Dios como ellos, que es enviado é infundido en el alma de la nueva Iglesia formada de las primicias dichosísimas de los hijos de Dios, de esa Madre que en lugar de Jesús preside humildemente á todos sus discípulos, y que de entonces hasta su Tránsito gobernará con modestísima sabiduría en una especie de orden privado, porque el orden público está encargado á Pedro;

Las glorias de la Madre: el Tránsito y la Asunción de nuestra Reina, cuyo recuerdo es de tan elevada perfección como el de la Resurrección de Jesucristo; en él termina la contemplación de nuestra Madre en su vida sensible, digamos así, á nuestros ojos y á nuestros oídos, y á la vez comienza el ejercicio de ese afecto levantado, al que debemos aspirar los que hemos de salir en breve de este Egipto y tomar posesión del Edén celeste:

Ciérrase esta série admirabilísima de recuerdos de

meditación, con el definitivo triunfo de María la Madre de la misericordia, constituida Reina de todo lo criado, de los ángeles y de los hombres, y encumbrada en trono á la diestra de su Hijo, en el que no cesará de estar rogando por nosotros, llenando innumerables páginas de los anales de la Iglesia con sus prodigios de piedad para con los justos y aun los más rebeldes pecadores.

¡Qué série de religiosos recuerdos! ¡Qué encadenamiento! ¡Qué integridad! ¡Qué perfección! ¡Los grandes favores del cielo con el hombre, los misterios de su creación, redención y glorificación, puestos en forma de ser alabados, agradecidos y aprovechados diariamente!

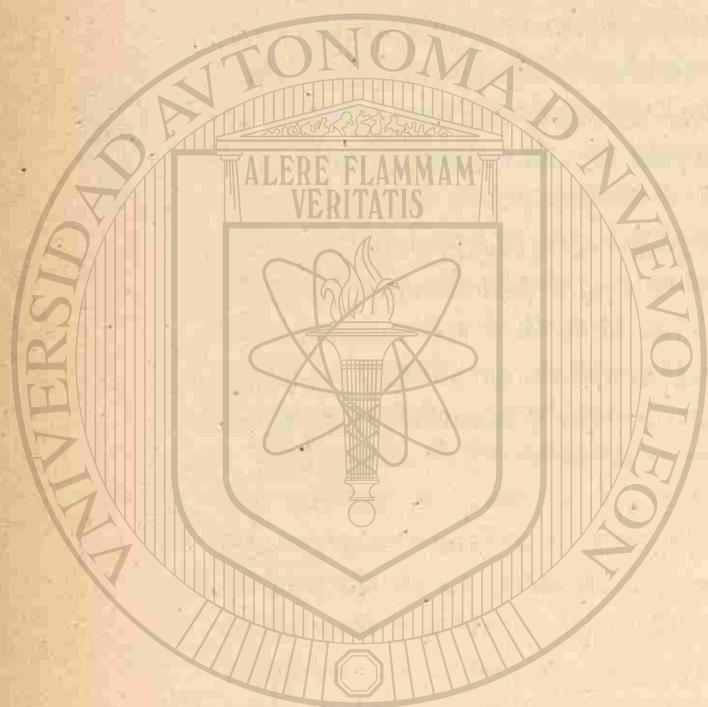


CAPÍTULO III.

Observaciones previas sobre la economía de la revelación de los misterios de la Santísima Virgen María, en relación con los de Nuestro Señor Jesucristo. Revelación bíblica. Revelaciones privadas.

LA piedad, como toda virtud y como virtud superior, tuvo siempre que ser esforzada. Poca piedad hizo que los hereges pretendiesen guiarse sólo por la Biblia y menospreciasen la Tradición sagrada; poca piedad ha hecho también que hereges, como los jansenistas y racionalistas ó católicos contagiados de racionalismo, pretendiesen no salir de lo dogmáticamente obligatorio y despreciasen las revelaciones hechas sin título de dogma á las almas santas, olvidando así lo que ya el Espíritu Santo, por San Pablo, nos prevenía: "Prophetias nolite spernere, omnia autem probate;" "no queráis despreciar las profecías; examinarlas sí. (Tes. v. 20 y 21.) Y así como no quedaba ni podía quedar cerrado el registro de los milagros, con sólo los milagros evangélicos, tampoco las revelaciones del Espíritu Santo á su Iglesia, tenían por qué reducirse á las solas que constituyen el depósito de los libros bíblicos ó de la Tradición Apostólica.

En principio, sería poner límites á la munificencia divina el no querer aceptar lo que de otra manera, que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la revelación bíblica ó apostólica, se notificase por Dios á nuestra piedad; siendo así que bajo la inspección y el gobierno del Episcopado y, sobre todo, del Romano Pontífice, no hay temor de que fiel alguno sufra las alucinaciones de la falsa piedad ó de la soberbia; pues con el establecimiento de la Iglesia docente, nuestro Dios, Dios de verdad y sabiduría, proveyó de una vez á todo. Por eso, no será nunca señal de espíritu de obediencia el declararse reacio á creer y á aprovechar las revelaciones privadas que se proponen á nuestra piedad bajo el visto-bueno de la Iglesia.

De esas privadas revelaciones hay contingente no escaso para explicar y detallar los datos preciosos de la vida, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo y de la vida de su Santísima Madre, como son los de las revelaciones de Santa Brígida, la venerable María de Agreda y Sor Catalina Emmerich.

Nuestro siglo, que en el sentido del mal se ve ya concluir ofreciendo los mayores horrores de apostasía del seno de su Ciudad anticristiana, ha visto, en sentido contrario, ir desapareciendo esa falta de piedad de muchos de los hijos fieles de la Ciudad de Dios. En días menos felices llegaron muchos fieles á ver con menosprecio y aun con hostilidad, lo que no fuese absolutamente obligatorio por absolutamente auténtico y dogmático; sin considerar la economía de los favores y de las voluntades divinas, entrando en el orden de éstas lo de precepto y lo de consejo, y en el orden de las revelaciones lo dogmático y lo de piedad. Y así como fue injurioso á nuestro Dios el menospreciar su consejo, sólo porque no era precepto, y más el menospreciarlo sistemáticamente, injurioso y mucho tiene que ser el

menospreciar las revelaciones, y más, sistemáticamente, porque no obliguen bajo el anatema de la Iglesia.

Pasó por dicha el tiempo de la ceguedad; ya no hay ó son pocos los jansenistas; los hijos fieles de la Iglesia honran ya todo lo que su Madre juzga digno de honra, y estiman como luz todo lo que su Madre les propone como luz, aun cuando esta luz no sea la que recibieron los Apóstoles, puesto que "la mano de Dios no se ha abreviado." Recojamos, pues, con respeto y reconocimiento y saboreemos ese maná celeste que de tiempo en tiempo, y ya muerto Moisés, se digna enviarnos el Divino Jehová del Nuevo Testamento.

Es muy provechoso notar, en cuanto la ciencia divina nos brinda á que la estudiemos, la sapientísima conveniencia de que las revelaciones divinas fuesen, según de hecho lo han sido, las relativas á Nuestro Señor Jesucristo, como del Verbo humanado, como de nuestro Dios único, Criador, Redentor y Glorificador, abundantes, principales y dogmáticas; y que muchas de las relativas á la Virgen Madre, muy grande sobre todas las criaturas, pero subalterna ante su Dios y Criador, no constasen de esa manera dogmática; sin que por esto dejase de convenir que, con otra solemnidad de carácter subalterno, se revelasen las glorias de la Madre, para gloria de su Hijo y provecho nuestro. Más todavía: aun tratándose de la revelación concerniente á la persona y á los hechos de ese divino Hijo Redentor nuestro, convenientísimo era que no todos nos constasen por el Evangelio ni por la Tradición Apostólica; pero que tampoco dejasen de constarnos por otros medios, como han sido los de las comunicaciones privadas.

Si ni por el Evangelio ni la Tradición sagrada apos-

tólica, convino que supiésemos si fueron numerosísimos y cruentos en exceso esos azotes que recibió nuestro dulce Jesús, "con cuyos cardenales fuimos curados," como tantos siglos antes dijo el Profeta, ¿quién duda lo conveniente que era para los fines de la gloria del Verbo y el bien de las almas amantes suyas, revelar esos detalles de la historia de la pasión divina mediante los que supiésemos más y más sus glorias? Grandes han sido las de ese combate en que á la rabia diabólica de Satanás, secundada por la perfidia farisáica y la maldad gentílica, se opuso la pasmosa mansedumbre que tantos himnos ha hecho entonar y hará entonar para siempre en honor del divino Cordero.

Convenientísimo era, y digna recompensa de la piedad de esa reina de Suecia de inmortal renombre, Santa Brígida, que á ella la escogiese el cielo para oír de los labios de la Reina de los ángeles y de la misericordia, tan dichosa revelación, como es esa, en que la altísima Señora refiere los detalles de la flagelación del divino Jesús y los inmensos dolores de la dulce Madre. Extraño sería que Dios, tan espléndido en sus favores y, permítasenos la frase, tan lógico en sus voluntades, no hubiese contentado de esa suerte la santa curiosidad de los que le aman. ¡Los detalles de los azotes, los de muchos pasos de la Vía Sacra, la impresión de las llagas en el excelentísimo hijo de Dios, Francisco de Asís, cómo no propender á creerlos, apenas la Iglesia nos diga: "puedes creerlo," si es tan verosímil, dado lo que es Dios y dado lo que son sus Santos!

Y así, nada menos que para los altos fines de la institución del Rosario, son grandemente verosímiles (*credibilia facta sunt nimis*) esas revelaciones que se lla-

man privadas y que lo son sólo de cierta manera, porque sus fines son altamente públicos, de muchos detalles de la vida, pasión, muerte y resurrección del Hijo, y de los gozos y dolores de la vida, ascunción y coronación de la excelsa Madre.

Otra razón ha habido también para que las fuentes dogmáticas de la revelación divina no contuviesen muchos detalles más ó menos excelentes acerca de nuestro divino Jesús y de su Madre amabilísima: la de proceder de lo iniciado á lo consumado, de lo general á lo detallado, de lo perfecto á lo más perfecto, y esa razón es la misma que ha presidido al desenvolvimiento de la enseñanza y del triunfo de cada uno de los dogmas.

El Rey de los siglos ha querido que sus altísimos favores resplandeciesen, no con la súbita rapidez de la luz del rayo, sino con la sublime lentitud de la luz del día, que de alba cándida se transforma en aurora rubicunda, de ésta en alegre mañana y, andando las horas, en pleno y esplendoroso medio día; y aun luego, de un día para otro día, esa misma luz va adquiriendo nuevas entonaciones y colorido, conforme va acrecentando su reinado la primavera.

Así es como el sol divino Jesucristo ha ido más y más cada hora y cada día dando á conocer la luz de su gloria; y si fué conveniente brillase en Nicea con nueva luz á más de la que surgió en su aurora de la resurrección en Jerusalem, y todavía con más luz en Efeso y en Calcedonia, y que á su semejanza la Madre amabilísima fuese en aumento de glorias de su ascunción á su proclamación dogmática en Efeso y últimamente en el Vaticano, conveniente ha sido también que la luz de nuevas revelaciones fuese de tiempo en tiempo

entonando y colorando la luz del tiempo precedente.

Así el hombre meditaría con detenimiento lo que es tan digno de ser meditado con el exquisito gusto de las cosas celestes, y después que en los relatos evangélicos y á la luz de las piadosas reflexiones de los Santos Padres, hubiese hecho entrar en su mente y en su corazón esa buena nueva de los hechos gloriosos de Jesús y de María, se le darían á saber y á gustar relatos aún más íntimos de esos dos luminaires de nuestra infinita dicha; se le diría cuanto pudiese saberse de ese divino Verbo humanado, cuanto pudiese saberse de esa admirable Madre de Dios, para más servirlos, para más amarlos, para más asegurar nuestra esperanza en la visión gloriosa de la Patria que nos está prometida.

Demos, por tanto, mucha importancia, amado lector, cuanta nos permita nuestra Madre la Santa Iglesia, á la buena nueva de esas revelaciones de esas almas bienaventuradas, revelaciones con que contamos para ampliar con ellas las dulces meditaciones del Rosario. Lejos de desatenderlas, habremos de reconocerlas como un tesoro, fiados en el ejemplo de los bíblicos expositores como un Cornelio Alápide, á quien, bajo los auspicios de la Santa Iglesia, seguiremos en la exposición de los misterios del Rosario.

Entremos en tan grata materia; censíganos de su Hijo divino, nuestra dulce Madre, desempeñar un provechoso trabajo en lo que vamos escribiendo; nada sabemos, muy tibios somos; pero deseamos hacer algo en honor de nuestra Reina, para captarnos la benevolencia del adorable Rey.

“ ¡ Dignare nos laudare te Virgo Sacrata ! ”

CAPÍTULO IV.

De la
meditación de las frases del “Padre nuestro,”
el “Ave María” y el “Gloria Patri.”

PERO la grandeza de los elementos del Rosario consiste no sólo en lo dicho; no sólo en el recuerdo de sus grandes misterios en sus tres series referentes á Jesucristo y á María; no sólo en la alteza de las tres grandes oraciones, “Pater noster,” “Ave María” y “Gloria Patri;” no sólo en su alteza, digamos así, mas en su profundidad y anchura. Que es como proponernos estos problemas:

¿En las frases divinamente inspiradas de esas oraciones, habrá intención y virtud bastante para reunir y compendiar todos los géneros de afectos y alabanzas del Salterio y de todo el Antiguo Testamento, del Evangelio y de todo el Testamento Nuevo?

¿Podrá decirse que en esas frases, á más del espíritu de alabanza, se alienta el de penitencia y aun provechosísimo ascetismo?

¿Podrá decirse que el Rosario es como un Breviario para uso del pueblo cristiano y como el compendio del gran libro que recita la Iglesia universal?

entonando y colorando la luz del tiempo precedente.

Así el hombre meditaría con detenimiento lo que es tan digno de ser meditado con el exquisito gusto de las cosas celestes, y después que en los relatos evangélicos y á la luz de las piadosas reflexiones de los Santos Padres, hubiese hecho entrar en su mente y en su corazón esa buena nueva de los hechos gloriosos de Jesús y de María, se le darían á saber y á gustar relatos aún más íntimos de esos dos luminaires de nuestra infinita dicha; se le diría cuanto pudiese saberse de ese divino Verbo humanado, cuanto pudiese saberse de esa admirable Madre de Dios, para más servirlos, para más amarlos, para más asegurar nuestra esperanza en la visión gloriosa de la Patria que nos está prometida.

Demos, por tanto, mucha importancia, amado lector, cuanta nos permita nuestra Madre la Santa Iglesia, á la buena nueva de esas revelaciones de esas almas bienaventuradas, revelaciones con que contamos para ampliar con ellas las dulces meditaciones del Rosario. Lejos de desatenderlas, habremos de reconocerlas como un tesoro, fiados en el ejemplo de los bíblicos expositores como un Cornelio Alápide, á quien, bajo los auspicios de la Santa Iglesia, seguiremos en la exposición de los misterios del Rosario.

Entremos en tan grata materia; censíganos de su Hijo divino, nuestra dulce Madre, desempeñar un provechoso trabajo en lo que vamos escribiendo; nada sabemos, muy tibios somos; pero deseamos hacer algo en honor de nuestra Reina, para captarnos la benevolencia del adorable Rey.

"¡ Dignare nos laudare te Virgo Sacrata !"

CAPÍTULO IV.

De la
meditación de las frases del "Padre nuestro,"
el "Ave María" y el "Gloria Patri."

PERO la grandeza de los elementos del Rosario consiste no sólo en lo dicho; no sólo en el recuerdo de sus grandes misterios en sus tres series referentes á Jesucristo y á María; no sólo en la alteza de las tres grandes oraciones, "Pater noster," "Ave María" y "Gloria Patri;" no sólo en su alteza, digamos así, mas en su profundidad y anchura. Que es como proponernos estos problemas:

¿En las frases divinamente inspiradas de esas oraciones, habrá intención y virtud bastante para reunir y compendiar todos los géneros de afectos y alabanzas del Salterio y de todo el Antiguo Testamento, del Evangelio y de todo el Testamento Nuevo?

¿Podrá decirse que en esas frases, á más del espíritu de alabanza, se alienta el de penitencia y aun provechosísimo ascetismo?

¿Podrá decirse que el Rosario es como un Breviario para uso del pueblo cristiano y como el compendio del gran libro que recita la Iglesia universal?

¡Y cómo que sí! Vamos no sólo á demostrarlo sino aun á hacerlo admirar.

El temor santo, el amor hermoso, la fe en el gran Dios y en su Salvador; la santa esperanza, la alabanza y el homenaje á la Magestad del gran Rey y Padre de los humanos y de todo lo criado; el Salvador, el Cristo, el Mesías, el Ungido; la Mujer, la Mujer fuerte, la Madre de Aquél que vencería á la serpiente; la Reina, la Madre del Rey, la Hija del gran Rey, toda gloria á la Santísima Trinidad: ese es el resumen, el fin, el medio, el principio, el todo del Antiguo Testamento así como del Nuevo; el Alfa y el Omega de todas las letras de esa doble revelación del gran Rey de la eternidad en su sabiduría y amor al hombre.

Pues bien: todo esto resumen y formulan esas tres frases del Padre nuestro, el Ave María y la doxología ó Gloria Patri.

Si es en el Antiguo Testamento y principalmente en los Salmos, todas las alabanzas á ese Dios, que "en el principio crió el cielo y la tierra;" á ese Dios á quien Isaías glorifica como "Señor de los Ejércitos," y Moisés como "Triunfador Caudillo," y David como "Dios de los dioses, como el "Señor, el Rey y Dios de nuestro corazón;" todas esas alabanzas resúmense, amplíanse y resuélvense en esta frase que dice más que todas aquellas: "¡Padre nuestro!.... santificado sea tu nombre." Fin de todas las cosas, derecho supremo del Criador de todas ellas, razón de toda teología, de toda acción de criatura: la Gloria de Dios es sobre todo.

Al criarnos Dios, ¿qué móvil podía tener más razonable que su propia gloria, que la manifestación de su bondad santísima? ¿Qué alabanza puede, por tanto, ser

más propia de la criatura á su Criador, que esa de invocarle, invocarle como Padre y no pedirle por principio sino la gloria del invocado? Si el rey profeta se extasiaba cuando decía, refiriéndose á la denominación de "Señor y Rey nuestro" que á Dios es debida: "Señor, Señor Dios nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra," con cuánta mayor razón no lo habría hecho al saber que el Salvador nos enseñó á exclamar: "¡Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!," "tu nombre," el de Padre del hombre, á causa de que Jesucristo, como hijo verdadero del hombre, es decir, de la siempre Virgen María, se ha hecho hermano nuestro y por ende ha hecho que Dios sea nuestro Padre.

Mas, una sólo cosa es necesaria, una sobre todas: amar al sumo bien, amar á Dios; esta es la justicia, esta es la dicha; esto inculcó Moisés, esto cantó David con entusiasmo, esto enaltecieron con profecía insigne los Profetas: "Y bien, Israel, ¿qué otra cosa quiere de tí el Señor Dios tuyo, sino que le ames con todo tu corazón y con toda tu alma?" y David: "Inmaculada es la ley del Señor," "dichosos los que en sus pasos cumpliendo esa ley, no se apartan de tal camino;" é Isaías: "Esto dice el Señor.....cesad de obrar mal, haced lo que es bien, obrad lo que es justo;" y todos los Profetas no darán anuncios sino en pro de la ley del Señor, que es el bien y que es la dicha. Mas, nuestro Salvador, Hijo de Dios vivo, lo dirá mejor en esta sola frase: "Padre nuestro.....hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo."

Es, pues, indudable y muy hermoso, que en la invocación y peticiones primeras del Padre nuestro, se re-

sumen, formulan y mejoran las de los Salmos, de los Profetas y de todo el Antiguo Testamento.

Las alabanzas y deprecaciones á la Madre del Salvador de Israel, se resumen no menos, se formulan y mejoran en la segunda parte de la gran oración cristiana, es decir, en el "Ave María."

En Moisés, en David, en los Profetas, en los inspirados historiadores del Antiguo Testamento, grandes son los encomios á la Madre futura ó prefigurada del Salvador. En Moisés, "ella quebrantará la cabeza de la serpiente, será la Madre de la vida, será la fecunda, la hermosa;" en Samuel, será la "dolorida," la Madre del Hijo milagroso; en David, será la "codiciada del Rey" por su "decoro y modestia;" en Salomón, la "toda bella," la "única," la "escogida entre millares;" en los Profetas, será la Virgen Madre y siempre Virgen, que concibe y páre á Emmanuel, Dios con nosotros; en los Historiadores santos, será Esther la salvadora de su pueblo, será Judith la "gloria de Jerusalem."

Mas en las palabras del Angel y de Isabel, María Madre de Jesús es la "llena de gracia," la "Madre de Dios," la suprema criatura, la obra maestra de todos los siglos. ¿A quién antes que á ella, y á quién después que á ella pudo y podrá decirse "Santa María, Madre de Dios, llena de gracia, Dios está así contigo (como tu hijo verdadero); ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte?"

Toda la ley de Dios, toda justicia y santidad nuestra, (hágase tu voluntad, oh Señor); toda la gloria de Dios (santificado sea tu nombre); todo el bien nuestro (ven-ga á nos tu reino); toda la virtud nuestra (perdonamos

á nuestros deudores); todo el santo temor nuestro (no nos dejes caer en tentación); todos los bienes de vida y bien nuestro (el pan nuestro de cada día dánosle hoy), están contenidos en preciosa fórmula en esa gran oración, y más de lo que en ella se contiene no hay en el Antiguo Testamento.

Y así del Ave María. En tratándose de la *mujer*, de "la gran mujer," de la Madre del Salvador, predicha ó prefigurada, toda la grandeza de ella ("llena de gracia"), todo el respeto de los mismos ángeles hacia ella (Ave..... llena de gracia, el Señor es contigo) (el arcángel calla el nombre de ella al saludarla, mudo en eso por sumo respeto, como enmudece para nombrar á Dios); toda la superioridad de esa mujer sobre todos (bendita eres entre las mujeres); toda la excelencia de la madre (Madre de Dios); el ser Dios ese hijo (bendito el fruto de tu vientre, Jesús); todo eso está contenido en preciosa fórmula en el Ave María, y más de lo que en ella se contiene no hay en el Antiguo Testamento, en el cual admirablemente se habló de una mirra y de un cinamomo que habrían de esparcir olor suavísimo en los tiempos de la ley de gracia, que no es otro que el buen olor de sus inmensas virtudes y singularísima gloria.

Pero no sólo así: el "Padre nuestro, el Ave María y el Gloria Patri," son la flor del Nuevo Testamento, así como el resumen del Antiguo.

Por lo que hace al "Padre nuestro," esa perfectísima oración, como la llama el Angel de las escuelas, contiene, como él explica, todo cuanto debe desearse y el orden en que debe implorarse. De modo que esta oración no sólo nos enseña á pedir sino á desear. ¿Y qué

es lo deseable para nosotros? Nuestro fin, que es Dios, y esto de dos maneras: primero, en cuanto su gloria es sobre todo; segundo, en cuanto queremos gozar de ella; y á estos dos deseos corresponde el exclamar: primero, "Santificado sea tu nombre," y después "venga á nosotros tu reino." Mas á este fin conducen dos medios, uno directo y de suyo propio, haciendo lo que nos merezca la dicha eterna, la voluntad de Dios, formulada en esta petición: "hágase tu voluntad;" otro, como un auxilio para poner ese medio, la fuerza para conformarnos á esa voluntad; esa fuerza la pedimos así: "el pan nuestro de cada día dánosle hoy," que se refiere á la santa eucaristía y á todo sustento de cuerpo y alma. A esto se agregan tres peticiones más, para la remoción de tres obstáculos que impiden el fin: el pecado, y á esto viene el pedir "perdónanos nuestras deudas;" la tentación, y á esto "no nos dejes caer en tentación;" la penalidad presente, y á esto "líbranos de todo mal."

De otra manera no menos admirable se resume el Evangelio en la gran oración dominical, adaptándose á los siete dones del Espíritu Santo y á las bienaventuranzas. San Agustín, citado por Santo Tomás, lo observa así admirablemente: (De Sermone Domini in monte,) diciendo: "Si es el temor de Dios, por el que son bienaventurados los pobres de espíritu, pidamos que sea santificado el nombre de Dios en los hombres por su temor santo; si es la piedad, por la que son bienaventurados los mansos, pidamos que venga á nosotros su reino, á fin de que nos amansemos y no le resistamos; si es la ciencia por la que son bienaventurados los que lloran, oremos que se haga su voluntad y entonces no lloraremos; si es la fortaleza por la que son bienaven-

turados los que tienen hambre, oremos que nos dé el pan nuestro de cada día; si es el consejo por el que son bienaventurados los misericordiosos, perdonemos las deudas, para que se nos perdonen las nuestras; si es el entendimiento por el que son bienaventurados los limpios de corazón, oremos á fin de no tener dos corazones, para seguir las cosas temporales, que son para nosotros causas de tentación; si es la sabiduría por la que son bienaventurados los pacíficos, porque se llaman hijos de Dios; oremos que se nos libre de mal, pues la misma liberación nos hará libres hijos de Dios."

También de esta otra manera:

En la palabra "Padre" está implícita la profesión de fe y amor al Criador, al Redentor y al Santificador, por el cual, como dice San Pablo (Rom. VIII-15), recibiendo el espíritu de adopción de hijos, en él clamamos: ¡Abba! esto es "oh Padre;" en la palabra "nuestro" está la profesión de fe y amor á la Iglesia y á la asociación ó comunión de los Santos, que se determina con las palabras "tu reino." La fe y el deseo de la gracia en las palabras "hágase tu voluntad," y el más perfecto acto de caridad hacia Dios, que se extiende luego al prójimo, en las palabras "perdonamos á nuestros deudores." "Perdónanos," expresión de penitencia; "perdonamos," amor á los enemigos; "no nos dejes caer en tentación:" otra vez la necesidad de la gracia.

Es, pues, el "Padre nuestro," según los mejores intérpretes⁽¹⁾ oración á las tres divinas personas; por eso, aun cuando el nombre de Jesucristo no suena en ella, se deja entender.

Por eso el complemento de esa gran oración es el

(1) Vide Alápide.

Ave María, que también viene á ser como oración á Jesucristo (bendito el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios.) Esta sola observación basta para que se comprenda cuánta es la grandeza y magnificencia del Ave María.

Complemento de una y otra es el "Gloria Patri;" porque es la Santísima Trinidad la que se ha invocado en esas dos oraciones, y ese "Santificado sea tu nombre" se refiere al nombre del Criador, del Redentor, del Santificador; "al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo." Y como el medio admirable del que se valió esa Santa Trinidad, y medio de que sigue valiéndose para la gran obra de su amor es la Santísima Virgen María, de ahí el que el Ave María sea dignísimo reclamó de la oración dominical y que sea también medio para toda consumación de alabanza á Dios, cual es esta: Gloria á la Santísima Trinidad, "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

Decirse puede, y con razón, que la oración dominical es un breviario del Evangelio, y así lo llaman Tertuliano y San Cipriano, como nota Alápide (lib. de Orat. cap. I, y San Cipriano, lib. Orat.): *Evangelii breviarium*; y también que ese breviario se integra con el "Ave María" y el "Gloria Patri," como antes observamos, y se integra, como es no menos de observarse, buscando el alcance de significación de cada una de las palabras de esas frases.

Si es en el "Ave María," en ese *ave* tenemos la salutación por la encarnación del divino Verbo, por el nacimiento del Dios niño, por la exaltación en cruz del dolorido Verbo, por la resurrección del Verbo glorioso; ¡Ave! te saludamos, á tí que concibes, á tí que alum-

bras, á tí que acompañas en su pasión, á tí que acompañas en su triunfo al divino Verbo; *el Señor es contigo*, contigo en su gracia y en su gloria para con nosotros; *bendito el "fruto de tu vientre,"* bendito al sér concebido en tí, al nacer de tí, al entrar contigo á Jerusalem como víctima, al ser exaltado en cruz, al resucitar, al ascender á los cielos; *Santa María, madre eres de Dios*, y por ende y con gran verdad, madre de su Evangelio, madre de su gran obra de salvación, de reparación y de glorificación; "*ruega por nosotros pecadores:*" si Jesucristo es el Redentor de los pecadores, tú eres el medio de esa redención entre nosotros y Jesucristo.

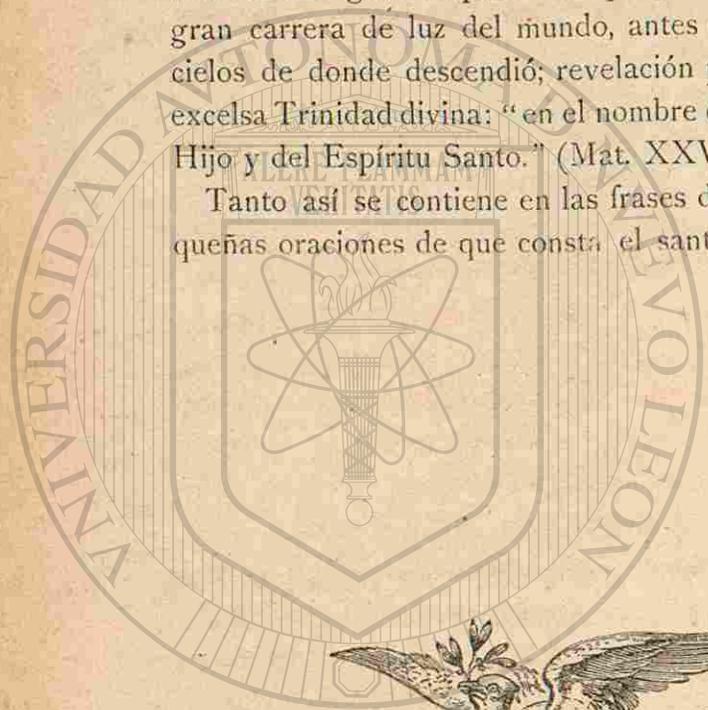
Por fin, en ese "Ave María," hay una potente práctica de penitencia y de ascetismo de gran provecho para todos: "ruega por nosotros pecadores:" la confesión de nuestros pecados ante la inmaculada Madre del "Cordero que quita los pecados del Mundo," y la meditación de la muerte, "el memorare novísima tua," con la invocación preventiva de la que es "Refugio de los pecadores."

Es, pues, el Rosario, no sólo poderoso para que no pequemos, por cuanto insiste con tal repetición en recordarnos el día de *nuestra muerte*, sino aun para hacernos santos, por cuanto sobre la base de ese santo temor, levanta la edificación del más bello y santo de los amores, el amor de Jesucristo hecho hombre por nosotros, muerto en cruz por nosotros, resucitado y ascendido para aplicarnos su redención, santificarnos y elevarnos á su gloria.

Y ahora sea el temor de la muerte, ahora el amor de las bondades de nuestro Dios, ahora el recuerdo de los gozos, de los dolores ó de las glorias de nuestro Jesús

y de su santa Madre, exclamaremos siempre: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo; terminación que cumple al fiel creyente del verdadero Dios; terminación igual á aquella con que Jesucristo cierra su gran carrera de luz del mundo, antes de volver á los cielos de donde descendió; revelación plenísima de la excelsa Trinidad divina: "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo." (Mat. XXVIII-19.)

Tanto así se contiene en las frases de esas tres pequeñas oraciones de que consta el santísimo Rosario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Comienza
la exposición de los Misterios del Rosario.

MISTERIO PRIMERO.

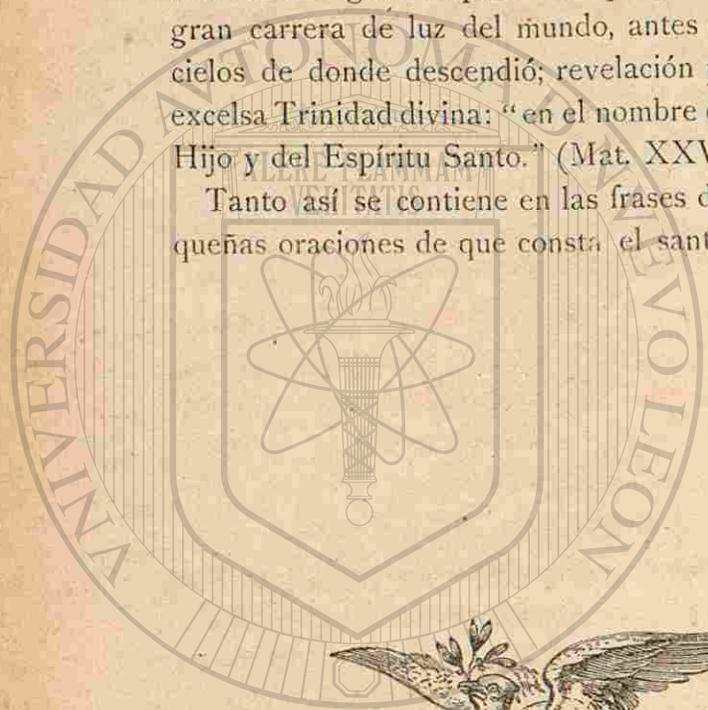
La Encarnación del Divino Verbo.

CRISTIANO: aquí está tu tesoro, ¡pon en él tu corazón! Este es el verdadero tesoro; lo demás nada vale. Todo lo puedes hacer valer con él; pero sin él, nada aprovecha lo demás. ¡Jesucristo, Jesucristo, ese es nuestro tesoro! Dios con nosotros, Dios humano, Dios revelado á los hombres por su encarnación. Si hay tiempo para todo, y si una sola cosa es necesaria, vamos, amadísimo lector, despacio, muy despacio; no tanto que desconociésemos que, al fin, de Marta tenemos tiempo que invertir en los negocios de la vida, pero ni tan de prisa que olvidásemos deber algún tiempo también á la contemplación de Magdalena.

Algún rato es debido á solazarnos con Nuestro Dios y con su Santa Madre, á regocijarnos con ellos y á llorar también en su presencia, porque de todo ello habemos urgente necesidad. General de ejércitos, estadista,

y de su santa Madre, exclamaremos siempre: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo; terminación que cumple al fiel creyente del verdadero Dios; terminación igual á aquella con que Jesucristo cierra su gran carrera de luz del mundo, antes de volver á los cielos de donde descendió; revelación plenísima de la excelsa Trinidad divina: "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo." (Mat. XXVIII-19.)

Tanto así se contiene en las frases de esas tres pequeñas oraciones de que consta el santísimo Rosario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Comienza
la exposición de los Misterios del Rosario.

MISTERIO PRIMERO.

La Encarnación del Divino Verbo.

CRISTIANO: aquí está tu tesoro, ¡pon en él tu corazón! Este es el verdadero tesoro; lo demás nada vale. Todo lo puedes hacer valer con él; pero sin él, nada aprovecha lo demás. ¡Jesucristo, Jesucristo, ese es nuestro tesoro! Dios con nosotros, Dios humano, Dios revelado á los hombres por su encarnación. Si hay tiempo para todo, y si una sola cosa es necesaria, vamos, amadísimo lector, despacio, muy despacio; no tanto que desconociésemos que, al fin, de Marta tenemos tiempo que invertir en los negocios de la vida, pero ni tan de prisa que olvidásemos deber algún tiempo también á la contemplación de Magdalena.

Algún rato es debido á solazarnos con Nuestro Dios y con su Santa Madre, á regocijarnos con ellos y á llorar también en su presencia, porque de todo ello habemos urgente necesidad. General de ejércitos, estadista,

canciller de imperio, gran letrado, banquero abstraído en finanzas, ¡páso á un rato de intimidad con nuestro Dios y con su Santa Madre! No hay negocio importante, ni grandeza, ni ciencia alguna que valgan como Jesucristo y por él María nuestra Señora. Las grandezas de ciencia y de amor que en todos los misterios de Jesucristo y de María se contienen, son admirables.

Gocémonos en exponer algo siquiera de ese primer misterio de la Encarnación.

Este Sacramento de piedad, como le llama San Pablo, contemplado con humilde atención y afectuoso agradecimiento, es capaz de despertar en la inteligencia la visión de fe de que nuestro Dios es el verdadero, y Jesucristo su Verbo de verdad y de vida, y capaz también de inflamar el corazón en llamas de amor dichosísimo.

El Evangelio narra el portentoso con su asombrosa ingenua sencillez: "El ángel Gabriel fué enviado por Dios á Nazareth á anunciar á María la gran dignación del Altísimo. Primero la saluda con títulos de honra jamás oídos; la humilde se turba y no sabe qué pensar de tan excelente tratamiento. El ángel la ilustra y la saca de su temor; la hace saber que Dios la ama, y que ella concebirá y dará á luz un hijo cuyo nombre será Jesús, tan grande que será llamado Hijo del Altísimo, y eterno en su persona el reino de David. Ya no sólo la humilde sino la castísima Virgen objeto haber sido siempre su voto no conocer varón. El ángel le descubre que se trata de una concepción milagrosa y para más asegurarla le refiere otro milagro análogo y evidente, sucedido en su familia seis meses hacía: la fecundidad de la Madre del Bautista antes estéril y anciana. La humilde, la casta y la obediente, sabe entonces resolver

lo que tan bien cumplía á la llena de gracia: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra."

Este relato, equivalente al del Evangelio, contiene tantas grandezas, que es en ellas inagotable; San Gregorio Taumaturgo, San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio, San Bernardo, San Buenaventura y muchos otros exponen, con sabiduría y belleza, que á toda sabiduría y belleza superan, mucho pero no todo de lo que aquello contiene; y en concordancia maravillosa con esos santos Padres y Doctores, se tienen también los relatos de la virtuosa reina Santa Brígida, cuyas revelaciones aprobadas por la Iglesia figuran á la par de aquellos comentarios en la exposición del sabio escritor Cornelio Alápide. Recojamos algunas de esas celestes flores, libemos algo de esas angélicas dulzuras.

San Gregorio Taumaturgo dice de la embajada del ángel: "Gabriel ha sido enviado para que preparase un digno tálamo al purísimo Esposo. Gabriel ha sido enviado para que contratase los esponsales entre la criatura y el Criador. Gabriel ha sido enviado al Palacio vivo del Rey. Gabriel ha sido enviado á una Virgen desposada, es verdad, con José, pero conservada en su integridad para Jesús hijo de Dios. Ha sido enviada una antorcha que indicase al sol de justicia.

Mas de la santa Virgen esclama San Bernardo: "Ni en la tierra podía encontrarse lugar más digno de recibir al Verbo de Dios, que el templo de ese vientre virginal, en el que María le recibió; ni en el cielo podía levantarse más digno solio real que aquel á que el Hijo divino sublimó á María." Y en otro pasaje:

"¿Qué pureza de ángel se atrevería alguno á comparar con la de esa Virgen, que fué digna de ser cons-

tituida en sagrario del Espíritu Santo y aposento del Hijo de Dios?"

Esa estrella de los mares, la cual etimología del nombre dulcísimo de la Virgen nos dan San Isidoro, San Jerónimo y San Gregorio Taumaturgo, y que fué tan llena de gracia, que podía compararse á un mar de gracias que superase en su contenido á la suma de las que tuvieron los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes, —dice San Buenaventura— esa estrella de los mares, ese mar de gracias, esa lluvia tempestiva, no podía menos de ser saludada como el ángel la saludó: Dios te salve, es decir, gózate, alegráte, la paz sea contigo, cuán dichosa eres, cuánta gloria es y será la tuya, á la que Dios dándote la plenitud de su gracia, te ha elegido.

De esa "llena de gracia," ¡cuántas dulzuras y con qué elocuencia nos han dejado los fervorosos Santos Padres! San Pedro Crisólogo: "Esta gracia es la que ha dado á los cielos gloria, á la tierra Dios, á las naciones la fe, á los vicios la muerte, á la vida el orden, á las buenas costumbres la regla. Esta gracia es la que ha revelado el ángel, la que ha recibido la Virgen y la que dará la salvación á los siglos." "Esta Virgen, y sólo ella, de tal manera recibe á Dios en el hospedaje de su seno, de tal manera lo abarca y lo complace, que nada menos la paz para la tierra, la gloria para los cielos, la salvación para los perdidos, la vida para los muertos, las nupcias de lo terreno con lo celestial, el comercio del mismo Dios con la carne, son la pensión exigida por el hospedaje, la recompensa de ese albergue; de suerte que en toda su plenitud se cumple en esa Virgen aquella profecía: He aquí la herencia que dá el Señor: los hijos.

las ganancias, los frutos de vientre *de su santa promesa.*"

De esa "llena de gracia," como resumen de exactísima teología, dice el gran teólogo Suárez, que, doblando la admirable Virgen la gracia de que estuvo llena desde el primer instante de su inmaculada concepción, doblándola con una cooperación á ella, siempre firme y asídua, y adquiriendo cada vez mayor capacidad para mayor plenitud, y siendo desde aquel primer instante más llena de gracia que el mayor de los ángeles, ¡cómo no crecería en los instantes, en los días y en los años sucesivos en una vida de 72 años! Esa "llena de gracia" ha sido á Dios más grata ella sola, que juntos los ángeles y santos y que toda la Iglesia! ¡Abismo de grandeza y abismo de verdad teológica que tan bien se contienen en estas dos sencillas frases evangélicas: "la llena de gracia," "la Madre de Dios." Esto es lo que encanta el alma del sabio y el corazón del santo; esta es la verdadera ciencia, sabida la cual es pura ignorancia todo lo que el mundo presuntuoso llama ciencia y llama dicha. Esto es lo que hace comprender la profunda razón con que San Pablo, de una manera análoga, se gozaba tanto en no querer saber otra cosa que á Jesucristo y, éste, crucificado.

¡Cuánto se goza la Virgen Madre en esta ciencia, como lo revelan hermosas palabras suyas que la dichosa Santa Brígida fué digna de escuchar y de consignarnos! (lib. 4º Revel. c. 108.) "Tres Santos son—dice el Señor á la Virgen Madre—los que han hecho mi complacencia con preferencia á los demás: María mi Madre, Juan Bautista y María Magdalena; mi Madre cuando nació y después de nacida era tan hermosa, que

en ella no había mancha alguna; esto lo conocían los demonios y lo llevaron de tan mal grado, que, hablando por un símil, parecía que una especie de voz de esos perversos partiendo del infierno hubiese resonado y dijese: esta sola Virgen es concebida y aparece como la obra de tan milagroso poder, que supera á todos los moradores tanto de la tierra como del cielo, y tendrá que llegar hasta sentarse en el trono de Dios."

Y así, el reclamo que la ciencia de la Santa Virgen hace á la ciencia del Verbo Encarnado, es tan poderoso en sus efectos de inteligencia y amor, que nunca podría entender y amar mucho al Verbo divino, quien no entendiese y amase á su maravillosa Madre; y recíprocamente, mientras más entendamos y amemos á Jesucristo, más entenderemos y amaremos á la Madre de Dios.

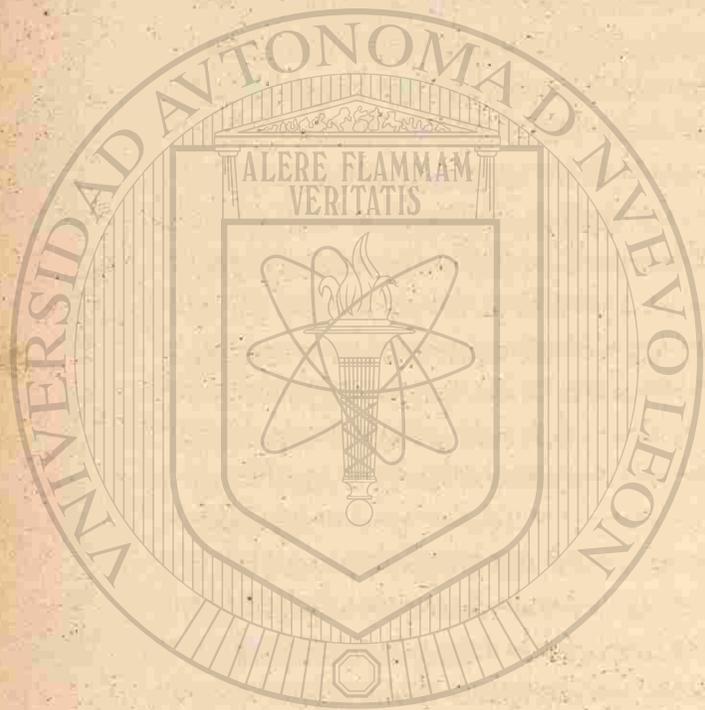
El pueblo cristiano, los hijos fieles de la Santa Iglesia Católica Romana, poseen un sentido tan fino de estas verdades, que de ninguna manera sufren el que se deje de tributar todo elogio y atribuir toda grandeza á la Madre de Dios; porque se apresuran á decir: ¿qué puede negar á su madre, de qué dones pudo haber dejado de proveer á su madre un hijo que es Dios? Ese buen sentido es el de la verdadera fe, fe más razonable que la de la más encumbrada razón; fe y razón que á la mayor de las humanas inteligencias, la de Santo Tomás de Aquino, dictaron la más breve fórmula que pueda darse de la total grandeza de la Santísima Virgen: "quid infinitum;" algo como un infinito, el infinito en la criatura, el total de la grandeza posible en ella, la plenitud del favor de Dios en aquella á quien Dios quiere favorecer.

Dígasenos ahora, si no es hermoso, si no es debido, si no es fructuoso, si no es sapientísimo, si no es dulcísimo esforzarnos en entender y amar á Jesucristo por medio de la meditación en su divina Madre, y para mejor conseguir esto, entenderla y amarla á ella por medio de la meditación en el divino Hijo. Este es el pensamiento del Rosario y de su sistema de meditaciones, no sólo en este primer misterio, sino en todos los de esa sublime quincena.

¡Oh Verbo encarnado! ¡Oh Madre admirable de ese Verbo divino, qué ciencia tan dulce es la vuestra, qué delicia tan suave es la de vuestro amor!

Dios que se hace hombre, que se hace párvulo para ser como nuestro hijo y nuestro hermano, y aún más todavía, que se hace nuestro alimento con su verdadero cuerpo y sangre en la sagrada Hostia, para salvarnos, para redimirnos, para regenerarnos, para santificarnos, para glorificarnos con gloria de infinita dicha; y á la par la Virgen Santa, criada con tantas gracias y con tan poderosos auxilios y milagros del poder divino, que fuese nada menos constituída la obra maestra de todos los atributos divinos y la mediadora para con el mediador Dios hombre, el gran triunfo de la naturaleza, de la gracia y de la gloria del Todopoderoso y todo-clemente Dios. . . . ¡qué ciencia, qué amor tan divinos!

Ese es el gran asunto de la meditación del primer misterio del Rosario. Ese es el incendio que Dios quería prender en la tierra por medio de Jesucristo y de su excelsa Madre. Inflamados en él ¡oh Dios nuestro, oh Reina nuestra!



CAPÍTULO VI.

Otra vez la Encarnación del Divino Verbo.

PARA entender y amar á Jesucristo, no hay como entender y amar á la Madre de Dios; y recíprocamente: para entender y amar á esa santa Madre, tampoco hay como entender y amar á Jesucristo, hemos dicho al fin del anterior capítulo y nos es grato hacer de ello el total asunto del presente.

La obra maestra de Dios omnipotente es la encarnación de su Unigénito; la gran cooperadora de esa obra es la Santísima Virgen, la dulcísima Reina de la misericordia. Esto es verdad, y si lo es, ¿de qué mejor manera podemos entender y amar esa encarnación, sino entendiéndola y amándola á esa gran cooperadora? Mas, para estimar y agradecer ese favor enormísimo de la piedad divina por su cooperadora, necesario es averiguar qué tanto ha importado y ha valido esa cooperación. Veámoslo.

El amor divino, que es el alma de la encarnación, ne-

cesitaba todo esto: unir hasta lo sumo al Criador con la creación, tomar como medio á una especie que resumiese de lo celeste y de lo terreno todos los órdenes, á saber: la especie humana; escoger á una mujer para madre del Hijo eterno del Padre celestial, y escogerla por eso como el pleno objeto de todos sus favores, como la Primogénita y la Reina de todo lo criado; todo eso había de ser la Cooperadora. Todo el género humano, todo el Universo iba á ser con ello infinitamente favorecido, cada uno en la medida de su capacidad; mas la capacidad de gracia plena de esa Reina, era no sólo un medio para el beneficio de todos, sino un intento supremo y antecedente en beneficio de Ella. Esto enseñan con su alta ciencia y esto adoran los sabios y los santos más entendidos y agradecidos de los divinos favores; esta es la teología de los Santos Padres y la de los Doctores y Santos desde la más antigua época hasta la más reciente, es decir, la de todos los siglos cristianos y aun la de los tiempos de los Patriarcas y de la Sinagoga, si bien bajo las sombras de lo figurado y de lo profético.

Según eso, Dios se hizo hombre, pero de tal manera, que una sola persona resultase de la unión de la Divinidad y de la naturaleza humana; con tan maravilloso efecto, que, en lo humano de Jesucristo, se viese la divina actitud, digamos así, del infinito Dios; y, recíprocamente, á lo divino de ese mismo Jesucristo, lo humano de él pudiese conducirnos como la expresiva y fiel traducción de lo visible á lo invisible, según todos los días se goza en cantarlo la Iglesia: *ut dum visibilter Deum cognoscimus, per Hunc in invisibilium amorem rapiamur.*

Dínos, amadísimo lector, si no es eso estupenda sabiduría, capaz por su buen sentido celeste, de despertar la más rénuente fe, á la más solícita aquiescencia.

Como que en ello se descubre el altísimo carácter de un Dios infinito en bondad, en ciencia, en poder, en justicia y en misericordia; bondad que quiere el bien de lo criado, ciencia que entiende los fines, los medios y los principios del designio divino; poder que no conoce otro límite á este sino el de su querer; justicia que no deja impune el delito ni sin reparación; misericordia que permite en agena cabeza y á costa propia del ofendido, por decirlo así, la vindicta y reparación que pide la justicia.

Ese es el carácter del Dios que la encarnación nos revela ¡Qué garantía tan completa de verdad! ¡Qué prenda tan expresiva del vivísimo amor de ese Dios!

Pero, como hemos dicho, la excelsa Virgen María cuenta en ese divino plan con un lugar tan preferente, que nada menos antecede á todo en el divino designio, después del lugar que en él ocupa su principal intento, su principal objeto que es la glorificación del Verbo, la persona de Jesucristo. Según esto, volvemos á encontrarnos con que por Jesucristo conoceremos y amaremos á María y por ella á Jesucristo.

Si es por el lugar que ambos ocupan en el plan divino, nada más semejante que El y Ella, porque nada hay que medie en la estrecha unión de ellos; no hay entre El y Ella ningún intermedio.

Es una gran verdad, que en todo lo criado hay una maravillosa gradación en la *cuasi* infinita muchedumbre de los séres, en tales términos, que, de un sér á otro

la semejanza es suma y las diferencias minoradas también en grado sumo; de manera que de lo menor se sirve el bondadoso y sabio Criador para el esplendor y gloria de lo mayor, y también de manera que sin perjuicio de eso, lo menor tenga el fin y la gloria que le corresponden por la ciencia y la bondad de ese mismo Criador.

Si Jesucristo es el esplendor de la gloria del Padre (esplendor hecho hombre), María es el espejo purísimo en que ese esplendor se refleja (*splendor gloriae et figura substantiae ejus. Heb. 1-3*); si se hace hombre, es de la substancia de las entrañas virginales (*Factum ex Muliere. Gal. 4-4*); si Jesucristo expresa de tal manera á su Padre, que quien á él ve, decir puede que vió á su Padre, María expresa de tal manera á su divino Hijo, que, quien á ella la ve, mucho puede decir que ha visto de Jesucristo, á más de que sin ella Jesucristo no se deja ver ni se dá á ver. Si á Ella la vemos bendita entre todas las mujeres, á El ya podemos suponerlo el más hermoso entre los hijos de los hombres (*Speciosus forma præ filiis hominum. Salm. 44*); si á Ella la vemos hermosa como la luna, su Hijo ha de ser esplendoroso como el sol (*Pulchra ut luna, electa ut sol*); si Ella es llena de gracia, sólo su Hijo tendrá la gracia en toda la plenitud mayor que reclama la persona única de un hombre Dios; si Ella es humilde, como no lo fué criatura alguna, y en ese grado inmaculada é inflamada en plena caridad, su Hijo podrá decir y sólo él: "aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;" si Ella es el *huerto cerrado y la fuente sellada*, El es el árbol de la vida plantado en medio de ese huerto y el agua vivificante que brota de esa fuente; es Ella la raíz de Jessé que ger-

mina el tallo del cual nace la flor Jesucristo sobre la que posa el Espíritu Santo; Ella en fin y en una palabra, ella con Jesucristo y Jesucristo con ella, son eso nuevo, esa novedad, esa obra estupenda que el Señor iba á ofrecer como el gran espectáculo de gloria de todos los siglos: una Virgen que concibe, y esa concepción el Verbo hecho carne (*Novum creavit Dominus super terram: fæmina circúmdabit Virum. Jerem. 52-22.*), como anunciaba el gran profeta.

Cuánto es de entenderse lo amable que será al Padre celestial el Verbo humanado, cuando se piense en lo amable que le es la inmaculada María, y en que si Ella es un portento de gracias y de méritos, mayor portento es de gracias y de méritos su Hijo divino; Ella con la grandeza de ese "quid infinitum," de ese *cuasi* infinito de la que ha encontrado gracia á los ojos del Señor, y El con la del Verbo igual á Dios. Y en cuanto á nosotros que no podemos alcanzar el concepto intenso de lo infinito, cuánta luz nos da para elevarnos á ese concepto y qué bien predisponenos á amarle más y más, el reflexionar que si es tan grande la belleza y tan suave la ternura de esa mujer inmaculada, mayores han de ser la belleza y ternura de quien la sacó de la nada, de quien la ideó de intento y sobre todos sus intentos para que por Ella fuese El conocido mejor. Apiadáos de nosotros, ¡oh divino Verbo, oh dulce Madre de Dios! para que entendamos el gran lucro que reporta quien os entiende y os ama como el único verdadero tesoro, como el único bien que vale por todos los negocios y por todos los bienes.

Pero si tanto nos interesa conocer y amar al Hijo por la Madre, al sol por la luna, al ideal supremo por su se-

mejanza, al Autor infinito de todo bien, por la obra maestra y suprema de su bondad entre lo criado, por eso mismo nos interesa tanto conocer á esa Madre, á ese astro de modestia, á ese símil de la grandeza divina, á esa obra maestra de la bondad eterna. Mas, ese conocimiento y el amor que á él le sigue, no pueden ser mejores que ayudados del conocimiento mismo que tenemos, así como del amor que nos une á ese infinito Dios y á su enviado Jesucristo.

Para conocerte y amarte, altísima Señora nuestra, después que admiramos tu humildad, tu pureza limpia de toda mancha, tu fortaleza y tu misericordia, mucho más nos dice todavía pensar en lo que es Dios y en lo que de tí quiso. El Señor Dios de las virtudes contiene todo bien y lo es en infinito grado; pues ¡ea! ese sumo bien que cuanto quiere puede, quiso tanto para tí y tan eficazmente lo quiso, que ya no pudo querer más; de ahí que fué como infinito lo que hizo en tí, ¡oh Señora!

Luego, á la inversa de lo que á la Samaritana decían los suyos, diremos nosotros: tu grandeza, Señora, es mayor de la que vemos y concebimos, y eres más hermosa y amable de cuanto pudiéramos idear; porque su medida consiste nada menos que en el querer del infinito Dios llevado á lo sumo del favor dispensado á una criatura, es decir, otra vez al "quid infinitum" del Angel de las escuelas, al "gratia plena" del arcangel celeste.

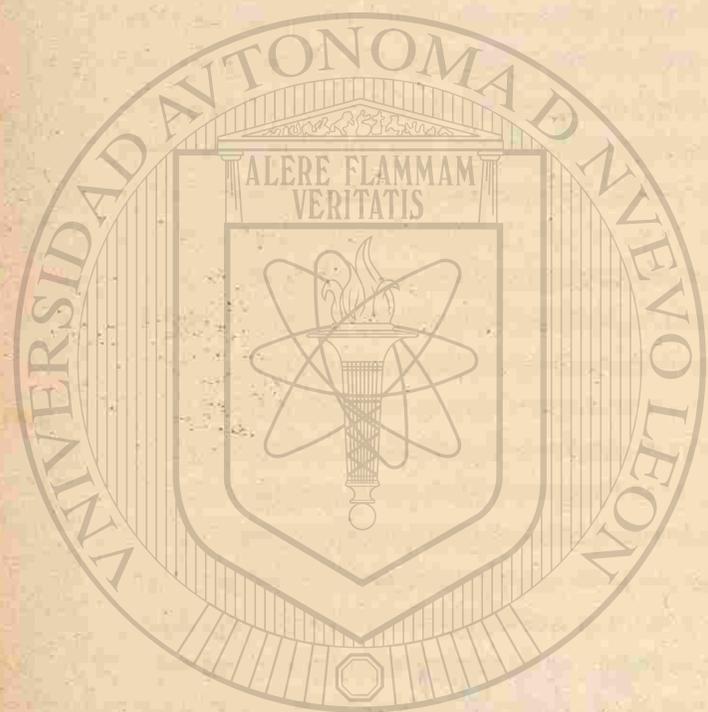
Por eso es tan de buen sentido teológico, buen sentido que brota en el hermoso discurrir de los mayores santos, esta sentencia: la grandeza, la belleza, la santidad de María, sólo Dios puede alcanzar á conocerla y sólo su excelsa Magestad puede amarla hasta el grado que esa dichosa Mujer merece.

¡Oh Madre nuestra dichosísima! Madre de pecadores, que no somos otra cosa; conozcamos por tí á nuestro Jesús y por tí amémosle más; conozcamos y amemos más y más á tí por tu Jesús, y de nuevo conozcamos y amemos más y más á Jesús, Dios por todos los siglos; y que de la recitación y meditación de tu Rosario, saquemos cada día más frutos de paz para el viaje y gran fruto de gloria en la Patria!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

La Visitación de la Virgen Santísima
á Santa Isabel, y Santificación del Bautista.

ES un abismo que invoca otro abismo, cada maravilla del Evangelio. La ciencia y el amor del misterio de la anunciación del Verbo encarnado, viene á completarse, y más todavía á multiplicarse, con la ciencia y el amor del gran misterio de la visitación de María á Isabel. ¡Un abismo absorbido en otro abismo! Y todo, ¡con qué sencillez de sucesos, de asuntos y de personajes! Mas en el fondo, ¡qué profundidad, qué magnificencia! y siempre ¡qué prodigios de verdad y de amor!

En el anuncio del ángel entró la noticia de que Isabel la estéril y anciana había concebido hacía seis meses; así es que, si la modesta y retirada María emprende con festinación un viaje de tres y cuatro días á las montañas donde mora Isabel, bastante se descubre el por qué del impulso divino para que la modesta levante su frente y deje en ella brillar el santo celo de la gloria del Verbo; bastante se descubre el por qué del impulso divino para que la retraída se deje ver del mundo. El

Dios que nos enseña á tener en oculto la oración, á la vez nos excita á que nuestra luz brille delante de los hombres para gloria de ese mismo Dios.

¿Para qué ese viaje de la modesta y de la retirada? Desde luego, ved ya la acción del Verbo que ansioso, como más tarde y por otros motivos lo diría, de poner luego á la tierra, ante todo va á ponerlo en su futuro Precursor y en la madre de éste y en su padre y en todos los pacíficos habitantes de las montañas de Judea; digno es esto del verdadero Dios, cuyo carácter sorprendente resplandece como aurora inesperada y brillantísima allí nada menos donde no se creía que brotase sino pobre luz.

¡Sí, es tan verdadero que el Verbo mismo se ha encarnado en el seno de esa doncella, que, sin tardanza su actividad le denuncia, digamos así, le pone en evidencia; de boca de la amable viajera sale una salutación sencilla á su visitada: "la paz sea contigo," y con ella basta para obrar prodigios. Juan salta de gozo en el vientre de Isabel y ésta recibe al punto la luz clara de lo que se ha obrado en el seno de María, y en términos equivalentes y á grandes voces clama: "¿qué es ésto? ¡Tú has concebido nada menos que á Dios; tú eres madre no ya de un hombre sino de Dios mismo que en tí se ha hecho hombre! ¿De dónde á mí tanta dicha, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?"

¡He ahí el pregón de la concepción del Verbo divino, de la concepción del Rey de los reyes; la voz no de un gran cortejo de potentes del siglo, sino de una humilde mujer de las montañas!

¿Qué es esto tan nuevo, tan sorprendente y original por su sencillez? Es esto nada menos que el obrar del

verdadero Dios. Este Dios, todo lo hace así; ya lo iréis viendo. Esa humilde Isabel ya veréis cuánta gloria reportará de ese su encomio; esa humilde María, ya veréis cómo en todo está á la altura de las prodigiosas magnificencias que en tanta sencillez ocúltanse, y ese párvulo que ya de sólo ocho días de concebido, va desplegando sucesos que después serán el pábulo inextinguible de los pensamientos y afectos de millones de hombres, no obra tan sencillamente, sino porque en verdad es Dios.

Estas bellezas celestiales, bellezas dignas de la verdad, las han meditado los Santos Padres. Venid y ved cuán suaves no menos que sabios son los conceptos que aquellas les inspiraron.

Del viaje festinado de la modesta Virgen, dice San Ambrosio: "Va (la Santa Virgen) no llevada de incredulidad con la revelación divina, no por incertidumbre en el anuncio, no como dudosa de la prueba á que se le remite con Isabel, sino por la alegría de un santo propósito, por la piedad de un oficioso afecto á su prójimo, con la solicitud que su gozo despertaba."

De la acción del humanado Verbo, dice Orígenes: "Jesús que estaba ya en el seno de la Virgen, se apresuraba á santificar á Juan también oculto aún en el seno de su madre."

Y Alápide, en comentario de esto, añade citando al venerable Beda: "Ha ido (la Santa Virgen) para felicitar á Isabel su parienta por la milagrosa concepción de Juan y para prestar sus servicios á la que estaba en cinta y además anciana, y por eso ha permanecido con ella todo el tiempo restante de tres meses de embarazo hasta el nacimiento de Juan." "Y con esto daba á los futuros siglos un ejemplo insigne de humildad y de ca-

ridad, por cuanto la que ya era madre de Dios y Reina del Mundo, se digna visitar á Isabel, la cual debía servir y humillarse ante María; con esto también nos excitaba á visitar, saludar, servir y favorecer á los miserables, á los pobres y á otros inferiores de nosotros, y á que lo hiciésemos con ánimo espontáneo y contento."

Del gozo del Precursor á la presencia del Mesías, dice bellamente Orígenes: "Santa era el alma del bienaventurado Juan, y encerrada todavía en el vientre de su madre y todavía por venir al mundo, sabía, como si la experiencia del sentido se lo hubiese dado á conocer, lo que Isabel ignoraba. Por eso saltó en el vientre, no como quiera sino de gozo, pues había sentido la presencia de su ya venido Señor para santificar á su siervo antes de salir del vientre de su Madre." "Es entonces—había dicho antes Orígenes—cuando Jesús hizo de su Precursor un profeta." De una manera semejante, dice Eutimio: "El Niño que la Virgen llevaba en su vientre, confirió al punto el dón de profecía al niño que también era llevado en el vientre de la estéril." Y, por fin, San León: "Aun no nacido Juan, se conmueve y salta de gozo (*exultavit*), como si ya dentro de las entrañas de su madre, exclamase: he aquí el Cordero de Dios."

Nota nuestro expositor la hermosa y sublime concordancia de ese *exultavit*, de ese movimiento de *regocijo* de San Juan, con el *exultavit*, con el *regocijo* de la Santa Virgen de que ella hablará en su amabilísimo himno del "Magnificat."

Y del gozo y de las grandes voces de exclamación profética de Isabel, con cuánta verdad y belleza nos regalan los Santos Padres, entre ellos San Bernardo, so-

bre estas palabras: "Bendito el fruto de tu vientre:" "Singolarmente es tuyo ese fruto de tu vientre, pero mediante tú, llega éste al alma de todos. De esta manera, en otro tiempo, todo el rocío estuvo en el vellón, todo en la éra, pero en ninguna parte de la éra estuvo todo como lo estuvo en el vellón. En tí sola ese Rey opulento y sobreopulento se anonadó, el Excelso se abajó, el Inmenso se apocó y se hizo menor que los ángeles. Por fin, el verdadero Dios é Hijo de Dios se encarnó, ¿y con qué fruto? Nada menos que con el de ser enriquecidos con su pobreza, levantados con su humillación, engrandecidos con su apocamiento y adheridos á Dios con su encarnación, de suerte que comencemos á ser un solo espíritu con él."

Y de esas otras palabras de Isabel dice admirablemente nuestro Alápide: "Palabras son estas (¿y de dónde á mí que la Madre de mi Señor se digne venir á visitarme?), palabras son éstas de humildad y reverencia suma, con que se reconoce deber el favor, no al propio mérito, sino al dón divino, como dice San Ambrosio. A la madre imitó Juan (¡armonía gratísima!) cuando al acercársele Cristo para ser bautizado, "yo soy, le dice, quien debo ser bautizado por tí; ¿y tú te dignas venir á mí para que te bautice?—Deja por ahora, le contesta Cristo, así es como conviene que se cumpla toda justicia." Mat. 3-14.

Pero sobre todo, cómo se ve en esta admirable escena de la Visitación la ley constante, el estilo sapientísimo de obrar del verdadero Dios, es á saber: siempre el propósito, siempre el designio de que los fieles se asocien, hagan coro, hagan cortejo á su Criador y Redentor, al Unigénito; que los que aman á Dios, se

amen entre sí; que porque aman á Dios, mutuamente se amen, y porque entre sí se aman, amen al que es causa y razón de todo amor. Eso por una parte, y por otra, que á Jesucristo en sus humillaciones no falte nunca una compensación de alabanza, aún más excelente que aquella de la cual por su abnegación se priva.

Y así, ni un momento dejó el Altísimo de tener en acción á su Santa Iglesia visible, no bien comenzó á tomar posesión de sus escogidos una vez hecho carne. Asombra ver cómo ese Verbo, apenas concebido en el vientre de la incomparable Inmaculada, saca tan excelente fruto de alabanza, de elementos tan desapercibidos á la mirada humana: la humildísima y joven Miriam, su prima la retraída Isabel, Zacarías el esposo de ésta é insensiblemente los habitantes montañeses de la comarca.

El Verbo se había hecho carne, la promesa por cuyo cumplimiento se movían las naciones y los imperios sin saberlo, estaba ya cumplida; la esperanza de Israel por la que trabajó en tantos siglos, estaba ahí como inmenso tesoro escondido á las miradas; la gloria de Dios vivo moraba ya en la tierra; con estupor profundo contemplaban los ángeles tamaña dignación, ¿y todos los humanos habían de callar?....

Dios de gloria y de santidad, ¿por qué no acudes con tu sabiduría á los intereses de tu honor supremo?....

¡Ah! no temáis por ello; sus intereses procurados están y vencedores en ese conflicto de la abnegación y de la gloria, y esto es admirable; la sabiduría divina ha obtenido un espléndido triunfo. Y de ese triunfo es el autor no sólo el Dios del cielo, sino su humilde Esclava. Solícita en extremo andará la Doncellita por procu-

rar los intereses de su Dios y Esposo, de su Dios é Hijo, de su Dios y Padre, apenas sentido el impulso de su Espíritu Santo. Ha volado á las montañas á glorificar al Verbo, á glorificar al Padre, á glorificar al Espíritu Santo, á santificar á Juan Profeta y Precursor del Salvador, á congratularse con Isabel y con Zacarías, á celebrar las maravillas de la naciente aurora de salvación, á congregarse en uno los corazones de los buenos israelitas para no dejar sin alabanza al Dios salvador suyo, mientras llegan los días de una alabanza de mayor número de fieles con la formación de *la Iglesia grande*.

“¿De donde á mí que la Madre de mi Señor se digne venir á visitarme? ¡Bendita tú entre las mujeres, bendito el fruto de tu vientre, dichosa tú la que has creído!” dice la inspirada Isabel. Sublime es sobre toda alabanza criada la contestación de la Doncellita: “¡Mi alma engrandece al Señor! ¡Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador!” Como quien contestase, según observa felicísimamente San Bernardo: “Tú, Isabel, engrandesces á la Madre del Señor; pero el alma mía no engrandece sino al Señor. A mi palabra atribuyes la gloria de haber saltado tu hijo de gozo; pero mi espíritu regocíjase y como que salta de gozo en el Dios Salvador suyo.”

¡Qué alabanza tan cumplida la de esas dos santas mujeres ignoradas por entonces de los humanos, y sin embargo, Reina la una hasta de los más encumbrados ángeles, y Madre la otra del hombre más santo que entre los simples hombres haya nacido! He ahí al Verbo en plena acción, en plena sabiduría allí en donde los ojos del mundo y sus oídos nada veían ni escuchaban que valiese la pena.

Grande alabanza á Cristo y al Padre, grandes prestaciones de caridad fraterna en bienes inmensos eternos y temporales, tenemos ya en esa al parecer pequeña iglesia formada del oculto Jesús y del oculto Precursor, niños aún en el vientre materno, y de las dos santas familias. Esa es la obra del recién concebido Verbo, cuya palabra "ni estará ociosa ni volverá vacía."

Amable lector: no ceses de pensar en esas maravillas de la Visitación, y de alabar por ellas á nuestro buen Dios humanado y á la Doncellita incomparable, Madre de su divino Verbo.



CAPÍTULO VIII.

La Visitación de la Santísima Virgen.
El Cántico del "Magnificat."

SEGÚN antes dijimos, es ley constante en el obrar de Dios, que á Jesucristo en sus humillaciones no falte nunca una compensación de alabanza, aún más excelente que aquella de la cual por su abnegación se priva. Y así la gran palabra aquella, consignada en profecía en boca del real Profeta y aplicada después por el mismo Jesucristo, en la ocasión de su entrada triunfal en Jerusalem, el último domingo que precedió á su pasión y muerte, no deja un punto de cumplirse: "de boca de niños y de los que aún penden del pecho de su madre, has sacado perfecta alabanza contra tus enemigos."

El cumplimiento de esa ley vémoslo obtenido de un modo aún más excelente en esa escena de la Visitación, no sólo porque aun no nace el niño que dá tan grande alabanza, sino porque ésta ha sido tan cumplida, tan perfecta, no bien ha sido motivada por ese niño aun no nacido, que no parece sino que toda la acción del divino drama de la visitación de María á Isabel, ha sido dispuesta por la Providencia Divina para producir ese

Grande alabanza á Cristo y al Padre, grandes prestaciones de caridad fraterna en bienes inmensos eternos y temporales, tenemos ya en esa al parecer pequeña iglesia formada del oculto Jesús y del oculto Precursor, niños aún en el vientre materno, y de las dos santas familias. Esa es la obra del recién concebido Verbo, cuya palabra "ni estará ociosa ni volverá vacía."

Amable lector: no ceses de pensar en esas maravillas de la Visitación, y de alabar por ellas á nuestro buen Dios humanado y á la Doncellita incomparable, Madre de su divino Verbo.



CAPÍTULO VIII.

La Visitación de la Santísima Virgen.
El Cántico del "Magnificat."

SEGÚN antes dijimos, es ley constante en el obrar de Dios, que á Jesucristo en sus humillaciones no falte nunca una compensación de alabanza, aún más excelente que aquella de la cual por su abnegación se priva. Y así la gran palabra aquella, consignada en profecía en boca del real Profeta y aplicada después por el mismo Jesucristo, en la ocasión de su entrada triunfal en Jerusalem, el último domingo que precedió á su pasión y muerte, no deja un punto de cumplirse: "de boca de niños y de los que aún penden del pecho de su madre, has sacado perfecta alabanza contra tus enemigos."

El cumplimiento de esa ley vémoslo obtenido de un modo aún más excelente en esa escena de la Visitación, no sólo porque aun no nace el niño que dá tan grande alabanza, sino porque ésta ha sido tan cumplida, tan perfecta, no bien ha sido motivada por ese niño aun no nacido, que no parece sino que toda la acción del divino drama de la visitación de María á Isabel, ha sido dispuesta por la Providencia Divina para producir ese

gran fruto de eterna alabanza: el soberano cántico del *Magnificat*.

Es éste el compendio más acabado de la glorificación de Dios en boca de humana criatura, como que es la efusión del más perfecto amor que pudo abrigarse en esa alma prodigiosa, en cuya producción y santificación se agotaron, por decirlo así, los dones todos del Omnipotente y Misericordioso.

Hay que observar con San Bernardo, que en la producción de ese cántico se puso la Virgen Santísima á tanta altura de su destino, de su misión, de su vocación, que esta altura sólo puede medirse por la profundidad de su humildad; su humildad era el impulso de su amor; éste era tan grande como aquella; por eso de humildad tan profunda, se ha elevado por medio del amor al mayor grado de magnanimidad que puede concebirse. Y así, aunque humildísima, fué tan magnánima en la fe de la promesa recibida del ángel, que no dudó haber sido elegida para tan gran misterio, y sí creyó que luego tendría de ser la verdadera madre del Dios hombre. Esto es lo admirable de la gracia de Dios en sus escogidos, que ni la humildad los hace pusilánimes ni la magnanimidad arrogantes.

Ese excelente espíritu es el que anima el cántico del *Magnificat* todo íntegro: humildad profundísima, amor inmenso, magnanimidad altísima: "Mi alma glorifica al Señor. . . . Mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío. . . . Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava. . . . Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquél que es todopoderoso. . . . Hizo alarde del poder de su brazo. . . . Derribó del sólio á los poderosos, y ensalzó á los humildes."

Es como quien dijese, conforme á lo antes indicado, según lo hace notar el sabio comentador: "tú, oh Isabel, *me glorificas* por cuanto me honras con el título magnífico de Madre de Dios, y celebras los grandes favores que Dios ha dispensádome; pero *yo glorifico á Dios* y le celebro, porque ha héchome grande al darme tan grande Hijo, que nada menos es Dios mismo, y se ha dignado obrar en mí tan gran misterio como la Encarnación de su Verbo."

En ese cántico, el más excelente de los que se registran en las Santas Escrituras, que el de Moises, Débora, Anna, Ezequías, el de los tres Niños y el de Isaías, se alude á todos ellos y se les supera con mucho. Y así, la Santa Iglesia Católica Romana no cesa de recitarle y cantarle con rito solemne todos los días en el oficio de Vísperas, para celebrar y gloriñicar con él al Omnipotente y Misericordioso, como la mayor suma de alabanza que á Dios pudiera ofrecer en acción de gracias por la Encarnación del Verbo y por los otros dones recibidos, y como para beber é inundarse en esos afectos de devoción, de piedad, de amor, de regocijo en que al dictar ese cántico se engolfaba la Santísima Virgen, inspirada del cielo.

Es indudable que ese gozo supremo de la Santísima Virgen de que siempre estuvo poseída, si bien alternado con grandes dolores, y principalmente el gozo en la ocasión que prorrumpió en el cántico del *Magnificat*, debió haber acabado con su vida, á no haberla sostenido la gracia especial que reclamaba su gran destino. Después del gran milagro, del milagro infinito que la constituyó Madre de Dios, no es posible explicar la subsistencia de la vida terrena en María, sino me-

diante un orden permanente de milagros; en el destino soberano de esa incomparable Reina, lo natural es el milagro. Por eso la fe de los creyentes supera tanto en buen sentido á la razón de los incrédulos. Y son por eso dignos de lástima esos pérfidos jansenistas y esos contagiados católicos que tan poco dispuestos se muestran á aceptar las piadosas revelaciones de las almas santas, en que predomina ese altísimo buen sentido con que se afirma ese milagroso orden de vida de la Madre de Dios; milagroso debía ser en todas sus situaciones, en todos sus instantes, por más que á la vista del mundo, á semejanza de Jesucristo, la Bendita entre todas las mujeres, la Reina de los ángeles, la Primogénita de todas las criaturas, no haya pasado sino inadvertida y como una simple mujer.

Para que pueda columbrarse todo lo que significan esas palabras de transporte, de gozo; todo su alcance, toda su intención, que hacen de dicho cántico una maravilla, reflexiónese todo lo que importa esa expresión de "Salvador mío," que según los expositores bien podría traducirse: "Jesús, el Dios mío." "Mío" y muy propiamente podría decir la incomparable Madre: porque Jesús es mi hijo, porque es mi Salvador muy especialmente, como que me preservó de todo pecado y me enriqueció con toda gracia; como que también ha héchome la mediadora de la salvación de todos los hombres, de suerte que yo he venido á ser como la causa y la Madre de la salvación de todos los que han de salvarse.

Y si por las alabanzas que con tanta espontaneidad, verdad y justicia nos sentimos impulsados á elevar á la que es dueña, por decirlo así, como madre, de ese Jesús Salvador suyo; si por esas alabanzas hemos de

inferir toda la gran razón, la inmensa razón del gozo de esa Reina y todo lo que vale su cántico, he aquí algo de tanto que en su honor pudiera decirse, con que nos desempeñará el dichoso San Efrén, quien así elogia á la Santísima Virgen:

"Reina de todos, esperanza de nuestros padres, gloria de los Profetas, prez de los Apóstoles, honor de los Mártires, alegría de los Patriarcas, cabeza de todos los Santos, corona de las Vírgenes.... Salve, vaso espléndido de Dios; Salve, estrella esplendorosa de la que salió Cristo; Salve, cántico de los Querubines é himno de los Angeles; Salve, paz, gozo y salud del mundo; Salve, alegría del género humano; Salve, encomio de nuestros padres y ornamento de los Profetas; Salve, hermosura de los Mártires y corona de los Santos; Salve, gloria de los Piadosos; Salve, milagro insigne de toda la tierra; Salve, paraíso de delicias y de inmortalidad; Salve, árbol de la vida, contento y recreo; Salve, valle de los fieles y salud del mundo; Salve, resurrección del Progenitor Adán; Salve, madre de todos; Salve, fuente de gracia y de consuelo; Salve, refugio y amparo de los pecadores; Salve, propiciatorio de los atribulados."

Si esto es así y mucho que lo es, ¿no tiene inmensa razón la dichosa Virgen con ese transporte de gozo en el Dios su Jesús?

Y este gozo la hace convertir de nuevo la mirada á sí misma: "Porque ha puesto (Dios) los ojos en la bajeza de su esclava: por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquél que es todopoderoso y cuyo nombre es santo."

¡Qué acierto en este concepto: “la bajeza de su esclava,” contrapuestas á la grandeza de Dios! ¡Qué insignie profecía esa: “ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones;” todo podrá negar el incrédulo, menos que esa profecía se ha cumplido espléndidamente! Con razón San Agustín comenta así con bella palabra el pasaje: “tú, oh Isabel, dices de mí: bienaventurada tú que creíste; pero yo digo: ya desde ahora (que he concebido al Hijo de Dios) me aclamarán bienaventurada todas las generaciones.”

“¡Bienaventurada!” por muchos títulos que el piadoso Gersón reseña sabiamente: “bienaventurada, primero, “porque has creído,” como exclama Isabel; bienaventurada, segundo, porque “eres llena de gracia,” como Gabriel te saluda; bienaventurada, tercero, y bendita, porque es bendito el fruto de tu vientre; bienaventurada, cuarto, porque ha hecho en tí cosas grandes el que es todopoderoso; bienaventurada, quinto, porque eres la madre del Señor; bienaventurada, sexto, porque has sido fecundada conservando el honor de la virginidad; bienaventurada, séptimo, porque ni antes de tí hay alguna que te sea igual ni después de tí puede haberla.”

Que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, se ha cumplido en tal grado, que de siglo en siglo la aclamación crece, y á tal punto, que en el porvenir del tiempo en que esto escribimos no son de preverse sino nuevos aumentos en la grandeza de esa proclamación; bástenos hacer notar los grandes triunfos del culto de la Inmaculada Concepción en Lourdes, á la vez que ese movimiento de conversión de la protestante Inglaterra, entre otros sentidos en el de honrar á la imagen de la Virgen Santísima, que ha sido eri-

gida y ceñida de aureola en la Catedral protestante de San Pablo de Londres últimamente.

“Ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso.” Sí, y las reseña en breves conceptos el Cardenal Hugo: “primero, su santificación en el vientre de su madre; segundo, la salutación del ángel; tercero, la plenitud de gracia; cuarto, la concepción de su hijo; quinto, su fecunda virginidad; sexto, su virginal fecundidad; séptimo, su glorificada humildad; octavo, la prontitud de su obediencia; noveno, la devoción de su fe; décimo, su prudente pudor; undécimo, su pudorosa prudencia; duodécimo, el dominio del cielo.” En su más sucinto lenguaje Santo Tomás de Aquino, escribe que “Dios puede hacer mejores cosas de las que ha hecho, excepto tres: la Encarnación del Verbo, la Maternidad de (para con) Dios, y la bienaventuranza del hombre en la visión de Dios.”

Pero la excelsa Reina, atenta siempre á la gloria de su Dios, su Señor, su amor y su Hijo, no pierde de vista las glorias que á él pertenecen, ni tampoco el bien de sus semejantes, y por eso canta esa “misericordia que se derrama de generación en generación sobre los que le temen;” y canta no menos ese “alarde del poder del brazo divino, que ha deshecho las miras del corazón de los soberbios, derribado del sólio á los poderosos, ensalzado á los humildes;” que “ha colmado de bienes á los hambrientos, y á los ricos los ha despedido sin nada.”

La Reina de la misericordia, que obtuvo de su Dios cuanto en misericordia podía recibirse y que por eso fué más que todo constituida Reina de la misericordia, al agradecer á su Dios el mayor de sus dones, no po-

ría olvidar á la multitud de los favorecidos mucho, pero en grados menores que ella, y, á la vez, la Mujer fuerte, la magnánima, tampoco podía olvidar sin dar gloria á su Dios, las ruidosas venganzas con que el Señor había herido en los pasados siglos y tendría de herir en los venideros á los malvados.

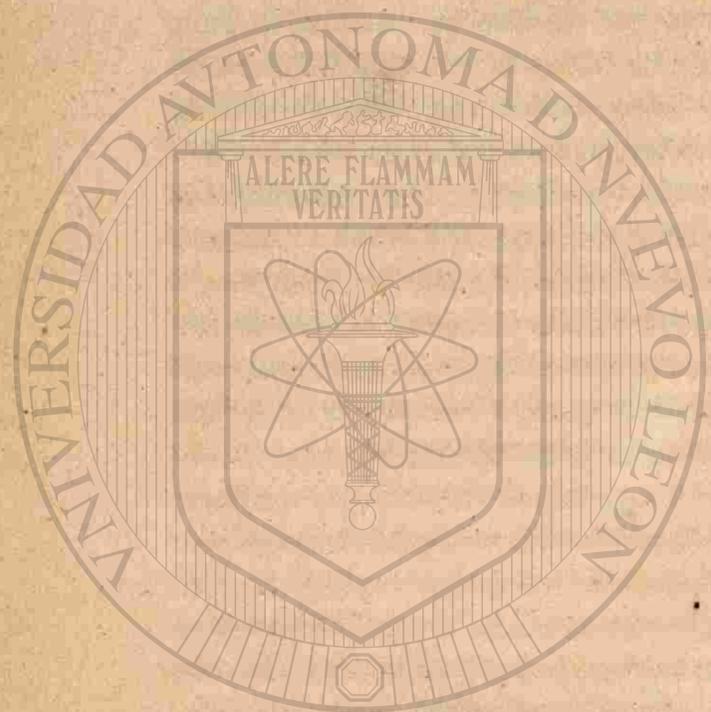
Ni menos podía olvidarse la excelsa Reina, de esos que habiendo hambre y sed de lo justo y de lo santo, han sido saciados. En ese su encomio no tanto alude á palabras semejantes de Anna la de Samuel, cuanto á sí misma cuya ansia de justicia y de santidad ha sido infinitamente saciada con la concepción del Verbo divino y con el perpétuo gozo de su divina maternidad; y alude no menos á la Santísima Eucaristía, á ese Pan del cielo, Pan de vida descendido del cielo. Admire nuestro amado lector la concordancia de estas palabras de bienaventuranza para los pobres, los humildes y los sedientos de justicia, con esas otras que más tarde el Mesías, hijo hermosísimo de nuestra hermosa Profetisa, proferiría en más extensa proclamación: las ocho Bienaventuranzas.

Por fin, en ese cántico prodigioso, la gran Señora de todos los siglos pone por término y como epílogo de su entusiasmo, ese "acogió" á Israel su siervo, según la promesa hecha á nuestros Padres, acordándose de su misericordia," palabras que expresan con vivísima elocuencia el objeto de la Encarnación del Verbo: la Redención del género humano, la salvación del amado pueblo israelita y de todos los verdaderos israelitas hijos de Abraham por la fe que no por la carne, la liberación, de unos y otros, del pecado, de la muerte, de la condenación eterna, de los cuales males tristísimos,

á fin de librarnos á todos, compadecido Dios, al fin nos enviaba á su Cristo.

¡Ese es tu cántico, Profetisa nuestra dichosísima! ¡Tú lo dictaste á Ella, Dios de misericordia, Espíritu divino procedente del Padre celestial y de ese Verbo ya hecho entonces Dios con nosotros, hermano y víctima futura nuestra! ¡Dadnos, Trinidad Santa, esa sabiduría con que mediante los conceptos de ese sapientísimo y amorosísimo cántico, en cuya meditación no cesemos nunca de gozarnos, lleguemos á conocer al divino Jesús y á su Madre amabilísima, y lleguemos á amarlos tanto cuanto á los mejores os dignéis concederlo durante esta vida de aprendizaje y de merecimiento! Nada más queremos, mientras de esta vida se trate.





CAPÍTULO IX.

El Nacimiento del Niño Dios.

CONCORDANTE con el misterio de la Cruz y con el de la Santísima Eucaristía, tenía que ser el del nacimiento del Verbo humanado, en cuanto á la pasmosa sencillez con que en esos actos de la sabiduría divina se encubren sus designios prodigiosos de amor y de misericordia. Ese estilo es sólo de Dios; el hombre no obra así. Lo que al modo de ver de los gentiles era un obstáculo para no entender lo divino, lo soberanamente divino de Jesucristo y de los hechos de su historia, á los ojos del sabio cristiano es el motivo más poderoso de su fe, así como para los del justo el incentivo más potente de su amor.

Jesucristo nacido en la pobreza, en una gruta, en un establo de la posada pública, es cosa que tenía de sublevar el criterio perverso de los malos judíos y el depravado de los gentiles. Necesario era estar en el secreto de las ternuras del Omnipotente, Sabio y Misericordioso, para entender estilo semejante; del Omnipotente que, si de una manera se ocultaba, de otra se descubría, se revelaba, ya al interior del alma por su

gracia, ya á los ojos de todos por el contraste de un prodigio siempre contrapuesto á cada humillación; del Sabio que, constituido en maestro y en doctrina viva por el ejemplo, de lo que al hombre convenía para ser curado, usó y muy bien de prodigios de humildad y de pobreza contra el mal de que adolecemos, que es en resumen la soberbia y la concupiscencia; por fin, del Misericordioso, que, deseando ante todo y después de todo ganarse nuestros corazones, no podía hacerlo mejor que excitando nuestro enternecimiento.

Infinitas gracias demos, pues, á nuestro Padre celestial por medio de nuestro hermano Jesucristo y de la amable Madre de ese Dios hombre, porque podemos entender y acariciar con toda la ternura de nuestra alma esas dulcísimas palabras de los Profetas y de los ángeles: "Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado," á la vista de Jesucristo recién nacido, en los brazos de la incomparable María ó reclinado en el pesebre; á la vista del castísimo José, de los Pastores radiantes de contento, de los Reyes de la Arabia que adoran y creen en ese Niño, cuando parece que los aires resueñan todavía con ese cántico de triunfo que ya nunca cesará de resonar: "gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;" y cuando parece que la estrella de Jacob todavía está sorprendiendo nuestras miradas con su aparición tan prodigiosamente cumplida.

Este es el Niño que tantos siglos esperaron los Patriarcas, los Profetas y los mismos gentiles que habitaban en sombras de muerte; éste es el Niño del cual, ser la Madre, es el bien mayor que cupo á la mejor de las criaturas, á la Reina de los ángeles y de todos los

Santos; éste es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; éste es el que ya hecho hombre tendría de convertir á una meretriz en un prodigio de santidad y de amor todo celeste, á doce pescadores en portentos de pescadores de hombres; y á miles y miles de malvados, en ejemplares de rectitud y de justicia.

Este es el Verbo de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, que mediante ese admirable Sacramento de su Encarnación, haciéndose verdadero hombre, es una "nueva luz que ha brillado con gran claridad á los ojos de nuestra alma, á fin de que conociendo á Dios visiblemente, por él seamos atraídos al amor de las cosas invisibles."

Y así, nuestro constante pensamiento y conversación no debe ser otro que del Verbo encarnado, del cual hacemos diario recuerdo y aun la renovación en el sacrificio de la Misa. El fué siempre el asunto de todos los pensamientos y afectos de la bienaventurada Virgen y de José. El lo ha sido de la Santa Magdalena que por todas partes hacía compañía á Cristo, y muerto su Magestad no se ha retirado ella al desierto, sino para meditar y admirar constantemente este gran sacramento de piedad que había visto con sus ojos. El lo ha sido también de los Apóstoles y de San Pablo. Por esta causa Santa Paula, Santa Eustoquia y tantas matronas y potentados emigraron con Jerónimo á Belem para tenerlo allí como presente, como si le estuviesen viendo siempre recién nacido y reclinado en el pesebre. El ha sido siempre el objeto de todos los pensamientos de San Bernardo, que cuando de él trata, y esto repetidas veces, parece que su alma toda se liquida de suavidad y se excede á sí mismo, pues tratando de él pa-

rece ángel y no hombre el que habla. Y así San Francisco se embelesaba con el Niño Dios, y con gran dulzura interpelaba al *parvulo de Belem*, y en sus alocuciones no repetía otra cosa que estas palabras: "Amemos al parvulito de Belem." Pide, pues, á Cristo, oh tú, quien quiera que seas, religioso, sacerdote ó seglar, que úna consigo tu carne y tu alma y que la gobierne, así como unió á sí y gobernó á aquella que por tí tomó en su encarnación con este mismo fin.⁽¹⁾

¡Cuánto amor en esta conducta del Dios verdadero; llega hasta lo sorprendente, hasta el transporte! ¡Esas fajas que ciñen al Dios Omnipotente convertido en niño, ¡qué ternura de sentimientos despiertan en el mortal infortunado cargado con las cadenas de todas las servidumbres de la vida miserable, pero ninguna peor que la del pecado! ¡Con razón el pródigo Dios ponía en boca del más elocuente y magnífico de los Profetas, Isaías, setecientos años antes del increíble suceso, esas palabras que justamente debían ser las que mayor ternura despertasen en el nuevo Israel al contemplar la pasmosa abnegación del Verbo hecho carne y recién nacido, palabras de amorosa queja que arrancarían lágrimas á los más desamorados: "Conoce el buey á su poseedor, y el asno el pesebre de su dueño; sólo Israel no me ha conocido!"

El buey, el asno; ¡qué expresiones tan simbólicas para designar ese par de pueblos que se dividen el mundo y su historia: el de los judíos y el de los gentiles!

Todos los cristianos debemos tener nuestra confianza en ese Cristo reclinado en el pesebre, cuando pensemos en quién es, en lo que quiere y en lo que pue-

(1) Alápide.

de respecto de nosotros. ¡Cuán grandes cosas puede respondernos por boca de sus Profetas, apenas le preguntemos quién es y qué quiere de nosotros y para nosotros:

Isaías nos dirá: "Un parvulito nos ha nacido, se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el admirable, el consejero, Dios...."

Lo mismo nos dirá David, el Rey poeta y profeta: "Grande es el Señor y en extremo digno de alabanza;" y el Señor es ese mismo Niño, ese amable Niño, en extremo amable. "Hemos recibido, ¡oh Dios! tu misericordia en medio de tu templo; porque este (Niño) es Dios, nuestro Dios para siempre, y por siglos de siglos él será nuestro rey eternamente."

Daniel nos dirá: "Millares de millares estaban á sus órdenes, y miriadas de centenas de miles asistían á su presencia."

Salomón, el sapientísimo Rey, hace la historia de su eterno nacimiento: "El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna. Todavía no existían los abismos de los mares, y yo estaba ya concebido..... Cuando extendía él los cielos estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito; cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas, con él estaba yo disponiendo todas las cosas y eran mis diarios placeres el holgarme en la creación del Universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres."

Con razón, pues, San Agustín exclama contemplando á Dios hecho niño: "¡Oh milagros! ¡oh prodigios! ¡oh

misterios! hermanos míos: las leyes de la naturaleza se cambian; en el hombre nace Dios. (in homine Deus nascitur); la Virgen concibe sin obra de varon y á la que varon no conoce, la palabra de Dios la hace concebir, quedando ella á la vez hecha Madre y siempre Virgen, hecha Madre pero sin ser violada. ¡Oh admirable y exquisita conciliación. ¡oh nueva é inaudita unión! Dios que és y que era Criador se hace criatura, el Inmenso es abarcado, el que enriquece á los ricos se hace pobre, el incorpóreo se reviste de carne, el invisible queda visible, palpable el impalpable; es comprendido el incomprendible, y Aquél al que no cesan de bendecir cielos y tierra es puesto en un estrecho pesebre.”

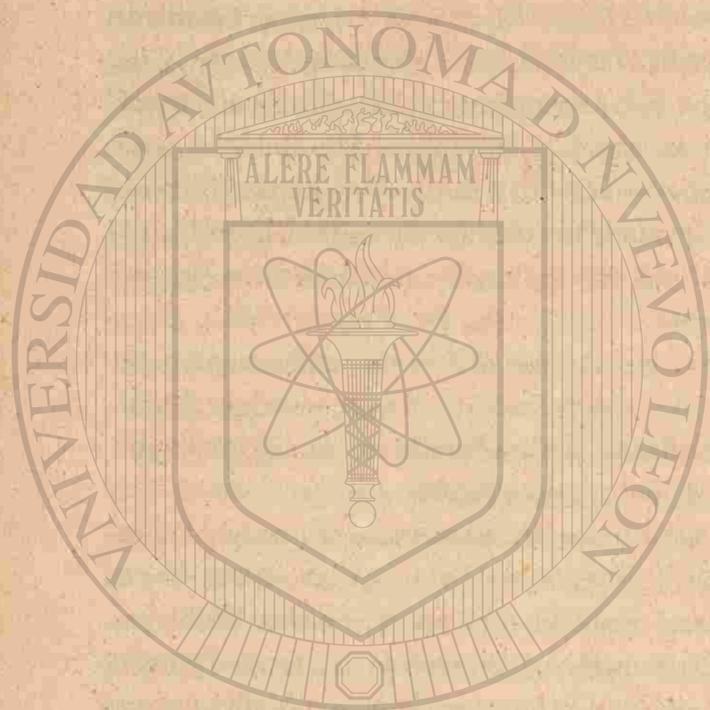
¿Qué es lo que hace un Dios tan grande en esa pequeñez de un cuerpo, en esa estrechez de un pesebre? Oigámosle en esa cátedra enseñando y predicando, no ya sólo con la palabra sino con el hecho: “Yo que con tres dedos sostengo la mole de la tierra, que de la nada he criado el cielo y la tierra; yo Rey de gloria y Señor de la Majestad, ante quien se estremecen las columnas del cielo y se inclinan las que sostienen el Orbe, he venido ¡oh hombre! sólo por amor tuyo, sólo por librar-te del pecado y de la condenación del infierno eterno, y para conducirte felizmente al cielo; he venido *saltando por los montes y transponiendo los collados*; he saltado del cielo á la tierra, del seno del Padre al vientre de la Virgen, de este seno á la tierra, de la tierra hasta la Cruz, de la Cruz hasta los infiernos, de éstos he vuelto á la tierra y de la tierra al cielo, para que ya libertado tú del infierno te devolviese al cielo. Por las entrañas de la misericordia mía, te he visitado como un sol que hace su oriente en lo alto del cielo y he unido hipostática-

mente y he ligado con vínculo estrechísimo, el cielo á la tierra, el espíritu al barro, Dios al hombre. Me he hecho pequeñito, tu hueso y tu carne; me he hecho hombre para hacerte Dios. En el pesebre estoy humillado entre las bestias como si fuese alimento del buey y del asno, porque tú como jumento vivías vida bestial revolcándote en la carne y la sangre. He tomado carne para que comas mi carne, y carne no de jumento sino de Dios, para que uniéndola á la tuya, como Eliseo á la del niño al cual resucitó, te inspire el aliento de la vida celestial y divina.”⁽¹⁾

Con razón los ángeles con santa impaciencia parecen impeler á los pastores á ver el gran prodigio, á adorarle, á glorificarlo, á agradecerlo con la efusión humildísima de los pobres de corazón.

Vence, ¡oh hermoso Niño! nuestros corazones; gánalos si aún los encuentras duros, para que no queden en vano tus finezas. Y ¿quién otro sino tu excelsa Madre podrá secundarte mejor en ese triunfo que tanto te empeñas en conseguir? ¡Oh hermoso Niño, oh Madre incomparable, abrasadnos en el amor vuestro! ¡Qué dicha tan grande la de los que sepan, encuentren y se apoderen de ese tesoro! ¡Qué más necesitamos, sólo vosotros lo valéis todo, todo lo podéis; sin vosotros no hay dicha ni bien!

(1) Alápide



CAPÍTULO X.

María en el Nacimiento de su Divino Hijo,
y su admirable Esposo José.

QUANTOS esplendores, á pesar de hallarse velados por la humanidad naciente del divino Verbo, son sin embargo esplendores de Dios y no pueden menos de deslumbrarnos.

¿Cómo conseguir aquel fruto copioso de admiración y amor de que son dignas infinitamente tantas finezas de nuestro buen Dios humanado? ¿Cómo conseguirlo?

Tomando nada menos el mismo camino que la Providencia Divina preparó para tan gran fin: convertir nuestras miradas á María y á José; nuestras miradas principalmente á esa gran Mediadora del Mediador divino y al castísimo Esposo de esa Mediadora. No en vano por eso la persona de Jesucristo se nos ofrece siempre en todas las situaciones, acompañada de la insigne persona de su Santa Madre, desde su encarnación en su virgíneo seno, hasta su espiración en el Gólgota; desde su gloriosa resurrección hasta la venida de su Espíritu Santo sobre los Apóstoles; y en las primeras de esas escenas de la infancia y adolescencia de Jesucristo

no deja tampoco de verse el dichoso Esposo de María. Así lo quiso la Divina Providencia y mucho convenía fuese así, como ya lo notamos en el Capítulo previo á la exposición de los Misterios del Rosario.

Así, pues, ¡oh Madre nuestra! y vos José su Esposo castísimo, decidnos algo de lo mucho que vuestros corazones atesoraron en esas horas y en esos días eternamente memorables del nacimiento de vuestro Hijo. Ante todo, ¿á quién se deben esas páginas tan deliciosas en que se nos refieren la concepción del Verbo divino, la de Juan Bautista, las hermosas escenas que á ello siguieron, así como las del nacimiento del Niño Dios y la adoración de los Pastores y los Magos? A vos, Señora Nuestra, que como lo consignásteis en ellas por mano del dichoso Evangelista San Lucas, conservábais todas esas cosas y las meditábais en vuestro corazón; de suerte que con eso fuísteis ya no sólo la humilde esclava del Señor, ya no sólo la admirable Madre de su Verbo, ya no sólo la salmista de sus glorias, sino la previsora cronista de sus portentosas proezas, las proezas de su ternura!

Nota por eso con razón nuestro comentador Alápide, que en esta conducta de la Santa Virgen, se tiene un ejemplo insigne de su callar y de su modestia, tanto como de su celestial prudencia, á la vez que de su firmísima fe y esperanza; que si admiraba lo presente, proveía á lo porvenir; como que no descuidaba de concordar esas demostraciones de humildad suma del divino Verbo, con esas otras de magestad también suma, las del establo con las del cielo, las de los pañales con las de aquellas palabras del Profeta en el salmo 103, "circundado está de luz como si se vistiese de ella;" el

pesebre con el tronco de Dios, las Bestias con los Serafines.

¡Qué gozo no sería, pues, el que inundaba el alma de la Santa Virgen al brotar de sus entrañas el divino Niño, no de otro modo que como la luz hace su paso á través de un cristal; no de otro que como el Cristo resucitado dejó intacta la cerradura de su sepulcro; no de otro que como ese mismo Resucitado se presentó en medio de sus discípulos sin que precediese apertura ninguna de las cerradas puertas! ¡Qué transporte el de su alma amorosísima! ¡Qué afectos incomparables de agradecimiento! ¡Qué himnos en tono aún más glorioso que el de su inmortal *Magnificat*! "¡Cantémos al Señor un cántico nuevo," prorrumpiría con su padre David, "porque ha hecho cosas admirables!" para exceder después en incomparable comentario cuanto dijera el Rey Profeta: "¡Señor, Señor Dios nuestro (y no podía menos de agregar: "y por vuestra bondad también mi hijo"), cuán admirable es vuestro nombre en toda la redondez de la tierra!"

Pero si de esos transportes pasaba la Señora á los que produjese la ternura de su corazón de madre, ¡quién como ella tendría mejor derecho para decir á la letra al Dios Niño las ternuras del Cantar de los cantares: "reciba yo el beso santo de su boca; porque son tus amores, oh dulce Esposo mío, mejores que el más sabroso vino, fragantes como los más olorosos perfumes." Pero después, al reflexionar que ese Niño no era sino el Cordero de Dios, futuro Redentor del mundo por su sangre, cómo no le diría también: "Manojito de mirra es para mí el amado mío, entre mis pechos quedará; racimo de ciprés es mi amado para mí, cogido de

las viñas de Engaddi." Derecho mejor que ninguno tenía entonces la Virgen Madre para apropiarse estas palabras de su divino Esposo á la Esposa de los cantares: "¡Oh y que hermosa eres, amiga mía! ¡cuán bella eres! son tus ojos como los de la paloma;" y contestarle ella: "Tú, sí, amado mío, que eres el hermoso y el agraciado."

No puede darse en la presente vida, como ni en la futura, mayor incentivo de amor, que el de una madre, cuyo Hijo hombre, sea también verdaderamente y en todo rigor el Dios del cielo, el Dios único y verdadero. Semejante objeto de amor es cuanto puede idearse de más amable; porque si el amor de una madre cuyo hijo es puramente hombre, ya de por sí es grande en extremo, fuente de los más exquisitos y delicados afectos, de nobilísimas acciones y de sublimes hazañas, ¿qué será el de aquella madre á la cuál no obliga el decir á semejanza del Criador del Océano: "de aquí no pasarás;" y antes, por el contrario le incumbe, le es reclamado, le es tan plausible como debido, el amar á su Hijo, si posible fuese, con amor infinito, cumpliendo con exactísima propiedad lo que dice también la Esposa de los cantares: "mi amado es todo para mí y yo toda de mi amado;" y realizándose en ella lo que esa mística esposa profería tan sólo como un ensueño de su corazón: "¡oh quién me diera, esposo mío, que tú fueses como un niño que está mamando á los pechos de mi madre, para poder besarte aunque te halle fuera y á la vista de todos!" Lo que en una madre común fuera exceso, en la Madre del hombre-Dios es lo ajustado y lo perfecto; lo que en aquella fuera deplorable idolatría, en la Madre de Dios no es sino cumplidísima adoración,

concierto dichoso de todos los amores, fusión envidiable del más tierno de los cariños y de la más santa de las adoraciones.

¡Atrévase, quien pueda, á persuadirse de que en ese ideal para siempre bendito de madre de Jesucristo, de madre del Verbo encarnado, de madre de Dios, haya podido comprender, haya podido analizar, haya podido conjeturar todos los tesoros de sabiduría, de santidad y de virtudes, de ternuras, dulzuras y glorias que en Aquél se encierran! Todas las horas, días y años de una vida de contemplación, y la duración misma de la eternidad, no son bastantes para agotar la inteligencia de tantas grandezas, el agradecimiento de tal dignación, el gozo de tantas delicias. ¡Pobres protestantes, que lejos de conjeturar, según parece, la existencia de tan inapreciable tesoro, se empeñan en persuadirse y persuadir á los flacos, que la maternidad divina de nuestra Reina y Reina de los ángeles, no importa tanto como nuestro buen sentido forzosamente supone! ¡Dichosos los creyentes sabios y los sencillos de poco saber en todo lo demás, que no disipan la cuantiosísima herencia que se contiene en estas palabras, que hacen estremecer de asombro al cielo y de contento á la tierra, contenidas en el divino Nuevo Testamento: "María, de la que nació Jesús."

Eso supuesto, si el ideal de madre de Dios, realizado en la madre del Verbo humanado, es tan prodigioso en cuanto al amabilísimo objeto propuesto á la mujer madre de un niño y Niño Dios, como es la Virgen Santísima, ¿no tenemos ya en ese *objeto amabilísimo*, la medida de todos los valores, de todos los tesoros de amor y ternura que abrigará en su alma el *sujeto aman-*

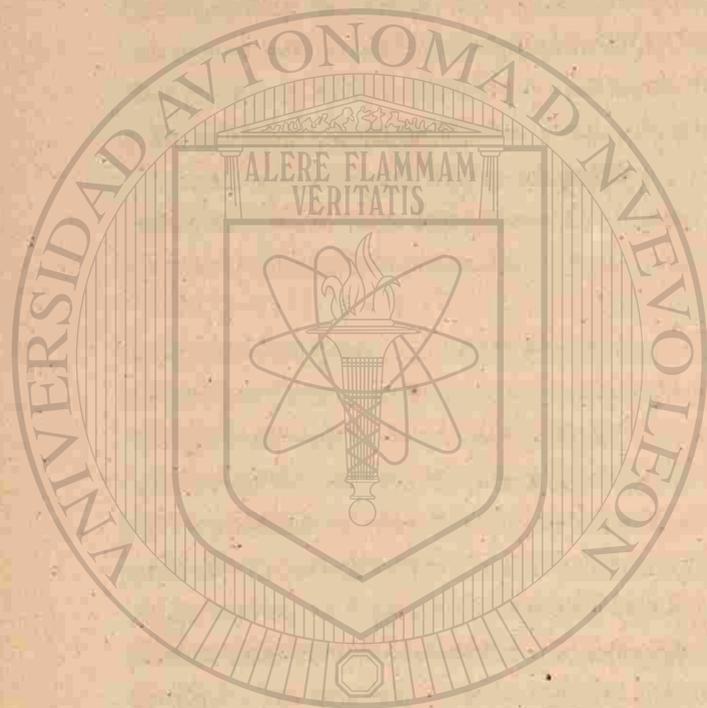
tísimo, cuyo amor habrá de recaer en *aquel objeto*?—Sí, y mil veces sí: para tal hijo tal madre, para tan dulce esposo tan tierna esposa, para tal amado no otro amante sino ella, para Jesús sólo María; para la gloria del Unigénito del Padre, sólo la glorificadora incomparable madre suya.

Y así, gózate alma cristiana en concebir cuanto bueno puedas de ternuras, de finezas de amor delicadísimo, el más delicado que imaginarte puedas y encumbrado á la vez sobre el más santo de los serafines; todo eso y más se encierra en el corazón de María cuando estrecha en sus brazos al Niño Jesús contra su corazón, y luego le aparta de él para exponerlo á nueva maternal mirada, como si de nuevo quisiese gozarse en que ese su Hijo era su Dios y verdaderamente Dios, y en que el verdadero Dios era verdaderamente su Hijo.

Quien tal contemple y sepa que esa Madre es Madre también suya por adopción; Madre del pecador por abyecto que sea, por perdido y desamparado de todos los hombres, y que en su mano está hacer paces con esa Madre para desarmar la cólera de ese Niño rey de los cielos y vengador de los criminales; quien tal contemple y tal haga, ¿qué puede ya temer? Porque así, no hay mejor manera de conocer que existe un Dios en los cielos, ni de que ese Dios mucho nos ama, pues que amó tanto al mundo dándole á su Hijo Unigénito, pues que amó tanto á María haciéndola Madre de ese su Hijo, y pues que puso en ella tanta ternura que mientras más ama ella á su Dios hecho hombre, más tiene que amar á sus hermanos y de éstos á los más dignos de lástima, como son los que han incurrido por sus pecados en la desgracia de su Dios.

¡María... de la cual nació Jesús, el Unigénito del Padre, por quien todas las cosas fueron hechas! ¡qué grandeza la de esa Mujer, qué santidad, qué dignidad tan soberana! ¡Quién mejor que Ella puede hacer compañía, rendir homenaje y tributar honor, pagar el infinito amor del Verbo y enseñarnos, sí, enseñarnos y ayudarnos á entender y amar al Incomprensible é infinitamente Bueno! ¡Maestra nuestra, Madre de la Sabiduría, enseñadnos y ayudadnos á entender y amar á Nuestro Dios!

Pero si el Nuevo Testamento no consigna el título de Madre de Jesús, sino por medio de "José, esposo de María, de la cual nació Jesús," ¿no es mucha la grandeza de este Esposo dichosísimo? ¿no es mucha su santidad? ¿no es mucha su gloria? ¿no es mucho su valimiento? ¡Ah! bien lo sabemos los católicos, ¡oh Esposo escogidísimo de la Reina de los ángeles! ¿cómo agradecer á vuestra Esposa, sin honraros? Muchísimo valéis, Padre estimativo de Jesucristo; por eso en tal gloria del establo de Belem, se os ha asignado lugar tan eminente, que ocuparéis por la eternidad en grado de dicha, como ahora le ocupáis en el tiempo de vuestra prueba y de vuestras súplicas. ¡Oh Jesús, oh María, oh José, tened misericordia de nosotros! ¡Oh Jesús, oh María, oh José, gloria os sea dada por siglos de siglos! Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI.

La Presentación del Niño Dios en el Templo.

EN el sacro é inspirado libro de la Sabiduría se lee: que Dios sabio y bondadoso abarca en sus designios y en la ejecución de sus excelentes obras, uno y otro extremo de ellas con poderosa eficacia, y las dispone con delicada suavidad.

(Attingit á fine usque ad finem fortiter (Sapientia) et disponit omnia suaviter. Sap. 8-1.)

Esto se ve sobre todo en la obra suprema de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Madre, á contar de un extremo á otro de todos los sucesos que á esas dos vidas antecedieron ó siguieron y aún continúan procediendo hasta la consumación de los siglos.

Así, dispuesto como estaba por la sabiduría y la bondad eternas, que el Verbo encarnado se ofreciese como víctima, derramando su sangre hasta la muerte y muerte de Cruz por la salvación del hombre, resucitando después glorioso, ascendiendo á los cielos y sentándose á la diestra del Padre; dispuesta como estaba la obra grandiosa de la santidad en la Madre del Verbo humanado, y predestinada á realizar un prodigio tan grande

como era esa santidad y virtud de una mujer la más excelente de las criaturas, convenientísimo era á la sabiduría y bondad del operador divino, que se proveyese á dos cosas: es la una, que la agonía del Huerto, el tormento del Pretorio y el suplicio de la Cruz, la resurrección y ascensión á los cielos, ya en la eternidad previstos y ya siglos antes profetizados, se figurasen y aun preludiasen en la persona misma de Jesucristo en los primeros años de su vida, en su niñez y en su infancia; es la otra, que igual prefiguración y aun preludio se hiciese en la persona misma de la Corredentora y después Reina asunta á los cielos. Proveeríase también á que la Reina ejercitase en grado cada vez mayor el tesoro de sus virtudes, preparándose con lo menos para lo más, y así nos ofreciese el más cumplido ejemplo de la vida perfecta de un justo en todos los estados y situaciones, y ¡oh exquisito prodigio! en el más delicado de los sexos.

¡Tan grandes así son, tan sabios y piadosos los misterios de la presentación del Niño Dios en el Templo, y de la pérdida de este Niño divino y su hallazgo en el Templo á la edad de doce años, así como los que se les relacionan, á saber: el de la Circuncisión, el de la huida á Egipto, y el de la vida oculta de nuestro Jesús hasta los treinta años.

Tanto más admirable y bondadosa es esta conducta de la Providencia Divina con el Verbo humanado y con la Madre suya, cuanto que la vida del Dios humanado en la tierra iba á quedar casi del todo oculta á nosotros, con excepción de los tres últimos años de la predicación, pasión y muerte de Jesucristo; y en tanto esperar de esos treinta años, ¡cómo no escaparse, por decirlo así, un

perfume de ese vaso precioso, ¡cómo no preludiar un tanto, esa voz divina del Verbo, lo que hasta los treinta años modularía con divinos labios, ¡cómo no escaparse algunos esplendores de esa luz eterna que estaba en el mundo y que tanto tardaba en regalarnos con su celeste magnificencia!

Según eso, si es en la Circuncisión, no se derrama la sangre del recién nacido Jesús sino como primicias de torrentes de sangre que más tarde derramaría en el Pretorio y en el Calvario; y lo que la Santa Virgen, con razón mayor que todos los mártires, tendría que decir el día tremendo de los azotes y la crucifixión de su divino Hijo: "esposo de sangre eres tú, hijo mío," Esposo de mi alma, mi Señor y mi Dios, eso mismo podía decir en el día de su Circuncisión, si bien luminoso, también nublado y con pronósticos de futuras tempestades; (Exod. IV-26.)

Si es en los tristes sucesos de la degollación de los párvulos belemitas y en la fuga á Egipto del belemita divino, ya también podía decir el divino David, el eterno Rey de Israel: "desde mi infancia han perseguido-me mis enemigos," preludiando así las futuras mortales persecuciones de los Escribas y Fariseos;

Si es en la aflictiva desaparición del Niño Jesús á la edad de doce años y su hallazgo en el Templo, ya podía presentir la infortunada y consolada Madre, que vendría el tiempo de una desaparición por muerte y de un consuelo por resurrección;

Si es, por fin, en esos largos años de vida oculta de Jesús en compañía de sólo su santa Madre y del dichosísimo José de Nazareth, como en un edén, como en un cielo de infinita dicha, ya podían conjeturar esa santa

Madre, ese feliz Padre estimativo, su eterno reinado en la vida futura, como intercesores de los viadores todos que los invocasen; porque ¿cómo no tendrían derecho la bienaventurada María y el bienhadado José, de esperar ser en los cielos algún día los supremos favoritos y dispensadores de las mercedes del divino Rey, cuando acá en la tierra no cesaron de ver con asombro diecisiete años el Uno y veintiún años la dichosa Madre, de ver con asombro, con pasmo de infinito agradecimiento, que el adolescente y el joven Jesús les *estaba sumiso?* "Erat súbditus illis."

Pero véamos algo de lo mucho que contiene el principal de estos Misterios que ahora nos ocupa.

Ya la madre de Dios, salida de Belem, cuarenta días después del nacimiento de su Hijo, y acompañada de José su esposo, llegada á Jerusalem, ha tomado la calle que la conduce al Templo de Jehová, ha llegado á él y va ascendiendo sus gradas. Lleva en sus brazos á aquel Niño del que cantaron los ángeles la gloria debida al Altísimo, y ante el cual se postraron los tres Reyes árabes, ofreciéndole el incienso, la mirra y el oro como á Dios, cómo á hombre, como á Rey. Lleva, según el rito del sacrificio de pobres, un par de tórtolas.

Esta amable escena parece una de tantas que Israel había presenciado en los siglos de su existencia, y sin embargo, era en realidad tan singular y grande, que los siglos estaban pendientes de ella, que los Profetas la habían vaticinado, ¿qué más? que esa misma institución de madres que llevaban corderos ó tórtolas como símbolo de redención de sus primogénitos, día por día en tantos siglos, no era otra cosa que una perenne profecía de bulto de esos cortos instantes de esta insigne

hora: ¡Ved á María, la incomparable María, llevando en sus brazos al Niño Dios; va á ofrecerle en su santo Templo un verdadero é incruento sacrificio, en que el Dios hombre se ofrece ya como Redentor de todos los humanos y el Pacificador de todas las criaturas, mediante el precio de su sangre, que pocos años después derramará en el Pretorio y en el Calvario!

Esta fué la visión que se ofreció á los dos grandes y últimos Profetas Aggeo y Malaquías: "un poco, dice el uno, aun falta un poco de tiempo, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra, el mar y todo el Universo. Y pondré en movimiento las gentes todas; porque vendrá el Deseado de todas las gentes; y henchiré de gloria este Templo, dice el Señor de los Ejércitos." (Agg. II-7, 8.) Y dice á su vez el otro: "y luego vendrá á su Templo el Dominador á quien buscáis vosotros y el Angel del testamento de vosotros tan deseado. ¡Vedle ahí que viene, dice el Señor de los Ejércitos!... Y entonces será grato al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalem." (Malaq. III-1, 4.)

Esta escena tan vulgar en apariencia á los ojos de los que ignoraban quiénes eran esos Padres y ese Niño, era, sin embargo, objeto de la admiración y asombro de los moradores del cielo, que de momento en momento iban entrando en la inteligencia y en el goce del maravilloso drama que venía revelando á sus ojos el Todopoderoso y Santo.

Convenientísimo era por eso, que ya de presente y tomando parte en tan insigne aunque velada solemnidad dos israelitas escogidos, Profetas y más que Profetas, el anciano Simeón y la no menos avanzada en el vivir, Anna hija de Fanuel, ilustrados y enardecidos

por el invisible Espíritu Santo y movidos de su interior impulso, fuesen en tales momentos á ver realizado el sueño de su corazón, á ver con sus ojos al Hijo de David y á la vez su Señor, al Mesías prometido, al Hijo de la Virgen, al llamado por Isaías, "Emmanuel" ó sea Dios con nosotros; al Salvador de Israel y de todas las naciones, luz y consuelo de todo el género humano.

Si en Belem los ángeles, los pastores y tres Reyes árabes, han glorificado al Niño Dios recién nacido, ahora que ya de cuarenta días es ofrecido en el Templo como todo primogénito, dos ancianos, cuya suerte envidiarían todos los Patriarcas, todos los antiguos Padres de Israel y Judá, son los elegidos para proclamar la grandeza de Jesús, de María y de José, que siendo los futuros Reyes del Universo y del mismo cielo, se han presentado sin fausto, sin cortejo, sin género ninguno de aclamación, pobres, humildes y desapercibidos.

Pero á la vez que Dios premiaba en esos dos ancianos una larga vida de gran virtud, de la gran virtud de la esperanza, se serviría de ellos como de Profetas y Evangelistas del Niño Dios Redentor. Simeón profetizará, narrará y cantará un sangriento sacrificio del Hijo, que presenciado por la Madre, le desgarrará el alma; una gran lucha de resurrección ó de ruina para muchos en Israel; una gran luz, una gran gloria de que sería el dueño ese niño; y Anna á su vez no cesará de dar alabanza á ese Dios Redentor. Simeón, exclamará: "ahora, Señor, ahora sí que sacas en paz de este mundo á tu siervo, según tu promesa; porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado."

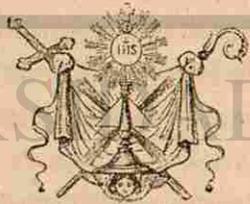
Simeón, después de su canto, revela á la dulce Madre

ese terrible martirio de la Espada que un día trucidaría su alma. Forzoso era que tan soberana virtud se sujetase á la prueba del dolor, después de haber gustado el incomparable goce de la maternidad divina; al cabo que todo redundaría en mayor y mayor mérito y mayor dicha. Muchas serán las tribulaciones de los justos, pero de todas ellas los libraré el Señor—había dicho el Profeta.—¿En que justo más bien que en María tendría de cumplirse con mayor esplendor sentencia semejante, si bien de dolor, mucho más de consuelo?

Anna por su parte parece que no habló sino de consuelos, quizá después de Simeón, al alma de María. Y la misión de esos dos ancianos, de esos cisnes de piedad que ya para morir cantaban tantas dichas, quedaba cumplida; el himno de ellos era, como es hoy en la gran oración colectiva de la Iglesia en todas las partes del mundo, el de "Completas," el de la consumación de un día ya en su despedida y en espera de otro nuevo que amanecerá. Era ese himno el de los dos últimos justos que creyeron y desearon al Mesías por venir y que por premio singularísimo obtuvieron la recompensa, tanto de los que vieron como de los que no vieron, de la esperanza y de la caridad, y ser contados á la vez que entre los santos de la Sinagoga, entre los santos de la grande Iglesia.

¡Dolor y contento! esa es la forzosa alternativa de la vida del justo; en mayor proporción debía serlo para la Madre del Unigénito de Dios, redentor y glorificador de los justos, si bien la redención de la Inmaculada fué en la manera que á la Inmaculada correspondía; y en infinita proporción debía también haber esa alternativa en la vida del hombre-Dios.

Así, ¡dulce Hijo que el cielo nos ha dado! como Isaías nos lo asegura, dolor inmenso ya sabemos que se os prepara, pero después mayor y más cumplido será vuestro gozo. Así de vos tenemos que decir, Madre amabilísima del Redentor y de los pecadores: grande será vuestro dolor, grande como un océano de amargura, pero mayor será vuestro contento ya pasado el invierno de vuestra prueba corredentora. Mas para todo, Señora, lo sabemos bien, estáis dispuesta. Todo será incentivo para el celeste amor que reina en vuestro corazón para con vuestro Dios, Hijo, Padre y Esposo, y así, segura como estáis de vuestra victoria en todo combate, no nos cumple ya sino pedir os piedad para los que en la lucha nunca saldremos bien sin vuestra intercesión, que es decisiva en el ánimo de Jesucristo.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

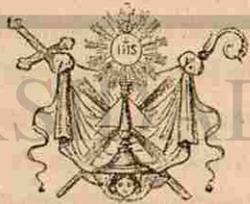
CAPÍTULO XII.

María y José en la presentación del Niño Dios en el Templo.

HEMOS de ver ahora la gran escena de la presentación del Niño Dios en el Templo, en lo que atañe principalmente á la Sacerdotisa de esa presentación y su feliz Consorte el muy santo José. Ya en el antecedente capítulo indicamos algo de lo que á este nuevo aspecto se refiere, y ahora nos gozaremos en espaciar nuestras miradas y nuestros afectos por ese campo florido de tantas grandezas y bellezas.

¡Todo es delicia y aprovechamiento en lo que nos ofrece la Madre amabilísima de nuestro Dios y su feliz y santo Consorte! Todo es motivo de admiración y de enseñanza, todo es un medio de acertar con el único camino que á Dios conduce; á Jesucristo no puede mejor encontrarse que por María, que acompañado de Ella y de José. No en vano el Padre celestial ha dispuesto que en todas las escenas de la redención que el Verbo divino vino á hacer del mundo, en las que se incluyen cuantas nos ofrecen algún pasaje de la vida de Jesucristo, á con-

Así, ¡dulce Hijo que el cielo nos ha dado! como Isaías nos lo asegura, dolor inmenso ya sabemos que se os prepara, pero después mayor y más cumplido será vuestro gozo. Así de vos tenemos que decir, Madre amabilísima del Redentor y de los pecadores: grande será vuestro dolor, grande como un océano de amargura, pero mayor será vuestro contento ya pasado el invierno de vuestra prueba corredentora. Mas para todo, Señora, lo sabemos bien, estáis dispuesta. Todo será incentivo para el celeste amor que reina en vuestro corazón para con vuestro Dios, Hijo, Padre y Esposo, y así, segura como estáis de vuestra victoria en todo combate, no nos cumple ya sino pedir os piedad para los que en la lucha nunca saldremos bien sin vuestra intercesión, que es decisiva en el ánimo de Jesucristo.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII.

María y José en la presentación del Niño Dios en el Templo.

HEMOS de ver ahora la gran escena de la presentación del Niño Dios en el Templo, en lo que atañe principalmente á la Sacerdotisa de esa presentación y su feliz Consorte el muy santo José. Ya en el antecedente capítulo indicamos algo de lo que á este nuevo aspecto se refiere, y ahora nos gozaremos en espaciar nuestras miradas y nuestros afectos por ese campo florido de tantas grandezas y bellezas.

¡Todo es delicia y aprovechamiento en lo que nos ofrece la Madre amabilísima de nuestro Dios y su feliz y santo Consorte! Todo es motivo de admiración y de enseñanza, todo es un medio de acertar con el único camino que á Dios conduce; á Jesucristo no puede mejor encontrarse que por María, que acompañado de Ella y de José. No en vano el Padre celestial ha dispuesto que en todas las escenas de la redención que el Verbo divino vino á hacer del mundo, en las que se incluyen cuantas nos ofrecen algún pasaje de la vida de Jesucristo, á con-

tar desde su mismo nacimiento en Belem, nunca dejen de acompañarlo ó la Madre ó ambos Consortes.

Mas, ante todo, á la vez que estos santos Esposos servían tan gloriosamente á la gloria de su Hijo, este mismo servicio era el medio de ejercitar sus virtudes y de consumarlos en toda perfección.

Ya en Belem la Señora y su admirable Esposo han tenido mucho en que hacer brillar su paciencia en la pobreza, su humildad en los abatimientos y no menos en las grandezas en que se vieron constituidos, ó por el himno de ángeles ó por el homenaje de Reyes y su gran cortejo.

Viene después la primera sangre derramada en la Circuncisión; la Madre y su Esposo, ciertos como están, videntes como son de que ese su Hijo es Dios mismo, ¡qué tempestad de dolor no alcanzarán á descubrir en el horizonte sombrío de un más allá en la vida de ese Niño, cuando en la alta ciencia de esos videntes entra el saber que la sangre de la circuncisión no es sino el símbolo de una inmolación en extremo sangrienta á que voluntariamente se entregará el Salvador de Israel y de las naciones! David cantaba: "no pediste holocausto ni víctima por el pecado; yo entonces dije: aquí estoy; yo vengo para cumplir tu voluntad . . . pero tú, Señor, no alejes de mí tus piedades . . . porque me hallo cercado de males sin número . . . multiplicáronse más que mis cabellos de mi cabeza, y mi corazón ha desmayado." (Salmo 39.)

Los santos Esposos, conocedores profundos de las santas promesas, en menor grado José, y en manera altísima y sobre todas las inteligencias criadas María la incomparable, ya desde el día de la circuncisión del

Niño, ¡qué abismo de dolor no sondearían con su inteligentísima mirada y qué amarguras no alcanzarían á probar ya, con el presentimiento de su caridad sobrehumana, delicadísima y á la vez heroica!

Por eso, al presentarse en el Templo á la celebración de un rito más solemne que el de la Circuncisión, los santos Esposos ya podían decir con intensísimo padecimiento en su corazón, cada uno para sí: "vamos al monte de la mirra y á la colina del incienso." (Cantar de los Cantares 4-6.) "Esto acabará en un dolorosísimo sacrificio," podrían decir la Señora y el justo José. "¡Qué cúmulo de dolor, de dolor infinito, no estará reservado para este Niño que es verdaderamente Dios, el espejo en que se miran los ángeles y el portento de amor con que el Misericordioso nos ha distinguido poniendo los ojos en la bajeza de su Esclava," diría la Madre; y "concediendo á este su siervo—diría el humildísimo Artesano—lo que no fué concedido á tantos que de ello fueron dignos!" Pero no menos dirían: "mas esta redención tan dolorosa, esta amarga bebida del torrente, no será sino como un paso á la resurrección y á la gloria; beberá del torrente y por eso levantará su cabeza; así está escrito—dirían cada uno para sí los santos Esposos—tras de tantos dolores, cuánta será la gloria que espera á este Niño, la gloria nada menos que es debida al Hijo del Altísimo, al Unigénito del Padre. Que en todo se haga, Señor, tu voluntad."

El corazón magnánimo de los santos Consortes acompañaba de esa suerte ese grandioso homenaje que Jesucristo Niño se apresuraba ya á ofrecer á Aquél de cuyo seno había venido para hacerse hombre en el seno de la Virgen y redimir al mundo. Este acompa-

ñamiento, esta participación fué siempre del agrado de Dios, cláusula primordial, por decirlo así, del divino plan, de la sabiduría y bondad eterna: la gloria del Padre y para ella la gloria de su Cristo y para ellas la gloria de los santos Esposos y para todas ellas la gloria de todos los escogidos. Todos podemos tomar parte en el padecer, en el merecer, en el ser glorificados, cada uno en ascendente gradación.

A pesar, por eso, de las nubes de dolor que se interponen, ¡qué hermoso es, Santa Virgen, ese día que llaman de tu purificación, en que tú, la Inmaculada desde el primer instante, ofreciste tu Hijo, de edad de cuarenta días, á Aquél de quien era Unigénito, en homenaje de acción de gracias, á nombre de todos los siglos, de todos los hombres, de todos los ángeles! ¡Qué grandeza la de esa tu oblación; ninguno como tú puede medirla, estimarla, ponderarla; y sólo Dios puede abarcarla en toda su extensión, número y peso! ¡Qué día tan luminoso el de esa ofrenda, á pesar de aquellas nubes; si preludiaba al de la Parasceve, preludiaba no menos al dominical de la Resurrección!

Bellas son las palabras de San Bernardo á este respecto: "ésta oblación, hermanos míos, parece demasiado delicada, cuando no se hace más que presentarla delante del Señor; se redime por unas aves y vuelve á conducirse á poco de ofrecida. Día vendrá en que el ofrecimiento se haga, no en el Templo ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad entre los brazos de la Cruz; día vendrá en que no se redima esta ofrenda con otra ajena sangre, sino en que ella redima á otros con la propia sangre, porque "para redención lo ha enviado Dios Padre á su pueblo." Ese será el sa-

crificio de la tarde; éste el de la mañana; éste es hermoso, pero aquel será pleno."

Y tú, José dichoso, elegido como ibas para representar á todos los justos del Testamento Antiguo y á todos los futuros justos de la ley de gracia, ¡qué ciencia no recibirías y qué afectos, para entender, agradecer y alabar dignamente en nombre de todos esos santos las grandezas de esa oblación, y después de ellas las grandezas de la Oferente, de esa amabilísima Sacerdotisa, como en cierta manera pudiéramos llamarla!

Convenientísimo era que José fuese llamado á tomar parte en esa oblación, cuando era ya decreto del Altísimo, como el justo quizá presentaría, que no asistiese al sacrificio de la tarde, bastando á su misión asistir sólo al de la mañana. Otro José, tan dichoso como el de Nazareth, en cuanto á la futura obra que muerto éste le correspondería, estaba destinado para tomar de los brazos de la Cruz el cuerpo ensangrentado y muerto de Jesucristo, hecho ya varon de dolores, treinta y tres años después.

Admira ver cómo Dios en sus obras todo lo provee á maravilla; grande maravilla es quien le alaba, cuando quiere ser alabado; grande maravilla es la alabanza del que lo alaba. Si todos los pasos que hubiese de dar el Niño Dios, debían ser objeto de alabanza, debido era proveerse de quien supiese alabarle dignamente, y de una alabanza digna del alabante. Y cuán á maravilla es digna la persona principal y las secundarias destinadas para dar esa alabanza, y cuán excelente es la alabanza suya. María y José son en sus personas, son en su virtud excelentísima una continua alabanza para el Niño Dios. Si nos representásemos en una parte

siquiera de su total valor ese continuo hossana que se elevaba de los corazones de María y de José, iluminados sin cesar con la luz del Verbo de Dios hecho Niño, moriríamos. ¡Tan grande así es necesario suponer el homenaje constante de María y de José con ese incomparable Niño!

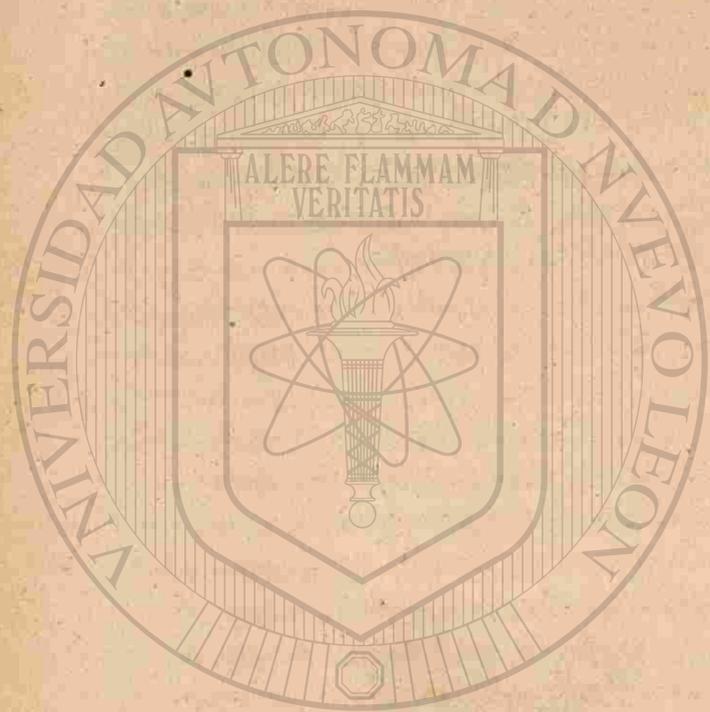
El dador de todos los dones, el munificentísimo Dios de todas las riquezas, de todas las gracias y de todas las glorias, ¿dejaría de proveer á sus dos Padres, de luces, de afectos, de alabanzas con que dignamente le vieses, dignamente le acariciasen, dignamente le glorificasen como un prodigio del cielo que con estupor de los ángeles se había hecho Niño y sustentaba la condición de Niño como Hijo de los humildes artesanos, estimativo del Padre y verdadero de la Madre afortunadísima?

Por eso si el Evangelio nos dice de ese Padre y de esa Madre, que se admiraban de todo lo que Simeón y Anna decían de su Santo Hijo, no deja de ser exactísimo, como toda palabra bíblica, ya fuese porque aun á la misma Señora y más á su Esposo tomasen de nuevo las revelaciones de gozo y de dolor de aquellos dos Santos Profetas; ya fuese que si bien no ignoraban su contenido, les admirase ver asociados á esa ciencia á los dos santos ancianos; y ya, en fin, porque todas estas manifestaciones que el cielo iba haciendo á nuevos escogidos, de la gloria del Dios Salvador, renovando la memoria de los favores recibidos, excitase cada vez más y más la admiración y el reconocimiento de los santos Esposos.

Preparación tenían que ser las palabras de Simeón para afrontar pruebas dolorosas que apenas vueltos á

Nazareth sobrevendrían: la degollación de los Niños de Belem, flores de martirio como les llama la Iglesia por boca de sus poetas; la fuga á Egipto y años de destierro en ese país de gentiles. Mas todo sucedería en alternativa, y el corazón de los santos Esposos, como ejemplo para todos los que han hambre de justicia, estaba dispuesto con el propósito de la paciencia para cuanto adverso viniese, y con la previsión de la confianza para el remedio y el consuelo.





CAPÍTULO XIII.

El Niño Dios perdido y tres días después hallado en el Templo entre los Doctores.

QUÁNTA teología, cuánta sabiduría, cuántas enseñanzas morales y místicas encúbrese en este Misterio! En la portentosa sencillez de la narración evangélica es regla que lo más sencillo al parecer, encubre á lo más profundo, lo más vulgar á lo más singular, lo más discordante á lo más concertado y armónico, á lo más excelso lo más humilde.

José y María llevan al Niño Jesús, por la Pascua, á Jerusalem, cuando el Niño tenía ya doce años de edad, siendo moradores de Nazareth. En Jerusalem pasaron los días de la solemnidad, y vueltos de la Ciudad Santa, al concluir la primera jornada echan de ver la pérdida del divino Niño; vuelven acongojados á Jerusalem, y al cabo de tres días le encuentran en el Templo sentado entre los Doctores, interrogándoles y respondiéndoles, con asombro de ellos por la sabiduría del preguntar y de las respuestas. La Madre se queja tiernamente á su divino Hijo. El habla entonces la primera palabra suya que el Evangelio nos conserva y consagra:

“¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?” Después de esto el Niño Jesucristo, sumiso como siempre á José y María, se oculta y calla hasta llegar á los treinta años. Véamos qué espléndidez, qué magnificencia, qué opulencia de sabiduría y virtudes celestiales en la humildad de las escenas de este Misterio.

Decididamente en esa obscuridad, en esa profesión de obediencia de nuestro Dios humanado, en todo el tiempo de su vida de treinta y tres años, con excepción de los últimos tres, en el hogar doméstico y en el ejercicio del oficio de carpintero, está lo más grandioso de la sabiduría divina, lo más glorioso de la grandeza de la Madre de Dios; y en juego y armonía con ese plan de portentosa aparente inacción y sublime obscuridad, está esa interrupción excepcional causada por la escena del Niño Dios perdido tres días y gloriosamente recobrado.

Esa obediencia de Jesucristo (*obediens*) y obediencia voluntaria, (*factus obediens*) y hasta la muerte y muerte de cruz, (*usque ad mortem, mortem autem crucis*) obediencia al Padre celestial, (“*me convenía estar en las cosas de mi Padre;*”) obediencia desde niño, hasta el momento de espirar en la cruz, (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”) y obediencia á María y á José, (“*Erat súbditus illis,*”) también desde niño, hasta el momento de espirar en la cruz, (“después dijo al discípulo: he ahí á tu Madre;”) esa obediencia, repetimos, con que nuestro Jesús practica y enseña un ideal que escandalizó á la Sinagoga, que provocó el desprecio de parte de los gentiles y que al fin pobló de santos el universo mundo: esa obediencia, volvemos á decir, prueba admi-

rablemente que Jesús es el Cristo, que Cristo es el Hijo de Dios vivo, y prueba también, que quien esa obediencia ha recibido como Madre del hombre-Dios, merece, como Ella misma lo ha cantado ante cielos y tierra asombrados, que la llamen bienaventurada las generaciones todas. Y como de boca del mismo Jesús sabemos que no conviene ocultar del todo la luz de la buena obra, sabiduría hermosa fué el interrumpir ese silencio de treinta años con la escena del Niño Dios perdido y recobrado.

Con eso, ante todo, se haría notar que Jesús, no por Niño, dejaba de ser Dios, cuando en la edad tan tierna de los doce años, ya habla de un Padre que no es por cierto el humilde José, sino Dios mismo consubstancial á su Unigénito; con eso, Aquél que se ofreció como Dios Hijo á Dios Padre en sacrificio matutino el día de la Purificación de María, se muestra á los doce años bien enterado de que su negocio, su ministerio, su misión en este mundo es ser ofrecido como víctima á su Padre celestial.

De ahí los temores doloridos de aquella dulce Madre que no olvidaba la palabra de Simeón. Con eso la dulce Madre hacía ya el aprendizaje de los dolores del Calvario y el de los gozos de la Resurrección el tercero día; porque sin duda la especialísima y singular providencia con que el Altísimo gobernaba el alma de la Santa Virgen y Madre, siempre bajo la hermosa ley de su *fortiter* y *suaviter*, de la suavidad en alianza con la fortaleza, á la vez que prefiguraba los grandes sucesos de la vida y muerte de Jesucristo, preparaba el corazón de la Madre á tomar en ellos el grandioso participio de la Corredentora.

Y así, la pérdida del Niño Jesús, evadido del regazo de la dulce Madre para ir al Templo á ocuparse en hacer la voluntad de su Padre Celestial, es ya la anticipación de la despedida que el varón Jesucristo á la salida del Cenáculo, da á su Santísima Madre, ya para irse á ocupar definitivamente en el gran negocio de su ofrecimiento de víctima en el Huerto de los Olivos y á día seguido en el patíbulo de la Cruz.

Con hermosa razón observa por eso un eminente sabio y piadoso apologista moderno, la maravillosa concordancia de la solemne declaración que precede á la humillación del *subditus illis* de Nazareth, con otra solemnísimas declaración que se hace antes de la humillación del lavatorio de los pies en el Cenáculo; cada una de esas dos estupendas humillaciones, son en el Evangelio precedidas del correspondiente y previo reclamo de atención hacia la dignidad del gran personaje que va á humillarse.

En cuanto á lo de Nazareth, no se va á decir que Jesús descendió á allí á pasar la vida sujeto á la obediencia de José y de María, sin que antes se haya consignado este solemne testimonio de su divinidad: “¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?” De la misma manera, en cuanto á lo del Cenáculo, no se va á decir que Jesús se levanta de la mesa, se desnuda de sus vestiduras, se ciñe la toalla, derrama el agua en la vasija y se pone á lavar los pies de sus discípulos, sin que antes precedan estas solemnísimas palabras que son otro testimonio de su divinidad, eterno testimonio de sublime ternura y de incontrastable majestad: “Sabiendo Jesús que su Padre le había hecho Señor de

todo, y que nacido de Dios, iba á volver á Dios.”

Y un testimonio tan solemne, que parece tan sólo referirse á hacer contraste con la humillación del Cenáculo, sin duda que se refiere á toda la serie de las humillaciones de ahí sin interrupción seguidas hasta el suplicio de la cruz y hasta morir en ella, como el Apóstol lo dice con brevedad que pone admiración: *Humi- liavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.*

Por eso hemos llamado la atención hacia la sabiduría y portentosas enseñanzas que en el sencillo misterio del Niño perdido se encierran.

Pero como antes indicamos, en la proporción que del preparativo va á lo preparado, así como la resurrección de Jesucristo vendría á ser el desenlace glorioso para el Hijo, y el consuelo y premio grandioso para la Dolorosa, así el hallazgo del Niño Dios en medio de los Doctores. Este feliz suceso y la sumisión suya á la voluntad de la quejosa Madre, para vivir sumiso á Ella durante 19 años, eran consuelo y gloria tanta, cuanto no es dable comprender sino apenas columbrar, á quien contemple todo lo que vale ser Madre de Dios, tener á Dios mismo hecho hombre en el hogar propio, con todas las condiciones de verdadero hombre, de verdadero Dios, de verdadero hijo de la Madre que le tiene, le alimenta, le asiste y sin cesar le contempla y le gobierna á todas horas de día y de noche, por semanas, por meses, por años, por muchos años!

¡Qué inmensa dicha! ¡Qué horas tan breves! ¡Qué semanas tan breves! ¡Qué meses tan breves! ¡Qué años tan breves! Breves y todo, y no obstante esa brevedad.

¡qué certeza de que por desenlace de tanta dicha no podría esperarse, sino el favor eterno de ese Hijo en la perpétua bienaventuranza de la vida futura!

Estupenda es la profundidad de las bellezas y dulzuras que en sí contienen los misterios de la Religión Católica que más desprovistos parecen de riqueza. ¡Oh dulcísimo Cristo! ¡oh dulcísima Madre suya y Madre nuestra por adopción, haced que en los años ó quizá meses de esta breve vida, nos sujetemos á vuestra blanda paternidad, para evitar los daños eternos que nos amenazan, para ganar los premios eternos de que deséais colmarnos, para tener desde ahora la inmensa dicha de que os amemos, pues que bastára amaros aun cuando el infierno no nos amenazara, ni el cielo se nos ofreciera, como dicen vuestros Santos en esos transportes con que los regaláis!

Admirable es, pues, el Verbo humanado, que al destinar los tres últimos años de su vida para desplegar sus divinos labios, para enseñarnos la ciencia de su Padre y predicar la Buena Nueva, que al destinar esos tres años para ejecutar prodigios cada vez mayores, á partir desde la conversión del agua en vino en las bodas de Caná hasta resucitarse á sí propio al tercer día de su muerte, quiso no obstante vindicar esa aparente desproporción entre los treinta años de su vida oculta, y los solos tres de su vida pública. Por eso ha cuidado de hacernos saber que, si callaba, que si no desplegaba sus divinos labios durante esos treinta años, que si contenía la omnipotencia de su brazo, que si la maravilla de su vida oculta en el taller de carpintero de Nazareth, bajo la obediencia de José y de María, era la que de preferencia entraba en su admirable plan de

ejemplos de virtud á la humana soberbia, cuidaba no obstante de recordar á los humanos esta gran sentencia: que no por ser su hermano según la carne, que no por humillarse como su servidor con su voluntaria abnegación, dejaba de ser su Señor y su Dios como Unigénito del Padre, Rey de los siglos y Sabiduría eterna.

Tanta razón así, tiene escena, al parecer tan sencilla y tan inmotivada, en que el Niño Jesús interrumpe la apacible obscuridad de su vida oculta en el taller, con su radiante y esplendorosa aparición en medio de los Doctores de la Ley, y con la declaración solemne que de ella hace á sus Padres sorprendidos: “¿No sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?”

A la luz, pues, de ese gran testimonio de divinidad de nuestro Niño Jesús, testimonio dado de una manera á los Doctores de la Ley, y de otra á la excelsa María y al justo José, contemplemos ese estado de obscuridad y obediencia, á más del de pobreza y virginidad con que el Verbo humanado planteó con estupenda enseñanza la vida clerical y monástica que hoy es la piedra de escándalo para los racionalistas. Estos apóstatas modernos, pretenden osados é insensatos desechar la única verdadera piedra angular que es nuestro Jesús, tal como nos le presenta la Santa Iglesia Católica, y no como nos le desfiguran tan soberbios restauradores de la perfidia Herodiana, de la hipocresía Farisaica y de la solapada persecución de Juliano apóstata. Menospreciemos con animosa franqueza esas falsas enseñanzas, y fiemos más cada día, en que Cristo quiso de toda preferencia hacer la maravilla de su obscuridad de treinta años como la más prolongada y ejemplar de todas;

como la más fecunda en doctrina de virtud y de perfección, y concluyamos recreándonos dulcemente con San Bernardo en estas palabras suyas:

“Habiendo permanecido (Jesús) en Jerusalem, y dicho, que le convenía estar en las cosas que eran de su Padre, no accediendo sus Padres á esa determinación, no desdeñó (Jesús) seguirlos á Nazareth; (Jesús) es decir, seguir el Maestro á los discípulos, Dios á los hombres, el Verbo y la Sabiduría á un artesano y á una mujer;” y ya en Nazareth—continúa diciendo San Bernardo—“estaba sujeto á ellos. ¿Quién á quienes? Dios á los hombres, y no sólo á María sino también á José. Por todas partes el asombro, por todas el milagro. Dios obedeciendo á una mujer: humildad jamás vista; una mujer mandando á Dios: sublimidad sin igual.... Avergüénzate, soberbia ceniza, Dios se humilla y tú te exaltas; Dios se sujeta á los hombres, y tú tratando de dominar á los hombres quieres anteponerle á su autor; pues cuantas veces intento dominar á los demás, otras tantas me decido á anteponerme á Dios.”



CAPÍTULO XIV.

María y José en la pérdida y recobro del Niño Dios.

FIELES á nuestro propósito, no olvidando que la excelsa María, contemplada en los admirables misterios de su vida, es el espejo limpiísimo en que mejor pueden reflejarse las perfecciones del Verbo humanado, en esos propios misterios que al Verbo Divino conciernen, detengámonos en esa contemplación.

Ya hemos puesto nuestros ojos deslumbrados en ese sol brillante; ya hemos admirado el testimonio del Cristo, cuando niño todavía de doce años, habla del gran negocio de su Padre como de la ocupación natural de su vida en la tierra; y hémosle admirado más al saber, que antes de esa solemne declaración y en seguida en el resto de su vida en la tierra, ha estado sujeto á María y á José con la ejemplar obediencia de un humilde artesano. *Convirtamos ahora* nuestra mirada á esos santos Esposos, para entender y amar mejor, mediante ellos, Al que es objeto de sus complacencias así como de las complacencias del Altísimo.

como la más fecunda en doctrina de virtud y de perfección, y concluyamos recreándonos dulcemente con San Bernardo en estas palabras suyas:

“Habiendo permanecido (Jesús) en Jerusalem, y dicho, que le convenía estar en las cosas que eran de su Padre, no accediendo sus Padres á esa determinación, no desdeñó (Jesús) seguirlos á Nazareth; (Jesús) es decir, seguir el Maestro á los discípulos, Dios á los hombres, el Verbo y la Sabiduría á un artesano y á una mujer;” y ya en Nazareth—continúa diciendo San Bernardo—“estaba sujeto á ellos. ¿Quién á quienes? Dios á los hombres, y no sólo á María sino también á José. Por todas partes el asombro, por todas el milagro. Dios obedeciendo á una mujer: humildad jamás vista; una mujer mandando á Dios: sublimidad sin igual.... Avergüénzate, soberbia ceniza, Dios se humilla y tú te exaltas; Dios se sujeta á los hombres, y tú tratando de dominar á los hombres quieres anteponerle á su autor; pues cuantas veces intento dominar á los demás, otras tantas me decido á anteponerme á Dios.”



CAPÍTULO XIV.

María y José en la pérdida y recobro del Niño Dios.

FIELES á nuestro propósito, no olvidando que la excelsa María, contemplada en los admirables misterios de su vida, es el espejo limpiísimo en que mejor pueden reflejarse las perfecciones del Verbo humanado, en esos propios misterios que al Verbo Divino conciernen, detengámonos en esa contemplación.

Ya hemos puesto nuestros ojos deslumbrados en ese sol brillante; ya hemos admirado el testimonio del Cristo, cuando niño todavía de doce años, habla del gran negocio de su Padre como de la ocupación natural de su vida en la tierra; y hémosle admirado más al saber, que antes de esa solemne declaración y en seguida en el resto de su vida en la tierra, ha estado sujeto á María y á José con la ejemplar obediencia de un humilde artesano. *Convirtamos ahora* nuestra mirada á esos santos Esposos, para entender y amar mejor, mediante ellos, Al que es objeto de sus complacencias así como de las complacencias del Altísimo.

Desde luego; la excelsa Madre de ese Niño, si recordaba las congojas de la huida á Egipto y los días de amargura del destierro, meditaba no menos en esa espada de dolor de que su alma se vería traspasada según la predicción de Simeón el justo; y tenía entendido que los días luminosos de su plácida posesión de Jesús habrían de ser turbados por tempestad terrible. Juzguemos por ahí cuán pavorosas conjeturas, cuán formidables presunciones, no asaltarían el afectuosísimo corazón de la Madre de Dios, al darse cuenta con el digno Esposo suyo, de que era un hecho no encontrarse el divino Niño, ni entre ellos ni entre los demás viajeros que, salidos de Jerusalem de vuelta á Nazareth, habían concluido la jornada del primer día.

Era esta quizá la primera vez en que la Santa Virgen y su casto Esposo podían decir atribulados: demasiado ha sido nuestro gozar; el favor inmenso de nuestro Dios que nos ha dado á tal Hijo, quiere ya quitarlo de nuestra vista y de nuestra compañía y entregarlo quizá al sacrificio con que se cumpla su altísimo destino de Salvador del Mundo. ¿Cómo será ésto? "Apiádese el Señor de esta su esclava," diría la Reina, "de este su inútil siervo," diría el incomparable tutor de Jesús. "Hágase en todo la voluntad del Señor," dirían esas escogidísimas Criaturas en quienes el cielo tanto se complacía.

Conveniente era ir preparando así el corazón de la Madre al mayor sacrificio del Calvario, seguir probando su excelsa virtud para que diese frutos de obediencia, de paciencia y de caridad, cada día más admirables y merecedores de mayores gozos, de mayores pruebas y de nuevos gozos y triunfos; y digno era el justo José

de secundar en eminente grado respecto de todos los justos, esos destinos, esas pruebas, esos gozos, esos triunfos de la Reina de todos los justos. Y esto segundo era tanto más conveniente, cuanto que en el plan divino entraba que José desapareciese de la escena, ya próxima á cumplirse la época de la vida oculta del Hijo putativo, y cuanto que al excelente Servidor de Cristo, no habría de asociársele á las realidades del dolor del Calvario y del gozo de la Resurrección; no quedaba, por eso, sino darle el dolor y el gozo de perspectiva del uno y de la otra como prueba y como premio debido de tan incomparable Servidor. (Ecce fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super Familiam suam; gloria et divitiæ in Domo ejus.)

Los tres días de pena que nuestra dulce Madre y su amabilísimo Esposo padecieron mientras El Niño era recobrado, no nos parecen de tanta amargura, porque quizá nos lo impide la comparación con la grandeza de la mayor aflicción del Pretorio, del Calvario y de la desolación del Sábado Santo; mas no por eso dejarán de aparecer en toda su grandeza, en todo su mérito, en toda su gloria, á quien se detenga en considerar que fueron tales días, la viva prefiguración y preparación de las proezas de la Heroína para los grandes hechos del Pretorio y del Calvario, y á la vez fueron el suplemento para José, de una participación á que no sería llamada sino su Esposa. Y así, Varón santo, sabed que los consuelos que ahora dáis á la congoja de vuestra Esposa por la inmolación que conjeturáis de vuestro divino común Hijo, no se los daréis en días más aciagos, porque ya entonces habréis emigrado del mundo; pero sabed también que vuestro gozo ahora que recobráis al

niño Jesús, es sólo un prelude del que vuestra Esposa tendrá cuando una resurrección gloriosísima ponga término á esos días aciagos.

Ese gozo, por tanto, con que José y María recobran á su Hijo perdido, á su Dios perdido, es de tanta magnitud, que supera á toda inteligencia humana y angélica á lo menos el de la Virgen Madre, á la vez que por lo excelsodel sentir de esos Santos Padres del Niño, también por la singularísima relación que los une con El. Como que, si para entender del todo lo que es el amor de una madre ó de un padre para con su hijo, es necesario ser madre ó ser padre, para penetrarse de la apreciación de los afectos de la Madre verdadera de Dios ó del Padre putativo de Dios, fuera necesario ser esa Madre ó ese Padre.

Eso no obstante, ¿por qué no elevar nuestras almas á la contemplación de tan excelsa verdad, de tanta belleza, de tanta dulzura?

Esa alma delicada de María, y no menos esa alma fortísima, esa alma sapientísima, y no menos plenísima en suaves afectos; esa alma virtuosísima, y no menos íntegra en toda su perfección en las dotes de sensibilidad, la más humana por decirlo así, ¿en qué grado no experimentarían los quebrantos y consuelos del amor materno?

Esa alma de María, á la vez de virgen y á la vez de madre, á la vez de Virgen servidora de su Dios hecho hombre, y Madre de la humanidad de ese hombre verdadero, del cual la persona no era el hombre sino Dios mismo, ¿en qué grado no sentiría los afectos de amor á semejante Hijo?

Esa incomparable Mujer, que podía, que quería y

que debía amar á su Hijo hasta la adoración, y á la vez amar á su Dios hasta el enternecimiento; esa Mujer incomparable, esa Virgen incomparable, esa Madre incomparable, á quien era, (ya otra vez lo notamos) lícito, racional y ¿qué más? de razón forzosa el amar á su Hijo hasta la adoración de Dios y el adorar á su Dios hasta la ternura de Hijo de Ella, ¡cuánto sufriría perdiendo, y cuánto habría de gozo recobrando á ese Hijo de su amor!

Hoy se encontraba con que ya le tenía en sus brazos, que ya le estrechaba contra su corazón y que quizá todavía por muchos años le tendría consigo y no le soltaría, porque con amorosa queja á la que el divino Niño no sabría resistir, le cautivaría siempre bajo su amorosísima obediencia.

Semejante á ese altísimo sentir de la Madre era sin duda el del Padre estimativo de ese Niño. Ningún mortal ha podido unir la mayor virtud de inteligencia y de afectos, á la más singular oportunidad de servir á su Dios con el alma y con el corazón, con el pensamiento y con la obra, con el sudor de su frente y con el trabajo de sus manos, como el escogidísimo Señor San José. ¡Qué Santo tan excelso! Ningún mortal ha tenido tampoco esa oportunidad tan dichosa de servir á la Madre de Dios, como ese hombre, como ese santo, afortunadísimo con ser el esposo castísimo de la siempre intacta Señora, con ser en todo su Esposo, salvo la virginidad de la Señora y del servidor fiel, con ser en todo el Padre del Niño de esa Señora, salvo el no haberlo engendrado, pero agraciado por su excelso matrimonio con todos los derechos de la ternura de un verdadero padre.

De manera semejante, pues, á la del gozo de la Madre, el gozo de José excede á toda comparación que se hiciese con otro gozo que no fuese el de Ella. Nuestro dulce Justo, ¿con qué transporte no estrecharía contra su pecho la adorable cabeza del crecido Niño! y cómo á semejanza de la Reina no también le dijera: "Hijo, ya no te dejaré; en mi poder estás; he rodeado la Ciudad, he andado por las calles y plazas y he encontrado por fin al que ama mi alma." Si toda alma que encuentra por recobro á su Dios, dice esto con ternura, ¿con cuánta no lo diría, alma tan escogida como la de ese Padre de Jesús?

Mas, para José, ¿qué motivos de santa satisfacción, y para nosotros, así como para él, qué testimonio y qué incentivo de admiración y de veneración, no entrañan esas palabras de queja amorosa con que la humilde María, hablando á Jesús, hace referencia á José: "Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo, llenos de dolor andábamos buscándote." Nota San Agustín, en ellas, la humildad de la Virgen, que sabiendo bien ser Ella sólo, la Madre de Cristo y por eso la Madre de Dios, de suerte que José no tenía en su generación parte ninguna, sumisamente se pospone á José como á Esposo suyo. "Todo lo expresa, dice el Anónimo en la *Cadena griega*, como Madre que es, con ingenuidad, con humildad y con afectuoso cariño."

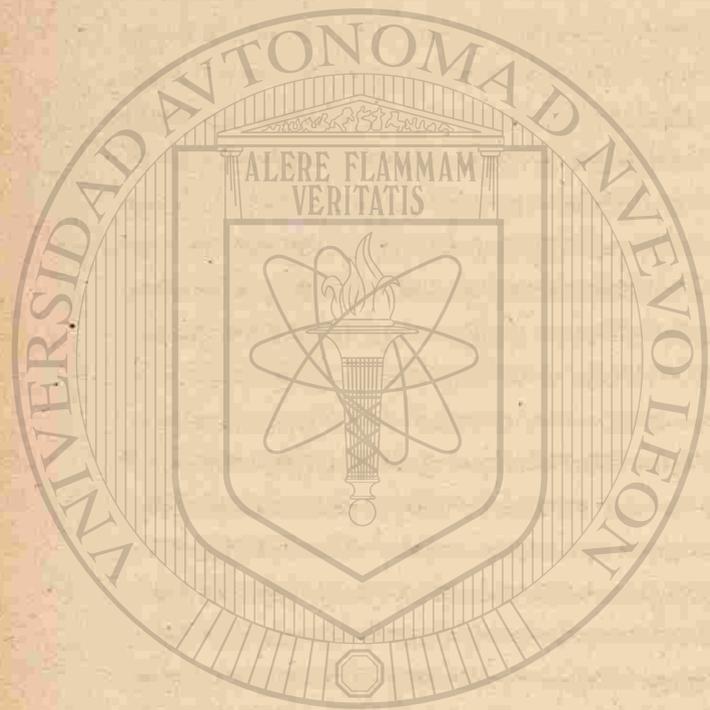
Concluyamos: "Jesús volvió á Nazareth (descendió, dice el sagrado Texto) y *les estaba sujeto*." ¡Gozad Santos Esposos, gozad de ese bien que debéis al cielo, jamás se viera ni se verá dicha tanta en la Tierra; esa que á vosotros se da, no se dió ni á los ángeles. Pero nosotros podemos de ella participar, porque vuestra

dicha no fué tanta porque tuviéseis á Dios humanado, en vuestro hogar, sino porque lo tuvisteis en estado de viadores, y en esto podemos imitaros; porque, quien ama en estado de prueba, ése es el que merece, no quien ama en estado de premio. Nosotros tenemos á nuestro Dios Sacramentado en nuestros templos y podemos amarle en esa Santa Eucaristía con toda la ternura de un hijo y de un niño, de un amigo, de un hermano; diario comensal nuestro, diario alimento nuestro, verdadero manjar, verdadero pan de vida que bajó de los cielos, que bajó no ya á Nazareth sólo sino á nuestros templos.

Pero sin vuestra intercesión ¡oh José! ¡oh María! ¿de qué nos sirve bien tan asombroso? Alcanzadnos la gracia de vuestro Hijo, para que á semejanza de los dulces años que en Nazareth aprovechásteis la posesión doméstica del Verbo humanado, aprovechemos nosotros su posesión en la Santa y nunca bien amada Eucaristía. ¡Oh Jesús, oh María, oh José, tened misericordia de nosotros!



®



CAPÍTULO XV.

Los Misterios dolorosos. La Oración y agonía de Jesucristo en el Huerto de los Olivos.

ENTRADOS á la región dichosísima, por dolorosa que ella sea, de los recuerdos de la pasión de Jesucristo y de la Corredentora, entrados, del valle de los lirios y azucenas, al monte de las rosas y de la mirra, sea nuestro maestro San Bernardo, cuyos hermosos afectos todos de hijo fidelísimo de la Iglesia, ha consignado ésta en las páginas de su libro ritual del Breviario, para enardecer el ánimo de sus ministros, en las fiestas que más amorosos afectos reclaman para nuestro Redentor y su amable Madre: "Yo desde el principio de mi conversión, dice el amoroso Santo, en vez del cúmulo de méritos del cual carecía, cuidé de formarme un hacesito compuesto de todas las angustias y amarguras de mi Señor, y de colocarle en medio de mi pecho. De la abundancia de este recuerdo de suavidad brotarán siempre mis palabras; mientras viviere no olvidaré jamás estos sentimientos de compasión, porque son ellos los que me vivifican. Este hacesito de salud le conservaré siempre, ninguno me lo

arrebatará, él morará siempre dentro de mi pecho. A la meditación de esto he llamado y llamaré siempre sabiduría; en ello hago yo consistir la perfección de la justicia, en ello la plenitud de la ciencia; en ello las riquezas de la salud, en ello la opulencia de los méritos. Esto es lo que levanta mi ánimo en la adversidad, lo que le reprime en la prosperidad. Esto es lo que me concilia con el Juez del mundo, cuando me presenta, al que es tan tremendo para los potentados, manso y humilde..... Esta es mi sublime filosofía, saber á Jesús y éste crucificado."

Ahí está ya Jesús en lo más florido de su hermosa misión: "salí de mi Padre y vine á este mundo, y vuelvo de él á mi Padre;" "un bautismo tengo que recibir; cuán contrariado estoy mientras no le recibiere." La sed, el ansia del padecer, del sacrificio, de redimir al hombre, de obrar la prodigiosa maravilla del amor por el sacrificio, por el martirio, entre la humildad y la abnegación; para esto ha sido enviado nuestro prodigioso Cristo del seno de su Padre, y esto era lo que urgía á su corazón magnánimo: padecer presto, padecer mucho, infinitamente.

Tan admirable sacrificio, admirable hasta lo inaudito, reclamaba tanta gloria en el mismo preámbulo de ser emprendido, que de ello salió el pensamiento y la obra estupenda de la Eucaristía, prodigio en que todo se resume: la Eucaristía, delicia de la tierra y gloria de los cielos, todo lo contiene, todo lo representa, todo lo reproduce antes y después de sucedido; es la misma Encarnación, es El mismo que encarnó, es la misma Pasión, es El mismo que padeció, es El mismo crucificado y muerto, es El mismo resucitado, ascendido y glorifi-

cado á la diestra del Padre. Al inaugurar, pues, nuestro amable y sapientísimo Redentor, su pasión sagrada con su oración y agonía en el Huerto de los Olivos, viene ya de haber dado á comer y beber su verdadero cuerpo y sangre sacramentados á sus discípulos, y de haberles dicho: "siempre que de esto comiéreis y bebiéreis, representaréis la muerte mía sin cesar hasta que yo vuelva al fin del mundo."

Qué admirable es esta pasión del Señor, qué disposición de actos tan digna de un Dios hombre de dolores, qué majestad tan divina en los ordenados actos de ese voluntario padecer: ese Redentor divino que á su voluntad dispone de su dolor, para mejor reinar sobre su pueblo en las tres horas de suspensión en el patíbulo de la Cruz, trasladada á la víspera de esas tres horas por la noche en el Huerto de los Olivos, la agonía que debía haber sufrido en el patíbulo de la Cruz; y así como se dijo, "se ha ofrecido ó ha muerto por su propia voluntad," así, con tanta propiedad así, debe decirse: "ha agonizado voluntariamente antes de haber sido herido y crucificado;" porque su dolor es tan verdadero como libre; verdaderamente padece, pero también no padece sino porque lo quiere con verdadera libertad y por eso con infinito mérito; padece como verdadero Dios.

La oración del Señor y su agonía en el Huerto, son como todas las obras de su redención, prodigios de amor, de sabiduría, de enseñanzas de virtud, de esperanzas de fortaleza, de seguridades de salvación, de consuelos de gloria. Cuando la Santa Iglesia Católica, con un acierto y un buen sentido que pasma, ha tomado con tanta fe y tanto calor de caridad el defender y

constituir para siempre, eso de que en la persona de Jesucristo está íntimamente unida la naturaleza divina y la naturaleza humana, tan perfecta una como otra, tan sin confusión á la vez que tan unidas, de suerte que nuestro Señor Jesucristo es verdadero Dios y hombre en una sola persona que es la divina, no ha hecho más que asegurarnos en el goce de la legitimidad del mayor de nuestros tesoros. Nada puede acercarnos tanto y tan amorosamente á la majestad divina como Jesucristo pasible y padeciendo, como Jesucristo entregado á la oración de la angustia y de la agonía, como Jesucristo sudando sangre. Si se nos pidieran pruebas de la verdadera religión, diríamos: la que nos presente á Dios en mayor altura de majestad y en la mayor abnegación de misericordia, esa es la verdadera. Tal es nuestro Jesucristo, tan glorioso y de tanta majestad, tan verdaderamente Dios en su resurrección y ascensión á los cielos, y á la vez tan verdaderamente hombre en su oración y agonía del Huerto. ¡Cuán verdadero es el amor que Dios nos tiene, que así se proporciona, hasta el punto de hacerse inteligible y amabilísimo hasta la ternura, el infinito Dios, El Incomprendible y Santo!

Pero no sólo misteriosas verdades que creer, que admirar y agradecer, sino enseñanzas de virtud y dones de consuelo, es lo que nuestro Redentor nos ofrece en ese Huerto de los Olivos. ¡Sí, Redentor nuestro, ya sabemos que en los temores y en la agonía de la vida, en las angustias y en la víspera de la muerte, estáis muy cerca de nosotros, si cerca os queremos tener. Padecer con vos, padecer por amor vuestro, padecer alentados por el padecer vuestro, esa es la verdadera religión,

esa es la verdadera ciencia, la verdadera dicha, la verdadera salud!

Pero sin la compañía de la Reina Corredentora, sin su enseñanza, sin su ejemplo, sin su auxilio, ¿podríamos acercarnos, aun siquiera acordarnos de vuestro auxilio, oh Jesús, verdadero hijo de esa Reina de todo lo criado y de todas las gracias? Muéstrenos esa Reina de las virtudes toda la intensidad del dolor de nuestro Jesús en su agonía, todo su mérito, todas sus enseñanzas, todos sus provechos; porque sin Ella, que es nuestra maestra después de ese mismo Jesús, nada podremos entender, ni estimar, ni aprender, ni aprovechar.

La necesidad de hacer oración, ya la había mostrado nuestro Jesús, de las dos maneras que consigna el Evangelio: la una fué, orando él mismo antes de ejecutar grandes cosas, ya en oración sostenida ó prolongada, como la noche que precedió á la elección confirmatoria de sus doce apóstoles, ya en las breves oraciones que precedieron á sus grandes milagros, como fueron el de la resurrección de Lázaro y el de la institución de la Santa Eucaristía; la otra manera fué, redactando él mismo con sus divinos labios las palabras con que debíamos orar: "Padre nuestro, santificado sea tu nombre," etc.; fórmula inaudita, bastante por sí sola para acreditar de Hijo verdadero de Dios al redactor de ella. ®

Pero la oración del Huerto tuvo de nuevo sobre esas otras, para nuestra enseñanza, el ser la propia del lance supremo en que nos amenaza el peligro de un mal inminente, como es ó el del pecado ó el de la muerte, y en todo caso el de la tentación, la cual crece de punto en el trance de la muerte. Esos males tan pavorosos, nuestro divino Maestro nos enseñó á afrontarlos y su-

perarlos con la oración, mediante la cual, primero que todo como fieles soldados, hiciésemos profesión de fidelidad á nuestro divino Jefe, en el combate, y luego recabásemos de él no sólo las armas defensivas y ofensivas, sino aun el valor para vencer, que es poderoso de concedernos.

Dura cosa es el padecer, dura es el agonizar, dura es el morir; pero sea bendito el Maestro divino que nos enseñó á superar esa dureza, á endulzar esa amargura, á hacerlas méritorias, á hacerlas deseables y gloriosas; sea bendito ese Redentor que nos alcanzó no sólo las armas del combate, sino el ser poderosos para empuñarlas y blandirlas, el ser valientes y el ser vencedores. ¡Cuánto no costó á nuestro Jesús el constituirse en ese estado, en ese trance en que le contemplamos en el Huerto! Mérito infinito es el suyo, como que es tan verdadero Dios como verdadero hombre; verdaderamente ha sufrido infinito dolor en su agonía, verdaderamente ha orado por sí y por nosotros; "verdaderamente, como Isaías lo dijo en profecía clarísima, ha tomado ese Mesías en sí mismo nuestros desfallecimientos y penalidades y ha soportado nuestros dolores."

Mas ¿qué motivos especiales de dolor, de apremiante angustia, de suprema agonía hasta sudar sangre, son los que ha tenido nuestro admirable y amabilísimo Salvador? ¿Quién no podrá conjeturarlos?

Fué el primero, como enseñan los intérpretes sagrados,⁽¹⁾ la viva aprehensión de la pasión y muerte que ya instaban para el siguiente día. Ya preveía nuestro Jesús todos y cada uno de sus tormentos, los azotes, oprobios, bofetadas, risas, blasfemias, muerte y muerte de

(1) Alápide.

cruz que iban á infligirle los judíos; viva aprehensión con la que parecía adelantarse á cada uno de esos padecimientos, aprehensión tan viva, que ya le hacía entre la tristeza y la angustia, dar gemidos, temblar, languidecer, palidecer, desfallecer y casi caer y aun sudar sangre, tormentos todos que el nuevo Adán oponía á la torpe alegría y deleite que el primer Adán aceptó al comer del fruto prohibido y que aceptamos los pecadores en nuestros delitos en medio de delicias, fausto y honores. Fué el segundo, la previsión de todos los dolores que habían de padecer los mártires en los potros, hogueras y toda clase de tormentos; los confesores en las persecuciones, las vírgenes en la guarda de su castidad, los casados en la educación de sus hijos y domésticos; en la pobreza, trabajos, etc; los prelados y pastores en su gobierno y todos los fieles en las tentaciones. Todos estos sufrimientos y uno por uno, los aceptó é hizo suyos Jesucristo en su mente, pues á todos sus fieles los ama como hijos y como á sí mismo, como lo tiene declarado en su Evangelio. (Mateo, cap. XXV, verso 35 y 40.) Fué el tercero, la ingratitud de los hombres, principalmente la previsión de que muy pocos se aprovecharían de estos dolores y que pocos por esa ingratitud se salvarían. Fué la cuarta, la aflicción de su Madre, principalmente cuando asistiese al pie de la Cruz; pues si los dolores del Hijo, como espada traspasarían el alma de la Madre, y de ella se reflejarían sobre el mismo Cristo, sumo dolor le causaba que la Señora sufriese por El tan grandes dolores. Y así éstas y todas las otras tristezas las reprimía y superaba nuestro Redentor, pero sólo en esta vez las dió á conocer á sus discípulos en el Huerto.

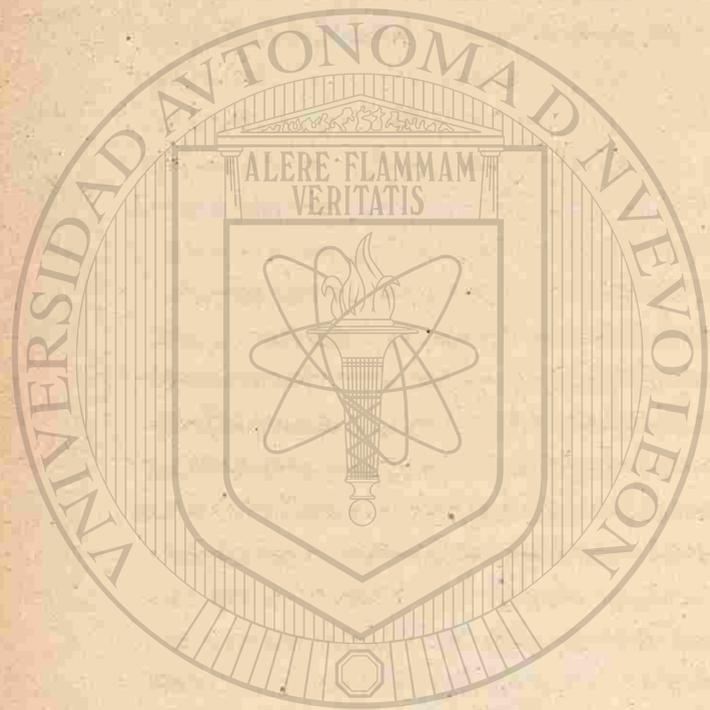
Esta oración angustiosa de Nuestro Dios Redentor, como todas las grandes obras que él hizo, como todas las obras de su redención, ha sido de tan prodigiosos efectos, que sin cesar es recordada, meditada, agradecida, ensalzada, celebrada, imitada y aprovechada por miles de fieles en el universo mundo por donde se extiende la Santa Iglesia Católica, en la recitación y meditación del Rosario, á más de que en la Misa tiene consagrada su consideración especial en el Ofertorio.

Tiene también la Santa Iglesia instituida en años recientes la fiesta especial de ella en la feria tercera de la Dominica de Septuagésima, oficio en que resplandece, mediante la sabiduría y la santidad de la Iglesia, el triunfo definitivo y sempiterno de Jesucristo en todo cuanto hizo. "¡En memoria eterna será el Justo," escrito está de éste, pero más del Justo de los justos..... "su poder será exaltado con gloria!" (Versos 7 y 9, Salmo 111.) La prodigiosa vitalidad y fecundidad de esa pasión del Señor Jesucristo como de todos sus actos, es tanta y tan florida, que no cesa de producir de tiempo en tiempo manifestaciones singulares brillantísimas, como han sido las llagas milagrosas de San Francisco de Asís, á imitación de las cinco llagas del Salvador, y estigmas semejantes en Santa Catalina de Sena, y Magdalena de Pazzi, en Sor Catalina Emerich; llagas como las de San Francisco en la estigmatizada Luisa Lateau, de Bélgica, nuestra contemporánea, de tan gloriosa autenticidad y, permítasenos la frase, de un gusto tan á la moderna, como la autenticidad de los milagros de Lourdes, que no puede ya mejores exigir el incrédulo. Y de esas manifestaciones las hay también tan gloriosas como las revelaciones de Santa Brígida, de la misma Catalina

Emerich y de la venerable María de Agreda, que á semejanza de la revelación evangélica guardan en páginas inmortales los hechos inmortales de nuestro inmortal Cristo y de su inmortal divina Madre.

No os olvidéis de nosotros, oh Redentor Jesús, concedednos la gracia de no olvidar los hechos todos de vuestra pasión adorable, de recordarlos cada hora y aprovecharnos de ellos sin intermitencia, porque si el entendimiento es débil para ocuparse en vos sin cesar, la voluntad es más fuerte para quererlo á lo menos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVI.

María Santísima asistiendo á la oración y agonía del Señor en el Huerto.

VANO será que tratemos de adelantar en la inteligencia y aprovechamiento de ese gran misterio, si no contamos con la parte que en él corresponde á nuestra dulcísima Corredentora. No porque la letra del Evangelio la haga desaparecer de algunas aunque muy pocas escenas de los actos de la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, puede creerse que en alguna de ellas dejara de tener su importantísimo puesto la gran Reina, la gran Señora, la Dolorosa, la Madre de Jesucristo, la Madre del Dios hombre. ¿Cómo no ha de haber asistido María á la oración y agonía del Señor, y muy bien con milagrosa asistencia y conservando su natural presencia en el Cenáculo en solemnísimas oración asociándosele las santas mujeres? Antes de que estuviese consignado expresamente en tan piadosas revelaciones, como la de la venerable María de Agreda, ¿qué creyente piadoso no lo supondría con certeza?

La gran Señora, la nueva Judith, la Mujer fuerte

vencedora del Dragón homicida, hizo frente sin duda á todos y cada uno de los dolores que afrontó su divino Hijo, á semejanza suya. Al partir Jesús del Cenáculo, la Madre con las santas mujeres quedaba en él para imitar, digamos así, en el retiro doméstico, lo que Jesús hacía como principal en la escena del Monte de los Olivos, propio todo de la modestia y recogimiento que á la mujer corresponde. Si á Jesús le hacen cortejo en ese dolorido espectáculo el grupo de sus apóstoles fieles, como un consuelo y un testimonio de su gran dolor, de su gran combate; á la Madre le hacen modesta compañía las santas mujeres, la amorosa Magdalena, la piadosa Marta y las otras amables Marías. Establécese así en el Cenáculo, no sólo un reflejo y una hermosísima semejanza de lo que con Jesús pasa en el Huerto en esa misma hora, sino un complemento de la obra del Hijo por la obra de la Madre. No es bueno que el hombre esté solo, podríamos decir de alguna manera, esto es, cuánto mejor, cuánto más perfecto es el espectáculo de la oración del Huerto de los Olivos, junto con el espectáculo de la oración de María en el Cenáculo á esas mismas horas. Si Cristo oraba y agonizaba á la vista de sus apóstoles, su santa Madre convenía que secundase é imitase esa oración y esos dolores á la vista de ese otro apostolado, tan modesto como poderoso, cual es el de las mujeres piadosas.

En el gran plan de la redención los redimidos no están ociosos: el Redentor quiere que con él padezcamos, deseoso de que con eso merezcamos más; eso es fundamental en el plan evangélico, en donde tanto se nos insta para llevar nuestra cruz en seguimiento del gran

Ajusticiado. Eso supuesto y también supuesta la casi infinita aptitud de la Santísima Virgen para las grandes obras, para las grandes proezas, para los sublimes prodigios de la santidad, ¡con cuánta certeza no deberémos acoger todas esas concepciones que por una parte el buen sentido y por otra las revelaciones piadosas hechas á muchos santos, nos proponen como sucesos de la *pasión* de nuestra Corredentora, análogos á los de su divino Hijo!

Véamosla, pues, allí en el Cenáculo, en oración, en arrobamiento que pasma á los Angeles del Cielo y enfurece al Dragón y á sus secuaces. Su alma está poseída de un dolor incomparable y al que sólo pudiera asemejarse una gran avenida de mares á que se hubiesen soltado los diques: "Salvadme, Señor, porque ha entrado en mi alma la inundación de muchas aguas," como dijo el Profeta de la inmensa angustia de Jesucristo.⁽¹⁾ La gran Señora afronta esos tormentos con tan firme voluntad como la que le apresta su índole portentosa de dignísima Madre de Dios; y en esa voluntad quisiera que el Eterno Padre sustituyese el sacrificio de Ella al de su Hijo.

Cuando se despedía Jesucristo de Ella, que postrada le adoraba como á su verdadero Dios y Redentor, dice admirablemente la gran María de Agreda, que el divino Hijo, con semblante majestuoso y grato, no menos que dolorido, dirigió á la Reina Madre estas palabras: "Madre mía: con vos estaré en la tribulación; hagámos la voluntad de mi eterno Padre y la salud de los hombres." ¡Cuánta hermosura y verdad en este concepto: "con vos estaré en la tribulación!" ¿En cuál tri-

(1) Salmo 68.

bulación, Señor, en la vuestra ó en la de vuestra Madre? ¿En cuál tribulación, Señora, en la vuestra ó en la de vuestro Hijo? Bien dicho está que en la tribulación, porque no es sólo la del uno ni la de la otra de vuestras Majestades, porque es la tribulación de ambos; porque el Hijo, manso y humilde de corazón y no menos tierno de afectos, sufre mucho de ver que sufre su Madre; y Ella mansa, humilde y tierna de corazón, como mujer ninguna y como humano ninguno, después de su Jesús, sufre mucho de ver que sufre su Hijo.

Al concebir, pues, toda la grandeza de santidad de la oración y toda la grandeza de méritos de la angustia de Jesucristo en el Huerto, podremos entender toda la grandeza de santidad de la oración y meritoria angustia de la Virgen Santísima en el Cenáculo, la que, como ninguna criatura, podía y debía asemejarse tanto á su verdadero Hijo.

Conviene no perder de vista lo que hemos observado tratando de todos los otros misterios: no podremos entender bien ni aprovechar bien los misterios de la vida y pasión, resurrección y ascensión y grandezas todas de Jesucristo, si no las entendemos semejantes y análogas en la Madre; es decir, después que contemplando en el divino Jesús todos esos santos misterios, conozcamos lo que en ellos debe corresponder á su dignísima Madre; detengámonos en contemplarla á Ella que como pura criatura nos ofrecerá á nuestros débiles ojos esa luz de la santidad infinita de Jesucristo, que por nuestra debilidad no puede menos que ofuscarnos. Esa luz divina, templada en ese espejo de María, será ya *posible* á nuestras miradas. Entonces, conocido Jesucristo y María, seremos doblemente sabios, doble-

mente dichosos, porque habremos conocido y amado á María por Jesucristo, á Jesucristo por María, así como por Jesucristo conocemos y amamos á su Padre. No haya temor, pobre é inepto temor protestante, de que por pensar y amar á la Santa Virgen, defraudemos el pensamiento y el amor de su divino Hijo, así como tampoco es de temer que por pensar y amar al Verbo, dejemos de pensar y amar á su Padre.*

Así es que, ¡oh Princesa nuestra! ¡oh Hija del Rey! cuya belleza él codicia, como dijo el Profeta, con vos está vuestro Hijo en la tribulación; después de su oración, no hay oración tan santa como la vuestra, ni dolor tan grande, ni agonía tan esforzada. Gigante de santidad es él; Mujer fuerte, y como vos no hay ninguna, sois vos; él es Tobías en sumisa oración deprecatoria, vos sois Sara que también se queja de calumnia en su agraviada inocencia; él es el Esposo, la Flor del campo, el Lirio de los valles, vos sois la Azucena entre espinas, la Virgen de las Virgenes, la Esposa de ese hermoso Rey.

Una alma tan excelsa como la de María, cuyas grandes dotes debían corresponder á su destino altísimo singular de Madre de Dios, de Madre del Verbo Redentor, ¡qué obra tan semejante á la de su Hijo divino no ejecutaría en esa noche de la oración del Huerto! ¡Qué oblación, qué holocausto, qué sacrificio tan perfecto, tan aceptable, tan de olor suavísimo de celestial incienso no ofrecería en esa noche al airado Padre de su Hijo! ¡Qué temor santo, qué temblor tan abnegado, qué amor tan reverente no ofrecería en esa su portentosa voluntad tan concorde con la de su Hijo! ¡Cómo no pensaría visión perfecta en todas las edades, desde

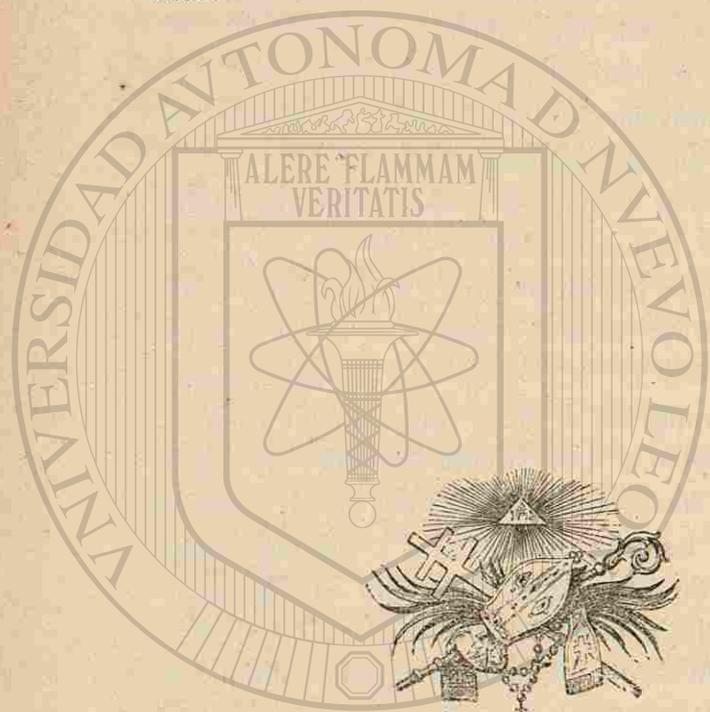
la creación de los ángeles hasta aquel final juicio, en que buenos y malos queden fijos en irrevocables destinos! ¡Cómo no se presentarían á sus ojos sus innumerables hijos de redención, sus fieles y sus enemigos, los agradecidos y los impíos! Todo debe haberse desplegado á sus ojos, porque el alma de esa Señora no podía menos de contemplarlo todo: era el alma de la Madre de Dios Redentor, y á la buena Madre de un buen Rey, conviene toda honra, se ofrece todo lo que pedirá y se da todo lo que pide.

De la excelsa Reina, aplicándole los conceptos últimos del libro de los Proverbios, que ante todo se refieren al divino Verbo, se dijo: "con él estaba yo disponiendo todas las cosas, cuando circunscribía al mar en sus términos, cuando asentaba los cimientos de la tierra, etc.," y con mucha razón se dijo, porque ¿cuál intervención podría el Altísimo dejar de asignar á la Reina de todo lo criado al trazar las grandes categorías de ángeles y hombres, las grandes gerarquías de grandezas, bellezas y santidades criadas? Así también y con mayoría de razón, ¿cuál intervención podría el Altísimo dejar de asignar á esa misma Reina en la gran obra de la nueva creación, en esa de la redención, de la reparación? Con mayoría de razón hemos dicho: porque si en la primera, el Altísimo obraba en todo, después de la intervención del divino Verbo, por María, es decir, en vista de María, más no con la cooperación de ella; en la segunda obraba en todo también, después de la intervención del Redentor principal, no sólo por María sino con ella, porque existente ya ella, ¿qué favores, qué grandezas, qué excelentes desempeños podría el Altísimo dejar de asignar á la Madre dignísima

de la Víctima divina? ¿Y qué asunto, qué campo de mayores favores, grandezas y desempeños, tratándose de la segunda creación, de la gran obra de la redención, que el de padecer cuanto pudiera una criatura para redimir su gran reino, para criarlo, para fundarlo, para disponerlo, para ordenarlo, para fecundarlo, para sostenerlo, para consumarlo y para colocarlo en definitivo triunfo, todo con esa redención?

Sí, gran Reina; después de vuestro Hijo vos habéis sido la criadora, la instauradora, la sostenedora, y seréis la consumadora y glorificadora de la restauración, con efectivo gobierno. Todo lo habéis hecho con vuestro divino Hijo: con él habéis desempeñado las grandes maravillas del Evangelio, desde su preparación hasta su primera predicación; desde su confirmación en la pasión de Jesucristo, hasta su elevación á los cielos; desde la recepción del Espíritu Santo en el Cenáculo, hasta vuestra ascensión á los cielos; y de allí en todos los siglos de la Iglesia hasta los días presentes, y de hoy para más hasta el día en que esta Iglesia militante se os presente en triunfo de final resurrección ante el trono de vuestro Hijo y Vos á su diestra. A Vos no se ha negado el conocimiento, el gobierno y el triunfo, de todo lo que ha sido es y será, como la gran Consejera, como el gran Valido del eterno Rey, en cuanto una pura criatura puede por él ser honrada hasta lo infinito de la honra. A la hora de la oración y agonía del Huerto, vos en vuestra oración y agonía en el Cenáculo nos habéis tenido presentes, al que esto escribe y á todos los suyos, á sus lectores, á sus amigos y enemigos; de todos apiadaos eficazmente, Señora nuestra, nuestro amparo y nuestra salvación; los males que

nos amenazan son como un mar que quiere tragarnos; lo que decimos á vuestro Hijo lo decimos á Vos como Madre de la misericordia: ¡Salvadnos, porque perecemos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

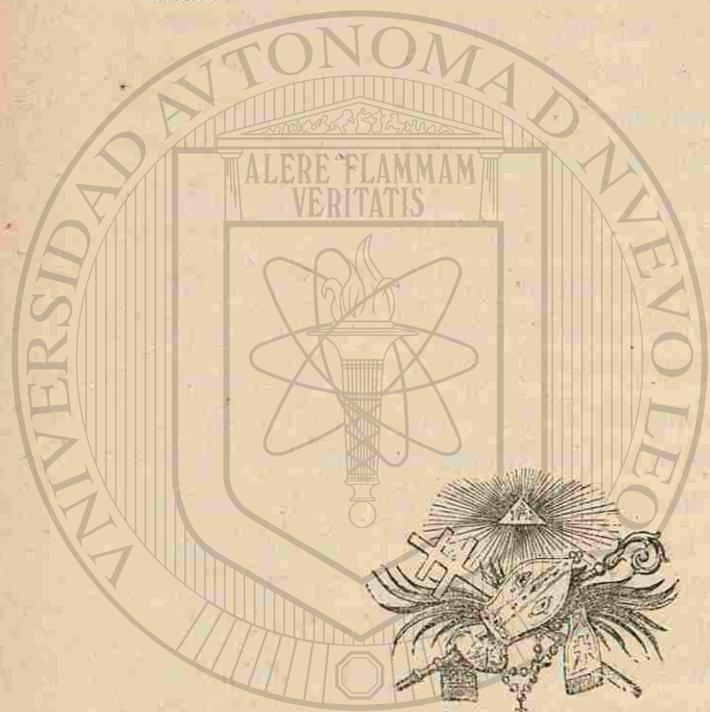
CAPÍTULO XVII.

Jesucristo azotado cruelmente en el palacio de Pilatos.

EN la agonía del Huerto de los Olivos, el Verbo divino hecho hombre por nuestra salud, inauguró esa obra que pasmaba á los ángeles del cielo y levantaría más tarde en el género humano el incendio de amor que ese Hijo de Dios ansiaba prender en sus corazones. En esa agonía, abarcaba el celeste héroe como en un perfecto exordio, en un solo dolor mental, todo lo que en pocas horas y en seguida hasta su muerte á la hora de nona del siguiente día, vendría de males sobre su alma y su cuerpo; cúmulo de males como un mar al que soltasen los diques hasta inundarlo todo.

Del Huerto en adelante iban á desbordarse ya sobre él ese diluvio de desprecios, de insultos, de irrisiones, de vilipendios, de ultrajes, de oprobios, de tormentos y de perdimiento de vida. El Rey omnipotente ya lo sabía, lo quería, lo ansiaba, y en admirable resumen compeñando todos esos géneros de maldad diabólica, en estas tres palabras lo había predicho á sus apóstoles: "Vamos á Jerusalem, seré entregado á los príncipes de

nos amenazan son como un mar que quiere tragarnos; lo que decimos á vuestro Hijo lo decimos á Vos como Madre de la misericordia: ¡Salvadnos, porque perecemos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVII.

Jesucristo azotado cruelmente en el palacio de Pilatos.

EN la agonía del Huerto de los Olivos, el Verbo divino hecho hombre por nuestra salud, inauguró esa obra que pasmaba á los ángeles del cielo y levantaría más tarde en el género humano el incendio de amor que ese Hijo de Dios ansiaba prender en sus corazones. En esa agonía, abarcaba el celeste héroe como en un perfecto exordio, en un solo dolor mental, todo lo que en pocas horas y en seguida hasta su muerte á la hora de nona del siguiente día, vendría de males sobre su alma y su cuerpo; cúmulo de males como un mar al que soltasen los diques hasta inundarlo todo.

Del Huerto en adelante iban á desbordarse ya sobre él ese diluvio de desprecios, de insultos, de irrisiones, de vilipendios, de ultrajes, de oprobios, de tormentos y de perdimiento de vida. El Rey omnipotente ya lo sabía, lo quería, lo ansiaba, y en admirable resumen compeñando todos esos géneros de maldad diabólica, en estas tres palabras lo había predicho á sus apóstoles: "Vamos á Jerusalem, seré entregado á los príncipes de

los Sacerdotes y á los gentiles, á la irrisión, á los azotes y á la muerte de cruz."

Ante ese cúmulo de males que Cristo acepta por nosotros, para expiación, para enseñanza, para salvación nuestra, la Santa Iglesia propone á diaria meditación aquellos tres puntos culminantes que los resumen todos, nada menos que como los resumió Jesucristo en su divino laconismo: vilipendio, cuyo summum es la coronación de espinas y la púrpura irrisoria; los tormentos, cuyo summum es la flagelación del Pretorio; y la crucifixión, como coronamiento del gran sacrificio.

He ahí la gran obra en lo más empeñado de su portentosa novedad; he ahí el espectáculo que asombra ya á los celestiales, que comienza á aturdir á la malicia imprevisora del Dragon, y á enternecer á los que son instrumento de éste, pero también objeto amoroso de la generosidad y misericordia del Redentor. Ya Jesús ha comparecido ante el Gobernador romano, ante los gentiles, menos crueles que los hebreos, que los hermanos de esa divina Víctima. Ya en las horas precedentes de esa noche, que en lo sucesivo habría de sernos, de inmortal ternura y gloria, ha mostrado Jesús que no en vano los profetas habían bosquejado proezas inauditas de virtud sobrehumana, sobreangélica de un Mesías de incomprendible santidad, incomprendible por lo excelente. De él había dicho Isaías: "Yo he entregado mi cuerpo á los que me abofeteaban, y mis mejillas á los que mezaban mi barba, y no he apartado mi rostro de los que me ultrajaban con ignominia y me escupían á la cara." El Mesías, el Varón sublime, ha cumplido esta predicción con pasmosa fortaleza, mansedumbre y decoro. La soberbia humana tenía que recibir una lección,

no sólo que hacer una expiación; ¡qué expiación y qué lección no se nos ofrece en esa noche; los cielos y la tierra pasarán, pero aquellas vivirán para siempre! Hemos sido salvos con esa expiación, hemos sido enseñados con esa abnegación, como el mismo Isaías también lo profetizó: (LIII,5) "El castigo que debía hacer nuestra paz con Dios, descargó sobre El y con sus cardenales fuimos curados." De ese insigne Mesías, de ese incomparable gigante de virtud, de paciencia y fortaleza, de humildad y majestuoso decoro, ha predicho también Isaías: (L-7) "El Señor Dios es mi protector; por eso no he quedado confundido; por eso presenté mi cara á los golpes, inmóvil como piedra durísima."

Mas, el espectáculo de esas maravillas que se ha dado sólo á la luz de artificiales antorchas y reinando las sombras de la noche, tenía que alumbrarlo, y ya no sólo como espectáculo de ignominias de hombre vilipendiado, sino de esclavo acusado de mil crímenes, la luz misma del sol de la mañana, del sol de la hora de tercia, casi á la vista del populacho, que por la plaza y las calles adyacentes del Pretorio era azuzado para pedir la sangre y la muerte ignominiosa de ese Mesías. La refinada malicia farisaica no cederá ante motivo ninguno de compasión; el infierno mismo entra de lleno en esa conjuración universal. Un Gobernador y un Juez de más fortaleza y no sin la virtud de que carecía Pilatos, habrían sucumbido á la colosal tentación; el combate de esos momentos era esperado siglos hacía.

Según eso, quien dijese que la atrocidad de esos azotes y su inconcebible crueldad, excede á toda ponderación, diría poco. Contemplad á ese divino Cordero, desnudado por sí propio y entregando sus manos para ser

atado; el más perfecto y sensible de los hombres azotado por verdugos cuyo número no es aventurado decir que en verdad ha llegado á sesenta. Quien le manda azotar tiene en muy poca cosa que á fuerza de azotes sucumba, por más que su débil intención sea salvarle de morir en cruz. Lo que ese Juez quiere es no perder la amistad de Cesar. No conoce la gran malicia de los fariseos, quienes ante todo desean perder á Jesús con cualquier género de atrocidades y final muerte. Y el infierno se vale de los malvados y del Cobarde para ver de vencer por impaciencia á ese gran Justo que sin duda, al entender de aquellos, es hombre y hombre perfectísimo y jamás visto, y que á tales horas es ya muy ostensible sea no sólo hombre sino el mismo Hijo de Dios humanado.

¡Oh Jesús nuestro, oh mansísima oveja, verdadera víctima, dignísima de ser ofrecida al Dios de la Justicia y de la misericordia! ¡Qué raudales de sangre veo manar de ese cuerpo despedazado á fuerza de azotes, que en vos descarga la mano de esos sesenta verdugos! De par en par van sucediéndose, ganados por sorpresa con el oro del fariseo pasmosamente implacable, del fariseo ganado á su vez por la sugestión suprema de esos ángeles para siempre réprobos cuyo rey de soberana malicia es Satanás mismo.

Tres amabilísimas videntes, Santa Magdalena de Pazzi, Santa Brígida y María de Agreda, favorecidas con revelaciones en gran manera dignas de crédito, nos dicen de ese horrendo é inaudito martirio de los azotes de Jesús, mucho que admirar y que tener presente. A Magdalena de Pazzi se le dijo en éxtasis, que eran sesenta los verdugos; á Santa Brígida, que los azotes lle-

garon á cinco mil y más; á María de Agreda cinco mil ciento quince desde los pies hasta la cabeza. Yo veo esos datos sagrados con respeto profundo y creo en ellos con el permiso que me da mi Santa Madre la Iglesia, y sabiendo, como sé y dije ya, la gran palabra de Jöel y la de San Pablo, el uno: "Profetizarán vuestras hijas"; el otro: "no queráis despreciar las profecías," y ¡qué santas tan ilustres son esas hijas y qué alteza de palabra la de ellas!

¡Qué admirable concordancia entre las palabras de subido tinte de esas inspiradas posteriores al suceso y las de los antiguos antecedentes Profetas: "Sobre mi espalda han fabricado los pecadores," decía David. (128-3.) "Todo el día he sido azotado," dijo también. (72-14.) "Lavaré en vino su túnica, y en sangre su manto," se anticipó á decir el patriarca Jacob.

Azotado ha sido Jesús con espinas, con cuerdas guardadas de hierro, con cadenas; conjetúranlo gravísimos autores. Compárese lo que la razón misma deduce de estos datos certísimos: Cristo es Dios y hombre verdadero; Satanás el gran homicida es su gran enemigo; Cristo le permite que le dañe á la medida de su poderosa rábía: "esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas." Véanse luego otras antiguas santas profecías. Essorprendente lo que Isaías concuerda con esos datos: (53-5.) "No se ve ya en él hermosura ni decoro." "Mirámosle y no es ya de verse; es un varón de dolores, hombre que sabe lo que es padecer." "Es ya para tenersele como un leproso, como si Dios mismo le hubiese herido con su mano y le hubiese reducido al anonadamiento."

¿Qué más? Busquemos aún y más hallaremos:

(Isaías, 53): "Es como el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe." (Salmo 21.) "Ya no es ni hombre, es como un gusano, etc., etc."

Pensad, hermanos, pensad, si no tienen razón las escogidas almas piadosas y el pueblo humilde y devoto. Por más que recargásemos de colorido el cuadro horrendo y—atrevámonos á decirlo—mientras más recargado de horror, más dulce es al corazón, porque así palparemos todo lo amoroso de Jesucristo, más nos acercaremos á la verdad.

Sí, Dios nuestro y nuestro verdadero hermano, carne y sangre nuestra, hecho pedazos y viva llaga de pies á cabeza, empapado en sangre, nos ganas el afecto para tí y para el Padre. Semejantes proezas de amor no son invención de hombres, son maravillosa invención de verdad celeste.

En esa inmortal prueba⁽¹⁾ Cristo ofrece estupenda y divina paciencia de ánimo, fortaleza y constancia; ni un gemido, ni señal alguna de dolor; se sostiene como roca inmovible. Más: todos los azotes, todos los dolores recaen sobre él como si al sujetarse á ellos fuese rey del dolor, y le dominase y con excelso ánimo mandase sobre él.

Un escritor gentil exclama⁽²⁾ admirado de Cristo: "Oh Varón de ánimo inquebrantable, ni una súplica, ni una lágrima derrama." Y San Cipriano: "Entre las otras muestras admirables de todas sus virtudes, con que hacía patente su majestad divina, mantuvo esa paciencia propia de su Padre con su mansedumbre en el sufrir."

(1) Alápide, in Matt. XXVII-26.

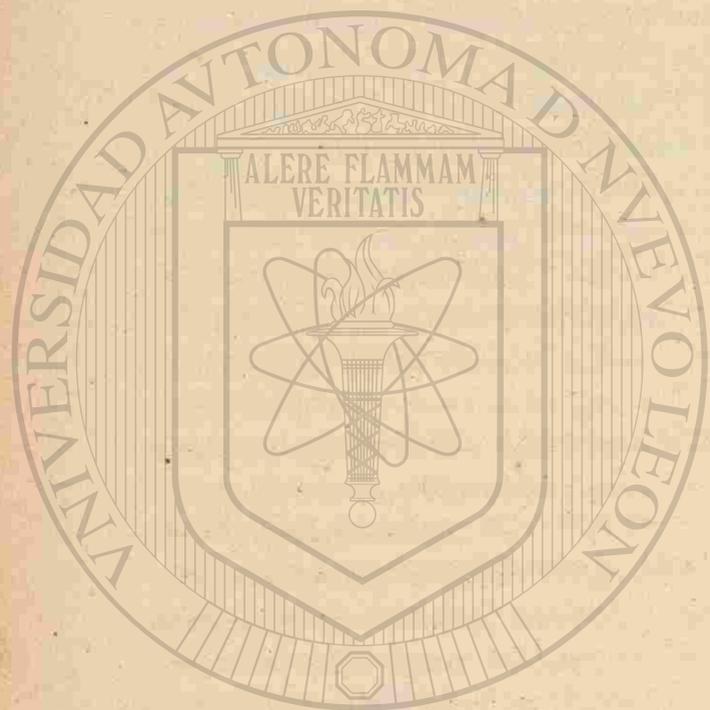
(2) Alápide, in Matt. XXVII-26.

De aquí es que el Centurión no pudo menos de prorumpir en aquella grande expresión que el Evangelio nos narra: "En verdad éste era el Hijo de Dios."

¡Oh Jesús nuestro! perezca el día en que tu pasión no nos ocupe y no mantengamos el recuerdo vivo de los azotes que te dejaron bañado en sangre y despedazado como un leproso de pies á cabeza, y como herido de la mano de Dios; sea esta nuestra gran lección de paciencia, nuestro gran luminar de esperanza y el misterio de gloria de que más gocemos en el paraíso de divinos deleites. Pero que en todo nos asista esa Reina de los mártires y Reina de todos los buenos, de quien tanto habemos necesidad los infelices pecadores.



®



CAPÍTULO XVIII.

María Santísima ante la flagelación de su Hijo divino.

LOS gemidos de nuestra Madre, ¡cómo olvidarlos! Y el tremendo sufrir de la Reina de ternura al ver y al escuchar el horror y el chasquido de los crueles azotes, ¡cómo no recordarlo sin cesar!

¡Ea, Señora: dadnos, el prestaros la atención y la ternura de que sois tan digna!

Dice la Venerable María de Agreda en su revelación: "La multitud del pueblo que seguía á Jesús Nazareno nuestro Salvador, tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles; porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurrendo y hablando con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía. Entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora á un rincón del zaguán con las Marías y San Juan, que la asistían y acompañaban en su

dolor. Retirada en aquel puesto vió por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padeció nuestro Salvador. Y aunque no los vió con los ojos del cuerpo, nada le fué oculto, más que si estuviera mirándole muy de cerca. No puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los Angeles, y se conocerán con otros misterios ocultos en la Divinidad cuando allí se manifiesten á todos para gloria del Hijo y de la Madre." (Mística Ciudad, libro VI, cap. XX, núm. 1,341.)

La no menos inspirada Santa Brígida dice también en su respetabilísima revelación y lo tomamos de nuestro sabio comentador,⁽¹⁾ que la Santísima Virgen asistió á la flagelación de Jesucristo y que su dolor y angustia aumentaron en gran manera el dolor de ese nuestro divino Cordero. Oigamos, mediante lo dicho á Santa Brígida, las palabras mismas de la Madre de Dios: (Lib. I Rev. c. 10.) "Conducido á la columna, personalmente se despojó de sus vestidos. Personalmente aplicó sus manos á la columna, las que los enemigos sin misericordia le ataron. Así ligado, no tenía en su cuerpo abrigo alguno, sino que, como nació, así quedó ahora, de pie sufriendo la vergüenza de su desnudez. Pero sus enemigos se levantaron acometiéndole en tanto que sus amigos huían, y ellos acudían de todas partes y azotaban su cuerpo limpio de toda mancha y pecado. Al primer golpe, yo que estaba presente muy de cerca, caí como muerta, mas recobrando el espíritu, ví su cuerpo azotado y flagelado hasta las costillas, de suerte que éstas se le veían. Y lo más amar-

(1) Alávide.

go era, que al retirar los instrumentos de azotar quedaban con éstos surcadas las carnes. Mi Hijo todo bañado en sangre, todo despedazado, quedó en pie; pero no se veía en él lugar sano que hubiese quedado sin ser lacerado de los azotes."

¡Qué lenguaje el de nuestra Señora, de la Virgen Madre y Madre de Dios, el de la Reina de la ternura y de la pureza! Le duele en extremo el ver á su Dios, Rey é Hijo suyo, "acercarse con tal mansedumbre al sacrificio;" esto recuerda al vivo la palabra profética de Isaías: "enmudecerá como oveja delante del que la trasquila;" rasgo admirable y que tan bien se asocia á la ternura con que se expresa la Madre del Cordero: "se despojó él mismo de sus vestidos." Igualmente ese otro rasgo del mismo Isaías... que tan bien corresponde á otra ternura de la blanda Madre: "personalmente aplicó sus manos á la columna, las que los enemigos sin misericordia le ataron."

¡Cómo había de haber dejado la Providencia divina esas grandezas, esas bellezas, esas maravillas de amor santo de la pasión del humanado Verbo, sin integrarlas, sin concertarlas, sin hacerlas aún más comprensibles y amables con las de la pasión, ó dígase compasión de la ínclita María! ¡Qué Señora la nuestra, qué Reina la nuestra, qué Madre la nuestra, cómo nos la hace admirable nuestro buen Jesús, nuestro buen Dios, y cómo Ella á su vez nos hace más comprensible, más admirable y amable á ese su altísimo Hijo! ¡Oh Fe Santa! ¿qué más pedimos de tí? ¿Podía nuestro Dios darnos más? ¿No estamos en el caso de repetir lo que Javier: basta Señor, basta, porque con eso nos harás morir de ternura, de dulzura, de admiración?

Aplicados á nuestra Reina, de esa manera altísima, todos los suplicios de su divino Hijo, la obra y el fruto de su pasión se reproducían en la Señora como en lo mejor de sus imitaciones y de sus aplicaciones, de sus aplicaciones, oíganlo y entiéndanlo bien los tardos protestantes: "*Si compatimur, et glorificabimur*, en lo que se hacen más y más creíbles los testimonios de la verdad y de la sabiduría del verdadero Dios, del verdadero Dios del Evangelio, que es sólo el de los católicos romanos.

A los ojos de la simple naturaleza es como un escándalo el dolor; parece como indebido, como disonante y como que desentonase en el orden de lo bello y de lo bueno; sobre todo, el dolor de sangre y vilipendio padecidos en sí propia ó presenciados por la mujer, parece como que para la mujer es eso una profanación de su delicadeza y de su inocencia. Por eso la mujer pagana que asiste á los espectáculos de los gladiadores y al de los mártires cristianos, es tan repugnante. Gran verdad es esa, y á ella parece referirse el concepto de nuestro Señor Jesucristo cuando decía á sus apóstoles: "Todos vosotros padeceréis escándalo dentro de poco por mi causa." Tal escándalo, tal repugnancia, y más cuando la víctima del dolor es mujer, proviene de la pérdida de aquel sentido moral elevado, con que el dolor y el tormento de sangre ó vilipendio, recobran, á nuestros ojos ilustrados, su razón altísima de ser: ó el martirio, el hermoso martirio, la virtud sublime, ó el pecado y su pena como penitencia ó como vindicta.

El sacrificio ó el tormento no carecen, pues, nunca de razón de ser. Desde que el mundo ha sido cristiano la gran belleza de la mujer en suplicio de martirio es ya

percibida y estimada por mucho que duela á los que contemplamos el dolor. Ese llanto de angustiosa y santa audacia con que Judith degüella al impío Holofernes, esa constancia soberana, que tanto como admira duele, con que la Madre de los Macabeos va aprontando hijo por hijo al tirano Antioco para que los atormente y los mate; y después de esos tiempos judáicos y ya en los de mansedumbre cristiana, ¡qué sublimidad la de esas Felicitas y Perpétuas ante los leopardos en el Circo, y esas otras Felicitas y Sinfrosa que con tanta alegría exhortan á sus hijos, también siete como los Macabeos, como maestras y caudillos de tan inauditas lecciones y combates!

Pero esta Reina de los mártires los excede en la hermesura de su dolor y en el mérito y gloria de los suplicios que Ella santifica y ennoblece para siempre, como la luz del firmamento á las luces terrestres, como la excelencia de las dotes de su alma, á las almas de los otros humanos. Esa inocencia incomparable, esa inocencia de "la llena de gracia," de "la concebida sin pecado," de "la Inmaculada Concepción," de "la Virgen Madre" y "Madre de Dios;" esa inocencia incomparable ¡constituida en martirio, constituida en suplicio y suplicio de azotes y quita allá, lector, que no los reciba materialmente, porque, más es, ver Ella que su Hijo los recibe!

¡Esa inocencia incomparable sufriendo el suplicio de los azotes, es visión dolorosísima, de lágrimas, como canta la Santa Iglesia; el alma se representa algo tan grande que excede á la grandeza natural, que pasma, que aturde, como aturde y pasma la grandeza de los mares! ¡pero también reconoce que eso es belleza pro-

digiosa, virtud luminosísima de magnificencia esplendorosa, de gloria soberana!

Al ver á nuestra Reina inocentísima azotada cruelmente en su adorable Hijo, cruza por la mente algo como un quejido de compasión profunda, ó ya en que la Virgen se apropia la palabra de la Madianita á Moisés: "Esposo de sangre eres tú," ó ya en que el anciano Simeón había predicho tan sangriento sufrir del Cordero de Dios: "la espada que á El le hiera te traspasará el alma."

No sin mucha razón es aplicable á nuestra Corredentora la profecía misma en que Isaías exhala gemidos y pesares ante el maltratamiento con que Jesús es convertido en "Varón de dolores" por su pueblo: "¡Pero, Señor, quién ha creído á nuestro anuncio, ó á quién ha sido revelado ese Mesías, brazo mismo de Dios! ¡El desprecio, y el último de los hombres, varón de dolores, que sabe lo que es padecer, y que esconde afrentado su rostro Mas en verdad que él ha tomado sobre sí nuestras miserias y aceptado nuestros dolores La enseñanza del sufrimiento por nuestro bien ha tomado á su cargo y con sus cardenales hemos sido curados."

Esto en gran manera cuadra á la Madre de nuestro Mesías: ¡Pero, Señor! diremos á semejanza del Profeta, ¿quién ha creído que esa Madre de Jesús Hijo del Altísimo, es tan grande y la "llena de gracia?" ¿A quién ha sido revelado que es Ella la verdadera Madre del Omnipotente, del Dios de los Ejércitos, del Dios de toda majestad y gloria? . . . ¿Es Ella la Reina? . . . No; no es ya la Bendita entre todas las mujeres, sino la última entre todas ellas, porque . . . ¡mirad! qué poco im-

porta á esos verdugos saberlo, cuando así azotan al Mesías á la vista de la Santísima Señora. . . . Varón de dolores es El; Ella será desde hoy la Madre de los dolores; Ella sabrá reclamar mejor, "ya no me llaméis Noëmi, que quiere decir la hermosa, llamadme más bien Mara que quiere decir la llena de amargura" Mirad, cómo mientras su Hijo esconde su rostro á la vergüenza ante la turba de los crueles que le ven ser azotado, Ella se oculta en un ángulo del Pórtico del Pretorio para desfallecer allí de martirio, y es ninguna la atención que despierta en los espectadores Mas en verdad que, como su Hijo, Ella ha tomado sobre sí nuestras miserias y aceptado nuestros dolores como libre y misericordiosísima Corredentora También, lo mismo que su Hijo, es nuestro bien lo que Ella nos propone en ese elocuente sacrificio en que nos enseña todas las virtudes, y también á Ella debemos después que á su Hijo, nuestra sanidad; tanto valdría decir que con sus cardenales (de Ella) hemos sido curados, como el Profeta ha dicho del Cordero de Dios.

"Mi amado es todo blanco y sonrosado y todo en él es atractivo de amor. Todo su aspecto respira amor y provoca, á amarle y más amarle, esa cabeza inclinada, esas manos extendidas, ese costado traspasado del hierro." Así canta la Santa Iglesia, poniéndola en tus labios, la alabanza del amor de tu Hijo. Así cumple á nosotros que cantemos de tí, ¡oh Señora amada nuestra! Eres cándida como lirio de inocencia, y nácar como encendida rosa de caridad; toda tú eres hermosa y no hay en tí mancha alguna; ó más bien, Señora, puedes decirnos: "soy hermosa, toda hermosa; mas ahora me veís obscurecida, el rigor del sol ha descolorido mi

semblante, los hijos de mi Madre han combatídome." Todo tu aspecto respira amor, sí, amor á tu Dios y á tus hermanos, amor hasta la muerte, hasta lo sumo del sacrificio y provoca á amarte esa resignación santísima de tu anublada modestísima frente, esas manos decorosísimas que aprietas junto á tu corazón y ese corazón magnánimo y blando al que la cuchilla tan cruelmente ha herido.

Enseñadnos, Señora nuestra, á aprovechar tan insignes doctrinas de las grandes proezas de esa caridad que vuestro Hijo ha sabido tan gloriosamente ordenar en vuestra alma, en vuestros pensamientos, en vuestras palabras, en todos vuestros actos. Sin vuestro Hijo, pero también sin vos, nada podemos; dadnos algo de esa fortaleza, de esa ternura, de esa caridad vuestra, como Madre que habéis sido constituida sobre nosotros por el favor vuestro y de vuestro Dios!

No olvidemos ni un día los gemidos de nuestra excelsa Madre ni los dolores de su martirio ante el suplicio de los azotes de su Hijo en el día de su Pasión Santa; no, Dios de las misericordias, no los olvidemos!



CAPÍTULO XIX.

Jesucristo coronado de espinas.

ESTE misterio entre los de la Pasión de Jesucristo es como todos de admiración grande, de acertadísima enseñanza, de poderosísima eficacia para hacer amar al Redentor. La Santa Iglesia nos ofrece en una de sus nuevas fiestas de más reciente institución, la escena de Jesucristo coronado de espinas, en términos de tiernísimo reproche á la cruelísima dureza judaica; es este un rasgo felicísimo como tantos otros del oficio divino del Breviario: "Salid y ved, hijas de Sión, al Rey Salomón con la diadema con que le coronó la madre suya en el día de sus desposorios, en el día de la alegría de su alma."

Coronarle de espinas, vestirle púrpura régia de bur-las y entregarle cetro de vulgar caña, eso es lo que hacen con el Deseado heredero de David los hijos de Judá. Es decir, que á Satanás y á sus hechuras no se ha de escapar género alguno de daño, de ofensa, de crueldad, que no apronten para infligirlo á ese Mesías cuya invicta paciencia y mansedumbre les ha vuelto tan dementes de rabia como cuerdos y atinadísimos de en-

semblante, los hijos de mi Madre han combatídome." Todo tu aspecto respira amor, sí, amor á tu Dios y á tus hermanos, amor hasta la muerte, hasta lo sumo del sacrificio y provoca á amarte esa resignación santísima de tu anublada modestísima frente, esas manos decorosísimas que aprietas junto á tu corazón y ese corazón magnánimo y blando al que la cuchilla tan cruelmente ha herido.

Enseñadnos, Señora nuestra, á aprovechar tan insignes doctrinas de las grandes proezas de esa caridad que vuestro Hijo ha sabido tan gloriosamente ordenar en vuestra alma, en vuestros pensamientos, en vuestras palabras, en todos vuestros actos. Sin vuestro Hijo, pero también sin vos, nada podemos; dadnos algo de esa fortaleza, de esa ternura, de esa caridad vuestra, como Madre que habéis sido constituida sobre nosotros por el favor vuestro y de vuestro Dios!

No olvidemos ni un día los gemidos de nuestra excelsa Madre ni los dolores de su martirio ante el suplicio de los azotes de su Hijo en el día de su Pasión Santa; no, Dios de las misericordias, no los olvidemos!



CAPÍTULO XIX.

Jesucristo coronado de espinas.

ESTE misterio entre los de la Pasión de Jesucristo es como todos de admiración grande, de acertadísima enseñanza, de poderosísima eficacia para hacer amar al Redentor. La Santa Iglesia nos ofrece en una de sus nuevas fiestas de más reciente institución, la escena de Jesucristo coronado de espinas, en términos de tiernísimo reproche á la cruelísima dureza judáica; es este un rasgo felicísimo como tantos otros del oficio divino del Breviario: "Salid y ved, hijas de Sión, al Rey Salomón con la diadema con que le coronó la madre suya en el día de sus desposorios, en el día de la alegría de su alma."

Coronarle de espinas, vestirle púrpura régia de bur-las y entregarle cetro de vulgar caña, eso es lo que hacen con el Deseado heredero de David los hijos de Judá. Es decir, que á Satanás y á sus hechuras no se ha de escapar género alguno de daño, de ofensa, de crueldad, que no apronten para infligirlo á ese Mesías cuya invicta paciencia y mansedumbre les ha vuelto tan dementes de rabia como cuerdos y atinadísimos de en-

cono. La hábil ciencia de ellos es la del daño y de la malignidad; sus delicias el tormento sufrido por su enemigo. En todo iban prudentísimos los perversos; mas toda esa su obra, punto por punto sería un poco después aprovechada y convertida por el Dios excelso, al bien y gloria del ofendido Jesús y de sus fieles. ¿Qué no inventó de males Satanás y los suyos? ¿qué tormento no entró en el gran inventario de las atrocidades posibles para tomar al Redentor la palabra empeñada de padecerlo todo por los redimidos? Lo que sí tiene de ser verdad es que esos malvados no sospechaban decisivamente ser Jesús el Hijo de Dios, ni menos que su gran plan consistía en la maravilla de que lo inepto iba á ser ordenado á la aptitud, lo doloroso á lo gozoso, lo humilde á lo sublime, lo oprobioso á la honorífico, lo repugnante á lo apetecible, la enfermedad á la salud, el vencimiento á la victoria, la muerte á la vida, la caída en lo profundo á la resurrección.

Esto no sabían, ni querían, ni deseaban, ni intentaban la Serpiente astuta ni los pérfidos fariseos. Así, ¡eal! buscad todos los generos de daño; ya le habéis abofeteado, pisoteado, escupido al rostro, denostado y azotado hasta dejarle como un leproso, sin cesar en todo caso de calumniarle, y de pedir su muerte á todo trance; os falta mucho todavía, y ya vuestro Padre, hijos del Diablo, os sugiere que le coronéis de espinas, como los leones no lo harían si supiesen judaizar ó satanizar, y que le vistáis de rey de burlas á estilo de esa coronación; de esa manera habréis probado que tenéis muy buenos testigos de vuestra causa.

La escena diabólica abunda á maravilla en oportunidades. Espectadores muchísimos y aun actores, mil

hombres de la soldadesca de la guarnición romana de que dispone el Presidente; es un pasatiempo que cuadra muy bien con las intenciones del Jefe romano, que es enternecer á los fariseos á fuerza de maltratar y escarnecer al Nazareno; venga, pues, él; dicen que quiere ser rey de los judíos, pretensión cuyo proceso tumultuoso fluctua entre lo ridículo ó el patíbulo; parece que el Presidente se inclina al perdón á costa de envilecerlo y escarnecerlo; para el que ha sufrido tantos azotes, que ya no tiene donde ser llagado, poca cosa es algunas decenas de espinas que le puncen en cabeza y frente, y menos un paño, un harapo de púrpura régia en sus espaldas y una caña lacustre por cetro real para su diestra; el pueblo va á reir y el Presidente saldrá del paso; ¡al trono el Rey de los Judíos!

Y en un escaño del atrio del Pretorio se hace sentar al llagado Hombre, se le cubren las espaldas y hombros con el trapo de púrpura, se pone en su diestra la caña, y ¿la corona . . . ? Que hable la Reina misma de los cielos conforme al texto de revelación de Santa Brígida: (Lib. I, cap. 10.) "Hecho eso, colocáronle en su cabeza la corona de espinas, que punzó con tal vehemencia esa veneranda cabeza de mi Hijo, que del effluvio de la sangre se llenaron sus ojos y se obstruyó el conducto de los oídos y toda su barba quedó afeada con la sangre que corría." (Lib. IV, cap. 70.) "La corona de espinas se hizo entrar muy estrechamente sobre su cabeza y descendía hasta media frente; de las heridas de las púas clavadas corrían arroyos de sangre por su rostro, empapando cabellos, ojos y barba; de suerte que todo él no me parecía sino pura sangre, ni él me pudo ver, presente como yo estaba de pie ante su cruz, sin

esprimir de sus ojos la sangre comprimiendo los párpados."

Así sentado el Rey, tal Majestad exigía que recibiese luego el homenaje de su Corte, homenaje propio de la índole de semejantes cortesanos. Así fué: el Infierno dirigía el Drama. Los soldados le doblan la rodilla, "Salve Rey de los Judíos," le aclaman, como dice el Evangelio, y le escupen al rostro y le aseguran la corona, golpeándola y afirmándola con el golpe de la caña y por él hacen uso del cetro fustigándole con la misma caña.

El Nazareno, con divina humildad y paciencia todo lo soporta. Y así merece que "en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios su Padre."⁽¹⁾

"Le escupen al rostro y le golpean con la caña la cabeza," tratamiento como para un insensato, dice Santo Tomás, que en su insensatez hubiese aspirado al reino de Judá; "afirmar en su cabeza más hondo las espinas de la Corona," todo era gran contumelia y atrocísimo dolor, no tanto obra de los hombres como invención y sugestión de los demonios, dice Orígenes.⁽²⁾ "No un sólo miembro sino todo el cuerpo sufría tan atroces injurias. La cabeza era afligida con la corona, las manos con la caña, el rostro con las salivas, las mejillas con las palmadas, el resto del cuerpo con los azotes, la desnudez, el vestido de púrpura y los homenajes de adoración fingida, las manos con la caña que se le dió á empuñar como cetro, la boca misma y la lengua con

(1) Alápide.

(2) Apud, Alápide.

la poción del vinagre y de la hiel," dice el Crisóstomo.

Mas todo esto ¿no era también de grandes enseñanzas para formarnos en virtudes? San Gerónimo y San Atanasio (Serm. de Cruce) nos dicen: "La caña pone en fuga y mata á las serpientes; esto hace Cristo con las venenosas concupiscencias." Y San Gerónimo: "así como Caifás dijo ser conveniente que un hombre muriese por todos, y no sabía lo que decía, así también éstos, en todo lo que hicieron, aunque otro fuese su propósito, nos han dejado, á los que creemos, nada menos que misterios y sacramentos de enseñanza. Y así, en la púrpura toma sobre sí el Hijo de Dios las sangrientas obras de los gentiles; en la corona de espinas absuelve de la maldición antigua; en la caña mata los animales venenosos; ó también, si tenía en la mano la caña, era para escribir el sacrilegio de los judíos." Por su parte San Ambrosio: "toma Cristo en su mano la caña, para que la humana fragilidad no se deje ya vencer del viento como una caña, sino que fortalecida con las obras de Cristo permanezca firme. O, siguiendo á Marcos, la caña golpea la cabeza de Cristo, para que consolidándola el contacto de la divinidad, nuestra condición no vacile ya en su estabilidad."⁽¹⁾

De esta manera, á estilo de un grande artífice, según observa una lección del oficio eclesiástico en la solemne fiesta de ese misterio, como operación de su eminente arte emplea instrumentos de gran aptitud, siendo consumado en divinas artes Jesucristo Nuestro Señor: ¿qué instrumentos? Cuerda, corona, azotes, columna, clavos, caña, esponja, lanza, sábana y sepulcro, instrumentos todos de redención, santificados al con-

(1) Apud, Alápide.

tacto del gran Artífice de quien han recibido la razón de majestad y veneración, no que veneremos la materia ó forma de la corona, sino por haberla usado el eminentísimo Rey de la virtud, verdadero hombre y verdadero Dios en ese combate en que peleó con el enemigo del género humano.

Pero ¡cuánto más no nos enseña ese divino Maestro de las virtudes! “En esa corona de espinas, dice Orígenes, ha recibido el Señor las espinas de nuestros pecados, tejidas en su cabeza.” Hay un aguijón en las espinas de los pecados, dice San Hilario, de las cuales se forma la corona de victoria de Cristo.” Mas Tertuliano: “¿Dime, cuál es la guirnalda que Cristo Jesús recibe de uno y de otro sexo? Creo que la formada de espinas y abrojos como figura de los delitos que nos ha producido la tierra de nuestra carne. Mas el Señor con la virtud de su cruz quitó de ellas todos los aguijones de muerte, embotándolos con haberlos sufrido en su divina cabeza.”

Estas espinas nos enseñan por eso á punzar y domar nuestra carne con ayunos, cilicios y disciplinas; “porque no es conveniente, dice San Bernardo, que bajo el gobierno de una cabeza coronada de espinas, los miembros que le corresponden goeen delicadezas. Y Tertuliano enseña, que por reverencia á la corona de espinas de Jesucristo, se abstenían los cristianos de coronarse de flores como lo usaban los gentiles. Santa Catalina de Sena, de dos coronas que Jesucristo le ofrece, una de espinas y otra de piedras preciosas, para elegir una, á condición de que en vez de esta, la otra habría de quedarle para recibirla en la vida futura, Ella arrebató la de espinas de la mano del Señor y tanto la

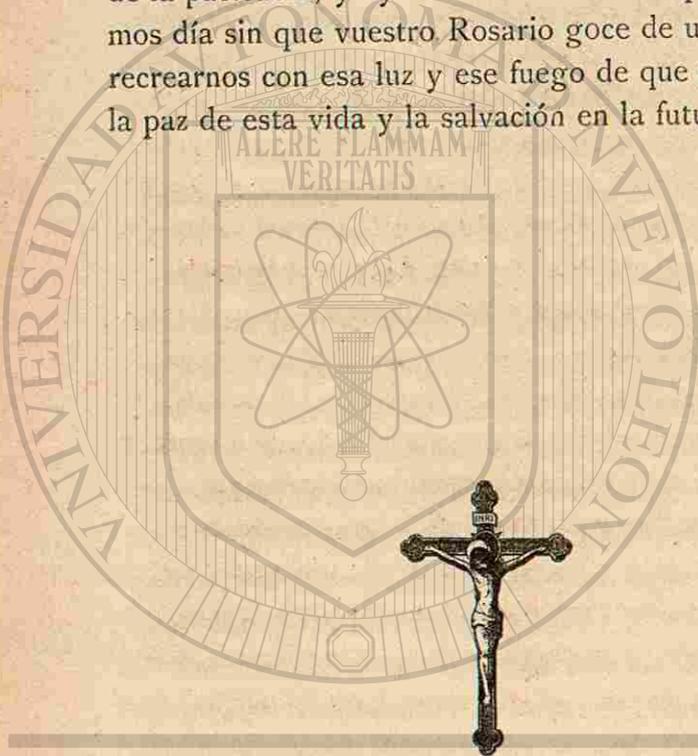
apretó en su propia cabeza, que sufrió dolores en esta muchos días y por eso hoy ya lleva en el cielo la de piedras preciosas.”⁽¹⁾

No quiere por eso nuestro hermoso héroe Godofredo de Buillón, ser coronado con corona régia en esa Jerusalem donde Jesucristo lo ha sido con espinas. Por eso mismo quieren todos los Santos levitas y eremitas del nuevo Pueblo de Dios, es decir, los sacerdotes y religiosos de todos los países de la Iglesia Católica, llevar esa tonsura ó corona clerical que es semejanza de la de espinas de su divino Aarón. ¡Oh! esa tonsura se atrae alternativamente ó el oprobio y la ironía, ó el honor y gloria en ese mundo inconstante, en que se sigue renovando día por día en los millares de esos apóstoles el espectáculo de Cristo Rey de burlas, y también rey de gloria y de gloria para siempre.

¿Quién nos dará, Señor, que nos aprovechemos de tan hermosas enseñanzas; que admiremos cuanto se lo merecen las proezas de tu sapientísima pasión, las maravillas del amor de tu corazón, á cuyo servicio ha sido puesta la voluntad de tu Padre, que tanto nos ha amado y la sabiduría tuya, celeste Hijo, Verbo Santo? Ilumine nuestra mente, alumbre nuestra inteligencia, eduque nuestro corazón tu Santa Madre ¡oh Redentor nuestro! pues queriéndolo tú, Ella ha sido puesta para la dispensación de tus grandes adquisiciones. Cordura grande es, oh Señor Jesús, no buscarte sino acompañado tú de la Madre de Dios y acompañados nosotros de Ella. Muéstranosle, Señora, y dinos: He aquí á mi Hijo coronado de espinas y vestido como rey de burlas; pedídmelo y él os hara reyes de todas veras. Pe-

(1) Apud, Alápide.

ro también tomadnos la mano y alentadnos á apretar en nuestra frente, que tantos delitos ha fraguado, la corona de espinas del arrepentimiento, de la humildad y de la paciencia; y ayudadnos también á que no dejemos día sin que vuestro Rosario goce de una hora de recrearnos con esa luz y ese fuego de que pende toda la paz de esta vida y la salvación en la futura.



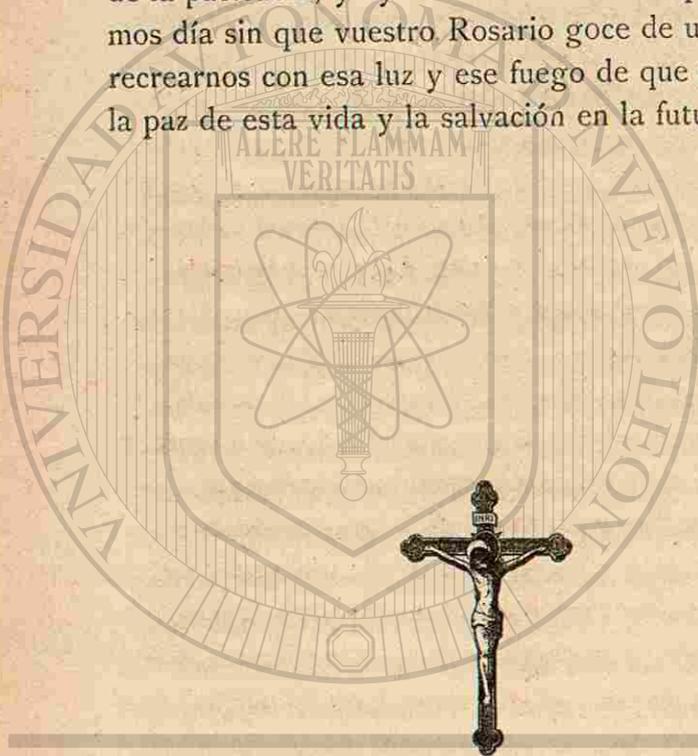
CAPÍTULO XX.

La Santísima Virgen ante Jesucristo nuestro Redentor, beñado como Rey de burlas, coronado de espinas.

CAN dulce ministerio es el que en favor nuestro recibió la Santísima Virgen para ponernos en relación de atender, de sentir y de aprovechar los grandes misterios de la Pasión del Señor así como todos los otros de su bondad, que, á semejanza de la luna llena en el firmamento, después de un día caluroso, nada hay más apacible que María entre todo lo criado. Los rigores que abruman el pensamiento al contemplar la iniquidad judáica contra Jesucristo, y la nuestra que la secunda, se tiemplan y se dulcifican en tal bonanza, que no parece hecha esa admirable Reina luz de la noche de nuestra alma, sino para convertir toda pena en alivio, y no podemos menos de acordarnos de aquellas palabras del Génesis: "Y erió el Señor la luna para que alumbrase de noche."

Las atrocidades de los demonios descargadas sobre Jesucristo por medio de los tres aptísimos instrumentos de maldad que todo lo abarcan, es á saber: el encono

ro también tomadnos la mano y alentadnos á apretar en nuestra frente, que tantos delitos ha fraguado, la corona de espinas del arrepentimiento, de la humildad y de la paciencia; y ayudadnos también á que no dejemos día sin que vuestro Rosario goce de una hora de recrearnos con esa luz y ese fuego de que pende toda la paz de esta vida y la salvación en la futura.



CAPÍTULO XX.

La Santísima Virgen ante Jesucristo nuestro Redentor, beñado como Rey de burlas, coronado de espinas.

CAN dulce ministerio es el que en favor nuestro recibió la Santísima Virgen para ponernos en relación de atender, de sentir y de aprovechar los grandes misterios de la Pasión del Señor así como todos los otros de su bondad, que, á semejanza de la luna llena en el firmamento, después de un día caluroso, nada hay más apacible que María entre todo lo criado. Los rigores que abruma el pensamiento al contemplar la iniquidad judáica contra Jesucristo, y la nuestra que la secunda, se tiemplan y se dulcifican en tal bonanza, que no parece hecha esa admirable Reina luz de la noche de nuestra alma, sino para convertir toda pena en alivio, y no podemos menos de acordarnos de aquellas palabras del Génesis: "Y erió el Señor la luna para que alumbrase de noche."

Las atrocidades de los demonios descargadas sobre Jesucristo por medio de los tres aptísimos instrumentos de maldad que todo lo abarcan, es á saber: el encono

inextinguible é inexorable de los fariseos, la barbárie de la soldadesca romana y la cobardía gentilica del Presidente romano también, que descargan, decimos, sobre Jesucristo cuanto hay de tormentos, oprobios y blasfemias, reunidas en ese Santo Ecce Homo, nos hacen buscar luego á la Madre de ese Hombre; Ella sabrá enseñarnos con su dolor, con su ejemplo, con su perfectísima conducta á la altura de esa divina situación, lo que debemos hacer, sentir, querer, admirar, alabar, prometer, ante favores tan desmedidos como los de ese Verdadero Dios y Verdadero hombre, tan humillado y anonadado por amor nuestro, por salvarnos de perecer.

¿Qué hacéis, pues, qué sentís, qué queréis, Señora, á vista de vuestro Hijo en trance semejante? Lo que Judith y más que Judith: ¡tiernísima y fortísima! Milagros sobre milagros son los que os sostienen para soportar todo eso; pero, ¿á qué extrañarlos? ¿no soís vos toda milagro?

Todo lo habéis visto, á todo habéis asistido, en nada habéis dejado de tomar parte principal; no podía ser de otro modo, para valer tanto como valéis ¡oh Madre de Dios! con ser Madre suya, Madre verdadera del Redentor divino. Nos dá gozo, Señora, tanto como nos entenece, contemplaros en el atrio del Pretorio, quizá sin ser vista de humanos, sufriendo en vuestra alma cuanto vuestro Hijo en su cuerpo y en su alma, él como Hijo de Dios, Redentor, vos como Madre suya y Corredentora. “Estaba junto á la Cruz de Jesús, su Madre,” dice el Evangelio; nosotros dirémos: estaba junto al escaño de los oprobios del Rey coronado de espinas, y estaba junto al balcon del Ecce Homo dignísimo de compasión. . . . (Jesu Mater ejus,) la Madre

de El, diremos con la luz de muy buena razón y más aún con la luz de la revelación vuestra á vuestras siervas Brígida y María de Agreda.

Cuánto nos admira y nos consuela vuestra revelación á esta favorecida española, hija predilecta de vos: “Parecióle á Pilatos, dice, que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno, movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo; y mandóle sacar del Pretorio á una ventana donde todos le veían así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas, con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo les dijo: ⁽¹⁾ Ecce Homo. Véis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo. ¿Qué más puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte. Verdad cierta y segura era lo que decía el Juez; pero con ella misma condenaba su injustísima impiedad, pues á un hombre que conocía y confesaba por justo, y sabía que no era digno de muerte, le había hecho atormentar, y consentido de manera, que le pudieran quitar los tormentos una y muchas vidas.” (Núm. 1346.)

“La bendita entre las mujeres María Santísima, vió á su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: Ecce Homo; y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios hombre. Lo mismo hicieron San Juan y las Marías y todos los ángeles que asistían á su gran Reina y Señora; porque ella como Madre de nuestro Salvador y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, á más de la voluntad que los santos ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la pru-

(1) Joan. XIX, 5.

dentísima Señora con el eterno Padre, con los santos ángeles y mucho más con su amantísimo Hijo palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró también con su altísima sabiduría que en aquella ocasión en que su Hijo santísimo estaba tan afrentado, burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenía en el modo más oportuno conservar el crédito de su inocencia. Con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije,⁽¹⁾ hizo por Pilatos, para que continuase en declarar que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni malhechor como los judíos pretendían, y que el mundo lo entendiese." (Mística Ciudad, núm. 1347.)

¡Qué exquisita delicadeza de verdad en los rasgos de ese relato! La inconcebible inexorable dureza de los Pontífices y fariseos, la evidente intervención diabólica en sustentar semejante malicia nunca vista, y la cobarde contradicción de sentimientos del Presidente: por salvar de la muerte á Jesús, lo entrega á tormentos de que si no muere tres y cuatro veces, á sólo milagros visto es que debía atribuirlo. Ejemplo de semijustos cobardes. Pero la delicadísima verdad que más nos complace, es la conducta de la Reina, ¡verdad de gran magnificencia luego que se adapta la mirada del alma á tal perspectiva, para la que no sirven los ojos del sentido carnal! ¡Ante semejantes humillaciones de Jesús, ante esa gritería de infierno, ante esa turba que afila sus lenguas para despedazar y punzar todavía al que han azotado tanto y escarnecido y clavádole tantas espinas,

(1) Supr. núm. 1306.

¿qué queda sino torrentes de voraces llamas para convertir luego en pavesas á tanto prevaricador?

¡Qué queda! Queda una compensación de soberana gloria: que la Madre bendita mil veces, de ese mil veces bendito y amable Ecce Homo, caiga de rodillas y acompañada de las santas mujeres, de las santas mujeres, del afortunado fiel Discípulo, y de invisible cortejo del celestial ejército, diga con acento de caridad inmensa: ¡Hijo perdón! ¡perdón! ¡A vos toda gloria, todo honor, todo amor, todo agradecimiento; á vos todo triunfo y el mayor de todos, el de sobre los corazones de las criaturas, el de sobre la admiración de los ángeles y arcángeles, por vuestra gran proeza. ¡He aquí la Esclava del Señor! ¡Si la ira de vuestro Padre no ha estallado, Hijo querido y santísimo, en mares de instantáneo fuego, porque esta Esclava del Señor haga con sus ángeles y con estas santas mujeres, que la fuerza del ruego humillado, de estos corazones contritos y anegados en mar de amargura, compense á la provocación de tanta maldad aquí está vuestra Esclava, aquí estamos estos fieles todos presentes!

La grandísima cooperación de la Virgen Santísima en todos y cada uno de los lances de todo género de la pasión de su Hijo, por más inédita que tal cooperación esté en la letra del Evangelio, es evidente á todo buen sentido y á todo buen querer.

Hay tal escándalo en ese desmedido sufrir del Dios hombre, es tan grande la ofensa, tan, á ojos vistas, grande, con que al Justo así se agravia, que la sabiduría, la justicia y el decoro divino, pedían no pasase un instante sin la condigna reparación; ¿qué más? acompaña-se en concordancia de lugar y de tiempo, á tal escándalo

una reparación condigna, un "¡bien haya!" permítase-nos la frase, un hossana, un ¡viva! como diríamos, á tan excelsa Majestad, que sólo por el bien de todos hasta de los que así le ultrajaban, y sólo y nada más que por su libre y bondadosa voluntad, se dejaba ultrajar así.

Pues bien, para todo érais aptísima, oh Reina Madre de Dios; porque si de imitar tan hermosa proeza se trataba, vos la imitábais tanto como ninguno la imitará. "Ecce Homo" ha dicho Pilatos.... "Ecce Mater," dirá el mismo Jesucristo: mirad qué mortales dolores, qué amargura, qué maternidad, qué parto tan digno de la que en otro tiempo alumbró á Dios sin dolor, tan digno de la que parió al Redentor.

Y si de aplicar ya los efectos de esa proeza, si de repartir ya el botín riquísimo de esa victoria, se trata, lo que ya soís y tanto como valéis, se debe, Señora, al precio previsto y muy bien aprovechado en vos de todas esas riquezas. Si de desagravio á tanto escándalo se trata, ya el cielo, ya los ángeles que os acompañan y no pocos de los humanos, están viendo que vos os condoléis con ternura eminente, que vos amáis ese favor con caridad ordenadísima, que vos levantáis estandarte sola con unos cuantos, contra esa turba de feroces leones, de venenosas serpientes; que vos soís nada menos que como un ejército terrible en orden de batalla contra cobardes enemigos; que en ese combate que supera en la verdad de la lucha, en la calidad de la fuerza, en los intereses que se disputan, á cuanto combate hubieran librado jamás criaturas angélicas ó terrestres, soís consumada en fortaleza, en ánimo, en denuedo, en decoro, en magnanimidad, en generosidad y en modestia tanta, como no se viera antes ni se verá después de vos.

Y en esas reproducciones admirables en que es tan fecundo el poder divino con todas sus obras, las de la Redención contienen tantas y aun mejores que las de la Creación misma, para belleza, para provecho, para mérito, para glorificación de todos los que en ellas participan. Y así en nuestra gran Reina se reproduce, se imita, se aprovecha, se agradece en su esfera de Primogénita de las criaturas, la Pasión santa de su Hijo divino y con eso el Hijo y el Padre quedan complacidos y glorificados. Y á su vez la Reina es imitada, es reproducida, es objeto de agradecimiento, de alabanza y gloria, en María Magdalena, en Juan, en las otras santas mujeres, en grados subalternos, si bien inferiores á la gran Reina, altísimos respecto de nosotros tan pecadores; y así á partir de aquel paraíso de celestes aromas y riquezas, de caudalosas aguas, todo es fertilizar, reproducir y multiplicar bellísimos frutos de salvación, de santidad, de amor y de gloria.

¡Oh Pasión Santa de Jesucristo! ¡Oh alteza de hazañas del Leon de Judá, del Cordero Dominador! ¡Oh Madre de ese Leon y de ese Cordero! ¡Oh Esposa del magnífico Salomón, azucena entre espinas, tórtola que tras de invierno riguroso de cuyos rigores gemís, entonaís ya consoladoras voces de entrante primavera. La compasión de los que miran vuestra dolorida belleza, y oyen vuestros tiernísimos gemidos, ha comenzado por las santas mujeres, el fiel Discípulo, los ángeles del cielo y las almas ocultas que quizá no faltaron en medio de aquella tumultuosa asonada del Pretorio; mas ¡cuán hermosa, fecunda y productora de bienes de hijos fieles, de hossanas de amor y virtud, ha cundido, desde tal día sin cesar, esa *compasión*, ha ocupado la tierra y sigue

ocupándola, ha poblado el cielo y sigue poblándolo.

No permita nuestra misericordiosa Reina, que olvidemos ni un día sus dolores del Pretorio del divino "Ecce Homo," con ese contraste del "Ecce Mater" que debemos á los divinos labios del dolorido Hijo.

¡Señora: una vez más, rogad hoy por nosotros y no nos olvidéis en la hora de nuestra muerte!



CAPÍTULO XXI.

Jesucristo

conducido con la cruz en sus hombros por las calles de Jerusalem al suplicio del Calvario.

HENOS aquí ya, no con el Rey de burlas de cetro de caña; pero ni con cetro de oro. Este Nazareno ha de ser no obstante Rey y verdadero Rey de dolor y su cetro la gran insignia de los suplicios, sin que por esto deje de ser hoy en lo invisible y al fin sea reconocido como Rey de toda gloria. Por eso Isaías le predice de extraña grandeza: "su imperio, dice, le portará sobre su hombro" y ese imperio, es decir, su símbolo, no será otro que el de la cruz. Y ahora es cuando se entiende eso que decía y quería el divino Maestro: "el que me ame tome su cruz y sígame," y se entiende también eso otro tan sublime, "cuando fuere levantado en alto lo atraeré todo á mí."

El gran espectáculo, pues, abre la marcha; del Pretorio procede, trasciende ya á las calles, espectáculo es ya para todos lugares y siglos. Aparece ya el Reden-

ocupándola, ha poblado el cielo y sigue poblándolo.

No permita nuestra misericordiosa Reina, que olvidemos ni un día sus dolores del Pretorio del divino "Ecce Homo," con ese contraste del "Ecce Mater" que debemos á los divinos labios del dolorido Hijo.

¡Señora: una vez más, rogad hoy por nosotros y no nos olvidéis en la hora de nuestra muerte!



CAPÍTULO XXI.

Jesucristo

conducido con la cruz en sus hombros por las calles de Jerusalem al suplicio del Calvario.

HENOS aquí ya, no con el Rey de burlas de cetro de caña; pero ni con cetro de oro. Este Nazareno ha de ser no obstante Rey y verdadero Rey de dolor y su cetro la gran insignia de los suplicios, sin que por esto deje de ser hoy en lo invisible y al fin sea reconocido como Rey de toda gloria. Por eso Isaías le predice de extraña grandeza: "su imperio, dice, le portará sobre su hombro" y ese imperio, es decir, su símbolo, no será otro que el de la cruz. Y ahora es cuando se entiende eso que decía y quería el divino Maestro: "el que me ame tome su cruz y sígame," y se entiende también eso otro tan sublime, "cuando fuere levantado en alto lo atraeré todo á mí."

El gran espectáculo, pues, abre la marcha; del Pretorio procede, trasciende ya á las calles, espectáculo es ya para todos lugares y siglos. Aparece ya el Reden-

tor cargando su cruz, y la *Madre*, no digamos ya más que la *Madre*, la *dolorida* Madre, le sigue y en torno de Ella las santas mujeres, con el Discípulo fiel.

El estandarte del Rey descúbrese ya ("Vexilla Regis prodeunt"), revélase, todo es que aparece, que se despliega, y ya se observa como que triunfa. David tiene dicho: "grandes cosas preveo, al Rey se refiere mi anuncio, palabra buena, palabra de buena nueva. Mi lengua quiere desatarse en referirlo sin tardanza. Cíñete al lado tu espada, oh Rey potentísimo, avanza, adelántate, que todo te sea próspero y álzate ya con tu reino y con tu triunfo."

Todo este extraño aparecer, avanzar, reinar y triunfar, es algo más grande que lo de combates de Josué, de David, de Salomón, de hombres de espada y de conquista con gente de armas; todo no es más que el estandarte, el combate, el reinado y el triunfo de la pasión de Jesucristo, principalmente por la cruz de su suplicio. Por eso la Iglesia Santa tiene palabras de celeste unción cuando santamente poetiza todo esto; y en la procesión conmemorativa del Viernes Santo, sorprendenos con este himno que ha siglos entona y cada siglo entonará con mayor número de voces de pueblos y naciones: "Las banderas del Rey se descubren, ved ya fulgurando el misterio de la cruz; de esa cruz en que la Vida misma, el Autor de la vida, sufrió la muerte y con esta muerte produjo nuestra vida.".... David lo predijo, David lo cantó mil veces en fiel profecía: "que el Señor había de reinar desde un madero."

Esto, pues, que tanto se ha debatido con intención contraria en cada bando, y que se ha querido á fuerza de cruentísimos azotes, de tumulto de combate entre

el cielo y el infierno, ¡con razón! es el cetro del Rey, es la exaltación de su estandarte.

¡Venga acá la cruz! ¡á nosotros la cruz, para clavar en ella á nuestro Enemigo, dicen los demonios, dicen los fariseos ecos suyos!—¡Pues.... esa cruz es la que ansiamos, dicen Jesús y sus ángeles! ¡acá la cruz; ya lo tengo dicho, clama el Nazareno, con ella y en ella determino reinar, mi bautismo es ese, eso es lo que ansío!

¡La cruz, dice también la Madre, la excelsa Madre, acá la cruz; dolorosa y mucho y de muchos tormentos es ella para mí; pero después de mi Hijo, nadie ansía por ella tanto como yo!

Qué misterio tan grande y amoroso es, pues, este, y por eso muy en breve ardiendo en fe y amor se dirá por uno de los apóstoles, á convertidos suyos que de esa fe y ese amor participaban como primicias del universal incendio: "¡lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.".... "El se ha anadado voluntariamente constituyéndose en obediencia hasta la muerte y muerte de cruz".... "y en el nombre de este Jesús ¡dóblese toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos!"

"Grande espectáculo es este, dice San Agustín; si lo mira la impiedad, grande ludibrio; si la piedad, grande misterio; si la impiedad lo atiende, gran documento de ignominia; si la piedad, gran monumento de fe; si la impiedad lo considera, se ríe de un Rey que por cetro de su reino porta el madero de su suplicio; si la piedad, ve que ese cetro que lleva el Rey para ser él mismo clavado en él, habrá de fijarse más tarde en la frente de los reyes, y en eso que los impíos desprecia-

rían con su desdeñosa mirada, habían luego de gloriarse los corazones de los santos;" y aquí aduce el insigne Doctor la gran palabra de San Pablo que antes citamos.

Pero no apartemos nuestra vista del avance de esa multitud inmensa que con el divino Reo á la cabeza y su santa familia no lejos de El, procede del Pretorio y tomando por la vía dolorosa y la calle de la Amargura, nombres destinados ya luego á la inmortalidad, ha de instalarse finalmente en la cumbre del Calvario. Aquí cedemos nuestra humilde palabra á la hermosísima de la inspirada de la Reina del cielo, á la inspirada María de Agreda: (Mística Ciudad, núm. 1.355.)

"Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalem la voz de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo á la casa de Pilatos para verle sacar á justiciar. Estaba la ciudad llena de gente, porque á más de sus innumerables moradores habían concurrido de todas partes otros muchos á celebrar la Pascua, y todos acudieron á la novedad, y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, día de Parasceve,⁽¹⁾ que en griego significa lo mismo que preparación ó disposición; porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles, ni para prevenir la comida, y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron á nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangres y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes había visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías, como

(1) Joan. XIX, 14

leproso y herido del Señor;⁽¹⁾ porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los santos ángeles, por mandárselo la afligida Madre, pero luego las volvían á repetir y renovar con tanto exceso, que esta ocasión apareció todo cubierto de aquellas asquerosas inmundicias. A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía, más del bullicio y eco de las voces. Mas entre todas resonaban las de los Pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quitasen, y despejasen la calle por donde debían sacar al divino sentenciado, y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que á el espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador, y los que habían oído y recibido su doctrina, y eran sus aliados y conocidos; unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel hombre para tales castigos, otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto."

La compasión que el Varón de dolores era digno de inspirar á cuantos le miraban, y con ella el amor todo entero, las santas mujeres se la ganan como primicias de los triunfos del amor del Verbo humanado, primicias que siempre supo ganarse la mujer, participe en esto de la dicha de aquella Mujer excelente, bendita entre

(1) Isaías. LIII, 4.

todas y entre todos. Cuando en otros días los fariseos disputaban malignamente con el divino Maestro y le despreciaban á pesar de un elocuente milagro y con motivo de él, la curación de un poseído del demonio, es una mujer animosa quien alza la voz para desagraviar al hermoso despreciado Nazareno: "bienaventurado el vientre que te crió y los pechos que te alimentaron;" mujeres son las que le desagravian cuando la crueldad farisaica y la cobardía del Juez le han proclamado digno de ser conducido en afrentoso espectáculo á morir en cruz; palabras de alabanza habían sido las de aquella Mujer, llanto y plañidos son ahora, elocuente expresión con que, sin ofender, se reprueba la crueldad triunfante de los tiranos y se protesta en favor de la inocencia perseguida.

Mas así como el divino Maestro pagó dignamente con hermosísima enseñanza á aquella mujer, paga ahora á éstas: "No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque si esto hacen en el leño verde, qué será en el seco?"

"Con estas razones misteriosas, dice María de Agreda, acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima, y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión; para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro, que lloraban sus afrentas y dolores, y no la causa porque los padecía; de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Fué como si les dijera el Señor: Llorad sobre vuestros pecados, y de vuestros hijos, lo que yo padezco, y no por los míos, que no los tengo,

ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mí sangre y redención que este pueblo ciego ignora. Porque vendrán días (que serán los del juicio universal y del castigo) en que se juzgarán por dichosas las que no hubieren tenido generación de hijos, y los prescitos pedirán á los montes y á los collados que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas, de que yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?" "Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichosas mujeres, en premio de sus lágrimas y compasión."

La dichosa participación de las hijas de Dios en su gran sacrificio de la vía dolorosa y calle de la Amargura, se dispensa también por nuestro Redentor divino á los varones de su pueblo. Dichoso mil veces el Cireneo, á quien tocó ser ocupado, obligado por mandato arbitrario de los Príncipes de los sacerdotes, á ponerse en contacto, á portar el dichoso madero del sacrificio del Mesías. Desde luego los nombres de sus hijos Alejandro y Rufo son consignados en el Evangelio de San Marcos. ¡Santa envidia nos causan esas predilecciones á todos cuantos en la pasión de Jesús podemos tomar participio, al menos, entre los últimos y casi mecánicos adherentes de la grande escena! Mas, participios como el que ahora envidiamos son de importancia desmedida, pues es aproximarse demasiado á un sol tan esplendoroso como Jesucristo, para dejar de convertirse en importante luminar.

¡Qué mucho que los Santos Padres se vuelvan todos elocuencia cuando contemplan la fortuna de esos humildes predestinados; tanta razón así tenía David, cuando exclamaba: determinado he ser el más abyecto en la familia de mi Señor, más bien que ser de los primeros en los tabernáculos de los pecadores!

¡Qué mucho que de ese mismo par de foragidos que Jesús lleva uno á diestra y otro á siniestra en la afrentosa procesión, los Santos Padres demuestren y magnifiquen las grandezas de unos de ellos que se convertirá á última hora, que se convertirá en gran mártir, confesor y bienaventurado.

Por su parte, el Cireneo fué santificado con sus dos hijos; la historia⁽¹⁾ consagra la memoria de su dicha. Del Cireneo, se lee: "En la religión sigue, Simón á sus hijos, para no ser defraudado de la merced debida de haber conducido la cruz de Cristo; porque después de muchas buenas obras, murió en gran paz en Jerusalem."

Aparte de esta especial merced en bien del que presta un servicio al Redentor, que en manera alguna puede ser defraudado de su paga, de la paga magnífica, infinita de un rey que es Dios, que es agradecido y que recibió el servicio cuando todos se avergonzaban de él, la gran enseñanza de la persona del Cireneo, es de profunda sabiduría, es la reproducción de la compasión, es decir, de la participación con nuestro Redentor en el padecer, y por eso en su amor y por eso en su gloria. Esta es palabra de San Pablo: "si compartimur et glorificabimur;" fórmula de esta otra más sencilla, de boca misma de nuestro amabilísimo Redentor: "si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sí-

(1) Apud, Alápidæ: Lucio Dextro.

game." Enseñanzas son estas esencialmente católicas, profundamente evangélicas, diametralmente opuestas á la falsísima doctrina protestante sobre inutilidad de las buenas obras.

Son admirables en gran manera, oh Jesús nuestro, las industrias con que nos busca ese amor que nos tiene el Padre, é igual nos tenéis vos; dispuesto lo habéis todo tan suave y fácilmente y con tanta fuerza á la vez, para que se consiga vuestro objeto á maravilla: ser azotado, despedazado, llagado, befado, escupido, escarnecido, hecho objeto de gran lástima; representar en todo esto los efectos y calidades del pecado en su malicia, y no menos los efectos y calidades de ese pecado en su tremendo castigo. Después de esa representación hacéis otra: os adaptáis un suplicio en que desde luego podíamos tomar alguna parte á más de la compasión: ayudaros con el peso de la cruz, que es ese suplicio, y para mayor habilidad vuestra, hacéis que os salgamos al paso; más todavía: hacéis que nos compelan á tomar esa cruz, no quedándonos ya entonces más trabajo que convertir en voluntario lo que de alguna manera es ya necesario: todos podemos hacer lo que ese dichoso compelido Simón.

Esto mismo consignan los Santos Padres. San Atanasio: "Llevó el Señor su cruz por sí propio y á su vez se la llevó un hombre, Simón. Ante todo la lleva Jesús como trofeo reportado sobre el Diablo; mas, por su voluntad libre llevaba su cruz para suplicio de su propia Majestad; pues no fué obligado por la necesidad á sufrir la muerte. A su vez también llevó esa cruz un hombre, Simón, para que fuese á todos manifiesto que el Señor moría, no con su propia muerte sino con la de los hombres."

San Ambrosio: "Esto sucedió para que primeramente él erigiese el trofeo de su cruz, y en seguida lo entregase á sus mártires para que ellos también lo erigiesen. Pues conviene que su trofeo lo enarbole primero el caudillo vencedor."

Por su parte Orígenes: "Convenía que no sólo Jesús llevase su cruz, sino que nosotros se la llevásemos, cediendo á una necesidad de compulsión que nos era saludable. El mismo nos lo dijo: "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí."⁽¹⁾

Llega el Señor, por fin á ese Calvario, como en otro tiempo Isaac, con la leña de su propio sacrificio, sobre la cual instalado como en ara de altar santísimo, sería ofrecido á modo de ejemplar y prototipo eterno de todas las oblationes y holocaustos, "rescatando—prosigue nuestra inspirada María de Agreda—á todo el linaje humano de la potencia tiránica⁽²⁾ que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías, yugo y cetro del cobrador⁽³⁾ y ejecutor, que con imperio y exacción cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer á este tirano y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo Nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia real, como quien despoja de ella al demonio y le trasladaba á sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, á quien sigan por el camino de la cruz⁽⁴⁾ por la cual redujo á

(1) Apud, Alápide.

(2) Colos. II, 15.

(3) Isaías. IX, 4.

(4) Matth. XVI, 24.

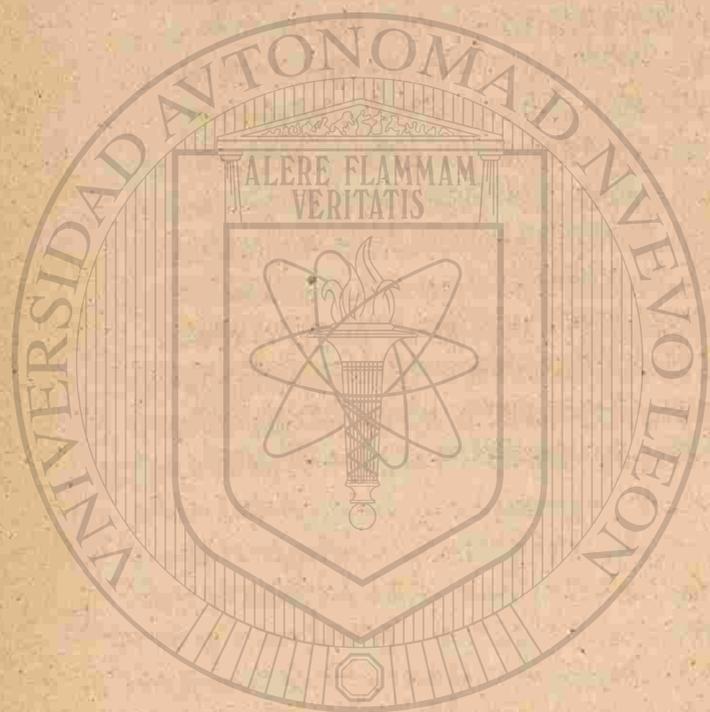
todos los mortales á su imperio^[1] y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida.^[2] (Mística Ciud. 1,365.)

Habéis llegado, Jesús nuestro, al lance final de vuestro gran combate; habéis concluído vuestra carrera triunfal de Conquistador. Como salís de esa proeza inaudita, saldréis de esa otra en que todo lo atraeréis á vos. Enseñadnos á andar triunfalmente contra Satañas, la vía dolorosa de nuestra prueba en la tierra, para salir triunfantes en la hora final en que ofrezcamos sacrificio semejante en crucifixión que imite á la vuestra. Vos y vuestra Madre dignísima, asistidnos en el camino y en el término. No se pierda lo que Vos y Ella hicieron por nosotros; no despreciéis la obra de vuestras manos!

[1] Joan. XII, 32.

[2] I. Cor. VI, 20.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXII.

María

en la vía dolorosa y en la calle de la Amargura
el día que su divino Hijo lleva su cruz
al Calvario.

HOY, la vía dolorosa, la calle de la Amargura, desde la salida de la casa de los azotes hasta el sitio en que Cristo es clavado en cruz, asistidos de la gracia del cielo hemos de recorrerlas, poniendo nuestros ojos de preferencia en la Madre, en la Madre de ese Mesías tan dolorido y afrentado, tan manso y humilde. De esa manera, como no cesaremos de repetirlo, obtendremos dos ventajas inmejorables: Es la una, conocer, estimar y amar en extremo á quien después de ese Mesías no puede tener mayor ni igual, ¡tanta es la grandeza de esa Madre! Es la otra, conocer, estimar y amar mejor al mismo Mesías, por la gran semejanza que por ley natural debía darle la generación materna, ley según la cual el hijo hereda de la madre la índole y el natural, en tales términos, que el hijo parece copia de la madre. Además, y esto es lo principal, la grandeza de las excelencias del Hijo no puede la pequeñez

nuestra conocerla y amarla mejor que por el ensayo, digamos así, que por la preparación de otra grandeza inferior á la del Hijo, pero la más próxima á él y más accesible á nuestra capacidad de entender y de amar.

La conducta que la Santísima Mujer, que la Mujer fuerte debiese observar en la persecución que de su admirable Hijo hacían los malvados, tenía de ser dictada por una altísima sabiduría, un amor inmenso, un decoro exquisito, y sobre todo, y en una palabra, por una caridad tan excelente que á todo bastase y todo lo superase. No se trata aquí, pues, de una situación, de un trance sólo santo, sino santísimo; de un espectáculo simplemente admirable, sino sobre todos los espectáculos, para todos los siglos. Buscad aquí ciencia y sabiduría, buscad belleza, buscad heroísmo que á todos superen, no hay otro de tales calidades que el que ahora nos ocupa; este es el espectáculo en que el eterno Dios, el Dios verdadero, el Dios trino y uno hace la obra maestra de sus manifestaciones al género humano y al género angélico; esta es la marcha, la procesión sagrada de la dulcísima Sacerdotisa á ofrecer una víctima que es su mismo Hijo y que importa algo más, muchísimo más, infinitamente más que el Padre Abraham llevando á Isaac su hijo al sacrificio.

Decretada por Pilatos la muerte del Cordero, oída la pronunciación de la sentencia, notorio todo á la dolorosa Madre que todo lo ve por visión expresa, como es razón creerlo y las santas revelaciones de María de Agreda lo persuaden y confirman, se renueva el dolor de aquel castísimo corazón y queda dividido con el cuchillo de amargura que le penetra y traspasa sin piedad alguna. El Discípulo amado desfallece y un des-

mayo mortal hiela la sangre de las piadosas compañeras de la Virgen Santísima. "Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta, y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor, sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó; no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás. En todo fué prudentísima, fuerte y admirable; y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó á las Marías y á San Juan; y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión. En virtud de esta oración fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar á la gran Señora del cielo. Entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía á su Hijo y Dios verdadero; oraba al Eterno Padre, presentábale los dolores y pasión, acompañando á las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la redención humana, convidaba á los angeles, rogaba por los amigos y enemigos; y dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la Divinidad. Y porque no es posible reducir á mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito á la piedad cristiana." (Mística Ciud. 1356, part. 3.ª)

Cuando el Maestro y Redentor del mundo se abraza con la cruz saludándola y apostrofándola como á tan

alto Maestro y Redentor cumplía, con el júbilo del valiente que acepta el suplicio de provechosísima y honrosísima muerte, la Madre de ese divino hombre, que conoce el valor infinito que del contacto de la humanidad deificada de Jesús reporta el madero santo, la prudentísima Madre, adora esa cruz santa y la venera con el debido culto, y lo mismo hacen á su ejemplo todos los espíritus soberanos que asisten al Señor y á la Reina. Apostrofa á esa cruz insigne con palabras dignas de quien representa y resume por entonces á la Santa Iglesia, y eleva de su corazón con denodados afectos de dolor sapientísimo, de triunfador martirio, uno así como cántico de loores y alabanzas á la inocencia impecable de su Hijo Dios, contraponiéndolos á los delitos que contenía la sentencia que voceaba el pregonero.

“Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasión de la pasión en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sólo ella hacía el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atención á todo lo que exteriormente era necesario obrar, confería y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la redención humana, y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna ponderación quién era el que padecía, lo que padecía, de quién y por quién padecía. De la dignidad de la persona de Cristo nuestro Redentor, que contenía las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entreambas, sólo María Santísima fué la que tuvo más alta y penetrante ciencia después del mismo Señor. Por esta parte sólo ella entre las puras criaturas llegó á darle la

ponderación debida á la pasión y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero.” (Mist. Ciud. 1363.)

La marcha de esa Reina por la calle del dolor en grupo sublime con las bienhadadas hijas fieles de su ternura, jamás podrá olvidarse en la historia de las proezas de virtud y santidad y de los verdaderos triunfos, á todos los cuales, ella superó y superará. A imitación de Ella y prelujiándola, habían pasado por vías de dolor y de triunfo é imitándola pasarían más tarde después de Ella, santas heroínas y mártires, como Resfa y Judith, la Madre de los Macabeos, Agueda y Cecilia, Felcitas y Perpétua, Inés y Anastasia y otras eminentes princesas del sacrificio y de la santidad, cumpliendo á maravilla lo que David cantaba con entusiasmo de santa unción: “En pos de Ella (de la Reina) serán llevadas á la presencia del Rey muchas otras vírgenes.” Y ¡cómo se veía cumplido ahora, que esa Azucena entre espinas, que esa mansa tórtola de celestial gemido, era también poderosa como ejército en orden de batalla, y aptísima y habilísima para decapitar á un tirano peor que Holofernes y quebrantar sin miedo ninguno la cabeza de la antigua serpiente como se prometió á Eva!

Templada el alma de la Madre Santísima á índole de la de su Hijo el Santo de los Santos, comunicaba fortalezas y consuelos, que luego recibía como dones que Ella misma había donado. Observa por eso muy bien la dichosa María de Agreda, que á petición hecha con voz interior por la Madre prudentísima á su Hijo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz, de que alguno, si á Ella no era dable ni á los ángeles del cielo, le ayudase á llevar la carga de la cruz, se movió el corazón de los verdugos y de ello resultó compeli-

sen al Cireneo á aliviar al Rey divino del peso de su patíbulo.

A la vez aquel llanto, aquel plañido de compasivas mujeres en que al fin prorrumpió el acompañamiento de los desdichados hierosolimitanos, era un dón de María, efecto de su oración dolorida, la cual era aceptada en extremo al Dios de la Majestad, y ese dón volvía en consuelo al alma finísima de la misma donadora.

¿Qué voces consoladoras, qué plañidos eficaces para derretir almas, qué armonías de quejas lastimeras, se encaminaron nunca mejor al objeto de enternecer con más digno propósito cual fué ese de pedir compasión para el Mesías Dios y hombre verdadero, Rey de la Majestad eterna, Rey altísimo de los cielos, tratado por ese pueblo como un foragido, como un reptil, que el pedir compasión para la Reina, Madre amabilísima de ese Rey?

Jamás llanto, jamás plañido alguno pudo ser más meritorio. ¡Dichosos nosotros los viadores que todavía, á fuer de representarnos en la mente, según el saludable empeño de la Reina del Rosario, de la Santa Iglesia, los grandes sucesos que una vez pasaron para ser admirados y agradecidos millones y millones de veces, podemos excitarnos á unir llanto y plañidos, compasión y participio sensible, racional y meritorio, al que entonces levantaron en pos de Jesús y á la vista de la dulcísima Madre, esas mujeres cuyos nombres quisiéramos saber uno por uno para glorificarlos eternamente!

Concédanos el Señor, concédanos la Reina hacer cuanto podamos para merecer que esos santísimos Monarcas, respondan á nuestro llorar y plañir: “¡gracias •

hijos nuestros, esas ofrendas de vuestra sensibilidad buscada y fecundada en el Rosario, son quizá más gratas para mí y para la Reina, que las de las mujeres del día de mi pasión, porque “bienaventurados los que no vieron y creyeron.”

De entre esas dichosísimas mujeres, adictas á la Reina Madre del Verbo, jamás se perderá la memoria de Berenice, nombre mudado en el de la Verónica, que en el paño con que se aprestó á aliviar, al divino Reo, del sudor, del polvo y de la sangre, recogió en recompensa la imagen impresa del divino Rostro, que religiosísimamente se conserva y exhibe el Viernes Santo en la Basílica de San Pedro de Roma. Esa Verónica es la misma que, tocando con toda su fe en otros días la orla del vestido de Jesús, tuvo por premio sanar al instante del flujo de sangre inveterado de que adolecía, sanidad que intentaba al tocar oculta y humildemente esas vestiduras dignas de tanto respeto.

La Reina de los cielos, que alentaba con su inspiración cuanto de noble compasión le era dado procurar para el lacerado hijo de su dolor, recibió á su vez consuelo suavísimo de la animosa resolución de esa mujer y de ese hermoso milagro de su Jesús. La Verónica fué más tarde una gran Santa, una de los apóstoles de las Galias, como nos lo consigna la historia de la Santa Iglesia.⁽¹⁾

Entre las tradiciones de sagrados pormenores de los sucesos de la vía dolorosa, tenemos los hijos de la Santa Iglesia los referentes á las caídas que Jesucristo Nuestro Señor sufrió en su paso por esa vía. El pueblo cristiano en todo el Orbe, no menos que los pere-

(1) Apud Aláplide.

grinos en la Ciudad Santa, tenemos en mucho y con razón la devoción del Vía-Crucis, por la que hacemos el mental ejercicio del recuerdo de esos lances de la Pasión Santa y á la vez la imitación del acto de recorrer esa vía dolorosa, ó de practicar verdaderamente ese acto los peregrinos. El dolor de María Santísima viéndolo á su Hijo en la humillación de una caída, llagado, lastimado y afrentado, es uno de los más grandes que experimentar debió, porque tales humillaciones enternecen, duelen y excitan la sensibilidad humana con particular enternecimiento y lástima hasta con los enemigos.

Nuestro buen Dios, que venía en todo á reportar afrentas y dolores para salvarnos y santificarnos, con gran sabiduría y amor quiso añadir á tantos dolores, afrentas y vergüenzas, aun éstas de caer tres veces en la calle á la vista del pueblo. El sufrimiento de la Madre á la vista de eso, era un dolor y un mérito más, asociado al que soportaba su Hijo, una nueva enseñanza más que daba para todos los hombres, un ejemplo más que imitar, un motivo más de agradecimiento, un estímulo más de amor para con el Hijo y la Madre que en todo le secundaba fidelísimamente.

Es también tradición muy mucho aceptada en el pueblo cristiano, el lance del encuentro de María Santísima con el divino Reo cuando cargaba con el peso de la cruz; encuentro al que salió la Señora adelantándose al paso de su Hijo para esperarle en estación oportuna. Ese encuentro es digno de la ciencia del padecer, de la ciencia del amor, que Hijo y Madre poseen en el mayor de los grados respectivamente el uno como Hombre-Dios y Ella como la Madre de Dios.

Ese encuentro del Rey de los mártires con la Reina de los mártires, para departir al paso acerca de la situación, acerca de la gran causa, para darse aliento, para decirse ¡bien, muy bien, ánimo, ya recibiréis el premio! ese encuentro le hubo muchas veces y le habrá entre los mártires y sus deudos ó sus amigos; es uno de los más bellos y edificantes esplendores del padecer. Y como la Pasión de Jesucristo y la Compasión de María son de completa riqueza en variedad completa de méritos y enseñanzas, aun esta del encuentro de Jesús y de su Madre Santísima en la calle de la Amargura, no puede menos de contar con poderosa razón de ser, enseñanza importante que intentar y estímulo eficacísimo de amor y virtud que proponer.

“A todo humano encarecimiento y discurso, dice con hermosas y muy sabias palabras María de Agreda,⁽¹⁾ excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Virgen sintió en este viaje del Monte Calvario, llevando á su vista el objeto de su mismo Hijo, que sólo ella sabía dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara, conservándole la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor, y le dijo en su interior: Hijo mío y Dios eterno, lumbre de mis ojos y vida de mi alma, recibid Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviarnos del peso de la cruz y llevarla yo, que soy hija de Adán, para morir en ella por vuestro amor, como vos queréis morir por la ardentísima caridad del linaje humano. ¡Oh amantísimo Medianero entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentáis la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh caridad sin

(1) Mística Ciud. 1369.

término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dáis lugar á los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo, si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mía, para que no dieran tan mala correspondencia á lo que por todos padecéis! ¡Oh, quién hablara al corazón de los mortales, y les intimara lo que os deben, pues tan caro os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina! Otras razones prudentísimas y altísimas decía con estas la gran Señora del mundo que no puedo yo reducir á las mías."

Si no lo puede esta admirable inspirada escritora, menos lo podemos nosotros, y por eso nos es tan grato cederle la palabra en las situaciones que deseamos ver más acertadamente dadas á contemplar. Que hable ella también para dar fin á este hermoso y provechoso asunto:⁽¹⁾

"Llegó nuestro Salvador verdadero y nuevo Isaac, Hijo del Eterno Padre, al monte del sacrificio, que es el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del patriarca Abraham⁽²⁾ y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo Jesús, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. La virtud de la Divinidad que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática, le asistió no para aliviar sus tormentos, sino para confortarle en ellos, y quedarse su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida, hasta que se le diese licencia á la muer-

(1) Mística Ciud., 1375.

(2) Génes. XXII, 9.

te de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y affigida Madre llena de amargura á lo alto del Calvario, muy cerca de su Hijo corporalmente; mas en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con Ella San Juan y las tres Marías; porque para esta sola y santa compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz."

La Reina, la Sacerdotisa de la Nueva Ley, va á ofrecer el gran sacrificio. Así termina la carrera de amargura en que la hemos acompañado.

Tened compasión de nosotros, rogad por nosotros, misericordiosa Reina nuestra. Lógrense en cuantos sea posible y de éstos séamos nosotros, los méritos de pasos tan hermosos é inmortales en buena memoria, como los que dísteis del Pretorio de los azotes y afrentas, al Calvario en que ofrecísteis el final sacrificio.





CAPÍTULO XXIII.

Jesucristo Crucificado en el Calvario.

LA obra por excelencia de los atributos divinos, el gran drama, el drama de los siglos, ocupa ya la escena suprema: el misterio de la cruz va á desplegarse ya en el Calvario; con palabras de entusiasmo tiernísimo lo canta así la Iglesia en la gran fiesta del Viernes Santo. “¡Oh cruz fiel: tú eres entre todos los árboles el más ilustre. Ningún bosque ha producido otro semejante en la hoja, en la flor ni en el fruto. Dulce madero, que con dulces clavos sostienes dulce peso!”

“¡Canta, oh lengua, la victoria del más glorioso combate: dí el ilustre triunfo que el Salvador del mundo alcanzó con la cruz; y cómo venció siendo sacrificado!”

Aquel sacrificio figurativo de Isaac llevado á otro vecino monte del Gólgota, como víctima inmolada sólo en intención, y al fin no ofrecida en la realidad, sino sustituida por el Cordero que á su vez fué figurativo, es hoy consumado con una realidad de proporciones infinitas. Pórque en vez de Abraham, el oferente es hoy la verdadera Madre de Dios, la víctima ofrecida es el Mesías, Jesucristo verdadero Dios y hombre, y lejos de

venir otro Cordero común á sustituir á la racional víctima del holocausto, tenemos la amorosísima realidad de que aquel Cordero y todos los corderos irracionales y todas las víctimas racionales pero solamente humanas, no eran sino figuras del Verbo de Dios hecho hombre, hecho víctima, constituido en ejemplar de paciencia, de abnegación y de todo género de martirios, para reconciliar al hombre con Dios; por lo que con sorprendente propiedad fué señalado tres años y medio antes por el Bautista, y hoy le vemos realizado, como el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo."

Aquel deseo inaudito, aquella vehemencia de caridad que hacían decir á Jesús de un bautismo que tenía en ansias, de un trono de cruz ante el cual se verían atraídas todas las cosas, los vemos satisfechos al fin.

El Varon de dolores, Cordero de Dios, la Víctima del holocausto de los siglos, presente ya en lo alto del Calvario, desnudado por los verdugos, ante la cruz tendida en el suelo para ser luego exaltada como palmero triunfal cuyos frutos ascendería á tomar el esposo divino, ofrece el espectáculo más hermoso que darse pudiera en los siglos todos, de inocencia, de mansedumbre, de paciencia y de martirio soberanos. ¡Jerusalem, Hijas de Sión, ved ya al Rey de Reyes, que va á ascender á su trono! ¡Y tú, Potentísimo, cumple los votos del celeste Padre, cñete la espada del Dios de los ejércitos, que tu diestra te sacará adelante á maravilla! ¡Oh Cristo Jesús piadosísimo, éstas fueron las profecías que tanto exaltaban el alma de tu Padre David, inspirado del Dios de los cielos, verdadero Padre de tí su único Hijo y verdadero Dios como El! ¿Es así como cumples lo que los siglos esperaron en la Tierra y en las Alturas...?

¡Sí; así es como lo cumple el que es la infinita Sabiduría! Este León de Judá, es también el Cordero dominador; ni Jacob ni Isaías se engañan, y Habacuc tiene mucha razón en llenarse de pasmo, de asombro, cuando entrevé, ó ve quizá bien claro, que la obra grande del Dios Omnipotente era un prodigio de amor, una como locura, una como estulticia de amor desmedido para confundir á los sabios y á los amantes, y enseñar con el ejemplo la verdadera ciencia y el verdadero amor, y poder decir al soberbio Satán y al ingrato humano: ¡Oh traidor! ¿dónde está tu serpentina astucia? ¡oh pueblo mío! ¿qué pude hacer que por tí no hiciese?

Mirad, pues, al Cordero ante la cruz en que van á clavarle á la vista de la Reina dolorosa, de las santas mujeres, de los ocultos fieles que apenas se distinguen entre la multitud de enemigos que quieren devorarle: "Recibe, ¡oh Padre Santo! omnipotente y sempiterno Dios, esta Hostia que yo ofrezco á tu Realeza, á tu Justicia, por todos los pecados de mis hermanos; esta Hostia que soy yo mismo tu Hijo que engendraste antes de los siglos y al que adaptaste alma y cuerpo para ofrecerte este sacrificio, que te he propuesto para hacer en todo tu voluntad santísima." Semejantes palabras que en la santa Misa contiene el pasaje llamado "Ofertorio," es de creer pronunciase de alguna manera el admirable Hijo de María, y Ella con El las suyas adaptadas á su gran ministerio de Corredentora y Sacerdotisa, mayor que Abraham, mayor que Melquisedech.

¡Cuántos dolores en esa crucifixión á la vista de la Madre! ¡Jesús extendiendo sus manos en el cruel Madero con asombrosa mansedumbre, llena de dignidad,

de sincera paciencia, de santísima inocencia, de divino amor! ¡Dios y hombre verdadero es ese nuevo Jacob, ese perfectísimo Varón de dolores! Coronado como siempre de espinas que vuelven á chorrear sangre, recibe en su mano diestra ese primer golpe del martillo con que el clavo se la traspasa, ese primer golpe que causa en la ínclita Madre un dolor mortal, que Ella soporta como ha soportado y soportará más, no sólo por la fortaleza de su alma, sino por la milagrosa asistencia divina.

El Crucificado queda suspenso en alto; las maniobras de los verdugos, la vocería del pueblo y el horror de atentado tan sacrílego, del deicidio que va á consumarse entre furor y risas de satánico odio, son nada menos que el espectáculo anunciado por Profetas de todas las épocas: “¡Dios, Dios mío! decía David, ¿por qué me has abandonado? ¡cuán lejos está de salvarme la voz de mis delitos... Hánme cercado novillos en gran número... Han acometídome como leones devoradores y rugientes!”

Entre dos ladrones crucifican al Hijo de la Reina, y éstos le blasfeman imitando la ceguera satánica de la plebe azuzada de los fariseos. Esta es la inauguración del Mesías régio, del Santo de los santos en su trono triunfal. Pero ¡oh! no desmayemos y antes añadámosle; aún no está completa la gran obra del dolor, de la locura, del amor divino. El Hijo necesita aun el dolor de ver á su Madre Santísima en tortura como la suya, es decir, ante él contemplando sus atroces tormentos; y la Madre estará pronta... ¡Allí está! “Estaba junto á la cruz de Jesús la Madre suya,” dice el Apostol del amor en su Evangelio, con un laconismo que sorpren-

de, que arrebatara el alma de enternecimiento, que es una delicia, porque esa pasión de Jesucristo y esa compasión de la Dolorosa, son la mayor dulzura que al cristiano católico puede Dios conceder en la tierra, el mayor consuelo en los dolores y esperanza en las alegrías y suavidad en los tédios.

Cuando ya el colmo en la tormenta y la misma audacia del sacrilegio ponen en confusión ese oleaje de rabiosos enemigos, que acallan y sofocan el rumor de lamentos de los buenos y de llanto de las santas mujeres, viene un momento en que la calma se establece para que la voz de la víctima sea objeto de atención de todos... ¿Habéis oído? ¿qué es lo que está diciendo el Nazareno?

“¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!”

Esta palabra nunca se oyó antes de Jesucristo. ¡Hé aquí á Dios! ¡Este es Dios! Pilatos nos había mostrado al “Hombre.” Mas ya este “Hombre” que desde entonces bien debía ser reconocido por el Hijo de Dios, no puede menos de darse á conocer por hombre divino, por el Cordero de Dios.

“¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!”

“Esta es la primera palabra entre las siete tan memorables que nuestro Cristo Jesús pronuncia en la cruz, con la cual, dice Alápide, después de tantos dolores, injurias y burlas, como si se olvidase de ellas y sólo atendiese su solícitud á la salvación de sus verdugos, del fondo de su pecho, de ese horno ardiente en llamas de caridad, saca y eleva al cielo esa voz de ruego, pidiendo que se les perdone. *Y oído fué por su gran valer* (exauditus est pro sua reverentia); pues que, muchos de ellos en la Pentecostés, arrepentidos á la pre-

dicación de Pedro, se convierten al Cristo (como se lee en los hechos de los Apóstoles, cap. 2). Con esas palabras nos enseña también Jesucristo, á orar por nuestros enemigos y á hacer bien á nuestros perseguidores, venciendo así el mal con el bien. A Jesucristo imitó San Estéban cuando al ser apedreado, arrodillándose oraba diciendo: ¡Señor, no les imputes este pecado!"

¡Qué frutos tan valiosos y hermosos no va ya recogiendo en esa palma de la cruz el Esposo divino! Apenas pasen cincuenta días, Jerusalem producirá abundante cosecha de cristianos de entre esos mismos perseguidores de hoy.

Pero, esa caridad y magnanimidad del Cordero, quiere dar muestras más sorprendentes de su infinita fuerza, y ¡ved ya á ese facineroso, á uno de esos dos ladrones con él crucificados, convertido en un gran mártir, un gran confesor de la fe, un gran santo! ¡"Ese ladrón, dice San Agustín,⁽¹⁾ aun no llamado y ya elegido; todavía ni siervo ó criado, y ya amigo; todavía ni discípulo, y ya maestro; de ladrón, confesor; pues aunque la pena de su crucifixión había empezado á recaer en un ladrón, vino á consumarse, mudando de género, en un mártir!" "Conmigo estarás hoy en el paraíso," dice el divino Verbo crucificado, al ladrón crucificado, apenas este dichoso robador del cielo ha pedido merced al infinito Rey, apenas ha comenzado á arrepentirse de su atroz pasado y á decir á su compañero: "¿Ni aun tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros á la verdad estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero

(1) Apud Alápide.

éste ningún mal ha hecho. Señor Jesús, acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu reino."

¡Qué pequeños somos tantos pecadores cuyas faltas sin ser penadas con suplicio humano, merecen quizá suplicio eterno y eterna difamación! Y no se necesita mucha humildad para rogar á ese dichoso convertido de última hora, interceda por nosotros miserables, que en una larga vida de dudosa rectitud nos creemos justificados, sin estarlo quizá por nuestra tibieza. Interceda por nosotros ese gran santo, primicias de vuestras proezas de misericordia ¡oh crucificado Hijo de María! para que en nosotros obréis milagros mayores que con él, pues vuestra misericordia y vuestros méritos alcanzan y superan á cuanto puede oponérseles, si al menos confesamos nuestra miseria y suspiramos por salir de ella con vuestra gracia.

Poderosísima la caridad de nuestro Dios en hacer, de las piedras, hijos de Abraham, con razón administró en siete memorables palabras, con majestad tanta y con toda la grandeza y la infinidad de un Dios hecho hombre, lo que, un rey así, puede administrar en un patíbulo:

Primero. Perdonar á sus perseguidores y verdugos en el momento de llegar á lo sumo los agravios;

Segundo. Convertir el corazón y mudar de facineroso en santo, y regalarle el cielo á un compañero de suplicio;

Tercero. Dejar por Madre del género humano á la misma Madre de Dios;

Cuarto. Consagrar con las palabras mismas de la ley, su gran sacrificio: "Dios, Dios mío! ¿por qué me has desamparado? principio de la gran oración profetizada en el Salmo XXI, santa liturgia de la Sinagoga, santa liturgia de la gran Iglesia cristiana;

Quinto. Volver á hablar de esa gran sed de tormentos, de sacrificio, que abrasará el mundo en fuego de caridad omnipotente;

Sexto. Decretar aquella consumación de sucesos de que, la divina Víctima, ha sido el preparador desde antes de los siglos, quien marcará su apogeo en ese día de Redención y quien llevará á cabo en los tiempos de la ley de gracia su fructificación hasta la consumación última de los tiempos; y

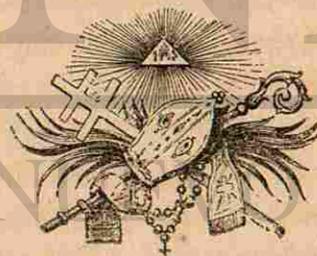
Séptimo. Después de ese decreto... doblar la ínclita cabeza, para morir tan voluntaria y libremente, que al hacerlo da un grito supremo con sonora palabra: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!" palabra en admirable concierto con aquellas otras del mismo Verbo poderoso, aludiendo á una resurrección tan segura y cierta como ha sido cierto el morir por propia voluntad: "ninguno me quita la vida, yo soy el que por mí mismo la dejo y tengo potestad de volver á tomarla," á lo que aludía siglos antes la profecía en el final del Salmo IV: "Mas yo, Dios mío, dormiré en paz y descansaré en tus promesas."

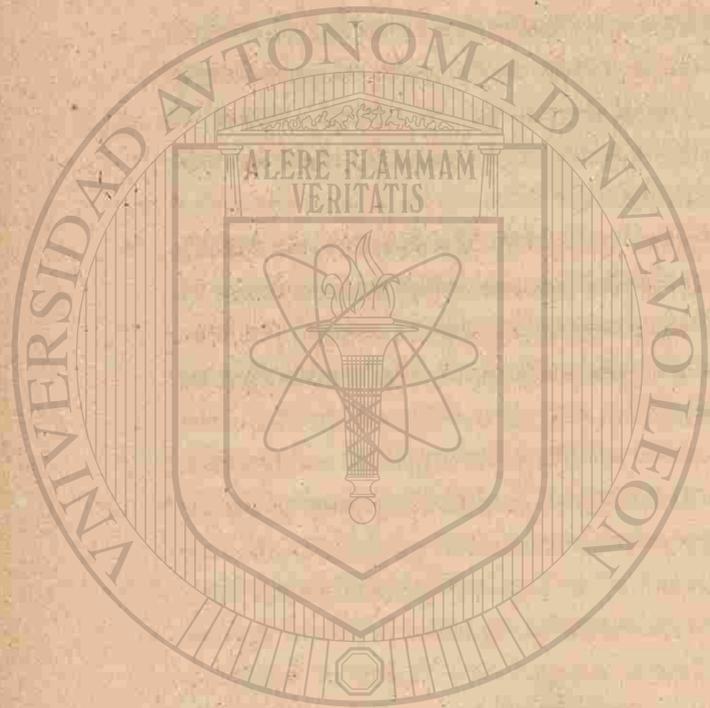
Nuestro amado Jesús asciende á la cruz, impera en ella, muere y es descolgado de ella, con tan maravillosos caracteres de verdadero Dios y verdadero hombre, que no hay grandeza, no hay sabiduría, no hay amor, no hay esperanza, no hay felicidad, no hay triunfo, no hay gloria como la de Jesucristo, y éste, crucificado. ¡Bendito sea nuestro Dios, Dios de verdad y de amor! ¡Benditas las entrañas que le concibieron, benditos los pechos que le alimentaron!

Sea, pues, toda nuestra riqueza y el objeto de dichosísima codicia, Jesucristo clavado en la cruz. La gran

palabra de San Pablo, la gran palabra de San Bernardo, la gran palabra de San Francisco, hagámosla nuestra: "No quiero otra ciencia que saber á Jesucristo, y éste, crucificado; no quiero otra riqueza, no quiero otro consuelo. Si supiere á Cristo, y éste, crucificado, lo entenderé todo, todo lo sabré; si conmigo, si en mi corazón le tuviere, todo lo tendré, no me faltará nada; si él me asistiere, nada temeré, ni se me dará nada de que todos estén contra mí."

¡Oh Verbo divino! ¡oh Hijo de María! ¡oh Madre de Jesucristo crucificado! no nos dejéis sin participio en ese reino en que los grandes pecadores tienen, por eso, el mejor título si os compadecéis de ellos, para que os sirváis admitirlos.





CAPÍTULO XXIV.

La Santísima Virgen Madre de Dios al pie de la cruz en el Calvario.

ESTABA junto á la cruz de Jesús, la Madre suya." "Mujer, he ahí á tu hijo." "y (hablándole al Discípulo) ahí tienes á tu Madre," dice el Evangelio que hace cantar la Iglesia en la gran fiesta de la Dolorosa.

Y en alta voz también recita ese día la Iglesia tomándolo del sagrado libro de Judith: "El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones comunicándote su poder, pues por medio de tí ha aniquilado á nuestros enemigos. Bendita eres del Señor Dios Altísimo, oh Hija mía, sobre todas las mujeres de la tierra; bendito sea el Señor Criador del cielo y de la tierra porque hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que no cesarán jamás de publicar tus alabanzas cuantos conservaren en los siglos venideros la memoria de los prodigios del Señor; pues no has temido exponer tu vida por tu pueblo viendo las angustias y tribulaciones de tu gente, sino que has acudido á nuestro Dios para impedir su ruina."

Prorrumpes así mismo la Iglesia en este gradual sublime: "¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor como el dolor mío!"

En vista de eso y de tanto que nos enseñan los Santos Padres, no cesaremos de decirlo: Jesucristo no puede ser bien entendido, admirado, amado, servido y aprovechado... sin su Madre: la Madre del Dios Hombre nos es necesaria para todo eso. Esto es admirable, el dedo de Dios está aquí; esto es amorosísimo, esto es dichosísimo: Jesucristo, y éste, crucificado; María, y ésta, al pie de la cruz; si lo primero es el todo, lo segundo es necesario para lo primero. Sin María dolorosa, no será perfecta nuestra ciencia ni nuestro amor del Crucificado; y, no menos, por el Crucificado admiraremos y amaremos más á la dolorosa Madre de Dios, y todo será para mayor gloria del Padre celestial y gloria nuestra.

Está presente, pues, al sacrificio de Jesucristo, la gran Virgen, la gran Madre, la gran Reina, animada de más ciencia de Dios que todos los ángeles, de más amor á Dios que todas las criaturas, entendiendo y participando del sacrificio de su Hijo sobre toda inteligencia y mérito criado; el corazón magnánimo de esa Reina es todo amargura, y su fortaleza para resistirla supera á todo poder criado. La santidad del combate de ese corazón, entusiasmo á las milicias angélicas y pone en rabia y fuga vergonzosa y completa á Satanás con todas las legiones de sus ángeles malditos; y el cielo y el infierno ven con cuánta razón se quiso dar anticipada idea siglos antes, con la proeza de Judith, de esta otra maravillosísima que á todas las de criatura supera: La Mujer venciendo á Leviatán, la Madre de Dios venciendo hoy al altivo Arcángel despeñado en

otro tiempo de las alturas; esa Mujer y su Jesús con el artificio del árbol del Calvario, humillando todo fraude y toda soberbia.

Volvemos á ceder la palabra á esa venerable inspirada María de Agreda; la ciencia y santidad de la Madre dulcísima de Jesucristo, están expresadas por esa humilde escritora con maravilloso acierto, profunda teología y unción edificante:

"Como la prudentísima Madre conocía que se iban ejecutando los misterios de la redención humana, cuando vió que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al Eterno Padre, y oró de esta manera: "Señor mío y Dios eterno: Padre sois de vuestro unigénito Hijo, que por la eterna generación Dios verdadero nació de Dios verdadero, que sois Vos, y por la humana generación nació de mis entrañas, donde le dí la naturaleza de hombre en que padece. Con mis pechos le dí leche y sustenté; y como al mejor hijo, que jamás pudo nacer de otra criatura, le amo como Madre verdadera, y como Madre tengo derecho natural á su humanidad santísima en la persona que tiene, y nunca vuestra providencia se lo niega á quien lo tiene y pertenece. Ahora, pues, ofrezco este derecho de Madre, y le pongo en vuestras manos de nuevo, para que vuestro Hijo y mío sea sacrificado por la redención del linaje humano. Recibid, Señor mío, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto, si yo misma fuera sacrificada y padeciera; no sólo porque mi Hijo es verdadero Dios y de vuestra substancia misma, sino también de parte de mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se trocaran las suertes, para que su vida santísima se conservara,

fuera para mí de grande alivio y satisfacción de mis deseos." "Esta oración de la gran Reina aceptó el Eterno Padre con inefable agrado y complacencia. No se le consintió al patriarca Abraham más de la figura y ademan (ó intento) del sacrificio de su hijo,⁽¹⁾ porque la ejecución y verdad la reservaba el Padre Eterno para su Unigénito. Ni tampoco á su madre Sara se le dió cuenta de aquella mística ceremonia, no sólo por la pronta obediencia de Abraham, sino también porque aun esto sólo no se fiaba del amor maternal de Sara, que acaso intentaría impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fué así con María Santísima, que sin recelo le pudo fiar el Eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporción cooperase en el sacrificio del Unigénito con la misma voluntad del Padre." (Mística Ciud. 1,376.)

El alma de María Santísima tenía que imitar en todo, que reproducir la más cumplida y hermosa de todas las semejanzas de la sagrada pasión del Redentor divino. ¿Qué podemos concebir de más perfecto y vivo de esa imitación, que en verdad no haya realizándose en esa alma virtuosísima, sobre toda ponderación, de la Madre del Unigénito? Cuando el Hijo es abrevado con hiel, expresión de crueldad insuperable del odio farisaico, ¿cuál no sería la amargura de la Madre? cuando el primer clavo desgarró la mano sacrosanta del Hacedor Supremo, cuando el esfuerzo de los verdugos tortura tirando de la otra mano del Crucificado para extender la víctima hasta dislocarle los huesos, ¿podría imaginarse álguien el dolor supremo de compasión materna de la Corredentora?

(1) Génes. XXII, 12.

Cuando el Hijo pronuncia la memorable palabra de perdón, ¿quién pudiera dudar de que la ínclita Madre en lo íntimo de su mansísimo corazón, sino es que no también con preciosas palabras de sus labios, no previniese, acompañase ó secundase ese perdón? Si Estéban el protomártir perdonaría diciendo, "Señor no les arguyas con este pecado," la Reina de los mártires, la Madre de la misericordia, digna era de exclamar: "Hijo, perdónales y, si fuere posible, sálvalos á todos."

El buen Ladrón es justificado y se convierte en gran apóstol y gran santo, se alza á última hora con el reino de los cielos y tiene la gran dicha de ser el agraciado con la segunda palabra del Rey Omnipotente. A tu intercesión, Señora, se debe tan gran piedad del Cordero de Dios que ha venido á salvar lo que se había perdido y lo más despreciable entre los mismos pecadores.

Bien llegada es á tal hora esa otra palabra que el Hijo dirige á la Madre del dolor: "Mujer, he ahí á tu Hijo," refiriéndose á Juan el apóstol, y el complemento que dirige á éste: "he ahí á tu Madre." Jamás meditemos bastante la delicadeza de estas expresiones y las riquezas que atesoran. ¿Quiénes somos nosotros para ser agraciados con esa Madre, si no es por la caridad del Dios de los pecadores que se hizo por nosotros Víctima del pecado? La hermosura de esos términos, coméntalos con preciosos conceptos la venerable María de Agreda: "Mujer, ves ahí á tu Hijo," y al Apóstol: "ves ahí á tu Madre." "Llamola su Majestad "mujer" y no Madre, porque este nombre era de regalo y dulzura, y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior

conforme á lo que arriba se dijo,⁽¹⁾ por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra "mujer," tácitamente y en su aceptación, dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres,⁽²⁾ la más prudente entre los hijos de Adán; mujer fuerte⁽³⁾ y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme y á quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir⁽⁴⁾ ni contrastar. Yo me voy á mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como á Madre, y será tu hijo. Todo esto entendió la divina Reina." (Mística Ciud. 1394).

Cuando el Hijo renovando y aun sublimando las palabras de tedio y desolación de su alma, dice no ya "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz," sino aun más: "¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!" la Dolorosa permanece firme sin que la acometida y anegada de tantos mares logren derribarla. ¡Sí, Hija de Abraham, bendita eres del Señor Dios Altísimo sobre todas las mujeres de la tierra y sobre los arcángeles y potestades; la mole inmensa de las aguas de tu compasión prodigiosa, de ese combate de los combates, no han podido extinguir tu amor. Tú apuras ese cáliz que han pretendido beber dos de los apóstoles de tu Hijo, y estás dispuesta á sufrir, no sólo esos tormentos en que el Redentor va á exhalar el último aliento, sino aun á experimentar en tí el dolor de esa lanzada, que si hiere y hace manar la sangre del corazón de un muerto, hiere

(1) Supr. núm. 960.

(2) Luc. I, 42.

(3) Prov. XXXI, 10.

(4) Caut. VIII, 7.

en verdad el alma tuya y hace brotar de tus ojos lágrimas como de sangre.

Hace entrega de la Santa Iglesia el Crucificado á su viuda Madre en la persona de Juan, sucumbiendo humildemente, es decir, quejándose con el filial dolor de uno más que Job el santo, y que ha apurado todos los dolores y los males de pena, como caritativo Redentor de todas las culpas pasadas y futuras de todos los hombres, exhalando esa expresión tan lastimosa de "sed tengo," como postrera queja, ó como postrer deseo de padecer más por la santa causa de redimir á su linaje; la Madre entonces apura el cáliz hasta las heces. Consumase de esta suerte el sacrificio del Verbo encarnado en manos, digámoslo así, de su esforzadísima Madre, pudiendo ya el Hijo dejarle algo que incumbe de dolor á la sola Madre en esa redención; la Señora lo acepta con magnanimidad. Y cual si tuviese por satisfactorio reconocer, como muy próximo, que lo supremo del sufrir de su Hijo es ya el término de ese sufrir, acepta esforzada esa consumación, porque así lo dice El: "todo está consumado," es decir, ha terminado la lucha, es decir, voy á dejar la vida. La Mujer fuerte sabe ya que su dolor va á llegar al colmo, pero que cesará el dolor de su Hijo; podrá decir entonces como la vencedora de Betulia: "alabad al Señor, porque es bueno y no ha desamparado á quien pone en él su confianza."

El gran dolor de nuestra celeste Reina se asociará ó alternará con esos consuelos de los grandes dolores, con esos racionales consuelos, con los consuelos del martirio, que no proceden sino de la unción santa de la caridad, de ese amor que es fuerte como la muerte. Ven-ga, pues, en buena hora el momento supremo en que el

Hijo de sus entrañas, dando una gran voz, diga con el acento del Verbo divino humanado que deja la vida: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu," incline su cabeza y muera como el cordero de sacrificio.

¡Acompañármoste, oh Señora, en tanto dolor! ¿Quién como tú, que excedes á todos los mártires, que eres más que mártir, que tanto te asemejas á tu Hijo el Redentor divino? Bienaventurada te dirán desde hoy todas las generaciones. El mérito que te hizo acreedora á concebir en tus entrañas á este Dios hombre tan admirable é infinitamente bueno, se consuma hoy; los dolores del parto con que la mujer necesita dar á luz un fruto de vida, no los hubiste en Belem, y los tienes acerbísimos ante la cruz; mas, aquellos son el precio de iniquidad, y los tuyos la dádiva de tu inmensa caridad.

Aquella singular Providencia que te hizo inmaculada desde el primer instante de tu concepción, que te dió á José como esposo digno solo de tí, hoy te depara un amigo dignísimo en tu infortunio y desolación, que vaya al Presidente que ordenó el suplicio, y con denuedo que arrostre toda dificultad, denuedo que el Dios de Moisés da oportunamente al corazón de los justos, le dirá: "Dáme el cuerpo de ese Nazareno, que es el Hijo de Dios, para darle digna sepultura, porque la Madre muere de dolor. Esa Madre es santa é inocente, el caso es grave y urgente y el Crucificado era su único hijo; no es conforme á razón que, junto con el hijo, muera la inocente Madre, y algún consuelo será para Ella dar sepultura á su hijo. Concede, pues, á esa Madre afligidísima, que le sepulte." (San Anselmo, Apud Alápide.)

El consuelo le tendrá la dulce Madre. ¡Dichoso ese justo José, que prestó semejante servicio á Mujer tan agradecida, haciéndose acreedor á esos agradecimientos íntimos de familia por grandes favores en honra de un deudo difunto: el deudo era el Hijo de Dios, la favorecida la Madre de Dios; el favor era libertar á ese deudo del vilipendio é infamia á que eran dados los restos mortales de los crucificados. Concédanos el Señor merecer algo semejante, ya que no igual, en la defensa de su santa causa.

La desolada Virgen no tendrá empero en sus brazos al amado de su alma, sin que antes reciba en ella aquella mortal herida á la que principalmente aludía Simeón cuando dijo á la Madre del niño Jesús, recién nacido de cuarenta días: "una espada (por causa de ese tu Hijo) traspasará tu alma." Ella apura aun ese dolor; el Eterno Padre quedará altísimamente complacido de la fortaleza de esa su Paloma, su Escogida, su Perfecta, su Única; de esa Hija de Abraham, que así ha robado su corazón; y al fin la Madre podrá tener entre sus brazos y estrechar contra su pecho, á ese "manojito de mirra" que al cabo soltará para que le dejen dormir en paz su sueño de tres días. Ella morirá de desolación, pero con fidelísima obediencia, con fe firmísima, con esperanza incontrastable, irá luego al Cenáculo á continuar y concluir la estupenda obra de su Hijo y de su Esposo, de su Señor y su Dios, resucitado como está seguro de verle, de ahí á poco, según su palabra, palabra tan santa, que antes perecerían el cielo y la tierra que ella dejara de cumplirse.

Reina y Señora nuestra, dolorosa María, desolada Princesa, Mujer incomparable, Primogénita de todo lo

criado, no nos olvides; aun cuando fuéremos los últimos en tu casa, nómbranos por domésticos tuyos, cuéntanos por criados fieles de tu familia, ya que no merecemos ser tus hijos; pero jamás nos niegues, porque si nos negases, nos negaría tu Hijo; perdidos quedaríamos en su presencia si el Refugio de los pecadores no lo fuese ya de éstos que te invocamos. ¡Dolorosa Madre, ruega por nosotros para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo!



CAPÍTULO XXV

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

DÍA es este, este es el día que el Señor ha hecho: alegrémonos y regocijémonos en él."... "Alabad al Señor porque es infinitamente bueno, porque es eterna su misericordia."

"Ofrezcan los cristianos sacrificios de alabanza en honor de la Víctima pascual. El Cordero de Dios ha redimido á sus ovejas. Cristo inocente ha reconciliado con su Padre á los pecadores. La muerte y la vida han luchado en combate admirable en extremo. El Rey de la vida que ha sido muerto, reina vivo. . . . Cristo nuestra esperanza ha resucitado. . . . Sabemos que Cristo verdaderamente ha resucitado de entre los muertos. ¡Oh Rey vencedor compadécete de nosotros! Amén. Alleluya."

Estas son las expresiones de júbilo, de santa alegría de la Iglesia, en el oficio de la Misa de Resurrección, para celebrar este gloriosísimo portento con que Jesucristo pone el colmo á los portentos de su grande obra: resucitarse á sí mismo al tercero día de haber sido muer-

criado, no nos olvides; aun cuando fuéremos los últimos en tu casa, nómbranos por domésticos tuyos, cuéntanos por criados fieles de tu familia, ya que no merecemos ser tus hijos; pero jamás nos niegues, porque si nos negases, nos negaría tu Hijo; perdidos quedaríamos en su presencia si el Refugio de los pecadores no lo fuese ya de éstos que te invocamos. ¡Dolorosa Madre, ruega por nosotros para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo!



CAPÍTULO XXV

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

DÍA es este, este es el día que el Señor ha hecho: alegrémonos y regocijémonos en él."... "Alabad al Señor porque es infinitamente bueno, porque es eterna su misericordia."

"Ofrezcan los cristianos sacrificios de alabanza en honor de la Víctima pascual. El Cordero de Dios ha redimido á sus ovejas. Cristo inocente ha reconciliado con su Padre á los pecadores. La muerte y la vida han luchado en combate admirable en extremo. El Rey de la vida que ha sido muerto, reina vivo.... Cristo nuestra esperanza ha resucitado.... Sabemos que Cristo verdaderamente ha resucitado de entre los muertos. ¡Oh Rey vencedor compadécete de nosotros! Amén. Alleluya."

Estas son las expresiones de júbilo, de santa alegría de la Iglesia, en el oficio de la Misa de Resurrección, para celebrar este gloriosísimo portento con que Jesucristo pone el colmo á los portentos de su grande obra: resucitarse á sí mismo al tercero día de haber sido muer-

to ignominiosamente en la cruz; y resucitarse, custodiado como estaba su cuerpo por los soldados del Presidente de la Judea. Ese portento de sabiduría de la Resurrección, en contraste con ese otro de ceguedad estúpida de los fariseos, dan el más apetecido realce á la gloria del Crucificado, que al fin sale de su sepulcro como lo predijo y á ello retó á esos mismos fariseos, reto que torpísimamente han ellos aceptado.

¡Aquellas lágrimas, aquellas angustias, aquel dolor acerbo, aquella lástima no comparable con otra alguna; aquella desolación por la pérdida de un bien tan superior á todos los cariños, como es el Hijo de David, Cristo sin duda Hijo de Dios vivo, atropellado, estrujado, hollado, azotado, escarnecido, crucificado y muerto; ese dolor, decimos, esa desolación, han pasado ya! La esperanza ha surgido, como de la obscuridad el alba, y derrepente la luz espléndida de un sol inesperado, inunda de gozo los corazones fieles.

¡Gloria á tí, Maestro bueno, dirémoste como la Magdalena, oh Jesús nuestro! Si no alcanzamos á abarcar ni este gozo, ni menos aquel con que regalaste el corazón de nuestra Reina Santísima, queremos siquiera los que tantos pecados hemos cometido, saludarte en tu triunfo, que es también nuestro, con aquella confianza que te dignaste, oh Jesús, inspirarnos el día de gozo de tu resurrección.

Cuando tu evangelista Marcos refiere tu aparición á la Magdalena, cuidas de que recuerde en esa oportunidad, que esa tu Amada estuvo en otro tiempo poseída de siete demonios; y si mandas anunciarte resucitado á tus apóstoles, cuidas de llamarles "mis hermanos," haciendo especial mención del pecador Pedro, como

para asegurarle que ya no tema tu enojo, que con gusto le perdonas.

En la santa y gloriosa Resurrección de Jesucristo, no sabemos á cuál de sus gozos entregaremos más la mente; si el de contemplar esa luz con que tanto nos ilustra y nos convence de la divinidad del Resucitado; si el de recrearnos en esa confianza que nuestro buen Redentor y Maestro nos dispensa para volver, sin miedo, del pecado á la gracia; si el de enardecernos en ese amor de nuestro bien, triunfante ya del dolor y la muerte sufridos por nuestra salvación. Todo lo haremos si nos ilustras, nos alientas y nos enfervorizas, tú, Maestro bueno, que eres el dador de todos los dones, y si esto lo pedimos, como lo haremos siempre bajo el amparo de aquella Nuestra Madre á quien para eso saludaremos, no ya cual Mara sino como á Noemí, no ya como Amargada sino como gloriosa: "Reina del cielo, alégrate, alleluya!"

No puede darse más admirable disposición de los sucesos de esa gloriosa Resurrección: "¡Este día," hechura de la ciencia y de la gloria del Señor, es el de nuestro gozo y regocijo! Día consignado en profecías grandiosas como todo culminante suceso de la historia del Verbo hecho carne, día conquistado para siempre y consignado como trofeo con nuevo nombre, con el de dominicus ó domingo (día del Señor) en vez de día primero de la semana como le llamaban los hebreos ó día del sol como le llamaban las naciones.

"No dejarás, Señor, que tu Ungido padezca corrupción," cantaba David en sus salmos. (5-X) "No dejarás abandonada mi alma en el sepulcro." "Hicísteme conocer las sendas de la vida." "Me colmarás de gozo

con la vista de tu divino Rostro." Esta profecía admirable, que resonó en el templo de Jerusalem durante los diez siglos que precedieron al gran día, inspira á Pedro esa valiente predicación con que á los convertidos de la Pentecostés convéncelos de tan gran verdad, porque si el Espíritu Santo ha tomado posesión de los fieles de Cristo con tantos prodigios, es porque el Nazareno ha resucitado como lo cantaba David; "porque ni ha quedado presa del sepulcro, ni su carne ha padecido corrupción."

"Su sepulcro será glorioso:" dirá solemnemente Isaías, anticipándose siete siglos al suceso. David vió la corrupción propia, la experimentó en su persona; no es, pues, de sí mismo de quien él cantaba sus grandiosos anuncios, hacía notar el convertido Saulo y recordaba aun otras predicciones del Rey Profeta: "Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy;" palabras que hacen contraste á estas de la pasión y muerte de Jesús que les preceden. (Salmo II.) "¿Por qué han bramado las naciones? ¿por qué maquinan los pueblos vanos proyectos? Hánse coligado contra el Señor y contra su Cristo."

Jonás será también profecía ocho siglos antes, saliendo vivo al tercero día del seno del gran pez que le tragó; y esta profecía la pondrá á su orden, en vigor, en solemne aplicación nuestro Nazareno, al retar á sus enemigos antes de su pasión en la misma Jerusalem: "Destruid este templo, yo le reedificaré en tres días." (el templo de su cuerpo.) "Esta generación quiere un gran milagro; no se le dará otro que el de Jonás; así como éste permaneció tres días en el vientre del cetáceo, así el Hijo del hombre en el sepulcro."

¿Se quiere mayor solemnidad, mayor explicitud, en el reto de la Resurrección? ¡Esto es admirable! Esto es hechura de sólo Dios!

Recordemos, por tanto, el himno de gozo de los ángeles de Belem; aquel fué un nacimiento tierno y amoroso, nacimiento del seno de una madre virgen antes del parto, en el parto y después del parto; este es otro nacimiento del seno de un sepulcro sellado, sepulcro nuevo y del que son ángeles los que remueven la piedra que el Hijo de Dios ha dejado intacta al resucitar. "Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy," dirá el Padre Celestial á su Unigénito, no menos al introducirle en el mundo, ya resucitado cerca del Calvario, que nacido párvulo cerca de Belem. Angeles serán siempre los que le hagan cortejo en su introducción al grande espectáculo. Cántenle, pues, los ángeles hoy como entonces: "¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!" O con palabras semejantes: "No queráis temer . . . ha resucitado como lo dijo."

Si la esperanza nos alienta en Belem que ve ya realizado ese anuncio tan tierno de un justo llovido como suave rocío del cielo, de un Salvador germinado de la tierra como humilde lirio, de un maná descendido del cielo, no menos alienta nuestros corazones al ver cumplido ese anuncio de la noche de la Cena, de "la mujer que ve su dolor convertido en gozo, nacido ya un hijo entre angustias y dolores de muerte."

Y si en los vagidos del Niño de Belem la esperanza nos persuadió de que Dios nos ama; en las insinuaciones de fraternal cariño, de Maestro, de Padre que torna á ver á su pródigo, de hermano que como José hijo

de Jacob, dá á sus hermanos gozosos régias muestras de perdón, vemos no menos, que la confianza, más que nunca nos convida en medio de las glorias de Cristo resucitado.

Esa consoladora palabra dirigida á la Magdalena "¡María!" que la hace prorumpir en un grito de confiado gozo: "¡Maestro mío!" cuanta confianza debe inspirarnos por pecadores y sujetos á siete demonios que hayamos sido antes de convertirnos á Jesús. Y no menos esas otras dirigidas á la misma Magdalena: "ve y dí á mis hermanos y á Pedro (á Pedro el pecador, el que me había negado), ve y diles que he resucitado."

"Yo soy la Resurrección y la vida," había dicho el Nazareno á la hermana de María, para resucitar á su hermano Lázaro; el gran día de la Resurrección se cumple esa palabra con magnificencia. Y esa palabra de gloria, el día de hoy lo es también de amor.

Jesucristo resucitado, triunfante y glorioso, nos ama con tanta ternura como nos amaba cuando en su vida mortal nos proponía la parábola del Hijo pródigo resucitado de la muerte del alma, ó lloraba ante el dolor de las hermanas del difunto Lázaro. Por eso en los días de la Resurrección, nuestro buen Jesús es tierno con la Magdalena, afectuoso con Pedro y sus apóstoles, complaciente con Tomás, tiernísimo aun más con su triple interrogación de cariño á Pedro, y notémoslo como es provechosísimo, la siempre amable Eucaristía es de nuevo en vez segunda dada por Jesús bajo la especie de pan á los dos discípulos, en Emaus, como lo entienden los sagrados expositores.⁽¹⁾

Resucitado el Nazareno, no sólo para su gloria sino

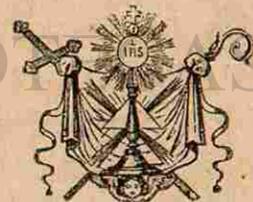
(1) Vide, Alápide, in Lucam.

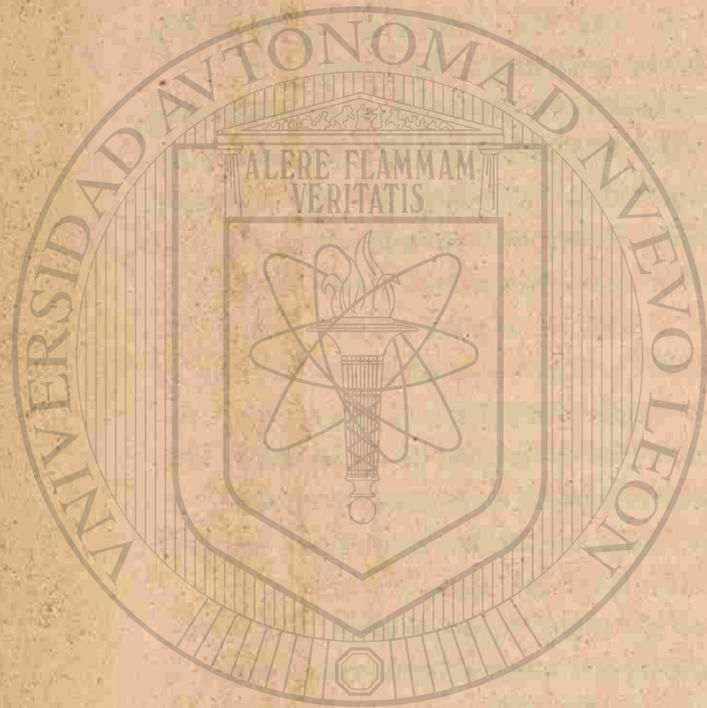
para nuestro bien, su resurrección es obra no sólo de gloria sino de amor; si resucita es para darnos vida y por eso es tan verdadera y profunda esa su palabra: "Yo soy resurrección y vida," ó "la resurrección y la vida." Hemos de resucitar, hemos de resucitar á la gloria, como hemos resucitado á la gracia.

Y también notemos cuanta esperanza y amor hay en esto: del *dolor* del pecado, de esa *pasión* sufrida, hemos sido sepultados en el sepulcro del bautismo y de la confesión, bautismo segundo, para resucitar gozosos á la vida de la Eucaristía y, con este pan de inmortalidad, á la vida eterna del premio. San Pablo en su intencionado y conciso lenguaje nos lo tiene ya observado: "sepultados con Cristo, resucitados con Cristo, sea nuestro convite de azimos de sinceridad y verdad, que es como enumerar esos nuestros grandes sacramentos: bautismo, confesión, contrición, justificación, renacimiento de gracia, santa Eucaristía."⁽¹⁾

Todo esto nos persuade á que creamos, que confieemos y amemos mucho á nuestro Nazareno resucitado, sabiduría, luz, salvación, vida, resurrección y gloria eterna nuestra.

(1) Colenses, I, Corint. 5.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXVI.

María Santísima ante la Resurrección de
Nuestro Señor Jesucristo.

REINA del cielo, alégrate, ¡alleluya! Porque Aquél que mereciste llevar en tu seno, ¡alleluya! ha resucitado como lo dijo, ¡alleluya!”

“Oh Dios, que por la resurrección de tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo, te dignaste comunicar la alegría al mundo, suplicámoste que por su Madre la Virgen María, participemos de los gozos de la vida eterna.”

Estos son los sentimientos y las insignes alabanzas de la Iglesia Católica para con la Santísima Virgen, el día de la gran fiesta de la Resurrección del Hijo divino de la gran Reina, “y la Iglesia en el fervor de su alegría, dice un sabio y piadoso escritor de este siglo,⁽¹⁾ busca un corazón donde hacerla desatarse y en que alcance su más divina expresión. ¿Y cuál puede ser este corazón, sino el que acaba de excitar tan profundamente la compasión nuestra, y que, por su unión incomparable con el de Jesucristo, debe ser en todo el modelo y el suplemento del nuestro? Reina del cielo, alégrate.

(1) Aug. Nic. La Virgen María, part. III.

Este canto de felicitación á la Reina, surge de todas las bocas como Cristo del sepulcro; ocupando así María en esta solemnidad, como en todas las demás, el primer lugar, después de la gloriosa humanidad de su divino Hijo en el culto de la Iglesia."

¡Sí; tanto como se le dió de dolor, dásele hoy de gozo, de regocijo, de júbilo á la excelsa Madre; inmenso ha sido su dolor, como un mar de amargura; inmenso tiene de ser y es hoy su júbilo como un mar de delicias. Más aún: En el dolor es nuestra dulce Madre, la imitación, la aplicación, el fruto, el aprovechamiento más acabado de la obra prodigiosa del Redentor; en el gozo la sin par María tiene de ser y es la imitación, la aplicación, el fruto, el aprovechamiento más acabado de la obra prodigiosa del Triunfador y Glorificador. Aún más: nuestra dulce Madre es el modelo más accesible á nuestra imitación para buscar esos goces de arriba, para gustar esas delicias del cielo á que nos convida la resurrección del Verbo humanado, por boca del apóstol: "quæ sursum sunt quærite, quæ sursum sunt sapite; non quæ super terram, si consurrexistis cum Christo. (Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que está en lo alto, gustad lo que está arriba, no lo de la tierra.)"

Los protestantes han empeñado en desconocer esta grandeza suprema de nuestra Madre y Madre de Dios, en el gran ministerio que como á Madre de Dios y Madre nuestra le corresponde en la resurrección de su Hijo. Quieren leer en la letra del Evangelio eso que debían leer en su espíritu. ¿María no desempeñó en la resurrección de su Jesús ni aun el ministerio de Tomás, del incrédulo Tomás?

Lejos de nosotros semejante absurdo: Excelente como fué el ministerio de Ella en el Calvario, lo es en la Resurrección, más que el de Juan, más que el de Magdalena. Si á esta dichosísima pecadora ha cabídole en suerte oír en esa mañana, ya salido el sol, esa palabra "¡María!" que la hace exclamar "¡Maestro mío!" ¿no está puesto en la gran razón de obrar del Verbo, aparecerse á su "Única" en el momento mismo de su resurrección y decirle en su gozo esa palabra que en su dolor y por no afligirla se abstuvo de decirle:

"¡Madre!"

¿Y á esta palabra no es debido y convenientísimo que Ella respondiese:

"¡Hijo mío!"

Eso es de buen sentido forzoso. En la letra de la Biblia no está lo que el buen sentido hallará luego en su espíritu.

La aparición de Jesucristo á su excelsa Madre antes que á las santas mujeres y á los apóstoles, es de calidad única tan excelente, como correspondía á la Reina del dolor, á la Reina de la fe, á la Reina, á la Madre de la santa esperanza, á la Reina de la más perfecta y ordenada caridad que abrigarse pudieron en corazón criado, después del corazón de Jesucristo.

¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron! se dirá á Tomás tan tardo en creer. ¿De aquí inferiremos que á título del mucho mérito en creer de nuestra excelsa Reina, se le negó el gozo de ver al Resucitado con la más excelente y la más temprana de sus apariciones? Absurdo fuera esto, porque también podemos decir: bienaventurados los que no hubieron necesidad de ver para creer y que por eso merecieron ver y vieron, antes que los tardos en creer.

Nuestro sabio y piadoso apologista Augusto Nicolás, parece como que incurrió por exceso de piedad en ese desvío del buen sentido, á juzgar por lo que de él entiendo otro también piadoso escritor.⁽¹⁾ Deploramos que sea así, cuando pudo aquél haberse limitado á afirmar, que la aparición de nuestro Jesús resucitado á su excelsa Madre, fué de un género y calidad suprema, pero real y formal, como convenía á esa dolorosísima Virgen, á esa Mujer fuerte como ninguna, pero también tierna como ninguna y digna como ninguna de un consuelo, de un gozo supremo que la curase de la pena que la tenía traspasada, "porque estaba ya en grande necesidad que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo,"⁽²⁾ como afirma Santa Teresa haberle revelado el divino Hijo de la gran Señora.

La tradición santa de la Iglesia primero que todo, el buen sentido teológico, diremos así, y las revelaciones hechas por el Dador de perfectos dones á las almas santas sus escogidas, concuerdan admirablemente en afirmar, que Jesucristo resucitado se apareció y se apareció primero que á ninguno á su excelsa Madre. Nuestro comentador Alápide resume cuanto puede decirse á este respecto: "Primero se apareció á su Madre, Virgen Madre de Dios, como enseñan San Ambrosio, San Anselmo, Ruperto y San Buenaventura. Y es este el común sentir de los Doctores y de los fieles, que se persuade por razón del dolor precedente de la pasión y muerte de su Unigénito; y también por los méritos y la dignidad de tan gran Madre; y así mismo por el

(1) D. V. de la Fuente, Vida de la Virgen María.

(2) Santa Teresa Vida de. Apéndice de Fr. L. de León. núm. 9.

amor y la piedad de tan grande Hijo para con tal Madre." (Coment. in Mattheum V, 10 letra H.)

Las felicitaciones á nuestra Consolada Reina, por la resurrección de su Hijo aparecido á Ella primero que á todos, se ha complacido el cielo en reproducirlas de muchas y solemnes maneras. Nos es grato ceder la palabra en este pasaje al piadoso y sabio apologista citado: "Por lo demás, dice, si creemos una tradición que tiene á su favor el testimonio de uno de los más ilustres historiadores de Italia, Sigonio,⁽¹⁾ la Iglesia celeste trajo á la Iglesia de la tierra la antífona "Regina cœli," por boca de un ángel que, desde lo alto de los aires, la cantó el día de Pascua en una procesión en que San Gregorio Magno, con todo su pueblo, acababa de obtener que cesara una peste por la intención de María. Sin violentar la significación de este prodigio, ¿no será permitido reconocer en aquel ángel, atendida la semejanza de las palabras "Resurrexit sicut dixit," al ángel de la resurrección, al ángel mismo que descendió del cielo, volcó la losa del sepulcro, y, sentándose encima, fué en la tierra el primer testigo de esta resurrección con la cual María es eternamente venturosa en el cielo? Así, la celebración del gozo de María en la festividad de la Resurrección, tendría su origen litúrgico en la celestial intervención del mismo ángel, que es, en el Evangelio, el oráculo de aquel gran misterio para con las mujeres afligidas que no creían en él."

Es decir, que así como el ángel de la Encarnación se congratulaba en otros días con la Reina que de ahí á un instante concebiría en su seno dichoso al Verbo de Dios.

(1) De regno Italiæ, 1.

así en el momento de la resurrección de Cristo ya aparecido ó por aparecerse á la que en otro tiempo le dió el sér humano, la diría: "Alégrate, Reina del cielo, porque Aquél que mereciste llevar en tu seno ha resucitado como lo dijo."

Gloria soberana es para nuestra Madre y Reina esa correspondencia que, según San Pablo y los sabios comentadores,⁽¹⁾ "existe entre el *seno virginal* donde el Hijo de Dios tomó la vida humana, y el *sepulcro nuevo*, en que la recobró, mediante aquella misma virtud del Altísimo que lo engendra de toda eternidad, le hizo nacer en el tiempo y le resucitó en la gloria; triple operación á la cual aplica San Pablo igualmente estas proféticas palabras: *Ego hodie genui te*. Correspondencia que redundaba enteramente en honor de María, porque si la gloria de la resurrección del Hijo de Dios ilumina perpétuamente la piedra insensible de su sepulcro, en cumplimiento de la profecía: *Su sepulcro será glorioso*; cuánto no iluminará á María que cooperó á ella tan heroicamente!"

Es gloria, y con mayoría de razón para la Madre de Dios, lo que del Santo Sepulcro canta la Iglesia:

"Canta regocijada, oh alma mía, los portentos del sepulcro glorioso, de donde salió Cristo como del vientre de su casta Madre, según lo prometiera el fiel oráculo de los Profetas.

"Descansó primero en las entrañas inmaculadas de la Virgen Madre; después en un sepulcro nuevo cavado en roca; de este y de aquellas salió glorioso, ya hombre, ya niño.

"Tardó á la universal esperanza, le dá á la luz la

(1) Augusto Nicolás. Ibidem infra.

Virgen en cuerpo mortal; restitúyete inmortal el sepulcro, anticipándose á la esperanza de todos; aquella le envuelve en pañales, este en un sudario."

Detengámonos, pues, á contemplar ese gozo inefable de la Madre Santísima del Cristo resucitado.

"¡Madre!" le diría el Hijo en la efusión de todo un triunfador que viene de vencer en el mayor de los combates que se viera ni se verá, y entre esplendores de una luz toda amor, alegría y santidad.

"¡Hijo mío!" contestaría la Señora: "alabemos al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia!"

Ante la grandeza, la gloria y la santidad de esa alegría, no nos queda sino contestar como los israelitas por favores grandiosos pero menores que este.

"Alabemos al Señor, porque es bueno; porque durará por todos los siglos esa su misericordia."

La grandeza del gozo de la Reina excelsa, no nos es dado abarcarla; pero en cambio podemos sustituir al gozo el provecho: "Reina del cielo, alégrete. Tu Hijo ha resucitado como lo dijo." "Ruega por nosotros á Dios, oh Señora." Ruega por nosotros, para que resucitemos del pecado y entendamos mejor y amemos más las cosas del cielo. Ruega por nosotros para que nuestro amor, que sabe compadecerse de la Pasión del Nazareno, sepa y guste el mérito mayor de interesarse en la gloria del Resucitado, porque á entender y á gustar de ese gozo noble, nos indisponen mucho á los pecadores el gusto de los goces terrenos.

Alcánzanos, por eso, oh Reina del dolor y de los goces celestes, mucho amor al padecer y á la mortificación, al ayuno y al duelo, y que nuestro corazón abandone todo gusto de los bienes terrenos.

La incomparable Reina del cielo, con la aparición que su Hijo y Dios le hizo á Ella la primera en el instante de su resurrección, conoció y participó de la obra del Omnipotente con soberana excelencia sobre toda criatura, “y en el mismo instante⁽¹⁾—dice nuestra María de Agreda—que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dió vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicación del gozo que estaba detenido en su alma santísima y como represado en ella aguardando la resurrección de su Hijo santísimo. Y fué tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría, y de dolor en inefable júbilo y descanso” “Celebraremos este día con admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias, de lo que nos mereció y Ella gozó y fué ensalzada.” Tuvo dulcísimos coloquios con el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasión y de su gloria.” “Todo cuanto pudo recibir una pura criatura, todo se lo dió á María purísima abundantemente en esta ocasión, porque, á nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio (dígolo así, porque no me puedo explicar mejor) que había recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado, padeciendo los dolores y tormentos de la pasión que, como arriba he dicho, muchas veces eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador; y en este misterio correspondió el gozo y favor á las penas que la divina Madre había padecido.”

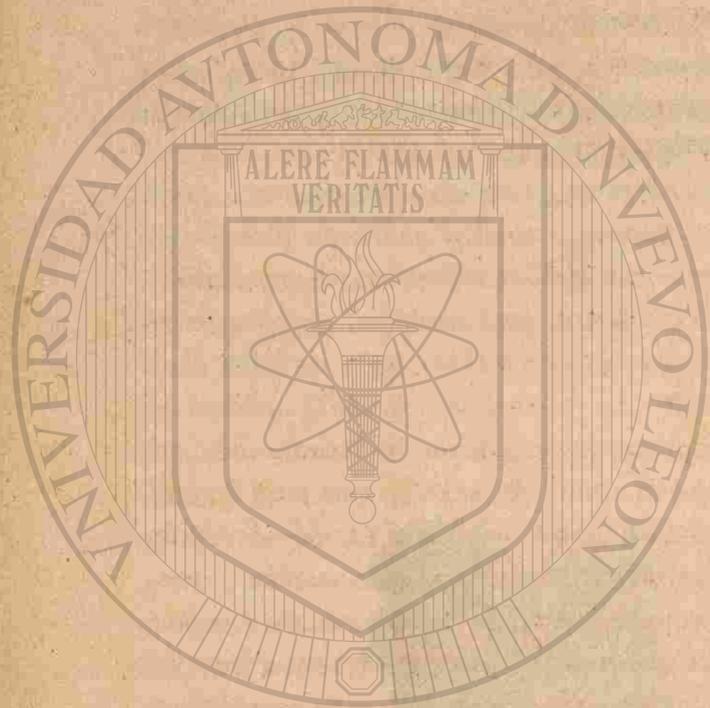
Nada mejor pudiéramos decirte en este día, Señora y abogada nuestra, que lo que la Santa Iglesia toma en tu honor el día de la fiesta de tu Santo Rosario, del

(1) Mística Ciudad, núms. 1469-1471-1472.

libro santo de los Proverbios: “Dichoso el hombre que me escucha y que vela continuamente á las puertas de mi casa. El que me encontrare, encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación.”

Dichoso el que recuerda, ínclita Reina, tus gozos y dolores, tus pruebas y tus triunfos, en la recitación de tu Santísimo Rosario.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXVII.

La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo
á los cielos.

ESTE misterio de la Ascensión del Nazareno á los cielos, á los cuarenta días de su resurrección, á la vista de la ínclita Reina Madre suya, de los once apóstoles, de las santas mujeres, de los setenta y dos discípulos, y de un resto de testigos hasta completar ciento veinte, en ese gran Juéves cuarenta días después de la resurrección, en pleno día, anunciando el próximo envío de su Paráclito, de su Espíritu Santo, frente á frente del lugar de su suplicio, en el monte Olivete; este misterio, decimos, es sobre manera sorprendente; objeto por lo mismo de grandes profecías que sin cesar se recitaron desde mil años antes en esos prodigiosos salmos de David, en los que está consignado tan palpablemente de un extremo á otro la gloriosa carrera del Cristo: *A summo cœlo egressio ejus, et occurus ejus usque ad summum ejus.* (De lo alto del cielo es su salida, y á lo alto del cielo es su retorno.)

Profecías insignes precedieron á ese gran día, señalando siglos antes el inaudito suceso; solemnes profe-

cías le precedieron ya en las vísperas de la pasión de ese Rey de los cielos, cuando no se veía en él más que el escándalo de su humillación. Y á la vez grandes confirmaciones del portento estamos viendo desde la hora misma en que sus espectadores, de vuelta de ese monte de la Ascensión, llenos de alegría, que no de tristeza, muestran en su recogimiento, en su asombro, que aquel Crucificado de aciagos días, en verdad, en verdad, había resucitado; y aun algo más: que acababa de consumir su obra subiendo en majestad á los cielos; y aun todavía más: pronto descendería en su Espíritu Santo, no ya visible en su humanidad sino en obras mayores de las que hizo antes de padecer.

Ese admirable Rey de la resurrección y la vida, iba luego á mostrar su omnipotencia con obras de un género supremo, es á saber: la transformación del corazón de sus apóstoles y discípulos, de tímidos, en esforzados; de desertores, en mártires; de rudos razonadores, en grandilocuentes de todos los idiomas; de piadosos ignorantes, en teólogos de todos los misterios de sublimidad que supera á las concepciones de los mayores sabios; por fin, y sobre todo, de hombres de vulgar justicia, en santos consumados en caridad eminente que dá fruto de todas las virtudes.

“¡Todas las naciones aplaudid con vuestras manos, alzad voces de júbilo á nuestro Dios!”... “Asciende el Señor en medio del regocijo,” cantaba David en su salmo 46. “Has ascendido á la altura llevando por trofeo cautiva á la misma cautividad,” cantaba en su salmo 67..... “Grande es el Señor en Sión, grande y excelso,” cantaba en su salmo 98.

Y nuestro gran Rey, en la víspera misma de su pa-

sión, como quien ve clarísimo y soberanamente más allá de la tumba una resurrección segura y gloriosa y más allá de esa resurrección el final triunfo de su Ascensión, decía: “Es tiempo de que vuelva á Aquél que me ha enviado,” y también decía á sus discípulos esa noche de la última Cena: “No queráis entristeceros;” “si no me fuere no vendrá el Paráclito; mas cuando fuere levantado en alto, os le enviaré.”

Por fin, es admirable la majestad con que en el Cenáculo, cuarenta días después de resucitado, á la hora del medio día, ya próximo á partir, comiendo con sus discípulos, con una multitud de fieles y con su santa Madre, les dá sus últimas instrucciones con la firmeza de esa autoridad del Dios verdadero, Señor de todas las cosas, de todas las voluntades y de todos los tiempos: instrucciones relativas á la conquista de todo el Universo á partir desde Jerusalem, y al dominio de todos los siglos á contar desde esos momentos.

Los santos Padres, los Expositores sagrados y las almas santas favorecidas con la ciencia del Evangelio por divina revelación, concuerdan con notable acierto en la narración de este gran suceso. Es digno de recibir la preferencia, á lo menos sobre nuestros propios conceptos, lo que la autora de la “Mística Ciudad de Dios,” sobre este punto nos ha dejado escrito:

“Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del Eterno Padre, que por la encarnación humana bajó del cielo, había de subir con admirable y propia ascensión para sentarse á la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su substancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto, porque descendió primero hasta lo inferior de

la tierra, como lo dice el Apostol,⁽¹⁾ dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redención humana, estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra, y echado el sello á todos sus misterios con este de su Ascensión, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera á los cielos el mismo Señor,⁽²⁾ que con el Padre le había de enviar á su nueva Iglesia. Para celebrar este día tan festivo y misterioso eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, á quien juntó y habló en el Cenáculo, que eran María Santísima, los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, María Magdalena, Marta y Lázaro, hermano de las dos, las otras Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho de ciento y veinte.

“Con esta pequeña grey salió del Cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos á todos delante por las calles de Jerusalem y á su lado la beatísima Madre. Luego los Apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua á la falda del monte Olivete. La compañía de los ángeles y santos que salieron del limbo y purgatorio seguían al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María Santísima. Estaba ya divulgada por todo Jerusalem y Palestina la resurrección de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los Príncipes de los Sacerdotes procuraba que se asentase el falso testimonio de que los

(1) Ephes. IV, 9.

(2) Joan. XVI, 7.

discípulos le habían hurtado,⁽¹⁾ pero muchos no lo admitieron ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, ó incrédulos ó dudosos, reparasen en aquella santa procesión que salía del Cenáculo, ni los impietiesen en el camino; porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitán y maestro Jesús iba invisible para todos los demás fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesesen subir á los cielos.

“Con esta seguridad que les previno el mismo Señor, caminaron todos hasta subir á lo más alto del monte Olivete; y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de los angeles, otro de los santos, y el tercero de los apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo Nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró á los pies de su Hijo, y le adoró por verdadero Dios y reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Todos los demás fieles que allí estaban á imitación de su gran Reina hicieron lo mismo. Y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel.⁽²⁾ Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su Eterno Padre, y no les convenía saberlo, y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalem, en Samaria y en todo el mundo los misterios de la redención humana.

(1) Matth. XXVIII, 13.

(2) Act. I, 6, 7, 8.

“Despedido su divina Majestad de aquella santa y feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos, y en su propia virtud se comenzó á levantar del suelo, dejando en él las señales ó vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fué encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto.” (1509 á 1512, Mística Ciud.)

Como hemos dicho, los sagrados Expositores concuerdan con esta revelación. Suárez, en su exposición bíblica,⁽¹⁾ se expresa así: “Es verosímil que Cristo, acabada la comida, habiendo antes convocado á sus apóstoles y á los otros discípulos (que computa en número de ciento veinte, San Lucas v. 15 de los Actos), los sacó de Jerusalem por el medio de la ciudad encadenando con su fuerza divina á los judíos estupefactos y atónitos, y condujo á aquellos al monte Olivete, desviándose antes á la vecina Betania, como dice San Lucas en su Evangelio (cap. 24-50) para despedirse de la Magdalena, Marta y Lázaro, y llevarlos también consigo, á fin de hacerlos participantes de la visión y consuelo de su Ascensión, como amigos suyos muy adictos.”

¡Qué magnificencia en el fondo y en las circunstancias todas de este gran suceso! ¡Qué dimensiones tan proporcionadas de las partes, digamos así, de la total obra del Verbo hecho carne: tres grandes partes: descender de los cielos, hacerse obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y levantar glorioso la cabeza resucitando y elevándose luego á los cielos! ¿Quién es el que asciende sino el que descendió? ¿quién asciende á lo su-

(1) Apud Alávide.

mo de los cielos sino el que de lo sumo de ellos descendió? Esto lo han cantado á mañana y tarde diariamente los salmos en la Sinagoga, mil años antes de que sucediese; esto lo canta la Iglesia á mañana y tarde sin cesar hace mil novecientos años después de sucedido. Estas maravillas de infinitas proporciones de inventiva inaudita, no son de hombre, son la obra de sólo Dios.

La víspera de la pasión es en un convite de santidad y caridad, donde Jesús descubre todos los caracteres de su persona divina, instituyendo la Santísima Eucaristía como un legado de todo un Dios hecho hombre: en esa hora, como convenía al que lo ve todo, lo sabe todo, atiende á todo y todo lo puede, habla ya de su resurrección y de su ascensión tanto como de su inminente muerte; es la tarde del gran Jueves de la Santa Semana.

Cuarenta días después, en otro gran Jueves, próximo el medio día, en ese mismo Cenáculo, á la faz de ciento veinte discípulos, con esos mismos apóstoles que en el convite del primer Jueves le acompañaron, se despedirá también con los mismos estupendos é inimitables caracteres de un verdadero Dios, pero no ya con la tristeza del que va á sufrir el suplicio, sino con la majestad y el júbilo del que ha triunfado de la muerte, del que la lleva encadenada y cautiva, del que va á presentarse en el cielo de los cielos para sentar la humanidad redimida, representada por su humanidad redentora, á la misma diestra del Padre, hasta no ver á uno por uno de sus enemigos humillados á sus plantas como tarima de su solio.

En estas glorias de Jesucristo Dios y hombre verdadero, es tanto el esplendor de la verdad, son tantas las

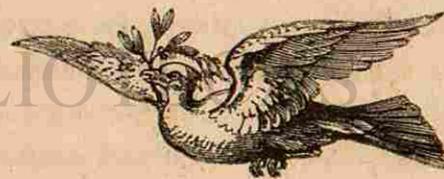
correspondencias, las concordancias, las soberanas armonías, que en vano fuera buscar algo semejante en lo que no sea la Religión cristiana y ésta enseñada por Pedro. Quien esas maravillas contempla con el sabor de la verdad y el hambre de la buena voluntad, es imposible que deje de exclamar con el real Profeta: "Fiel es el testimonio del Señor, él dá su sabiduría á los humildes ó pequeñuelos". . . . "Los juicios del Señor son verdad; en sí mismos están justificados; son más codiciables que la abundancia de oro y piedras preciosas, más dulces que la miel y el panal."

Con esto el misterio de la Ascensión del Señor no puede menos, una vez meditado, y meditado en el Santo Rosario, bajo los auspicios de la Reina Madre del que es la sabiduría y la caridad, que producir en nosotros la fe y el amor á nuestro Dios, á nuestro Cristo. Si imaginamos, como dice nuestro comentador, cuales hayan sido los coloquios suavísimos y últimos de la Madre de Dios con su Hijo, los santos abrazos de despedida de él con ella y con sus discípulos, y todas las otras efusiones de ese santo cariño que por necesidad de ser breve calla el Evangelio, San Agustín representará con ventaja los pensamientos nuestros: "Señor, ¿por qué nos abandonas y asciendes ya, cuando nos has elegido en esta tierra donde ahora nos dejas? Señor, ¿cuándo volveremos á gustar de esas palabras tuyas más sabrosas que la miel y el panal? O síguenos favoreciendo desde allá á donde asciendes, ó no nos dejes ahora que te vas."

Tristeza mucha parece debió ser la de los que así eran dejados de tan gran amigo, hermano y Padre; pero Dios ni despidiéndose así, puede ser causa de tris-

teza; porque el infinito que abarca todo de un extremo á otro, no puede despedirse sino para más aproximarse, ni puede abandonar así á los que ama, sino para usar con ellos de más íntima acogida. Esa despedida del Señor es sólo para los ojos de la carne, es sólo para los afectos terrenales; porque un momento más, y en el corazón de esos amados suyos, se realizará aquella gran palabra que les dirigía en el colmo y efusión de su afecto: "quien me ama será amado de mi Padre y yo le amaré y me le haré manifiesto. Si alguno me ama, mi Padre le amará y vendremos á él y haremos mansión en él." (San Juan, Cap. 14-21-23.) Por eso el gran Papa San León, dice: "que los dichosos apóstoles y discípulos viendo al Señor ascender á los cielos, no sólo no han quedado afligidos de tristeza sino llenos de un gozo grande.

¡Hermosa Ascensión de Jesucristo, enséñanos á amar lo invisible, á gustar de lo que no es carnal y perecedero, persuadiéndonos á tener hambre y sed de justicia y á ser limpios de corazón. Válganos para conseguirlo la intercesión soberana de esa Madre incomparable del que, si ascendió á los cielos glorioso, primero descendió para padecer y morir!





CAPÍTULO XXVIII.

María Santísima en la Ascensión de su divino Hijo.

PARA contemplar y aprovechar el misterio de la Ascensión gloriosa del Verbo humanado á los cielos, nada puede ayudarnos tanto como el entenderla, amarla y glorificarla en esa bienaventurada Madre de ese Rey que asciende á los cielos.

Una vez más lo diremos, y ahora con más especialidad que en los otros misterios: si queremos entender y glorificar mejor á Jesucristo, Verbo de Dios, resucitado y triunfante, volviendo al seno de su Padre, esforcémonos en contemplar á la insigne Madre suya, á la siempre bendita Madre de Dios; en contemplar sus pensamientos y sus afectos en este altísimo misterio, como el modelo perfectísimo al que asemejar nuestros pensamientos y afectos.

Esos cuarenta días que siguen á la Resurrección y que preceden al gran día de la Ascensión, este día solemnísimos, esos otros diez que terminan en la venida del Espíritu Santo, en los que la dichosa Madre no ha cesado de entonar himnos de agradecimiento y alabanza,

preséntanse á nuestra consideración llenos de claridad, de esperanzas y de amor, siempre á la vista, bajo las influencias y los auspicios de nuestra Reina, consolada ya de los rigores del invierno y de la tempestad ya alejados de la pasión de su Hijo, iluminada ya con la luz del sol de primavera y con el aspecto de los campos floridos y el halago de la voz de ternura de las tórtolas.

¡Quién nos diera ver más allá de ese velo que cubre con la palabra santa del Evangelio la gran ciencia, la gran luz, los sobrenaturales afectos de esa época segunda de los cincuenta días que siguen á la resurrección del Verbo humanado! Para que la fe, la esperanza y la caridad perfecta de Dios viniesen á reinar en los corazones de los fieles del Nazareno, era menester que cesasen esas comunicaciones sensibles que en cierta manera lo impedían. Pero lo que en todos los fieles era de esa manera necesario, en la Immaculada no lo era sino de otra. En aquellos lo era para pasar de lo imperfecto á lo perfecto; en la Inmaculada no lo era sino para el tránsito de lo perfectísimo en un género á lo perfectísimo en otro género superior; de un orden de plenitud de gracia á otro orden superior de plenitud de gracia también, á semejanza de lo que de una manera suprema sucedió con los progresos, por decirlo así, en los méritos de la absoluta plenitud de gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

La santa alegría, la efusión de ese consuelo con que se serenaron esos mares de amargura de la Reina de los dolores, y se le dió de gozo cuanto se le había dado de padecimiento, formaron como un anticipado edén para la Reina del cielo en esos días, ya la contemplemos en el Cenáculo, ya en Betania en la casa de Mar-

ta y de la Magdalena, ya en el Templo al cual los apóstoles no dejaban de asistir, como nos lo muestra la historia bíblica de sus hechos. Cristo encarnado, Cristo recién nacido, Cristo recobrado en otro tiempo en medio de los Doctores, y hoy Cristo depositado en un sepulcro nuevo, Cristo resucitado y como nuevamente nacido y recobrado después de una pérdida luctuosísima de tres días, eran un sapientísimo paralelo, digno sólo de la inventiva, digámoslo así, del eterno consejo de Dios, á cuya contemplación la Reina de la sabiduría se entregaba gozosa, como sin duda tenemos razón en discutirlo.

¡Qué gozo en aquellos otros días de los primeros favores de la soberana dignación del Padre celestial! Mas á aquel gozo no había precedido ni el dolor, ni el mérito tan grande como al gozo de ahora. En el gozo de aquellos días había una tristeza, una tempestad de luto en perspectiva; en el gozo de ahora no hay ya esos temores y sólo sí la perspectiva de días aun más felices, cuando la Reina sea llamada de este mundo á sentarse á la diestra de su Hijo en el trono de su gloria.

En estos grados, en estas ascensiones de los afectos del corazón nuestro y del de nuestra Reina, de lo santo á lo más santo, está el por qué de esas enseñanzas y exhortaciones de ternura del divino Maestro á sus apóstoles, en la noche de la última cena: "No se turbe vuestro corazón; aunque me fuere, voy á prepararos lugar y he de volver á vosotros. No os dejaré huérfanos; he de volver á vosotros. . . . mi paz os dejo, mi paz os doy. . . . no se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. . . . si me amáseis os gozaríais de que vuelva á mi Padre." En tales enseñanzas, decimos, entendidas y

aprovechadas perfectísimamente por nuestra Reina, aun cuando dictadas á imperfectos y aun pecadores como lo fueron los apóstoles y primeros discípulos del divino Maestro, y más lo somos nosotros, en esas enseñanzas, tomemos por maestro y modelo á la Madre de la misericordia.

Contemplemos á ese gran modelo de los que creen y de los que aman; contemplemos á la inmaculada Reina, meditando en su corazón las magnificencias de la santísima Eucaristía, vida oculta pero real y verdadera, vida silenciosa pero afectuosísima de Jesucristo en la tierra, vida perpétua hasta la consumación de los siglos, en que la santa casa de Dios en la tierra, la santa familia de Dios, su Santa Iglesia, guardan, alaban, adoran, agradecen y glorifican, se alientan y se vivifican con ese pan del cielo que dá la vida al mundo. Nuestra excelsa Reina, compara los días aquellos de su casa de Nazareth, en que ese mismo pan de vida figuró en su hogar, con lo que después de su resurrección sería el reinado de Jesucristo en la santa Eucaristía. ¿Qué haríamos los hombres, mientras llega el día de la eternidad, si no tuviésemos acá en la tierra algo divino y á la vez adaptable á nuestros sentidos, que no pueden amar sin ver con los ojos carnales? ¿Qué haríamos sin esa invención divina de la Eucaristía, que tanto exaltaba el corazón agradecido de Isaías y de Zacarías? (Notas fácite in populis ad inventiones ejus.) “Divulgaad esto por toda la tierra. Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador. Dad gracias al Señor é invocad su nombre: anunciad á las gentes sus designios.” (Isaías.) “Mas, ¿cuál será el bien venido de él, y lo hermoso que de él nos vendrá; sino el trigo de los escogidos, y el

vino que engendra virgenes dando la castidad?” (Zacarías.)

La gran Reina contemplaba todo esto, lo entendía su gran ciencia, lo agradecía su corazón afectuosísimo y lo colmaba con sus himnos humiladísimos y sublimes de alabanza: “se ocultará de nosotros, volverá á su Padre, pero con nosotros quedará; todo sabrá hacerlo maravillosamente, todo lo podrá eficazísimamente, el que es Misericordioso y Poderoso,” diría la excelsa Señora, y entonaría de nuevo á la luz de más portentosa inteligencia, al calor de más profundo amor, anonadada en su nunca desmentida humildad y transportada y sublimada en su siempre sostenida piedad: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad suya . . . no cesarán de llamarme bienaventurada todas las generaciones.”

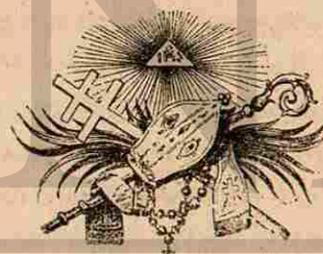
En estos sentimientos, en estas miras de nuestra amada Reina, entremos sus fieles hijos para ilustrar nuestra ignorancia y sanar de nuestros pecados. Gocémosnos como Ella en que el nombre de Dios sea santificado, en que Jesucristo haya resucitado glorioso y ascendido triunfante á los cielos, desapareciendo á nuestros sentidos, región inferior para el mérito y el amor, á fin de aparecer en las regiones invisibles, donde nace á la vida de la gracia el hombre espiritual por la fe y el amor que en él difunde el Espíritu Santo.

Oigamos el himno de júbilo, el cántico nuevo de nuestra Reina con que celebra los triunfos de su divino Hijo en el día de su ascensión á los cielos: “Alaben á mi Dios é Hijo mío todas las naciones, alábenle todos los pueblos; porque en nosotros se ha confirmado su misericordia, y la verdad del Señor permanece para

siempre." "Mi alma glorifica al Señor; en el Dios mi Hijo resucitado y que asciende á su trono de gloria, mi espíritu se regocija." "El se ha dignado poner sus ojos en la bajeza de su Esclava," y "de lo excelso de los cielos ha descendido y á lo excelso de los cielos vuelve, después que por el Espíritu Santo ha hecho que le conciban mis entrañas, que el Verbo hecho carne haya habitado entre nosotros y padecido, haya sido muerto y sepultado, y que haya comenzado su gloria en el gran día en que venció á la muerte." "El Señor asciende en medio del júbilo, llevando cautiva á la cautividad misma, nos enviará á su Espíritu Santo y se unirá para siempre con sus escogidos, comenzando luego, muy luego, á fructificar los dones que el Espíritu Santo nos traerá." "Alábente, oh Dios, los pueblos; publiquen todos, todos los pueblos, tus alabanzas; ha dado la tierra su fruto." "Bienaventurada llamarán á esta Esclava del Señor todas las generaciones."

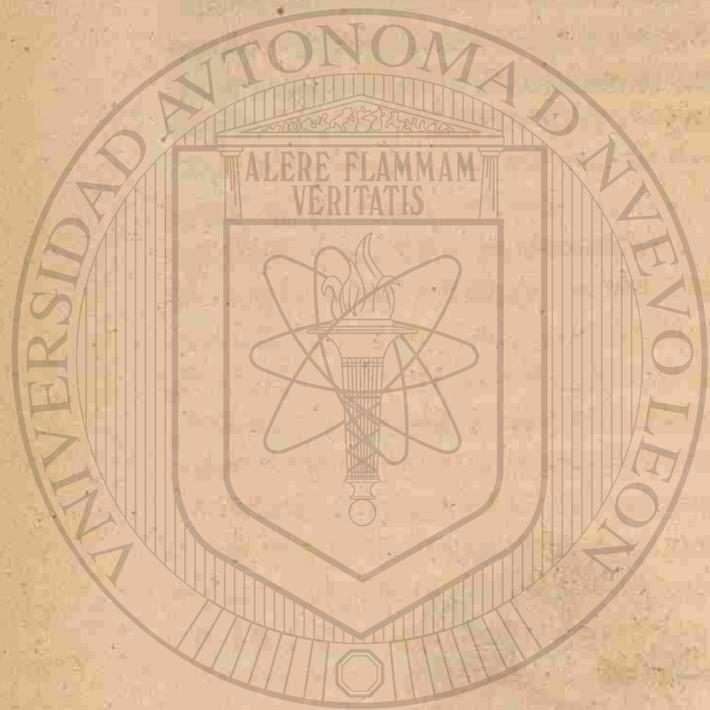
Sí; Madre nuestra, Reina y Señora, ahora diremos al contrario de lo que á la Samaritana decían sus conciudadanos: Si por tí hemos creído y amado á ese Nazareno, humanado Verbo de Dios, Hijo tuyo; si por tí le hemos saludado é interesádonos en su alabanza y gloria por su resurrección y ascensión, hoy, que á tu vista contemplamos lo que has de haber creído, amado, y dádole de gloria á ese tu Hijo, le alabamos más, le bendecimos más, le adoramos más y más le glorificamos por tanta gloria suya que también es tuya. Tú eres la Madre de nuestra dichosa fe, de nuestro hermoso amor, de nuestro santo temor y santa esperanza; por tí, amen todos á ese tu Hijo, que de tu palabra, que de tu *fiat* hizo nacer esa luz para la revelación de las naciones,

para la santificación de los justos y la salud de todos. Tu Hijo va á sentarse á la diestra de su Padre; asistirás también á la diestra de tu Hijo para ser constituida nuestra Reina. Bajo tu amparo nos acogemos. Ruega por nosotros Santa Madre de Dios, ahora y en la hora de nuestra muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXIX.

La venida
del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

GLORIA al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!
“El Espíritu del Señor ha llenado el mundo universo Alleluya. Levántese Dios y sean disipados sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen.”

“Oh Dios que has iluminado con la luz del Espíritu Santo los corazones de los fieles, concédenos el sentir rectamente en ese mismo Espíritu y el gozar siempre de sus consuelos. Por Jesucristo Nuestro Señor.”

“¡Cuán bueno y suave es, oh Señor, tu Espíritu en nosotros!”

Este es canto y oración de la Santa Iglesia en la gran fiesta de la Pentecostés ó cuando invoca en especial misa al Espíritu Santo. ®

Este misterio, objeto de la fe y del amor para incipientes y para perfectos, es, como todos los del símbolo católico, admirable. La economía de su manifestación, de su preparación, revelación y dispensación, toda es sabiduría, bondad, misericordia y caridad eterna.

“Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito,” dice el Evangelio. También podemos decir: “Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su Espíritu Santo.” “Tanto amaron al mundo el Padre y el Unigénito, que le dieron á su Espíritu Santo.”

El Padre nos crió, el Hijo Verbo de Dios nos redime, el Espíritu Santo nos santifica y glorifica. Las tres altísimas personas verdaderas y distintas, son una sola y misma divinidad, una misma esencia divina. En Jesucristo, mediador de ellas, Verbo hecho hombre, la Divinidad se ha hecho en cierta manera visible por la operación teándrica de su humanidad en beneficio de los mortales, que no entramos todavía por la muerte en el gozo del cielo. Pero si en las tres divinas personas hay distinción, no hay separación; y, así mismo, si en las obras suyas hay distinción no hay tampoco separación.

A semejanza de esta distinción y unidad, Dios quiere la cooperación nuestra en la adquisición de la salvación y recompensa. “Quien te crió sin tí no te salvará sin tí, decía San Agustín. Cooperación no sólo de fe, sino de obras; no sólo de fe para con el Legislador y Juez, para con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para con el bautismo, la remisión de los pecados y la vida eterna; no sólo de fe sino también de obras; porque, dice Jesucristo (Joann. 14-16): “si me amáis guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y él os dará otro Consolador para que permanezca con vosotros por siempre.”

Y á la vez que quiere Dios de nosotros esa doble cooperación, quiere de parte de su alta Majestad, no menos, la gradual manifestación y dispensación de sus inmensos favores, gradación misteriosa y soberana-

mente razonable, porque resplandece en ella el prototipo del Sér divino, de las Relaciones divinas. El Padre es el principio, el Hijo el medio, el Espíritu Santo la consumación; el Padre obra por el Hijo con el Espíritu Santo; Dios ó Dios Padre se difunde en el Hijo por el Espíritu Santo en su Iglesia, en sus escogidos. Y todo vuelve á la unidad de donde salió y en todo hay que exclamar con efusión de fe, de amor, de esperanza, de santo temor y de agradecimiento: “Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir alabanzas dignas de Dios. . . . alabanzas de gloria y de bendición. (Apoc. V.)

“Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo; alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos;” gracias á tí, oh Dios, gracias oh verdadera y una Trinidad, una y suma Deidad, Santa y una Unidad.

Estos son los esplendores, estos los afectos de ese gran día, de esa gran obra de la Pentecostés. “No os separéis de Jerusalem,” ha dicho en el último convite á sus discípulos el que va á ascender en triunfo á sentarse á la diestra de su Padre; esperad ahí el cumplimiento de la promesa, el bautismo del Espíritu Santo, para no muchos días después de ahora.” Y esto ha sucedido al cabo de diez días, de diez días santamente ocupados en guardar los mandamientos, los diez mandamientos del Señor, como observa algún intérprete (Hesiquio), ocupados en la oración, en la concordia y caridad de Dios y del prójimo, presididos, gobernados por el humildísimo ascendiente de la discreta y animosa Madre del Verbo y Esposa del Paráclito.

Venían los días de las primicias del nuevo trigo, se contaban ya después de la muerte de Jesús, cincuenta

días para la publicación de la ley de amor y de gracia, como se contaron cincuenta después del Fase de Egipto hasta el día del Sinaí. Perseveraban en oración esos dichosísimos fieles, y el ya invisible Jesucristo, envía en forma visible al otro Consolador. Oímosle ya en voz como de trueno ó viento impetuoso y vémosle en forma como de lenguas de fuego. Las profecías de Isaías y de Joël, se cumplen con admirable originalidad. El dón de hablar todas las lenguas y el aliento para confesar á Jesucristo resucitado y glorioso, transforma á la pequeña grey. Jesucristo cumple y confirma cuanto tiene anunciado y solemnemente repetido: "Amadme, guardad mis mandamientos. Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que permanezca con vosotros para siempre, el Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir. . . . No os dejaré huérfanos, vendré á vosotros. . . . El que me ama será amado por mi Padre y yo le amaré y me le manifestaré."

La gran promesa del Dios de los siglos y del Hijo de Dios, hoy se cumple en los apóstoles y en los ciento veinte fieles del Cenáculo; y ya luego en los tres mil que San Pedro inflama en el mismo fuego del Espíritu Santo, y así como incendio que cunde á todas partes, en muchos fieles de la Judea y de Samaria y de todas las naciones hasta el fin de los siglos.

Con qué efusión alzaría el canto esa nueva Iglesia, alentada por la magnánima Virgen Madre:

"Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Alabad al Señor todas las naciones, alabadle todos los pueblos."

El Dios de misericordia y paciencia, fuerte y suave en la dispensación de sus obras, con ese modo sapien-

tísimo y reclamado por la naturaleza misma del hombre, todas las maravillas de la Pentecostés pudo haberlas hecho antes, en el mismo día de la muerte del Redentor, ó en el de la Resurrección. Pero no es eso lo que la humana y tarda inteligencia nuestra entendería, contemplaría ni agradecería sin un milagro innecesario y discordante, con el orden general de sucesión de tiempo en el desarrollo de la Creación, de la Redención, Santificación y Glorificación.

Así, pues, como nuestro Jesús podía decir y dijo: "Las obras que hago no son mías, sino de mi Padre;" así también podía decirse del Espíritu Santo: la obra de la Pentecostés es hecha por Jesucristo en el Espíritu Santo. Por eso del Padre se pudo decir (usque modo operatur) que "no cesa de obrar," y del Espíritu Santo, que *permanece* en la Iglesia rigiéndola y vivificándola ("Manebit apud vos." "Dominum et vivificantem"); y del Verbo humanado se dijo por el contrario: que "pasó haciendo el bien."

Si Jesucristo por su santa humanidad se adapta tanto á hacernos más inteligible y por ende más amable la bondad infinita del Padre, no menos predispónenos para hacer más inteligible y amable al hermosísimo, amorosísimo y dichosísimo Espíritu Santo. Amar, pues, al Espíritu Santo, es amar á Jesucristo y al Padre. Y así como es debido y hermoso alegrarse y amar el santo día de la Resurrección, lo es entregarse á tan felices afectos con el gran día del Espíritu Santo, cual si fuese de otro Jesucristo y, mejor, del mismo Jesucristo en la persona de otro que con él es un solo y mismo Dios.

Con razón, pues, el Crisóstomo dice con su poderosa elocuencia, de ese gran día:

“Hoy la tierra se nos ha hecho cielo, no porque de los cielos bajasen las estrellas á la tierra, sino por haber ascendido los apóstoles á los cielos; porque se ha derramado copiosa gracia del Espíritu Santo y á todo el Orbe lo ha hecho cielo, no mudando su naturaleza, sino enmendando su voluntad. Ha encontrado á un publicano y lo ha hecho evangelista; ha encontrado á un perseguidor y lo ha mudado en apóstol; ha encontrado á un ladrón y lo ha introducido en el paraíso; encontró á una meretriz y la hizo igual á las vírgenes; encuentra magos y los cambia en evangelistas; ha puesto en fuga á la malicia, ha introducido la benignidad, ha exterminado la servidumbre, ha introducido la libertad, ha perdonado la deuda, ha derramado la gracia de Dios. Por eso la tierra se ha vuelto cielo y esto no dejaré de decirlo cuantas veces pudiere.”⁽¹⁾

Obra del Padre es la misión de Jesucristo, obra del Hijo la infusión del Espíritu Santo, por la salvación de los hombres; y, todo, obra de Dios. Otro Jesucristo es, pues, el Espíritu Santo; oigámoslo de San Agustín:⁽²⁾

“Cuánta, dice, cuán inefable es la piedad del Redentor. Introdujo al hombre en el cielo y envió á Dios á la tierra. Cuán grande es el cuidado del Autor por la restauración de su hechura. Pues he aquí que de nuevo se nos envía de las alturas otra Medicina; he aquí que de nuevo la Majestad se digna visitar por sí misma á sus enfermos. He aquí que de nuevo las cosas divinas se nivelan con las humanas, esto es, el Vicario Sucesor del Redentor viene entre nosotros á consumir con la virtud peculiar de su Espíritu Santo, los beneficios co-

(1) Apud Alápide.

(2) Apud Alápide.

menzados por el Salvador; lo que uno redimió, el otro santificará; y lo que aquél adquirió, éste cuidará y conservará.”

Es tan cierta esa hermosa verdad, que, como es de notarse en ese pasaje, San Agustín⁽¹⁾ al Espíritu Santo le llama “Vicario, esto es, Sucesor de Jesucristo; pues el Espíritu Santo quiso descender al mundo para imitar la venida del Verbo, esto es, de Jesucristo, y completar su empresa y sus hechos. Por lo que, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, fué semejante al descenso de Jesucristo al mundo, esto es, á su Encarnación:

“Primero. En cuanto á la substancia, porque así como la substancia del Verbo desciende á la carne, así el Espíritu Santo desciende substancialmente á los apóstoles;

“Segundo. En cuanto al modo, porque así como el modo de la Encarnación fué la unión hipostática, así la hipóstasis del Espíritu Santo se unió á los apóstoles de un modo semejante; el Verbo encarnado fué como el fuego en el carbón, el Espíritu fué como fuego que se posaba en los apóstoles;

“Tercero. En cuanto á la causa, que fué el amor inmenso y divino por el que el Espíritu Santo, lo mismo que Cristo, descendieron para beneficio de los hombres, y esto, substancial y personalmente;

“Cuarto. En cuanto á las propiedades, porque así como por la Encarnación del Verbo, Dios se hizo hombre y en cierta manera el hombre se hizo Dios, de una manera semejante con el Espíritu Santo hay una comunicación de idiomas entre El y los apóstoles, por la

(1) Apud Alápide.

cual, así como de los apóstoles se dice que quedaron hechos espirituales, santos, divinos por el Espíritu divino y santo que recibieron, así el Espíritu Santo se dice apóstolico, profético, doctor, predicador;

“Quinto. Y finalmente en cuanto los frutos y efectos: el Verbo encarnado nos limpió de los pecados, nos iluminó, nos dió toda gracia, nos perfeccionó, nos hizo dichosos y nos condujo á la gloria eterna; así en todo, el Espíritu Santo.”

Razón tenemos, pues, para gloriarnos en el Espíritu Santo por su dichosa infusión en los apóstoles; de esta Santa Persona tenemos que decir lo mismo que del divino Verbo: ha habitado entre nosotros, hemos visto su gloria, gloria digna del Paráclito, amor del Padre y del Hijo, lleno de gracia y de Verdad.

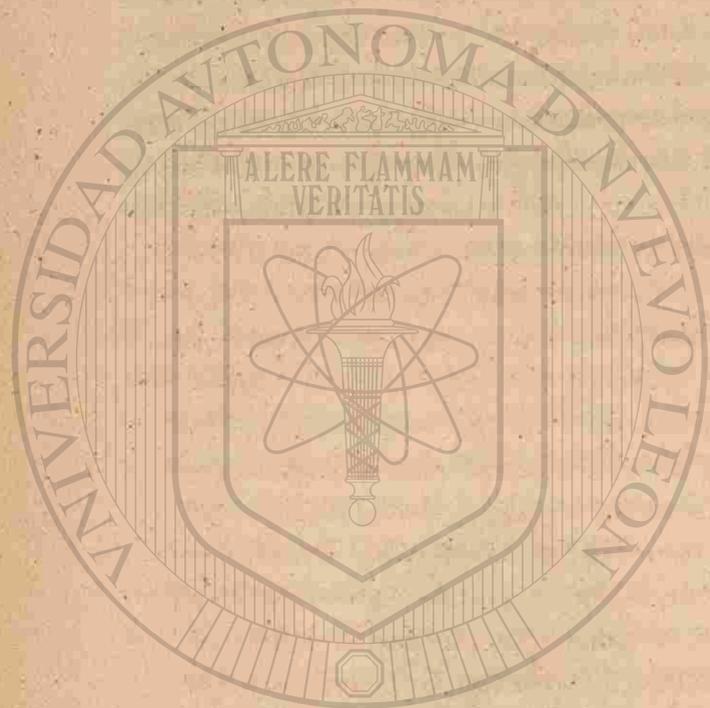
Así como la gloria del Padre no deja de ser proclamada: “Señor, Señor Dios Nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra!” la gloria del Hijo lo es también solemnísimamente: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, hossana en las alturas!” así igualmente la gloria del Paráclito: “el Espíritu del Señor ha llenado toda la tierra; hossana, alleluya;” gloria al Padre, gloria al Verbo, gloria al Paráclito; “os alabamos, os bendecimos, os adoramos, os glorificamos; gracias os damos, Trinidad Santísima, por la dignación con que os habéis apiadado de nosotros y mostrádonos tanta gloria; Señor Dios Rey celestial, Dios Padre Omnipotente, Señor Jesucristo Hijo Unigénito; Señor Dios, Cordero de Dios; Tú sólo eres altísimo, oh Jesucristo con el Espíritu Santo en la gloria del Padre.”

Dichosa Creación de nuestro buen Padre celestial,

dichosa Redención de nuestro buen Rey Jesucristo, dichosa venida, dichosa consolación, dichosa santificación de nuestro buen Espíritu de amor y de caridad eterna.

¡Oh Santísima Trinidad! y Tú, obra perfectísima suya, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Paráclito, ruega por nosotros para que entendamos y amemos el gran dón del Espíritu Santo, que con el Hijo y el Padre es el amor y bien para el que hemos sido criados, redimidos y santificados.





CAPÍTULO XXX.

La Madre de Dios

en la venida del Espíritu Santo á los apóstoles.

REINA del cielo, alégrate, hoy el prometido Espíritu del Señor llena toda la tierra!

Tu reinado, el reinado de tu Hijo por medio de tí, oh Santísima Virgen, ha comenzado ya. Lo que tu Hijo tendría de hacer, mas no podría hacerlo visiblemente al fundar su Iglesia, ya desde los días de la Pentecostés, lo haces tú como una reina madre en la ausencia de su hijo, ó como reina viuda, fiel á su real esposo. El Espíritu de Dios es enviado al mundo, pero no sin contar con tu cooperación; así como mediante ella fué enviado á encarnar en tu seno el Unigénito.

Al Evangelio basta una palabra para darnos á entender cuál era la importancia de ese ministerio, de ese reinado de la Virgen Santa en esos momentos solemnes que siguieron á la Ascensión; elevado ya á los cielos el Nazareno, congregados los apóstoles, los demás discípulos y las santas mujeres en el Cenáculo, y próximo el Paráclito á descender sobre todos, la Inmaculada preside la dichosísima congregación; para caracte-

rizar el valor sublime de esa gran Iglesia, al Evangelio, decimos, basta una palabra: "Todos perseveraban unánimes en la oración . . . con María, Madre de Jesús."

Esto quiere decir, á semejanza de lo que se afirmó del Verbo divino, "sin el cual nada se hizo," que sin María, nada se hizo. María preside á la Iglesia en el Cenáculo en su fundación, y esa presidencia todo lo explica. María en su humildad ocupa el lugar último en la narración de ese gran hecho, y ésto nada menos nos hace ver que ocupa el primero. San Bernardo lo observa desde luego con su dichosa elocuencia filial: "Humillándose María tanto más cuanto era mayor, no sólo entre todos sino en todo, con razón ha quedado colocada como primera, pues siéndolo tomaba para sí el lugar último."

Colocada así nuestra Reina, su verdadero ministerio es mayor de lo que parece, y como nota un gran sabio y piadoso cristiano de nuestro siglo:⁽¹⁾ "María intervino y obró allá (en el Cenáculo) ejerciendo el mismo ministerio, la misma acción, que tendrá siempre en la Iglesia y que irá manifestándose más y más cada vez: en la obra de nuestra salvación, dice Guéranger, reconocemos tres intervenciones de María, tres circunstancias en que es llamada á unir su acción á la del mismo Dios. La primera en la encarnación del Verbo, que no viene á tomar carne en su casto seno, sino después que Ella ha dado su consentimiento con aquél solemne *fiat* que salva al mundo; la segunda, en el sacrificio realizado por Jesucristo en el Calvario, donde Ella asiste para participar de la ofrenda expiatoria; la tercera, en fin, el día de Pentecostés, en que recibe al Espíritu Santo,

(1) A. Nicolás

al mismo tiempo que los apóstoles, para poder emplearse eficazmente en el establecimiento de la Iglesia que se desarrolla bajo sus auspicios."

Es necesario no dejarlo de ver, no desconocerlo, proclamarlo muy alto, porque es la verdad, verdad sólida, profunda, hermosísima, tan hermosa como un cielo, como un cielo único (non hujus creationis), grande como ninguno después del cielo de los cielos Jesucristo, y esta verdad es, que el silencio y el laconismo del Evangelio, después que se contenta con decir "*María, Madre de Jesús,*" tratándose de la gran inauguración, sea de los milagros de Jesucristo, sea de los milagros del Espíritu Santo, es silencio y laconismo de intención, divinamente pensado y calculado. El poco hablarse, el poquísimamente hablarse de "la Madre de Jesús" en las bodas de Caná y en la Pentecostés, entraña todo un mundo de elocuencia, es todo un Evangelio, el Evangelio de María, de María Madre de Jesús, y por ende, Madre de Dios. Quien quiera deducir del número de palabras y no de su peso, á lo protestante, la importancia bíblica, evangélica, de una intención del Espíritu Santo, yerra diametralmente, yerra infinitamente. La importancia de la mención de María como Madre de Jesús, en Caná y en la Pentecostés, no es menor que la de un Evangelio, es tanta como la de ser Madre de Dios, en comparación de lo cual, después de Dios y de la humanidad de su Hijo, queda inferior todo cuanto puede haber de grande é importante.

Así, pues, el ministerio de María en el Cenáculo al descender el Espíritu Santo, á fundar y vivificar su Iglesia, es tan real y grande, como al descender á su vientre inmaculado el Verbo divino á encarnarse. Aquel

fiat de Nazareth para la Encarnación, tiene íntima correspondencia con otro *fiat* que ha hecho descender al Santificador: "La cooperación de Nuestra Virgen con el Espíritu Santo en la Encarnación del Hijo de Dios, dice el gran sabio que hemos citado, reclama igual cooperación en el Cenáculo de Jerusalem para la manifestación de tan elevado misterio. En Nazareth presta á Dios su casto seno, y en él obra el Espíritu Santo la Encarnación del Verbo: en Jerusalem proporciona á la Iglesia el testimonio de este misterio, y el Espíritu obra sobre la inteligencia de los apóstoles para que lo entiendan. En Nazareth el Espíritu Santo desciende sobre Ella, y por su testimonio conviértese en Madre de nuestra fe." "Tu voz, ó María, exclama un antiguo intérprete (esa misma voz que, en la Visitación, llenó á Isabel del Espíritu Santo y del conocimiento de la maternidad divina), ha sido la voz del Espíritu hablando á los apóstoles, de suerte que cuantos misterios necesitaban complemento, confirmación ó testimonio, les han sido aclarados, desarrollados y confirmados por tu boca sacratísima como fiel intérprete de este Espíritu de Verdad."

Maestra nuestra, diremos á tan esclarecida Señora, ¿qué te falta para que seas la dichosísima, la más semejante á nuestro Jesús y á nuestro Paráclito? Esa tu advocación de Reina de los apóstoles, es la de nuestra Preceptora, Instructora, Maestra y Reveladora, y una vez más se ilustra que hay razón en saludarte como Destructora y Vencedora de todas las herejías.

Mas el Espíritu Santo, nuestro amadísimo Consolador ha traídonos no sólo la verdad sino la caridad, difundiendo esa en las mentes, ésta en los corazones, y

¿quién coopera tanto como tú en esa difusión de la Verdad y de la Caridad, oh Maestra de toda verdad y ejemplar de toda caridad?

Esa verdad santa, de la que se dijo (Sabid. cap. VII vers. 22) que es espíritu de inteligencia, único, múltiple, limpio, sin mancha, suave, penetrante, sutil, que todo lo vé, ¿en qué grado no la recibiría nuestra Reina para comunicarla después á sus hijos? y esa caridad santa de la que se dijo (Corintios 1^a, cap. 13) que era sufrida, que era benigna, sin emulación; que no obra precipitada ni temerariamente, ni se ensoberbece; que no se irrita ni piensa mal, ni se goza en lo malo y se congratula de toda verdad; que cree todo lo bueno y todo lo espera y lo soporta, ¿en qué grado no se daría á la Inmaculada Madre del Nazareno por el celeste Esposo de Ella, dador de todos los dones, para hacer de ellos partícipes á sus apóstoles?

Ninguno, pues, como la Madre de la Verdad y del Amor hermoso, recibió para sí y para nosotros tantos dones en la Pentecostés; ninguno cooperó tanto como nuestra Madre; cuanto nosotros podríamos decir en aspiración de esos dones magníficos, para merecerlos y recibirlos, ó en agradecimiento de ellos después de recibidos, lo dijo y de una manera que á toda criatura excede infinitamente: "Ven, Espíritu Criador, visita nuestras almas, llena con tu celeste gracia estos corazones que tu criaste. Haz brillar la luz á nuestros sentidos, infunde el amor en nuestros pechos y conforta nuestra flaqueza con la virtud de tu fortaleza. Vuélvenos la alegría de tu Salvador y confírmanos con tu Espíritu Santo."

Esas voces de alabanza y de buena nueva con que

los dichosos moradores de Sión, hijos de María, se expresan en todos los idiomas y muestran y derraman en otros los dones recibidos de lo alto, son la efusión de esa plenitud, así como lo fué cuando la Santa Virgen prorrumpió en otro tiempo en su inmortal "Magnificat." Ahora ese "Magnificat" se renueva; ¡qué gozo el de nuestra Reina! ¡qué agradecimiento! ¡qué embeleso en semejantes triunfos del Padre Omnipotente, del dulcísimo Unigénito, del Consolador Espíritu eterno de Caridad! "Glorificad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia," canta la Reina, arrasados en lágrimas los ojos, que vuelve con grande misericordia á todos esos convertidos, no menos que á sus conversores, á ese Pedro, á ese Juan, á esos dos Jacob, á ese Felipe, á ese Natanael, á esos Persas, Medos y Elamitas, Asirios y Griegos, Egipcios, Libios y Romanos, tanto judíos como prosélitos, cretenses ó árabes, primicias abundantes y variadas de la nueva grande Iglesia.

"Haced todo lo que os ordenare," dijo la Santa Madre de Dios en las bodas de Caná á los que no tenían vino, refiriéndose á su Hijo. "Hablad lo que os inspirare," dirá hoy la Inmaculada Reina á los apóstoles, refiriéndose al Espíritu Santo. Pedro levantará su voz, "voz del Señor sobre muchas aguas," después que el Señor ha tronado en lo alto, y el nombre de Jesús el Nazareno, el nombre de Jesucristo, es proclamado con valentía por aquel tímido apóstol que á la voz de otra mujer había negado cobardemente á su Dios y Señor; el atentado sacrílego de los matadores del Santo Hijo de la misericordiosa Madre, es reprochado por San Pedro con reconvención fraterna y tiernísima de per-

don; y la salvación de tantos verdugos, se obra en esos dichosos momentos. La hora de los triunfos ha llegado, y el asombro de prodigios mayores que de muertos resucitados, de soles oscurecidos y de lunas enrojadas como de sangre, el asombro de prodigios de arrogantes judíos, fariseos y publicanos derramando lágrimas, anuncia que al fin hay algo muy grande y del todo divino en esa Cruz desde la cual como en un trono se propuso reinar Cristo.

Pensad, hermanos nuestros, los que amáis con nosotros á la dulce Madre de Jesucristo, qué sentiría la Señora ante esas palabras del Jefe de la Iglesia. No podéis pensar sino que son dictadas al apóstol por la intercesión de esa Esposa del Espíritu divino. Así como en Caná, cuando sucede el prodigio del agua convertida en vino, la Señora á quien se debe, calla humildemente, así ahora la Reina se oculta de suerte que toda la gloria de tan insignes conversiones sea para Pedro, y sobre todo, para Dios: non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam."

"Haced penitencia," responde el Príncipe de los apóstoles á los nuevos conquistados del gran Rey, y la Reina inspirará en sus corazones ese dolor que una vez sentido cautiva de amor para siempre, arranca lágrimas de ternura y hace hoy saltar de regocijo los huesos antes quebrantados por el tedio de la incredulidad y del crimen. La Misericordiosa unirá á los recuerdos de David penitente, las emociones de actualidad, viendo una vez más en María, la pecadora María Magdalena, las lágrimas de otros días, lágrimas que fueron el encanto de la Inmaculada como lo fueron de su inmaculado Hijo.

Por fin, en ese gran día para siempre memorable de la Pentecostés, se inauguraba ese registro numerosísimo, incontable de conversiones, de lágrimas, de rendimientos de corazones quebrantados, á la vez que por el dolor dichosísimo de la penitencia, por el amor ternísimo y agradecidísimo del que es perdonado.

La Reina de la Misericordia inauguraba allí su imperio; la Humilde, la Magnánima, la Clemente, podía recibir ya las deprecaciones de todos aquellos, como las iba á recibir sin interrupción de allí para lo sucesivo en todos los días, en todas las horas de un porvenir que aún dura y que no acabará sino con los siglos. Ea, Señora, abogada nuestra, ruega por nosotros para alcanzar el perdón de Jesús, de ese fruto bendito de tu vientre.

Allí en ese día y en ese Cenáculo, estábamos presentes á tus ojos, oh Santísima Virgen, todos los hijos de tu dolor. Haz que la meditación de tan dulces acontecimientos nos arranque, al fin, de todo trato con el espíritu del mal, de toda mala inclinación, de todo gusto depravado y nos afirme en el propósito de ser todos de María para Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo sean hoy y para siempre jamás, nuestro amor y nuestro gozo. Amén.



CAPÍTULO XXXI.

La Asunción de María Santísima á los cielos.

REGOCIÉMONOS todos en el Señor, celebrando el festivo día en que honramos á la dichosa María Virgen, con cuya asunción se gozan los ángeles y cantan alabanzas al Hijo de Dios."

Esta es la voz de la Iglesia al celebrar la asunción de nuestra Reina, el gran misterio de su exaltación á las alturas después de pasar por el sepulcro, á semejanza de la ascensión de su Hijo Cristo resucitado.

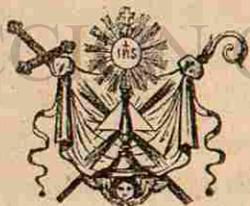
Este gran misterio, principio de los triunfos definitivos de gloria de la Dolorosa, que, antes en su camino como el Mesías, ha bebido del amargo torrente, en gran manera interesa la ciencia y la piedad de los hijos fieles de esa Reina de la Iglesia, y guarda espléndida proporción de sabiduría y de amor con los otros misterios de nuestra amabilísima y dichosa Madre.

Sí; todo es armonía y magnificencia en esta maravillosa obra maestra del Dios de piedad: el portento de la Encarnación del Verbo reclama con el portento de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, y el de la Inmaculada, con el de la divina Maternidad. Es-

Por fin, en ese gran día para siempre memorable de la Pentecostés, se inauguraba ese registro numerosísimo, incontable de conversiones, de lágrimas, de rendimientos de corazones quebrantados, á la vez que por el dolor dichosísimo de la penitencia, por el amor ternísimo y agradecidísimo del que es perdonado.

La Reina de la Misericordia inauguraba allí su imperio; la Humilde, la Magnánima, la Clemente, podía recibir ya las deprecaciones de todos aquellos, como las iba á recibir sin interrupción de allí para lo sucesivo en todos los días, en todas las horas de un porvenir que aún dura y que no acabará sino con los siglos. Ea, Señora, abogada nuestra, ruega por nosotros para alcanzar el perdón de Jesús, de ese fruto bendito de tu vientre.

Allí en ese día y en ese Cenáculo, estábamos presentes á tus ojos, oh Santísima Virgen, todos los hijos de tu dolor. Haz que la meditación de tan dulces acontecimientos nos arranque, al fin, de todo trato con el espíritu del mal, de toda mala inclinación, de todo gusto depravado y nos afirme en el propósito de ser todos de María para Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo sean hoy y para siempre jamás, nuestro amor y nuestro gozo. Amén.



CAPÍTULO XXXI.

La Asunción de María Santísima á los cielos.

REGOCIÉMONOS todos en el Señor, celebrando el festivo día en que honramos á la dichosa María Virgen, con cuya asunción se gozan los ángeles y cantan alabanzas al Hijo de Dios."

Esta es la voz de la Iglesia al celebrar la asunción de nuestra Reina, el gran misterio de su exaltación á las alturas después de pasar por el sepulcro, á semejanza de la ascensión de su Hijo Cristo resucitado.

Este gran misterio, principio de los triunfos definitivos de gloria de la Dolorosa, que, antes en su camino como el Mesías, ha bebido del amargo torrente, en gran manera interesa la ciencia y la piedad de los hijos fieles de esa Reina de la Iglesia, y guarda espléndida proporción de sabiduría y de amor con los otros misterios de nuestra amabilísima y dichosa Madre.

Sí; todo es armonía y magnificencia en esta maravillosa obra maestra del Dios de piedad: el portento de la Encarnación del Verbo reclama con el portento de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, y el de la Inmaculada, con el de la divina Maternidad. Es-

te reclama, á la vez, con el de la incomparable humildad de la Esclava del Señor y sus otras incomparables virtudes; pero tantas grandezas reclaman prodigiosos méritos posteriores que harán á la humilde é Inmaculada Madre Virgen, aptísima para algo superior á esas anteriores grandezas, la Corredentora de sus hermanos, la Madre incomparable del dolor. Mas, de aquí vendrá poderosísima razón para que la magnánima Reina de los mártires sea no menos la Reina, digamos así, de los resucitados, la triunfadora que en la victoria sobre la muerte tendrá el lugar primero después de su Hijo. Y estas magnificencias aún tendrán su coronamiento cuando la Escogida, la Unica, vaya á sentarse en ese "solio estrellado" en donde reinará para siempre á la diestra de su Hijo sobre todas las criaturas.

Pero entretanto, gocémonos en contemplar ese tránsito de la amorosísima paloma, ese tránsito de este valle de gemidos, más allá de las riberas de las aguas, exhalando virginal fragancia de sus vestiduras y rodeada de flores de rosal y lirios de los valles, como si fuesen días de primavera.

La muerte no ha ejercido en Ella imperio sino servicio de sierva obsequiosa; Ella ha languidecido de amor y ha enviado á decir á su Amado, que no difiriese más la hora del santo abrazo de su ternura; y aquél que amó á los suyos tanto y á su Predilecta sobre todos, señaladamente la amó en el día en que la llamaba á su Reino y en que á ese reclamo de su Inmaculada, respondía: "levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven, que ya pasó el invierno." "En tus manos, Señor, contestó Ella, encomiendo mi espíritu; cerró los virginales ojos y espiró," según frase

acertadísima que textual copiamos de nuestra venerable escritora María de Agreda.

Los apóstoles congregados de todas las partes del mundo rodean el lecho santo de la Reina, y el cielo ha descendido á la tierra en ese Cenáculo en que la sabiduría, la omnipotencia y la ternura del Padre, del Hijo y del Consolador, han obrado tantos prodigios. "Los ángeles entonan cánticos, ya próxima á espirar la Reina; los cánticos de Salomón y otros nuevos. Una fragancia divina y la música celestial se dejan percibir hasta de los extraños á la santa casa, moradores próximos á ella. Un resplandor admirable se deja ver por todos, y el Señor ordena que para testigos de esta nueva maravilla concurra mucha gente de Jerusalem que ocupaba las calles." Esto escribe nuestra venerable María de Agreda; creemos á ella y no podríamos creer lo contrario; como que, aparte de lo respetable de tal testimonio de la humilde monja española, es todo ello eminentemente verosímil, por más que no conste en libro bíblico. Si de gran número de santos, cuyas vidas han concluido con esos prodigios, constan con certeza maravillas de conciertos celestiales, esplendores y fragancias, sobre todo tratándose de aquellos santos más humildes y empeñados en obscurecerse, ¿qué no habremos de tener por verosímil en grado eminente, tratándose de la Reina de la humildad y de la abnegación?

Esa alma incomparable, esa alma que á un santo conocedor de nuestra Reina, San Dionisio Areopagita, y á otro santo, Tomás de Aquino, por su inteligencia y sabiduría llamado "Sol de las escuelas," esa alma de María ha parecido algo como infinito, es llevada á los cielos á tomar posesión de inmensa gloria, mientras que

la ciudad de Jerusalem se conmueve toda y admirados concurren muchos confesando el poder de Dios y la grandeza de sus obras.

El cuerpo santísimo de la Hermosa queda en el sepulcro; llega el tercero día; Tomás, el apóstol incrédulo de la resurrección de Cristo, compurga ahora su antigua tardanza en creer; ha llegado después que la Reina fué sepultada; quiere consolarse con ver los sacratísimos restos y van á mostrársele. Esto no era más que un ardid del cielo para que la resurrección y ascensión de la Inmaculada se revelasen á los ojos. El sepulcro está vacío, la Madre de Dios ha resucitado; y esto es muy reciente, porque hace pocas horas han cesado los cantos angélicos que perseveraban durante más de dos días que asistían los apóstoles velando en el sepulcro.

“Se ha hecho, pues, la Asunción de María Santísima á los cielos, los ángeles se alegran, y entre alabanzas bendicen al Señor,” canta la Iglesia. “María Virgen ha sido transportada al tálamo celeste en que el Rey de los Reyes tiene su trono sobre las estrellas;” “al olor suavísimo que de tí exhalas, oh Señora, te seguimos apresurados con el alma; ¡cuánto amor inspiras á las doncellitas!” “Sublimada has sido, Santa Madre de Dios, sobre todos los coros de los ángeles, á los reinos celestiales.” Cánticos son todos con que la Santa Iglesia Católica, en la gran fiesta de la Asunción, no cesa de hacer justicia á la Madre de Dios y al Hijo de esa Madre, y que en esa justicia jamás agotará las alabanzas debidas á tan gran Madre de tan gran Hijo, pues no sería tal Madre ni sería Dios tal Hijo, si la alabanza de ellos conociese términos ó límites.

“Comienza hoy el cántico de los cánticos,” palabras

de la lección primera del Breviario, que en otras circunstancias fueran vulgares y sin importancia alguna; pero admirables y profundas en esta sublime oportunidad, porque nada menos es como si dijésemos: el gozo de aquellas palabras hechas por el Espíritu Santo para enamorar á las almas sus amadas, comienza hoy á ser ya pleno, imperecedero. “Bésemel Señor con ese beso celestial (así comienza el santo libro bíblico del Cantar de los cantares), que hace feliz al alma para siempre Hágame entrar el Rey misericordiosísimo y santísimo á ese santuario de su caridad perpétua.”

¡Oh Santísima Virgen, digna eres como el Cordero, de todo gozo y de gozo para siempre!

“Hoy, pues, vuelve á decir la Iglesia por los labios del elocuentísimo y santo Doctor, el Damasceno, el Arca santa y animada del Dios vivo, que concibió en sus entrañas á su Criador, descansa en el templo del Señor no construído por mano alguna; David canta á su Hija y los ángeles conciertan con él sus coros; los arcángeles la celebran, las virtudes la glorifican, los principados saltan de júbilo, conmueven las potestades, regocíjense las dominaciones, los tronos están de fiesta, los querubines la alaban y los serafines preconizan su gloria. En este día, el edén del nuevo Adán recibe á este Paraíso animado, en quien fué abrogada la condenación, plantado el árbol de la vida y cubierta nuestra desnudez.”[®]

“Hoy, la Virgen inmaculada, á quien no desfloró ningún afecto terrenal, y que vivió siempre con el pensamiento puesto en las cosas celestiales, no ha vuelto á la tierra; sino que, como era un cielo animado, la recibieron los astros celestes. En efecto, ¿cómo pudiera morir aquella de quien vino á todos la verdadera vida?

Ella debió sin duda doblegarse bajo la ley que aquél mismo á quien engendró, sobrelleva, y como hija del viejo Adán sufrió la antigua sentencia (porque tampoco la esquivó su Hijo que es la vida misma); pero como Madre del Dios vivo, se elevó justamente á El."

A esa Reina, por tanto, que va á ocupar el solio mayor que pudo ver el cielo para deificarla con sus favores y por medio de Ella favorecer al humano linaje, elevemos ya desde hoy cuantas peticiones reclamemos nuestras necesidades; porque, como dice suavísimamente San Bernardo: "en María no puede faltar ni la facultad, ni la voluntad de hacer dádivas á los humanos. A la piedad de María no faltó nunca la fe, la gravedad á su palabra, la eficacia á su voto. No olvides encomendar á María cuanto te propongas ofrecer á Dios. María es la honra del Paraíso, el gozo del cielo. María es la Iglesia de la virginidad. La virginidad de María es mayor que la pureza de los ángeles. Pensando en María, no errarás; rogando á María, no desesperarás. Por María, el cielo ha quedado lleno, y el infierno vacío. En María puso Dios el sol y la luna, á Cristo y á la Iglesia. En María han encontrado los ángeles la alegría, los justos la gracia, los pecadores el perdón para siempre. En María, por María, de María, la benigna mano del Omnipotente, cuanto había criado lo ha vuelto á criar; sin María nada se ha rehecho, así como sin Dios nada se hizo; por manos de María pasa lo que Dios quiere darnos."

Entra á los cielos ¡oh Reina! adelántate ¡oh bendita entre todas las criaturas y comienza ya tu reinado! ya te apiadarás de nosotros que somos tus hermanos y te pedimos humildemente que no nos dejes perecer.

CAPÍTULO XXXII.

Jesucristo en la Asunción de su amada Madre.

HORA es á la inversa; nuestras consideraciones vamos á ponerlas en los pensamientos y afectos de ese Hijo divino para con la asunción de su Santa Madre; así la entenderemos y amaremos mejor, y así de consiguiente entenderemos y amaremos mejor á nuestro Dios.

Comienza el Cántico de los cánticos, con que se celebran los galardones, los triunfos de la Madre de Dios. Todo lo que puede el amor decir de alabanza á la hermosura criada por ese amor; todo lo que puede Dios hacer, intentando lo supremo de los favores que Asuero quería hacer á su fiel súbdito Mardoqueo, se hace en la asunción de la humilde María; todo lo que Salomón con la Madre suya, si Salomón hubiese sido Dios; todo lo que Asuero con la escogida Esther, si Asuero hubiese podido disponer de mejores dones, eso hace Jesucristo Dios, con la Madre de Dios, madre suya.

Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito; más que á ninguno del mundo, que á ninguno de los ángeles, amó Dios á la excelsa María; pues, ese

Ella debió sin duda doblegarse bajo la ley que aquél mismo á quien engendró, sobrelleva, y como hija del viejo Adán sufrió la antigua sentencia (porque tampoco la esquivó su Hijo que es la vida misma); pero como Madre del Dios vivo, se elevó justamente á El."

A esa Reina, por tanto, que va á ocupar el solio mayor que pudo ver el cielo para deificarla con sus favores y por medio de Ella favorecer al humano linaje, elevemos ya desde hoy cuantas peticiones reclamemos nuestras necesidades; porque, como dice suavísimamente San Bernardo: "en María no puede faltar ni la facultad, ni la voluntad de hacer dádivas á los humanos. A la piedad de María no faltó nunca la fe, la gravedad á su palabra, la eficacia á su voto. No olvides encomendar á María cuanto te propongas ofrecer á Dios. María es la honra del Paraíso, el gozo del cielo. María es la Iglesia de la virginidad. La virginidad de María es mayor que la pureza de los ángeles. Pensando en María, no errarás; rogando á María, no desesperarás. Por María, el cielo ha quedado lleno, y el infierno vacío. En María puso Dios el sol y la luna, á Cristo y á la Iglesia. En María han encontrado los ángeles la alegría, los justos la gracia, los pecadores el perdón para siempre. En María, por María, de María, la benigna mano del Omnipotente, cuanto había criado lo ha vuelto á criar; sin María nada se ha rehecho, así como sin Dios nada se hizo; por manos de María pasa lo que Dios quiere darnos."

Entra á los cielos ¡oh Reina! adelántate ¡oh bendita entre todas las criaturas y comienza ya tu reinado! ya te apiadarás de nosotros que somos tus hermanos y te pedimos humildemente que no nos dejes perecer.

CAPÍTULO XXXII.

Jesucristo en la Asunción de su amada Madre.

HORA es á la inversa; nuestras consideraciones vamos á ponerlas en los pensamientos y afectos de ese Hijo divino para con la asunción de su Santa Madre; así la entenderemos y amaremos mejor, y así de consiguiente entenderemos y amaremos mejor á nuestro Dios.

Comienza el Cántico de los cánticos, con que se celebran los galardones, los triunfos de la Madre de Dios. Todo lo que puede el amor decir de alabanza á la hermosura criada por ese amor; todo lo que puede Dios hacer, intentando lo supremo de los favores que Asuero quería hacer á su fiel súbdito Mardoqueo, se hace en la asunción de la humilde María; todo lo que Salomón con la Madre suya, si Salomón hubiese sido Dios; todo lo que Asuero con la escogida Esther, si Asuero hubiese podido disponer de mejores dones, eso hace Jesucristo Dios, con la Madre de Dios, madre suya.

Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito; más que á ninguno del mundo, que á ninguno de los ángeles, amó Dios á la excelsa María; pues, ese

Unigénito dado al hombre y al ángel, se dá principalmente á María.

En mi Unigénito está todo mi amor, dice Dios Padre; pues, de una manera semejante dirá también: todo mi amor está en esa humilde María, en esa Madre de mi Unigénito. El Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, dice, pues, á Ella y por Ella á todas las almas sus escogidas: "Ven del Líbano, Esposa mía; ven, serás coronada." "Hija de Sión, toda eres hermosa y suave, como la luna hermosa, como el Sol escogida." "Como cedro en el monte Líbano te levantas, como ciprés en Sión, como mirra selecta has dado olor de suavidad, como cinamomo y bálsamo de perfume." "¡Qué hermosa eres, amiga mía y cuán bella eres; son tus ojos de inocencia y mansedumbre como de paloma!" "Miradla: ¿quién es ésta que se levanta como el sol, hermosa como Jerusalem? Las hijas de Sión la contemplan y la llaman dichosa, las reinas prorrumpen admiradas en su alabanza." "De rosas va circundada como en días de primavera, de lirios de los valles." "El Señor le ha prestado su ayuda, la ha llenado de gracia, con todo el favor de su semblante, jamás vacilará porque el Señor está con Ella." "María es llevada á los cielos; los ángeles se regocijan y todo es en alabanza del Señor."

¿Qué es todo esto sino la voz difusa de una gran palabra, la luz difusa de un gran luminar? "La llena de gracia," "la bendita entre todas las mujeres," "la que todas las generaciones llamarán dichosa;" esos tres encomios todo lo compendian.

El buen Dios, el Omnipotente, el Omnisciente, amó á sus criaturas, amó al hombre; gran verdad, bendita verdad. Pero en las obras del Bueno, del Omnipoten-

te, del Sabio, se reclaman lo sencillo y lo profundo, lo uno y lo vario. Es tan verdadero que Dios ama á los humanos, que nada menos una criatura humana puede entender dicho á sólo Ella, y á sólo Ella con singularísima aplicación, cuanto es aplicable á cualquier otro humano, á quien Dios dispense su amor y sus favores. Por eso los amorosos afectos y deliquios de Dios misericordioso, con verdad aplicables á todas las almas buenas y á cualquiera buena, lo son singularísima y únicamente en toda su plenitud á la única, á la escogida, á la predilecta María.

Con ésto, discurramos y admiremos, no sólo si en verdad ha habido ascunción de María á los cielos, sino en ella el mayor triunfo que á humana criatura haya podido concederse. Ese Hijo de Dios; ese Verbo divino que tanto amor ha tenido á la Inmaculada y humilde, á la Dolorosa, á la magnánima, ¿con qué dádivas de amor y omnipotencia no la habrá colmado al resucitarla y hacerla subir en cuerpo y alma á los cielos! Cómo no la diría: ¡Madre perfectísima, Madre amantísima; yo todo lo puedo, yo todo os lo debo; pedid, que puedo daros, no ya como el hombre que es sólo hombre, que no puede donar, si es rey, sino la mitad de su reino y un reino en que todo cede á cuenta, peso y medida, sino mucho más; yo os doy todo mi reino, todo mi gozo; entrad á él, Madre mía. Ya no os diré sólo "mujer," como en Caná y en el Calvario; ya no os argüiré como el día que me hallastéis en el Templo, ya de perdido; ya puedo deciros ahora: Paloma mía, Inmaculada mía, Hermana mía, Esposa mía, y, sobre todo, Madre mía; que eso sólo si apenas lo insinué en mi Cántico de los cánticos, que hoy plenamente comien-

za en toda su gloria, oh humilde Madre de este verdadero Dios hombre!

Pensemos, amables lectores, si en equivalentes expresiones que en la otra vida sabremos en su exactitud deliciosa, ¿no sería este el lenguaje de los conceptos y afectos de Jesucristo glorificado para con la Santísima Virgen, el día luminosísimo de su ascensión á los cielos? Y siendo esto así, ¿cuán hermoso aparece Dios en su amor al hombre y al género humano, á las almas buenas, y, por excelencia, á la Bendita entre todos los humanos, á la Reina de todos los buenos!

“Siendo la recepción de María en el cielo por su divino Hijo—dice el sabio apologista de Ella en este siglo⁽¹⁾—en razón de la que Ella le dispensó en la tierra, debía superar á la de todos los elegidos. Como María le ha recibido la primera, y de un modo inefable, en la Encarnación; también la primera, y de un modo inefable, ha debido ser recibida en su Asunción. No sólo le ha recibido Ella, sino le ha atraído, atraído por la humildad, la fe, la pureza, la caridad de su alma; y esta es la razón de por qué María debió ser atraída por un misterio especial de gracia y de gloria; y ha debido ser atraída, elevada en su cuerpo y en su alma, porque Ella le atrajo por su alma y su cuerpo. Ha debido llevar al cielo el sello sensible de su maternidad, que es el título de su belleza, el cuerpo en que concibió á Dios por el mayor de los prodigios. Ha debido llevar á la gloria el seno que ha llevado á Jesús en su humillación, que le ha alimentado en su infancia, á fin de ser honrado por los bienaventurados en su prerrogativa de

(1) A. Nicolás.

Madre de Dios, como Jesús ha querido serlo en su título de *Hijo del Hombre*.”

Ese Hijo agradecido que, cuando la prueba, que cuando niño, que cuando pobre y cuando huésped, fué objeto de la más santa y meritoria recepción de su humilde Esclava, ¿cómo no será hoy el objeto de los agradecimientos del que agradece y paga toda buena obra, cuando esa buena obra de María es la más buena y excelente que darse pudiera en humana criatura y en criatura alguna! Hoy se ve lo que es Dios-hombre obligado, agradecido y dispuesto á pagar lo que debe: esta es la gloria de la Asunción.

“Ven, hácele exclamar á ese Dios, un piadoso discípulo de San Bernardo, ven ¡oh, mi muy amada! Pues nadie en mi humildad ha dádome tanto como tú, á nadie como á tí quiero colmar de los bienes de mi gloria. Me comunicaste en mi Encarnación la naturaleza del hombre, y quiero comunicarte en tu Asunción la grandeza de Dios. Admitiste al Dios Niño en tu seno; recibirás al Dios inmenso en su gloria. Fuiste morada de Dios en su peregrinación; serás palacio de Dios en su reino. Fuiste la tienda de Dios mientras combatía; serás el carro de triunfo de Dios Vencedor. Fuiste lecho del Esposo encarnado; serás trono del Rey coronado.”

¡Cuánto de virtudes y de dones no ha inspirado el Hijo en la Madre! Si hubiera de suprimirse el cielo como goce, y quedase y pudiese verse en sí mismo y no en sus efectos de gloria el mérito de la virtud y de sus buenas obras, ¿no fuera ya un mar inmenso, un cielo de belleza la de esos dones con que el Hijo ha enriquecido á la Madre Santísima? ¡Esa humildad, esa

prudencia, esa discreción, ese callar, esa palabra oportuna, esa constancia, esa firmeza, esa dulzura, esa fortaleza, esa abnegación, esa magnanimidad, esa paz, esa paciencia, esa contrición, ese contento, esa alegría, esa fe, esa esperanza, esa caridad la más ordenada de todas, esa misericordia, de la que es constituida la Madre y la Reina!

Eso ha dado el Hijo á la Madre; á eso ha correspondido con el céntuplo la Incomparable... ¿En dónde estás, admirador de lo bello y arguyente de lo verdadero, que no proclames en la Asunción de la Reina de las virtudes á la Reina de todas las glorias?

Sí, Jesús Dios Nuestro, te saludamos, te felicitamos, te amamos, te glorificamos, te damos gracias por ese gozo de tu corazón con que das lleno á los deseos de tu agradecimiento á la Reina de todas las madres, en ese gran día en que asombras á los cielos por tu ternura y tu magnificencia de Hijo de la Virgen Santísima. Ahora vemos una vez más y la mejor de las veces, que no hay Dios como el Señor Dios Nuestro, el que habita en la altura y atiende á los humildes tanto como en la tierra así en el cielo.

Fe, esperanza, amor: eso es, oh Cristo, lo que te pedimos por la intercesión de aquella que tanta fe, esperanza y amor abrigó para tí. Dáenos esas tres dádivas para conocer y amar cada día más y más, por tí á tu dulce Madre y por ella otra vez á tí.

CAPÍTULO XXXIII.

La coronación de María Santísima como
Reina de todo lo criado.

HA entrado ya á su reino la Esposa del Rey de los reyes. Ese reino es fundado desde la Eternidad para darlo á todos los escogidos y como Reina de ellos á la humilde María, para gloria del Cristo Hijo suyo, para gloria del Padre, Dios por todos los siglos con el Cristo y el Espíritu Santo.

La esclarecida Virgen y Madre ha sido llamada del Líbano para ser coronada. Ya se le aclama como "la gloria de Jerusalem, como la alegría de Israel, como la honra más preciosa de su pueblo." A semejanza de lo que en el día de su entrada en los cielos al Verbo humanado, le ha dicho el Padre: "ven, siéntate á mi diestra y yo pondré uno por uno á tus enemigos por escabel de tus pies." "El trono tuyo ¡oh Verbo! permanece por siglos; el cetro de tu reino, es cetro de rectitud:" así á la Inmaculada, á la humilde Madre suya dice el glorioso Nazareno, Verbo de Dios hecho hombre: "Madre mía, cúmplase hoy lo que de mi boca ha salido siglos ha en salmo de gloria, que en letra consignó y en

prudencia, esa discreción, ese callar, esa palabra oportuna, esa constancia, esa firmeza, esa dulzura, esa fortaleza, esa abnegación, esa magnanimidad, esa paz, esa paciencia, esa contrición, ese contento, esa alegría, esa fe, esa esperanza, esa caridad la más ordenada de todas, esa misericordia, de la que es constituida la Madre y la Reina!

Eso ha dado el Hijo á la Madre; á eso ha correspondido con el céntuplo la Incomparable... ¿En dónde estás, admirador de lo bello y arguyente de lo verdadero, que no proclames en la Asunción de la Reina de las virtudes á la Reina de todas las glorias?

Sí, Jesús Dios Nuestro, te saludamos, te felicitamos, te amamos, te glorificamos, te damos gracias por ese gozo de tu corazón con que das lleno á los deseos de tu agradecimiento á la Reina de todas las madres, en ese gran día en que asombras á los cielos por tu ternura y tu magnificencia de Hijo de la Virgen Santísima. Ahora vemos una vez más y la mejor de las veces, que no hay Dios como el Señor Dios Nuestro, el que habita en la altura y atiende á los humildes tanto como en la tierra así en el cielo.

Fe, esperanza, amor: eso es, oh Cristo, lo que te pedimos por la intercesión de aquella que tanta fe, esperanza y amor abrigó para tí. Dáenos esas tres dádivas para conocer y amar cada día más y más, por tí á tu dulce Madre y por ella otra vez á tí.

CAPÍTULO XXXIII.

La coronación de María Santísima como
Reina de todo lo criado.

HA entrado ya á su reino la Esposa del Rey de los reyes. Ese reino es fundado desde la Eternidad para darlo á todos los escogidos y como Reina de ellos á la humilde María, para gloria del Cristo Hijo suyo, para gloria del Padre, Dios por todos los siglos con el Cristo y el Espíritu Santo.

La esclarecida Virgen y Madre ha sido llamada del Líbano para ser coronada. Ya se le aclama como "la gloria de Jerusalem, como la alegría de Israel, como la honra más preciosa de su pueblo." A semejanza de lo que en el día de su entrada en los cielos al Verbo humanado, le ha dicho el Padre: "ven, siéntate á mi diestra y yo pondré uno por uno á tus enemigos por escabel de tus pies." "El trono tuyo ¡oh Verbo! permanece por siglos; el cetro de tu reino, es cetro de rectitud;" así á la Inmaculada, á la humilde Madre suya dice el glorioso Nazareno, Verbo de Dios hecho hombre: "Madre mía, cúmplase hoy lo que de mi boca ha salido siglos ha en salmo de gloria, que en letra consignó y en

cantar mi siervo David, que de entonces no ha cesado ni cesará nunca: "Asistirá la Reina á tu derecha, ricamente vestida de oro y de toda variedad de adornos." ¡Oh Hija de Abraham y de David, el Rey te ama como á ninguna, las grandes almas de tus hermanas, vírgenes escogidas entre millares, te son presentadas para tu séquito de honor; los pueblos cantarán tus alabanzas por siglos de siglos."

Entonces el Dios de las alturas hace pregonar las supremas prerrogativas de su excelsa Madre. Voces de ángeles, fulgores celestes vivísimos de claridad, de ciencia y de amoroso fuego, hacen entender y sentir todo lo que importa el reinado que va á darse, que está dándose, que se ha dado á María, y como todo lo que se hizo, por Ella se hizo, y todo lo que por bueno se hizo entrar al servicio de la gloria del Dios, infinito en toda bondad, por Ella fué bueno, prévia la primera causa de las bondades, Jesucristo.

Esa incomparable Criatura, á quien se debe que la inocencia y la justicia hayan renacido en el mundo, que un Salvador se haya presentado en él, que el invierno haya pasado, que hayan vuelto á verse flores en la tierra y aves en los cielos, retirándose las aguas que todo lo cubrían, de un diluvio que todo lo ahogaba, esa incomparable criatura, que ya ha presidido y gobernado tantos sucesos convirtiendo cuantos corazones ha querido Cristo mover, una Magdalena, un Mateo, un Pedro, un Esteban, un Pablo, un Areopagita, no ha hecho sino comenzar un reinado asombroso de misericordia y de gracia, de salvación y de santidad, de triunfos de sabiduría y virtudes.

Por eso en tal día en que ya los ángeles y los huma-

nos del Empíreo vislumbran y presienten prodigios tantos, la gloria de los cielos excede á la que pudieran concebir los bienaventurados, excepto sólo la gloria de la Divinidad y de la humanidad santa del Hijo de la humilde. Por eso el piadosísimo San Alfonso, reuniendo los dichos de los más notables santos panegiristas de la Incomparable Reina, nos consigna, que al subir la Madre de Dios al cielo, "aumentó el gozo de todos sus moradores," palabras de San Bernardino de Sena, por lo que San Pedro Damían y San Buenaventura dicen, que los bienaventurados no tienen mayor gloria en el cielo, después de Dios, que gozar de la vista de esta hermosísima Reina.

Esta coronación de María, Madre de Dios, es tan puesta en razón, como todo lo que de grandezas tiene que discurrirse tratándose de esta obra suprema, de esta creación aparte en que el poder divino pone el colmo y el coronamiento á cuanto de él es de concebirse, y en que el querer divino se excede á todo, por decirlo así.

Así, por tanto, como está dicho, "en el nombre de Jesús dóblese toda rodilla en cielos, tierra y abismos, y confiese toda lengua que el señor Jesús está en la gloria de su Padre;" dígame también, que en el nombre de María, y para honrar á ese su Jesús, se haga otro tanto, y que toda lengua confiese que Ella es la Reina, la dispensadora de cuantas gracias concederá su Hijo.

San Bernardo ofrecerá á la Iglesia, que lo consignará en eminente lugar de su admirable oficio del Breviario, ese resumen de los poderes magníficos y en extremo amables de la humilde esclava del Señor:

"Oh tú, cualquiera que seas, que cruzando por el

mundo, conoces que más bien navegas por un mar tempestuoso de tormentas y borrascas, fluctuando en medio de sus embravecidas olas, que caminar por la tierra firme, en donde el que anda pueda fijar el pie y afirmarse en el camino, mira, no apartes la vista de María Sacratísima; si se levantan contra tí los vientos de las tentaciones, si te vieres cercado de tribulaciones, no pierdas de vista la estrella del mar, invoca á María; si te hallas combatido de la murmuración y envidia, no pierdas de vista la estrella, invoca á María; si te perturba la ira, si te oprime la avaricia, si los deleites de la carne te persiguen, mira la estrella, invoca á María; si la gravedad de las culpas te hace desfallecer, si la conciencia te confunde y el juicio te causa pavor, no pierdas de vista la estrella, invoca á María; si la desesperación, la desconfianza, la pusilanimidad ó la tristeza, tiran á precipitarte en los abismos, no pierdas de vista la estrella, invoca á María; no se aparte de tus labios, no falte de tu corazón María, y si quieres conseguir su intercesión, no te olvides de su vida y conversación; siguiendo á María, estás en el camino; rogando á María, no desesperas; siendo tu pensamiento y consideración en María, no yerras; teniendo á María, no caerás; gozando de su protección, no temerás; llevando por guía á María, no te fatigarás y con su patrocinio llegarás á puerto seguro."

Sentada la Reina en ese trono de la misericordia, Reina de la vida, de la dulzura y de la esperanza, para que los mortales obtengamos el santo temor, el dichosísimo arrepentimiento del pecado, de todo pecado, y el perdón definitivo, la perseverancia en el bien y las seguridades de no recaer, es Ella la delicia del Dios que la

crió y á la vez de todo lo criado; allí está sentada en lo más alto como el mayor de todos los prodigios, en esplendores como un sol, en apacible claridad como luna en su plenitud después que se ha elevado tranquila y llena de encantos de sobre las olas tempestuosas de océano horroroso; sentada está allí muy más agraciada que Esther, quien á fuerza de modestia y de belleza ablanda el corazón del majestuoso Rey de los asirios; sentada está en el trono dando ese dichosísimo espectáculo que, vislumbrado apenas, hizo exclamar al vidente de Patmos: "Un gran prodigio ha aparecido en el cielo, una Mujer, la Mujer, vestida del sol, y la luna bajo sus plantas, en su cabeza una corona de doce estrellas;" madre del Rey eterno, madre del varón fortísimo, madre de todos los escogidos (que equivale á lo del Apocalipsis, cap. XII, v. 5: "*y en esto dió á luz un hijo varón*"). "Es Ella, dice Ausberto, y no hay que extrañarlo, el tipo de toda la Iglesia, porque habiendo concebido en su dichoso vientre al que es cabeza de la Iglesia, Cristo Jesús, en quien la Iglesia tiene su unidad, mereció que toda la Iglesia fuese como el parto suyo. Ella ha dado á luz un parto de virilidad, no de afeminamiento, no de torpe debilidad, sino de cuerpo esforzado, para combatir contra las potestades del abismo, cuerpo viril y robusto."

Oid de nuevo á San Bernardo explicando este gloriosísimo pasaje del Apocalipsis y aplicándolo con razón á esa Reina coronada en los cielos y sentada en ese trono superior á todo lo criado: "La Virgen María ha sido hecha toda para todos; para todos está patente ese sagrado seno de misericordia, á fin de que todos reciban de su plenitud: el cautivo, la redención;

el enfermo, la curación; el triste, su consuelo; su perdón, el delincuente; su gracia, el justo; su alegría, el ángel; y finalmente toda la Trinidad, la gloria, y, en la persona del Hijo, la sustancia de la humana carne, para que no haya quien quede excluido de su calor. . . . Con razón, por eso, María es preconizada como revestida del sol, siendo así que ha penetrado en el abismo profundísimo de la sabiduría divina, más allá de lo que se puede conceptualizar. Con ese fuego suyo es con el que fueron purificados los labios de los Profetas; en ese fuego es en el que los serafines han sido inflamados. De muy diversa y superior manera ha merecido María no ya ser tocada de él en la superficie, sino cubrirse y rodearse de él por todas partes, penetrarse y como sumergirse en él."

Gran prodigio es ella, porque, como dice San Buenaventura, "es tan grande, que mayor no podía Dios hacerla; podría Dios hacer un mundo mayor y un cielo más grande; pero mayor Madre que la Madre de Dios no podría Dios hacer."

Esa Madre de Dios y por bondad de ambos Madre nuestra, es tan buena porque es tan grande, y no es tan grande sino porque es tan buena. Dichosa porque ha creído, dichosa porque ha confiado, dichosa porque ha amado. Si al comenzar, si en su primer instante de ser, la gracia ha sido el todo y toda para Ella, todos los otros instantes han sido de correspondencia, ha sido Ella toda para la gracia, toda para toda gloria. Este es el portento de María, el mayor de cuantos pueden idearse ó discurrirse; gran verdad que por sí sola acredita de verdadera á sólo la religión Católica, porque es la mayor belleza, el esplendor más puro que surgir pu-

diera de la verdad, así como el esplendor del diamante acusa que es de diamante y no de falsificación de quebradiza piedra diáfana.

Por eso, todo triunfo para la verdad y todo triunfo para el bien, no se hace sino á las ordenes de María. Judith fué para vencer á Holofernes; Esther para vencer á Amán; nuestra Reina es necesaria en todo combate contra todo error y todo pecado, si se quiere triunfar; porque sin Ella, no quiere el Rey que se triunfe. Bien sabe la Iglesia Católica, y en esto no se engaña, como en nada se engaña, por qué á María la pregona y adjudica la palma de vencedora de todas las heregías, así como el título de Refugio de todos los pecadores y por lo mismo vencedora de todos los pecados.

No hay contraste más hermoso ni glorioso que el de nuestra Reina; ¡tan blanda, amable, misericordiosa, elementalmente, piadosa y dulce para todos los que quieren ser salvos! tan aborrecida de los inicuos que por nada quieren dar gloria al Rey. No hay enemigos más encontrados de Dios, que los enemigos de María. Creemos que el Infierno no aborrece tanto á Dios, sino por odio á María.

¡Qué dicha la de los que, si bien miserables, tenemos resuelto dar gloria á nuestra Reina, para ganar la voluntad y así congraciarnos con nuestro Rey! Ya sabemos, Señora, que rogarás por nosotros para que el gran Rey tu Hijo tenga piedad de nosotros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

CAPÍTULO XXXIV.

El reinado de Jesucristo en el cielo y sobre todo lo criado, por medio de María.

A semejanza de lo que hemos notado en todos los misterios, en cuanto á su objeto, lo notamos finalmente en este último, con más razón quizá que en todos los otros; contemplar y amar la coronación de María, el reinado de María en todos los siglos, es conocer y amar mejor la coronación de Jesucristo. Mas, por lo mismo, esforzándonos en conocer ese último misterio de María por medio del conocimiento de Jesucristo, y en amar ese mismo misterio por amor de Jesucristo, acabaremos por conocer y amar más á Jesucristo y con él y con el Espíritu Santo al Padre, que es el fin de toda la Religión y la consecución de toda dicha.

Todos los triunfos del Nazareno sobre el error y sobre el pecado, han sido por María. ¡Cuánto más lleno de sabiduría y caridad se nos ofrece así Jesús!

Nada se ha hecho sin María en el Antiguo Testamento, nada en esos tiempos figurativos y proféticos. Desde que los cielos han desplegado sus grandezas, estaba allí María y aun antes, ya en la preparación, ya en la

previsión de todo lo criado, María estaba presente (quando preparabat cœlos áderam . . . cum ea eram cuncta componens). Fué criado el cielo y en segundo lugar la tierra (in principio creavit cœlum et terram). Fué criado el sol, fué criada la luna (luminare majus, luminare minus) Jesucristo y María; criado Adán, criada Eva (non est bonum esse hominem solum); se hizo la salvación de Noé por un Salvador, pero la salvación fué en el Arca; hubo una voz que anunció á Noé saliese ya salvo á suelo enjuto, en donde ya el olivo le daría fruto y sombra, pero antes la paloma había hecho el anuncio y portado un ramo de olivo; Moisés no está sólo, cantando su triunfo sobre los egipcios también María su hermana encabeza el coro de las doncellas para celebrar el triunfo de su hermano; no sólo Gedeon y Sanson serán libertadores de Israel, también serán caudillos Débora y Jaël, dos mujeres insignes; no está sólo Booz, abuelo del gran Rey, Noemi le dará la esposa que asegure la sucesión del Mesías; Judith y Esther se asociarán á la acción del Señor para triunfar de un segundo Satanás, de un segundo soberbio y homicida.

Todas esas figuras son de María *la que ha de venir*, asociada siempre á la acción y al triunfo de *el que ha de venir*, de su futuro Hijo Jesucristo. He ahí, pues, á María reinando ya, compartiendo ya el reinado con su Divino Hijo para que más resalte la gloria de él.

Si es cuando el mundo tiene ya en su seno á esa Luz que es tan poco vista aunque está ya en el mundo, el Candelero de oro no cesa de prestarle su sostenimiento; en toda la carrera de ese sol, el día y la noche lo comparte con la luna, ó más bien, ambos luminare brillan sin eclipsarse, y sí prestando la luna al sol la ma-

nera de más brillar; y sí en el segundo período de la vida de la Reina, en los veinticuatro años de su viudez para con su Hijo ya ascendido á los cielos, su Hijo desde los cielos cuenta con su Madre en todas las grandes proezas de su diestra. Esteban alcanzará la primera palma del mártir por la oración de la Reina; Pablo no menos deberá á María su conversión prodigiosa, y así todos sus triunfos los apóstoles; los Evangelistas recibirán por ella su inspiración; San Lucas recibirá de ella el testimonio regio de la Encarnación, y San Juan los sublimes conceptos de la eternidad del Verbo y de la caridad del Padre, no menos que los de las grandezas del Espíritu Santo. No hay duda que la estancia vuestra en el mundo ¡oh viuda incomparable del Resucitado! ha sido para desempeñar como sucesora suya su poderosísimo gobierno.

Mas, durante los siglos todos desde la ascunción de nuestra Madre hasta el presente, ninguna de tantas diarias maravillas del poder de Jesucristo sobre la fe y sobre el error, sobre los corazones de buenos y de malos, sobre santos y sobre reyes, se ha hecho sin María. Los santos Padres, unánimes y á porfía, nos presentan á la gran Reina instruyendo, inspirando, consolando, fortaleciendo, cultivando la viña del amorosísimo Jesús, de suerte que cuando ha pasado el gran invierno de los tres siglos de mártires, el Nazareno es reconocido y amado como Dios de Dios, y su ley santa como el mayor tesoro de esta vida, con el que lucramos las dichas eternas.

Por su parte el divino Jesús no consiente que sus triunfos sean diversos de los de la Madre admirable, y no sólo, sino que parece que todo el conato del infer-

no al combatir la verdad evangélica, se concentra en negar á la Madre la gloria singularísima de haber llevado á Dios en su vientre, es decir, de haber tenido el Verbo un cuerpo verdadero; con lo que la verdad de la Encarnación se desvanecería como el humo. Todas las heregías de los tres primeros siglos tuvieron á María por blanco de sus tiros de hipócrita astucia, y á la vez las apologías del gran mártir San Ignacio, de San Justino, de San Ireneo, San Arquelao y San Cipriano, se concentran todas en hacer el encomio de "*La que es causa de la salvación del género humano*" (San Ireneo), de "*el que es carnal y espiritual nacido de María y de Dios*" (San Ignacio mártir), de la que es llamada por San Clemente, por excelencia, Iglesia.

En los días del Concilio de Efeso la gran verdad de que Jesucristo es Dios y hombre, pero una sola persona, es decir, el problema vital de nuestra religión santa, se transforma en este otro que arrebató el interés de los potentados de la sabiduría y de los humildes de las turbas: ¿es María madre de Dios? ¡Qué debate tan hermoso y tan glorioso! ¡Qué encumbrada se vió María en ese día, en esa noche memorable, del Concilio de Efeso! (Quasi cedrus exaltata sum in Libano et quasi cipressus in monte Sion.) La gloria de ella no tanto, la gloria de su Hijo; esa era la cuestión; sabios y pequeños así lo entendían, pero quería el Hijo no ser glorificado sino por la Madre, sino por la Reina: "¡Te saludamos, María, Madre de Dios!—dicen llenos de fe los insignes Padres de ese dichoso Concilio al que seguirá el aplauso de todos los fieles—te saludamos, María, Madre de Dios, venerable tesoro del Universo entero, antorcha que no puede extinguirse,

corona de la virginidad, cetro de la fe ortodoxa, templo incorruptible, morada de Aquél que no tiene morada, por la que se nos ha dado Aquél que se ha llamado bendito por excelencia y que ha venido en nombre del Señor. Por tí es glorificada la Trinidad, celebrada la Cruz y adorada por toda la tierra; por tí los cielos se estremecen de júbilo, se regocijan los ángeles, huyen los demonios, el Demonio tentador cayó del cielo, y la criatura caída se puso en su lugar." Y concluyen con estas palabras: "Adoremos á la Santísima Trinidad, celebrando en nuestros himnos á María siempre Virgen y á su Hijo Jesucristo Nuestro Señor, á quien es debido todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos."

Nunca los sucesos han fallado; las cuestiones de Cristo se vuelven cuestiones de María; el dedo de Dios está aquí: el que no está por ella, no está por Jesucristo; el que no está contra ella, no está contra Jesucristo. Este es el gran criterio de la sabiduría y del amor, del sabio y del sencillo.

Este es el cumplimiento de la profecía del Paraíso: El Hijo es el Señor de toda gloria y el vencedor de Satanás, pero no querrá serlo sino en cabeza de la Reina; ella será quien quebrante la cabeza del Dragón; contra ella será el ataque formidable, contra su calcáñar se revolverá el Padre de la mentira, el homicida antiguo; no habrá lucha en que ese estandarte no sea el emblema de la defensa y el objetivo del ataque enemigo y del triunfo. No hay hipóbole, es históricamente exacto: María es la vencedora de todas las heregías, y sólo ella, por dispensación del Rey su Hijo.

Vendrá después más grave y pavorosa tormenta, no sólo de nueva heregía sino de gran depravación de

costumbres. Dos grandes caudillos al servicio del celeste Rey, levantan el estandarte, dos grandes ejércitos de fieles alístanse: Domingo y los apostólicos *hermanos predicadores*; Francisco y los evangélicos *hermanos menores*; el error se ve confundido, la depravación corregida; son muertas las raposas, las verdades y las virtudes florecen por todas partes. ¡Es que la Reina ha enseñado á Domingo á derretir el bronce del cielo con el ruego de una invención sublime, es que María ha revelado á Domingo la incomparable institución del Rosario; y la peste desaparece, la peste horrible de la heregía albigense, ese anticristianismo hipócrita, retardado de entonces hasta su nueva aparición en estos días de nuevo diluvio, en que las verdades y las virtudes han disminuido tanto entre los hombres.

¿Pero fallaría aun después de esos tiempos la profecía insigne? ¿Dejaría el Dragón de *atacar el calcañar de la mujer*? El furor del Dragón es implacable y lo enconoso y ciego de sus ataques serán siempre contra la Reina. El carácter distintivo de la llamada Reforma protestante, es decir, de la *deformidad* del Protestantismo, como le llama también Bossuet, es la inconsecuencia más monstruosa entre aceptar á María como Madre (de Dios) y negarle todas las consecuencias de vocación y dignidad tan superior á todo favor divino posible. Los protestantes no niegan que María sea Madre de Dios, pero, no obstante, la odian á tal grado, que sólo así se explica hayan acabado por negar la dignidad del Hijo de esa Madre de Dios, de ese Jesucristo del que blasonaban ser tan depurados adoradores, y depurados nada menos que con abatir á María. ¡Así es como el Hijo ha vuelto por la gloria de la Madre!

¡Así es como se pone de manifiesto con escarmientos colosales, que María es la que ha de reportar como Reina, los triunfos con que el Rey quiere para sí la honra definitiva!

Hoy por hoy, ese estandarte al cual se hará contradicción, es siempre María, y los triunfos son esplendurosos, inauditos. María es hoy más que nunca el Caudillo, la Reina de la verdad, la vencedora, la sola vencedora de la heregía, de la pavorosa heregía racionalista, de ese diluvio de satánica mentira en que el mundo ha naufragado ya. Jesucristo es negado por soberanos y pueblos, que, en mucha parte, han entrado con ellos en la apostasía, en esa apostasía que tan claramente profetizó el Apóstol.

Entretanto, Jesucristo calla; pero la Reina habla. La Reina ha reportado triunfos como nunca. La Reina se ha aparecido, así como en otro tiempo junto á México en el Tepeyac, para confundir con la imagen portentosa á los iconoclastas calvinistas de allende los mares, así hoy en la Saleta y Lourdes, para confundir á los volterianos, á los comunistas y á ciertos racionalistas peores que ellos. María se ha aparecido en pleno siglo XIX, ha hecho brotar una fuente, tan célebre en diarias curaciones milagrosas, que ha venido á dejar confundidos á los modernos fariseos, á tal grado que no ha habido uno, uno siquiera, que aceptase la apuesta de diez mil francos depositados en París, para el que demostrase no ser verdadero el milagro que eligiese de entre los que narra la historia de Nuestra Señora de Lourdes, escrita por uno de los milagrosamente curados.⁽¹⁾

María reina ahora más que nunca; el combate ha

(1) Mr. Enrique Lasserre.

asumido ahora gigantescas proporciones; parece que los tiempos del gran desenlace se acercan, y Cristo vence más y más esplendorosamente. A un San Pío V vencedor del gran turco, por el Rosario, ha sucedido á poco más de dos siglos, un Pío VII vencedor de los volterianos por María "Auxilio de los Cristianos;" un Pío IX vencedor de los racionalistas por María Inmaculada, por María de la Saleta, por María de Lourdes, por la pastorcita que, rezando su rosario, ha visto á la Francia y ha visto á Europa y América, Asia y Africa, preconizar "dichoso" á ese rosario, á esa pastorcita y otra vez como "dichosísima" á la Madre de Dios.

María reina y su reinado aún va á brillar más: el sucesor de Pío IX no será eclipsado por su antecesor; hay algo nuevo, como sucede con cada triunfo sucesivo de la Iglesia, algo nuevo en León XIII, que reporta para la Reina la expectativa de una gran victoria; aún queda otra victoria de Lepanto contra enemigos más numerosos y enconados que los mahometanos, y la orden del día de parte del caudillo sucesor de Pedro, es digna de un Domingo de Guzmán y de un Pío V: ¡el Rosario, es nuestra voz de combate y será nuestro himno de victoria! ¡Invoquemos á nuestra Reina con esas preces dichosísimas y el triunfo será nuestro!



CAPÍTULO XXXV.

La Letanía.

LA poderosa lógica del tiempo con que las obras de Dios florecen y se perfeccionan, ha venido á coronar el Rosario con la recapitulación ó epílogo de la Letanía ó Letanías lauretanas, maravillosa conclusión altamente digna de tan grandes principios.

No sabríamos decir qué tan reciente respecto de los orígenes del Rosario, sea la época de su adición y perfeccionamiento con la Letanía lauretana; lo que nos incumbe es hacer notar estas palabras de Nuestro Santísimo Padre León XIII en su bienhadada encíclica de este asunto: "Decretamos por lo mismo y ordenamos que en todo el Orbe católico se celebre solemnemente en el corriente año (1883) con esplendor y pompa la festividad del Rosario, y que . . . se recen en todas las iglesias curiales, y si los Ordinarios lo juzgaren oportuno, en otras iglesias y capillas dedicadas á la Santísima Virgen, al menos cinco dieces del Rosario, añadiendo las letanías lauretanas."

Parécenos, por eso, que insensiblemente ha venido á coronar la gran obra, ese como himno de penitencia

asumido ahora gigantescas proporciones; parece que los tiempos del gran desenlace se acercan, y Cristo vence más y más esplendorosamente. A un San Pío V vencedor del gran turco, por el Rosario, ha sucedido á poco más de dos siglos, un Pío VII vencedor de los volterianos por María "Auxilio de los Cristianos;" un Pío IX vencedor de los racionalistas por María Inmaculada, por María de la Saleta, por María de Lourdes, por la pastorcita que, rezando su rosario, ha visto á la Francia y ha visto á Europa y América, Asia y Africa, preconizar "dichoso" á ese rosario, á esa pastorcita y otra vez como "dichosísima" á la Madre de Dios.

María reina y su reinado aún va á brillar más: el sucesor de Pío IX no será eclipsado por su antecesor; hay algo nuevo, como sucede con cada triunfo sucesivo de la Iglesia, algo nuevo en León XIII, que reporta para la Reina la expectativa de una gran victoria; aún queda otra victoria de Lepanto contra enemigos más numerosos y enconados que los mahometanos, y la orden del día de parte del caudillo sucesor de Pedro, es digna de un Domingo de Guzmán y de un Pío V: ¡el Rosario, es nuestra voz de combate y será nuestro himno de victoria! ¡Invoquemos á nuestra Reina con esas preces dichosísimas y el triunfo será nuestro!



CAPÍTULO XXXV.

La Letanía.

LA poderosa lógica del tiempo con que las obras de Dios florecen y se perfeccionan, ha venido á coronar el Rosario con la recapitulación ó epílogo de la Letanía ó Letanías lauretanas, maravillosa conclusión altamente digna de tan grandes principios.

No sabríamos decir qué tan reciente respecto de los orígenes del Rosario, sea la época de su adición y perfeccionamiento con la Letanía lauretana; lo que nos incumbe es hacer notar estas palabras de Nuestro Santísimo Padre León XIII en su bienhadada encíclica de este asunto: "Decretamos por lo mismo y ordenamos que en todo el Orbe católico se celebre solemnemente en el corriente año (1883) con esplendor y pompa la festividad del Rosario, y que . . . se recen en todas las iglesias curiales, y si los Ordinarios lo juzgaren oportuno, en otras iglesias y capillas dedicadas á la Santísima Virgen, al menos cinco dieces del Rosario, añadiendo las letanías lauretanas."

Parécenos, por eso, que insensiblemente ha venido á coronar la gran obra, ese como himno de penitencia

y aclamación gloriosa á la Santísima Trinidad, al Verbo hecho carne, Cordero de Dios, y á la Virgen, gloriosa Reina, Madre del Cordero, que son los mismos personajes celestiales á quienes el Rosario se ha dirigido. Y este *hecho*, gran obra de los tiempos bajo la acción de sapientísima Providencia, tan adecuado á la intención, materia y estructura del Rosario, es el que nuestro gran Pontífice reconoce como *derecho*, en esas importantes palabras á que hemos llamado la atención.

¿Qué es, pues, la letanía lauretana, que, recitada en sus principios á honra de esa santa casa de Loreto, cuya historia y glorias damos por sabidas, ha venido á ser una recitación universal á honra de María, como un complemento delicioso de su inspirado y mil veces bendito Rosario?

Mejor que nosotros, dará la respuesta el sabio polonés, Padre Justino Miechow,⁽¹⁾ de la Orden de Predicadores:

“Es un homenaje piadoso y muy lógico á la Santísima Virgen. Ante todo, se invoca á Dios y á la Santísima Trinidad, como fuente, autor y dispensador de todas las gracias. Se invoca después á la Santísima Virgen bajo su nombre propio. Después se la invoca bajo diversos títulos propios ó metafóricos. . . . Cada uno de estos títulos contiene una doctrina cierta y sana, alabanzas y elogios verdaderos á la Virgen.”

Y ese homenaje á la Reina del cielo, añadiremos nosotros, ciérrase con la invocación del Cordero divino,

(1) Su obra sobre las Letanias, ignorada según nos parece desde que se inscribió en latín hace más de dos siglos, ha visto últimamente la luz pública en lengua española. Hasta después de concluidos los precedentes capítulos, vino á nuestro conocimiento libro tan recomendable, del cual nos hemos ayudado en parte para escribir este capítulo final.

mediador para con el Padre Celestial, de toda petición ú homenaje.

Vemos, por eso, en epílogo tan excelente, abreviadísima la misma fórmula del “Padre Nuestro” y del “Ave María,” y, además, otra vez el “Gloria Patri,” como cumple, no á los *salvos ó comprensores*, sino á los *viadores*, en tono de súplica y de invocación para el combate.

Y así, cuanto se contiene en esas tres grandes fórmulas de oración, el “Padre nuestro,” “Ave María” y “Gloria Patri,” cuanto hemos meditado de los gozos de la Encarnación, Visitación, Nacimiento, Presentación y Hallazgo del Niño perdido, dolores del Huerto, Pretorio, Vía de la Cruz y del Calvario, y glorias de la Resurrección, Ascensión, Pentecostés y Asunción de la Santísima Virgen á los cielos, todo eso se compendia, aún más, se sintetiza, se sublima en exclamaciones finales, en llenos de armonía que dan fin solemnísimos á tan delicioso salterio: ¡Piedad, Padre celestial, piedad Verbo divino, piedad oh Jesucristo, piedad Señor Dios, piedad Trinidad Santa! ¡Piedad, oh María, oh Santa Madre de Dios! pero piedad, vos Santa Virgen, como nuestra Intercesora para con el Hijo, no como Autora primera de Redención: “Ruega por nosotros.”

Y esos epítetos tan justos como variados y abundantes, aluden á cuanto se contiene en las recitaciones y meditaciones del Rosario. Esos epítetos convienen á la *Madre* que concibe al Verbo divino, *Santa Madre de Dios, Madre de la divina gracia, Madre purísima, Madre virgen, Madre admirable*; convienen á la que visitando á Isabel es saludada, “dichosa tú que creíste,”

Virgen prudentísima, Virgen fiel; convienen á la que da á luz al Verbo divino en Belem, *Madre del Salvador, Causa de nuestra alegría, Estrella de la mañana*; convienen á la que presenta al divino Niño en el Templo, *Arca de la alianza, Madre del Salvador*; convienen á la que gozosa le recobra en el Templo tras la angustia de su pérdida, *Virgen prudentísima, Virgen fiel*. Los misterios de sus gozos responden, pues, admirablemente á esos epítetos de honor.

Así también los de sus dolores: la *Virgen prudentísima, fiel, poderosa y misericordiosa*, acompañará en su mente al Salvador divino en las angustias del Huerto, y de alguna manera mental ó de presencia en los tormentos del Pretorio, de la Vía Sacra y del Calvario; al ver á su Hijo en la Cruz la *Virgen poderosa y misericordiosa*, se dolerá pero no se acobardará; *Virgen prudentísima y fiel* sabrá corresponder en la hora de la prueba á su gran destino de *Madre de Dios, Madre de Cristo, Madre de la divina gracia, Madre admirable y Madre del Salvador, Vaso de verdadera devoción, Torre de David, Torre de marfil, Consoladora de los afligidos y Reina de los mártires*.

Así, no menos, en los misterios gloriosos, aluden cumplidamente al asunto las alabanzas de las letanías: La *Madre de Cristo*, digna como es de serlo de *Cristo* en *el pesebre*, dignísima lo es de *Cristo Crucificado* y no menos de *Cristo resucitado*, de *Cristo ascendido* á los cielos, de *Cristo dispensador de su Espíritu Santo*; digna es la *Santa Madre de Dios, la Madre de Cristo, la Madre del Salvador*, la verdadera *Arca de la alianza*, la *Reina de los ángeles y de los mártires, de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Confesores, Virgenes*, y de to-

dos los Santos; digna es de ser llevada á los cielos, y sentarse á la diestra del trono de su Hijo, y reinar para siempre con el Cordero Dominador.

Bajo otros aspectos también luminosísimos y deliciosos, los títulos de grandeza de nuestra amabilísima Señora, son abismos que invocan abismos. El abismo de grandeza de *Madre de Dios*, ¿qué no invocará? *¡Santa María, Santa Madre de Dios!* ¿Qué bien se corresponde con este otro título: *Santa Virgen de las Virgenes, Madre siempre Virgen*, y al fin con este definitivo: *Reina concebida sin pecado original!*

¿Qué será más grande entre toda grandeza de criatura, la que por digna *Madre de Dios* es digna de ser *siempre Virgen* aun cuando Madre, ó la que por digna *Virgen de Virgenes* digna es de ser Madre de Dios? ¿La que por eso es digna de ser la Corredentora y la Dolorosa, ó la que por esto digna es de ser la *Madre del Salvador*, como en la secuencia del *Stabat Mater* se arguye cariñosamente? ⁽¹⁾

¿Qué será más grandiosa: la humildad prudentísima (*Virgo prudens*) que por eso retarda el aceptar la honra de Madre del Salvador, ó la caridad y devoción (*Vas insignis devotionis*) que sabe atraer con la suavidad de su olor los amores del Espíritu divino y conciliarse el ser *la Madre de su Criador?*

Todos estos abismos vienen á absorberse en otro anchurosísimo que los invoca, el abismo de este gran concepto que enajenaba en transportes de dulzura al dichoso Alfonso de Ligorio: *¡María, Madre amabilísi-*

(1) Virgo virginum præclara
Mihi jam non sis amara
Fac me tecum plangere.

ma: (Mater amabilis), Madre amabilísima, la calificación quizá más bella de la Madre de Dios, quizá la más expresiva de su grandeza y de sus glorias. Por que, ¿no es también amabilísima como Virgen y como Reina? Sí, pero el de Madre (de Dios y de los hombres) que todo lo bueno lo supone, reclama por excelencia tal calificativo de *amabilísima*. Por que si es amabilísima como Madre verdadera de Dios, ¿no lo es en extremo como Madre adoptiva nuestra, con el parto místico dolorosísimo del Calvario, en que la causa de sus dolores fué semejante á la del "Varón de dolores?"

Hay, pues, en esos títulos de las letanías una síntesis de admirable ingenio de las glorias de la Madre de Dios.

Títulos de *Madre* con todos los esplendores de sus consecuencias: *Madre de Dios*, luego Madre de la Divina gracia, purísima, castísima y siempre Virgen; Madre de Dios, luego Madre del Criador y Madre del Salvador; Madre de Dios, luego amabilísima y admirable.

Títulos de *Virgen* con todos los esplendores de sus consecuencias: *Virgen de Vírgenes*, luego prudentísima y humildísima, digna de toda veneración y alabanza, fiel á su santo voto aun ante la proposición de ser Madre de Dios, poderosa y esforzada tanto como humilde, clemente y misericordiosa no menos que esforzada.

Títulos calificativos de las virtudes en que fructificó esa Madre Virgen: Tanta humildad y fe, caridad y prudencia, virginidad y misericordia, ¿no son el *espejo de la justicia* ó santidad? (*Speculum justitiæ*.)

La que llevó al Verbo humanado en su seno, ¿no es

el *Trono de la Sabiduría* eterna? ¿no es el *Arca animada de la alianza*?

La que con su *fiat* prudentísimo aceptó el ser madre del Redentor, ¿no es la causa de nuestra alegría? "¿Quién fué despedido de María enfermo ó triste ó ignorando los misterios celestiales?" dice un Santo.⁽¹⁾

¿No es por excelencia un *vaso espiritual*, un *vaso de elección*, digamos, un instrumento de los designios divinos, la que fué hecha digna de concebir al Verbo humanado? San Pablo, en la Santa Escritura es llamado *vaso de elección*, como decirse *vaso espiritual*; ¿en qué sentido supremo no lo será la Reina de los escogidos, la Madre de Dios?

San Pablo, á los predestinados, llama *vasos de honor*; ¿con cuánta excelencia no lo será la Reina de ellos, *vaso* el más precioso *de la divina gracia*!

Abismo de milagros de gracia que ha recibido, y de virtudes que con esta ha producido la mejor de las criaturas: tanto así vale decir *vaso insigne de devoción*.

Hay no menos admirables títulos tomados de metáforas bíblicas, símbolos y profecías también de la Escritura Santa, que cumplen magníficamente á nuestra excelsa Reina. Es uno el de *Rosa mística* ó *misteriosa*. No hay belleza de flor que no simbolice á la bellísima y encantadora Virgen Madre de Dios; pero, de las flores, ninguna tan simbólica como la del *Rosal*; compite con la azucena en el reinar de esas lindas obras de nuestro buen Dios; de tallo que no carece de espinas, brota blanca ó purpurina ó amarilla flor de gratos olores, hija de la primavera, símbolo delicioso de aquella Flor celeste, blanca ó gozosa, encarnada ó dolorida,

(1) San Amadeo, citado por el P. Miechow.

áurea ó gloriosa Reina del Rosario: belleza excelente, caridad consumada, paciencia probada, que se premió con frutos de cumplido gozo.

Es otro título el de *Torre de David* y el de *Torre de marfil*: tan fuerte como bella, tan fuerte como suave; contraste cumplidísimo en la Madre insigne de Jesucristo, en la que se ve realizada la maravilla de una criatura la más excelsa, esforzada y magnánima, á la vez que humilde y de manso corazón, á la vez que hermosa y sapientísima que pudo idear la mente divina.

Otro título: *Casa de Oro* ó sea el sagrado, espléndido y suntuoso Templo de Salomón, cubierto de láminas de oro, símbolo excelente de ese Templo animado, enriquecido del oro de la caridad, en que tomó asiento la majestad y gloria del divino Verbo.

Otro más: *Arca de la alianza*, tan sagrada como el Templo y aún más quizá, el *Sancta Sanctorum* de ese Templo; allí el maná milagroso del cielo, allí las Tablas santísimas de la ley. Ella albergó en su seno al Verdadero Maná y al mismo Santísimo Legislador y Juez. Este símbolo del Arca es por eso uno de los más triunfadores y gloriosos del culto sapientísimo de María.

(Dichosa Madre, en el *arca* de cuyo vientre Virginal, fué guardado el Artífice Supremo.)

Beata Mater munere—Cujus Supernus Artifex.
Ventris sub arca clausus est.

Otro, no menos apropiado, hermoso y dichosísimo: *Puerta del cielo*. La Iglesia le consigna en su gran himno Ave maris Stella. *Felix cæli Porta. Dichosa Puerta del Cielo*. ¡Gran epíteto que no cesa de encontrarse en boca de los Doctores y Santos! La Salvación por Jesucristo é intercesión de María. La aper-

tura del cielo se hizo por María; la entrada sigue Ella facilitándola.

Mas, así como Ella es la *Puerta* y el *Puerto* de salvación, es también la *estrella* que anuncia al amanecer la salida del *sol* de justicia; símbolo puesto en la misma obra de la Creación, prefigurando ya la obra mayor de la Redención. (“Invisibilia ipsius á creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.” Rom.)

Vienen después los títulos de los grandes beneficios de esta Madre, Virgen y Reina, Madre de Dios, siempre Virgen aun cuando Madre y Reina de todo lo criado. Son sus beneficios, ser la *Salud de los enfermos*, del alma y del cuerpo; ser, después de Jesús Salvador, la Salvadora de lo perdido.

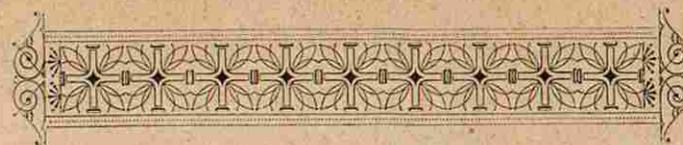
Son sus beneficios ser el *Refugio de los pecadores*; después del Cordero de Dios que quita los pecados, es Ella la Madre de la misericordia, principalmente con los pecadores, de los que se compadece no menos que de todos los que sufren males, hasta el punto de que es proverbio justicadísimo cada día más y más, lo que una vez ha observado un gran sabio y gran santo, San Agustín ó San Bernardo: “jamás se ha oído decir que alguno que recurriese á vos, oh María, haya sido desamparado.”

Son, pues, sus beneficios el *consolar* á cuantos afligidos acuden á Ella y el *auxiliar* á sus hijos predilectos, los cristianos que combaten por la santa causa del Cordero Dominador. *Consoladora de los afligidos, Auxilio de los Cristianos*. Millones y millones de ex-votos, miriadas de auténticas historias de convertidos por María, y los grandes triunfos de Lepanto, Belgrado y

Viena, pregonan sin cesar esos títulos, aparte de proezas mucho mayores que la gran historia de la Iglesia irá esclareciendo y reconociendo.

A esta *Madre*, á esta *Virgen*, á esta celeste *Reina*, tipo de excelentísimas bellezas, *Maestra* de soberanas virtudes, *Dispensadora* de los mayores beneficios del *Cordero de Dios*, de la *Trinidad Santísima*, cantemos ese himno armonioso de la *Letanía santa*, porque esa es el epílogo providencial de las *insignes oraciones vocales* del inspirado Rosario y la peroración de las *insignes meditaciones* de los quince misterios *gozosos, dolorosos y gloriosos*, con que por María damos honra al *Cordero de Dios* y por él á la Augusta Trinidad, de la que esperamos el perdón, la salud y la eterna gloria por la abundancia de sus misericordias. Amén.

FIN



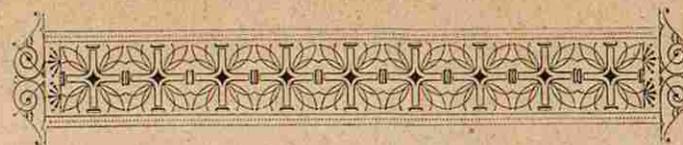
INDICE.

	Páginas.
Introducción.—Nuevos estudios sobre esta admirable institución (de el Rosario) para servir de materia á su ejercicio práctico.....	9
Capítulo I.—¿Qué es el Rosario?.....	15
Capítulo II.—De la meditación de los grandes misterios de Jesucristo y de María en el Rosario, y de su enlace con la oración vocal.....	24
Capítulo III.—Observaciones previas sobre la economía de la revelación de los misterios de la Santísima Virgen María, en relación con los de Nuestro Señor Jesucristo. Revelación bíblica. Revelaciones privadas.....	33
Capítulo IV.—De la meditación de las frases del “Padre nuestro,” el “Ave María” y el “Gloria Patri.”.	39
Capítulo V.—Comienza la exposición de los misterios del Rosario.—Misterio primero.—La Encarnación del divino Verbo.....	49
Capítulo VI.—Otra vez la Encarnación del divino Verbo. María en la Encarnación.....	57
Capítulo VII.—La Visitación de la Virgen Santísima á Santa Isabel y santificación del Bautista.....	65
Capítulo VIII.—La Visitación de la Santísima Virgen. El Cántico del “Magnificat.”.....	73
Capítulo IX.—El Nacimiento del Niño Dios.....	83

Viena, pregonan sin cesar esos títulos, aparte de proezas mucho mayores que la gran historia de la Iglesia irá esclareciendo y reconociendo.

A esta *Madre*, á esta *Virgen*, á esta celeste *Reina*, tipo de excelentísimas bellezas, *Maestra* de soberanas virtudes, *Dispensadora* de los mayores beneficios del *Cordero de Dios*, de la *Trinidad Santísima*, cantemos ese himno armonioso de la *Letanía santa*, porque esa es el epílogo providencial de las *insignes oraciones vocales* del inspirado Rosario y la peroración de las *insignes meditaciones* de los quince misterios *gozosos, dolorosos y gloriosos*, con que por María damos honra al *Cordero de Dios* y por él á la Augusta Trinidad, de la que esperamos el perdón, la salud y la eterna gloria por la abundancia de sus misericordias. Amén.

FIN



INDICE.

	Páginas.
Introducción.—Nuevos estudios sobre esta admirable institución (de el Rosario) para servir de materia á su ejercicio práctico.....	9
Capítulo I.—¿Qué es el Rosario?.....	15
Capítulo II.—De la meditación de los grandes misterios de Jesucristo y de María en el Rosario, y de su enlace con la oración vocal.....	24
Capítulo III.—Observaciones previas sobre la economía de la revelación de los misterios de la Santísima Virgen María, en relación con los de Nuestro Señor Jesucristo. Revelación bíblica. Revelaciones privadas.....	33
Capítulo IV.—De la meditación de las frases del “Padre nuestro,” el “Ave María” y el “Gloria Patri.”.	39
Capítulo V.—Comienza la exposición de los misterios del Rosario.—Misterio primero.—La Encarnación del divino Verbo.....	49
Capítulo VI.—Otra vez la Encarnación del divino Verbo. María en la Encarnación.....	57
Capítulo VII.—La Visitación de la Virgen Santísima á Santa Isabel y santificación del Bautista.....	65
Capítulo VIII.—La Visitación de la Santísima Virgen. El Cántico del “Magnificat.”.....	73
Capítulo IX.—El Nacimiento del Niño Dios.....	83

	Páginas.
Capítulo X.—María en el nacimiento de su divino Hijo, y su admirable esposo José.....	91
Capítulo XI.—La presentación del Niño Dios en el Templo.....	99
Capítulo XII.—María y José en la presentación del Niño Dios en el Templo.....	107
Capítulo XIII.—El Niño Dios perdido y tres días después hallado en el Templo entre los Doctores.....	115
Capítulo XIV.—María y José en la pérdida y recobro del Niño Dios.....	123
Capítulo XV.—Los misterios dolorosos. La oración y agonía de Jesucristo en el Huerto de los Olivos.....	131
Capítulo XVI.—María Santísima asistiendo á la oración y agonía del Señor en el Huerto.....	141
Capítulo XVII.—Jesucristo azotado cruelmente en el palacio de Pilatos.....	149
Capítulo XVIII.—María Santísima ante la flagelación de su Hijo divino.....	157
Capítulo XIX.—Jesucristo coronado de espinas.....	165
Capítulo XX.—La Santísima Virgen ante Jesucristo nuestro Redentor, befado como Rey de burlas, coronado de espinas.....	173
Capítulo XXI.—Jesucristo conducido con la Cruz en sus hombros por las calles de Jerusalem al suplicio del Calvario.....	181
Capítulo XXII.—María en la Vía dolorosa y en la calle de la Amargura el día que su divino Hijo lleva su Cruz al Calvario.....	193
Capítulo XXIII.—Jesucristo crucificado en el Calvario.....	205
Capítulo XXIV.—La Santísima Virgen Madre de Dios al pie de la Cruz en el Calvario.....	215
Capítulo XXV.—La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.....	225
Capítulo XXVI.—María Santísima ante la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.....	233
Capítulo XXVII.—La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos.....	243
Capítulo XXVIII.—María Santísima en la Ascensión de su divino Hijo.....	253

	Páginas.
Capítulo XXIX.—La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.....	261
Capítulo XXX.—La Madre de Dios en la venida del Espíritu Santo á los Apóstoles.....	271
Capítulo XXXI.—La Asunción de María Santísima á los cielos.....	279
Capítulo XXXII.—Jesucristo en la Asunción de su amada Madre.....	285
Capítulo XXXIII.—La Coronación de María Santísima como Reina de todo lo criado.....	291
Capítulo XXXIV.—El Reinado de Jesucristo en el cielo y sobre todo lo criado, por medio de María.....	299
Capítulo XXXV.—La Letanía.....	307
Índice.....	317

